Leyendas y cuentos populares

TREBOL ORO

Cuentos populares británicos

Kevin Crossley-Holland



Lectulandia

Muchachas pobres, princesas, enanos, gigantes, espíritus…, todo tipo de seres, reales y fantásticos, pueblan el rico paisaje creado por Kevin Crossley-Holland para «Cuentos populares británicos».

Kevin Crossley-Holland, poeta, profesor universitario y folklorista; ganador de la Medalla Carnegie en 1985, ha investigado directamente en las fuentes de la tradición folklórica británica para recrear nuevas versiones de cuentos y mitos de la popularidad de Dick Whittington, «Jack y el tallo de las judías» o «Ricitos de oro y los tres osos», ofreciéndonos una visión fiel, pero al tiempo espontánea y llena de lirismo, de un universo tan fascinante y mágico como arraigado en la memoria de los pueblos.

Kevin Crossley-Holland

Cuentos populares británicos

Cuentos y leyendas populares - 05

ePub r1.0
Titivillus 25.05.2022

Título original: *The British folktales*
Kevin Crossley-Holland, 1985
Traducción: Menchu Gutiérrez
Ilustraciones: Rosa María Prado

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



PRÓLOGO

Una aldea en la verde Inglaterra. Una vieja y decrépita casa, pintada de rosa, que gime con el viento, pero consigue mantenerse más o menos derecha después de cuatrocientos años. Un escritor ante su mesa de trabajo, contemplando los trigales y pensando en España…

¡Me gustan los cuentos! Me gustan los cuentos que contamos sobre nuestras vidas y los que nuestros padres y abuelos cuentan sobre los días de su juventud; me gustan los relatos de viajes y las historias que hablan del lugar donde vivo. Es cierto que existen cuentos populares modernos —de hecho, conozco uno que se desarrolla en España sobre una abuelita montada en la baca de un coche— pero, casi lodos los cuentos populares tienen varias generaciones de edad, cuando no centenares de años. Algunos de ellos son en parte ciertos (como sucede en este libro con las historias del Rey Inerte, Dick Whittington *y* El Buhonero de Swaffham*) y otros, completamente imaginarios; algunos están asociados a un tiempo o a un lugar concretos, otros a ninguno; muchos están maravillosamente vivos y casi todos tienen algún significado secreto.*

Éstas son las historias que vieron crecer a vuestros antepasados y a los míos; las escucharon cuando eran niños, las contaron al llegar a adultos, añadiendo algo aquí, quitando algo de allá… dándoles vida; historias que nadie se molestó en poner por escrito hasta que la costumbre de contar cuentos comenzó a declinar, y éstos empezaron a olvidarse, hace no muchos años.

Una vez, alguien me dijo que Britania se parece a «una vieja casa colmada de recuerdos». ¡Y cuán cierto es! Dondequiera que voy, escucho historias, tradiciones, supersticiones. En todas partes, las voces del pasado susurran en mi oído. Solamente a cinco millas de donde vivo, en el siglo XII, los aldeanos descubrieron dos niños verdes. Tenían la piel verde, lenguas verdes, verdes ombligos y dedos verdes. El niño verde murió, pero su

hermana aprendió a hablar en inglés y contó una historia sorprendente, que podéis conocer en este libro.

He llegado a la conclusión de que quizá esta historia contiene un importante mensaje para mí, y también para vosotros. ¿Imagináis cuál puede ser? ¿Será, simplemente, que en este mundo debemos aprender a aceptarnos y a respetarnos los unos a los otros, sin importar en qué país nacimos, cuál es el color de nuestra piel o cuáles son nuestras creencias? ¿Y dice la historia algo sobre qué es un bogar? ¿Nuestros padres? ¿Nuestros familiares y amigos? ¿El lugar donde vivimos y trabajamos? ¿Nuestra lengua? ¿Lo que creemos?

He elegido treinta y nueve de entre los más de diez mil cuentos populares británicos que existen; en ellos encontrareis, una sorprendente variedad de personajes: reyes y héroes, soñadores y locos, gigantes, habitantes del mar, bestias fabulosas (entre las que se incluye El Toro Negro de Noruega*), fantasmas y todo tipo de seres mágicos.*

Pero ¿acaso no conocías ya a alguno de estos personajes? ¿O a algún pariente, quizá? ¿No os resultan familiares algunas de las desesperadas situaciones en que a veces se encuentran, como aquélla en la que el pequeño Tom Pulgar es tragado por una vaca? Decimos que un cuento popular es británico, español, brasileño o chino, pero muchos de sus principales argumentos (los folcloristas los llamamos temas*) son comunes a muchos países y culturas.*

Espero que este libro llegue a convertirse en vuestro amigo; que os haga reír, llorar un poco también; que os divirtáis juntos. Tiene muchas historias que contaros, y si sabéis escuchar, puede que en ellas descubráis retazos de vuestra propia historia.

KEVIN CROSSLEY-HOLLAND
Walsham-le-Willows, Suffolk.

El toro negro de Noruega



EN otro tiempo (y fue hace muchos años) y en otro país (y el país era Noruega), había una pobre montañesa cuyo marido murió cuando sus tres hijas eran todavía muy pequeñas.

La mujer se hizo la firme promesa de que a sus hijas no les faltaría de nada. Trabajaba todo el día y la mitad de la noche. Los vestidos de las niñas eran sencillos y bonitos; su comida era buena, y la pequeña casa en la que siempre habían vivido estaba tan limpia como la lengua de un gato.

En verano, las muchachitas traían diariamente flores silvestres de las praderas; las colocaban entre las asas de cada taza y cada jarro del aparador; las entrelazaban en los collares de sus tres vacas y arreglaban un ramo en el centro de la mesa reluciente.

A medida que las muchachas crecían se daban cuenta del precio que su madre había tenido que pagar por tan duro trabajo: su juventud y su alegría. Se apenaron por ella, y empezaron a sentir la impaciencia propia de los pajarillos volantones.

—Bajaré al valle —dijo la mayor de las hijas, cuyo nombre era Betony—. ¿Quién sabe a quién encontraré?

La mujer horneó para su hija un pastel de cebada y un buen pedazo de jamón. Después, Betony dejó atrás las laderas de la montaña, atravesó un pinar y llegó hasta una casa: el hogar de la bruja y de su única hija.

—Quédate hoy aquí —dijo la bruja—. Ve y asómate por la puerta trasera. Verás lo que puedes ver.

—¡Nada! —dijo Betony—. Nada en el camino.

Tampoco el segundo día la hija mayor vio nada. Pero el tercero observó seis caballos que se encaminaban hacia la casa tirando de una carroza de

cristal.

—Una carroza de seis caballos se dirige hacia aquí —dijo Betony.

—¡Ah! —exclamó la bruja—. Viene a por ti.

Uno de los cocheros desmontó, abrió la puerta de cristal a la hija mayor y se alejaron de allí al galope.

Poco tiempo después, la segunda hija, cuyo nombre era Bracken, quiso seguir los pasos de su hermana mayor.

—¡Madre! —dijo—. Prepárame un pastel de cebada y un trozo de jamón. Bajaré hasta el valle. ¿Quién sabe a quién encontraré? ¿Quién sabe adonde iré?

Como había hecho su hermana, Bracken llamó a la casa de la bruja. Se asomó por la puerta trasera y, el tercer día, vio cuatro caballos que tiraban de una carroza de plata y se encaminaban hacia la casa.

—Una carroza de cuatro caballos se dirige hacia aquí —dijo Bracken.

—¡Ah! —exclamó la bruja—. Viene a por ti.

El cochero desmontó, abrió la puerta de plata a la hija segunda y se alejaron de allí al galope.

—¡Madre! —dijo la hija menor, cuyo nombre era Flora—. Prepárame un pastel de cebada y un trozo de jamón. Bajaré hasta el valle.

—¿También tú? —preguntó la madre.

—¿Quién sabe a quién encontraré? —respondió Flora—. ¿Quién sabe adonde iré?

Flora dejó a su madre y bajó la montaña, atravesó el bosque y llegó hasta la casa de la bruja.

—Ve y mira por la puerta trasera —dijo la bruja—. Verás lo que puedes ver.

—¡Nada! —dijo Flora—. Nada en el camino.

Tampoco el segundo día la hija menor pudo ver nada. Pero el tercero observó un gigantesco toro negro que mugía y escarbaba la tierra mientras caminaba hacia la casa.

—Un toro negro se dirige hacia aquí —dijo Flora—, y es muy grande.

—¡Ah! —dijo la bruja—. Viene a por ti.

—¡A por mí! —exclamó la muchacha; y sus ojos se llenaron de lágrimas.

El toro esperó fuera de la casa; la bruja ayudó a la hija menor a montar sobre su lomo y se fueron lejos de allí.

El toro negro era una bestia horrible y enorme. Sus hombros eran anchos, sus ojos estaban inyectados en sangre y su pelo era tosco y enmarañado.

—Agárrate a mis cuernos, Flora —dijo el toro.

Flora se inclinó hacia adelante y asió los cuernos del toro. Inmediatamente después, el toro se dirigió, trotando, hacia las lomas. Saltó por encima de un arroyo; subió pedregosas laderas golpeando cantos que rodaban y se estrellaban, tras ellos, al pie de la montaña.

Al cabo de un rato, el miedo de Flora dejó paso a la curiosidad. El toro negro viajaba rápidamente internándola en una remota región rocosa. Hora tras hora siguió trotando sin aflojar la marcha.

—Tengo hambre —dijo Flora.

—Hay comida en mi oreja derecha —contestó el toro negro.

—Y tengo sed —dijo Flora.

—Hay bebida en mi oreja izquierda. Come y bebe cuanto quieras.

De esta forma, Flora comió y bebió, sintiéndose maravillosamente reconfortada.

Llegaba la noche y una niebla fría y húmeda comenzaba a levantarse a su alrededor, cuando Flora divisó un castillo que parecía brotar de la misma roca. Estaba lleno de murallas, almenas y saeteras.

—Descansaremos aquí esta noche —dijo el toro—. Mi hermano mayor vive aquí.

—¿Quién eres tú, entonces? —preguntó Flora.

Pero el toro no contestó y galopó hacia el patio del castillo.

Varios sirvientes ayudaron a Flora a descender del lomo del toro y la acompañaron al interior; luego, condujeron al toro hacia unos pastos rodeados de serbales y perfumados pinos.

Flora comió y durmió bien. Por la mañana, un sirviente la condujo a una habitación luminosa. Ante una gran mesa de castaño había un hombre sentado.

—Sé bienvenida —dijo el hombre.

Flora vio que sostenía en sus manos la más maravillosa de las manzanas. Brillaba como encendida por su propia luz interior.

—Esta manzana es para ti —dijo el hombre—. No deberás cortarla ni abrirla hasta que no tengas verdadera necesidad de hacerlo.

A continuación, los sirvientes del castillo ayudaron a Flora a montar sobre el lomo del toro. Y se alejaron de allí. Al llegar la noche, tras haber viajado muchas muchas millas, llegaron a un castillo engalanado con numerosas banderas ondeantes. Había banderas a su alrededor, banderas en el torreón y banderas pendiendo de casi todas las ventanas.

—Pasaremos la noche en este lugar —dijo el toro—. Mi segundo hermano vive aquí.

—¿Quién eres tú, entonces? —dijo Flora.

Pero el toro no replicó y galopó hacia el patio del castillo.

Varios sirvientes ayudaron a Flora a descender del lomo del toro y condujeron a éste hacia unos pastos para pasar la noche. Por la mañana, un sirviente acompañó a Flora a una habitación adornada con centelleantes tapices. Un hombre sentado presidía una larga mesa y Flora vio que sostenía en su mano una pera maravillosa.

—Sé bienvenida —dijo el hombre—. Esta pera es para ti. No deberás cortarla ni abrirla hasta que no tengas verdadera necesidad de hacerlo.

Una vez más, los sirvientes del castillo ayudaron a Flora a subir sobre el lomo del toro. Y se alejaron de allí. Viajaron muchas muchas millas. Cruzaron una comarca escarpada y pedregosa. Flora nunca había visto antes un lugar tan desolado. El toro continuó avanzando muy deprisa, y al llegar la noche alcanzaron un tercer castillo. Éste estaba enteramente revestido de madera pintada y decorada.

—Pasaremos ahí la noche —dijo el toro—. Mi hermano más pequeño vive aquí.

—¿Quién eres tú, entonces? —preguntó Flora.

Pero el toro no contestó y galopó hacia el patio del castillo.

Varios sirvientes ayudaron a Flora a descender del lomo del toro, y condujeron a éste hacia un prado para pasar la noche. Por la mañana, un sirviente condujo a Flora al interior de una habitación cuyas paredes eran espejos. Había un hombre sentado ante una mesa, y Flora vio que sostenía una maravillosa ciruela entre sus manos.

—Sé bienvenida —dijo el hombre—. Ésta ciruela es para ti. No deberás cortarla ni abrirla hasta que no tengas verdadera necesidad de hacerlo.

Una vez más, los sirvientes del castillo ayudaron a Flora a subir sobre el lomo del toro. Y se alejaron de allí hasta llegar a un valle oscuro y sombrío. A ambos lados de un riachuelo de fuerte corriente se levantaban encumbradas rocas que tapaban el sol, excepto al mediodía. El riachuelo estaba lleno de cantos rodados.

—Éste es el lugar —dijo el toro negro—. Bájate de mi lomo.

Flora desmontó y contempló al toro negro, sus anchos hombros, sus ojos inyectados en sangre y su pelo tosco y enmarañado.

—Debes esperar aquí —dijo el toro—, mientras yo voy a luchar con el diablo. Debes sentarte en esa roca.

Flora miró una roca con forma de plato que emergía del agua.

—¡Siéntate en esa roca y no muevas ni una mano ni un pie hasta que yo vuelva! Si te mueves, aunque sólo sea una vez, no podré encontrarte nunca más. Si todo a tu alrededor se vuelve azul, habré vencido al diablo —explicó el toro—. Pero si todo se vuelve rojo en torno a ti, él me habrá vencido a mí.

Flora se sentó en la roca con forma de plato. Miró fijamente el agua; pensó en su madre y sus hermanas, tan lejos de allí, y meditó sobre su compañero de viaje…

Poco después, todo comenzó a teñirse de azul alrededor de Flora. Las altas crestas de las rocas se volvieron de color índigo y las rocas del riachuelo tomaron el azul de la pizarra; el agua plateada se tornó aguamarina y las nubes se alejaron por encima de su cabeza.

Flora suspiró de placer. Quería gritar y bailar. Levantó el pie izquierdo y lo cruzó sobre el derecho.

Cuando el toro negro regresó al valle oscuro no pudo encontrar a Flora. Ella le oyó y le llamó una y otra vez. Pero él no podía verla ni oírla.

Finalmente, Flora se levantó. Sin saber adonde iba, caminó valle arriba. De cuando en cuando podía distinguir un brillante pico muy lejos de allí y, a medida que se iba acercando, se dio cuenta de que estaba hecho enteramente de cristal.

«Si pudiera escalar esta montaña —se dijo Flora—, vería cómo es el terreno de alrededor. Necesito comida y refugio. Si no logro escalar esta montaña, nunca podré encontrar el camino de casa».

Pero Flora no pudo escalar la montaña. Apenas conseguía dar unos pocos pasos sobre la inclinada ladera, cuando se escurría hacia abajo de nuevo.

Flora comenzó a llorar. Luego, se puso a caminar. Aquella noche, en la linde de un pinar, encontró una cabaña. Era poco más que un pesebre, y al principio pensó que estaba abandonada. Pero entonces apareció un anciano que se acercó cojeando hacia ella.

El hombre comprendió que Flora estaba tan cansada que apenas si podía hablar, comer o beber. Le dio una taza de caldo y no le hizo preguntas.

—Puedes dormir aquí —le dijo, señalando un trozo de sucia arpillera.

Flora durmió y, por la mañana, después de descubrir que el hombre era un herrero, le pidió ayuda.

—Si no consigo escalar la montaña de cristal —explicó—, no encontraré nunca el camino de casa.



—Te ayudaré si tú me ayudas a mí —dijo el anciano—. Si trabajas para mí durante siete años, te haré un par de zapatos de hierro, y con ellos podrás escalar la montaña.

Pasados siete años, Flora ganó sus zapatos de hierro y escaló la montaña de cristal. Vio a su alrededor gran número de picos y glaciares, altos pastizales, bosques y valles. Todo el campo estaba a sus pies. Miró y remiró a su alrededor, hasta que finalmente tomó el camino de su casa.

Anduvo durante ocho días. El noveno llegó a las laderas de su propia montaña y se detuvo en la casa de la bruja.

—¡Ah! ¡De manera que has vuelto! —dijo la bruja—. Y quizás justo a tiempo. Un joven caballero y sus dos compañeros de caza se hospedan aquí durante varios días. El caballero me ha dado estas camisas manchadas de sangre para lavar. «Y quienquiera que pueda lavarlas, ha dicho, quienquiera que lave estas camisas hasta dejarlas limpias, será mi mujer».

—¿Y tú no puedes lavarlas? —preguntó Flora.

—No puedo —respondió la mujer—. Y mi hija tampoco.

—Entonces, ¿cómo podría hacerlo yo?

—Puedo leer las cosas que sucederán —dijo la bruja—. ¡Intenta lavarlas!

Y, de esta forma, Flora calentó un cubo de agua en el fuego y lavó las camisas. Una a una, las manchas desaparecieron.

—Las camisas han quedado inmaculadas —dijo la bruja.

—Entonces, el caballero y yo nos casaremos —dijo Flora.

Pero Flora estaba tan cansada después de tantas aventuras que, mientras esperaba la llegada del joven caballero, que debía volver aquella noche, se quedó dormida. La bruja dio la bienvenida al caballero, le contó que su propia hija había lavado las camisas y el caballero consintió en casarse con ella.

Cuando Flora se despertó, se dio cuenta de que yacía en la cama de la bruja. En primer lugar, miró a hurtadillas para ver lo hermoso que era el caballero, con cuello de toro, sus anchos hombros y su pelo negro.

—Te conozco —musitó Flora—. Sé quien eres. Y ahora sé por qué he trabajado, caminando y esperando durante siete años.

Pero en ese momento Flora escuchó cómo él y la bruja discutían los planes de la boda entre el caballero y la hija de la bruja, que tendría lugar aquella misma noche. Se sintió sola y muy triste. Pensó que necesitaba ayuda.

—Mi manzana —susurró.

Abrió la manzana y descubrió que estaba llena de oro y ricas joyas. A continuación llamó a la hija de la bruja.

—Así es que estás despierta —dijo la hija.

—¿Ves esto? —preguntó Flora.

Al contemplar las joyas, la hija de la bruja se quedó con la boca abierta.

—¿Vas a casarte con ese caballero? —quiso saber Flora.

—No puedes detenerme —contestó la hija.

—Te daré todo esto —dijo Flora— si pospones la boda hasta mañana y me dejas entrar en su habitación, sola, esta noche.

La hija estuvo de acuerdo. Pero cuando la bruja conoció este trato, diluyó un somnífero en la cerveza del caballero. Luego, ella y su hija acostaron al caballero en su propia habitación y se acurrucaron junto al fuego para dormir.

Flora entró y miró intensamente al durmiente caballero; su cuello de toro, sus anchos hombros y su pelo negro. «Sé quién eres —se dijo—. Sé quién eres». Luego se sentó junto a él y, dulcemente, comenzó a cantar:

Durante siete largos años trabajé por ti,
Por ti escalé la montaña de cristal.
Por ti restregué la mancha de sangre de la camisa…
¿Es que no vas a volverte hacia mí?

Pero el caballero no se despertó; ni siquiera se movió. Flora se puso a llorar y comenzó de nuevo a cantar, pero el caballero durmió hasta el alba.

A la mañana siguiente, Flora rompió la pera. Estaba llena de joyas, incluso más valiosas que las que había en el interior de la manzana. Por segunda vez hizo un trato con la hija de la bruja. Y aquella noche, cuando el caballero regresó con sus dos compañeros de caza, y una vez que todos hubieron cenado juntos, Flora volvió a subir a su habitación, donde encontró al caballero dormido. Con la dulce voz de una paloma, cantó:

Durante siete largos años trabajé por ti,
Por ti escalé la montaña de cristal,
Por ti restregué la mancha de sangre de la camisa…
¿Es que no vas a volverte hacia mí?

Cantó una y otra vez; lloraba mientras cantaba, pero el caballero no se despertó; ni siquiera se movió. La bruja le había dado otra poción para hacerle dormir.

Por la mañana, el caballero y sus compañeros volvieron a salir de caza, prometiendo volver a tiempo para la celebración de la boda aquella noche.

—¿Qué era aquel ruido? —preguntó un compañero—. ¿Todos esos lamentos y arrullos durante la noche pasada?

—Yo no oí nada —respondió el caballero.

—En tu habitación —informó el otro compañero—. Canciones y lamentos.

—Es extraño —dijo el caballero—. Esta noche obraré con más cautela. Quiero estar despierto y escuchar esos sonidos por mí mismo.

Flora vivía entre la esperanza y la desesperación. Rompió la ciruela, descubriendo que contenía las más ricas joyas. De nuevo pactó con la hija de la bruja y, por tercera vez, la bruja mezcló una poción en la cerveza del caballero.

—A decir verdad —dijo el caballero—, soy algo goloso y esta cerveza me sabe un tanto agria. ¿Me darías un poco de miel para endulzarla?

Mientras la bruja salía a buscar la miel, el caballero vertió rápidamente la cerveza en un cesto que había en una esquina de la habitación y volvió a llenar su jarro de madera con agua del cántaro.

—¡Aquí está! —dijo la bruja—. Esto la endulzará.

Entonces, el caballero se retiró a su habitación, y sus dos compañeros, la bruja y su hija se tendieron alrededor del fuego. Un poco más tarde, Flora volvió a la habitación del caballero por tercera vez. Con la voz clara de un ruiseñor comenzó a cantar:

Durante siete largos años trabajé por ti,
Por ti escalé la montaña de cristal,
Por ti restregué la mancha de sangre de la camisa…
¿Es que no vas a volverte hacia mí?

Al escuchar esto, el joven caballero se volvió hacia Flora. Ella le contó a él todo lo que le había sucedido y él le contó a ella todo cuanto le había ocurrido también.

El caballero no esperó la llegada de la mañana. Se levantó y ordenó a sus compañeros que ataran con cuerdas a la engañosa bruja y a su hija y las quemaran hasta darles muerte.

Al amanecer, Flora condujo al caballero a través del pinar y sobre las laderas de la montaña. En pie, junto a la puerta de la casa, su madre miraba y

aguardaba.

Poco después, el caballero y Flora contrajeron matrimonio. ¡Fueron tan felices! Y, por lo que tengo oído, ¡qué felices son!



El gaitero y el Pooka



A única tonadilla que Patsy sabía tocar era *El truhán negro*. Ponía una almohada de aire en su gaita y la tocaba con fuerza, la tocaba dulcemente, la tocaba con denuedo y en todas las ocasiones. Pero había un problema; Patsy era tan estúpido como un burro, y tanto como amaba la música y el baile, era incapaz de aprender más de una melodía. Cuando algún gallito listo o una gallina avispada le llamaban para que tocara otra canción en un baile, él sonreía y empezaba a tocar, sólo para fruncir el ceño y parar repentinamente después de unos breves compases, sacudiendo la cabeza y musitando: «Se me ha ido, pero ¿adónde?».

Una noche, ya tarde, Patsy caminaba de vuelta a casa, tras haber tocado en el baile de una aldea vecina. No era un camino muy amistoso aquel de rocas colgantes a ambos lados de la carretera; tampoco la noche —negra como un calabozo, mientras soplaba el afilado viento de noviembre, por cierto, desafinando— era amistosa.

Mientras caminaba y canturreaba para sí, Patsy se sentía un poco solo y, cuando alcanzó el encorvado puente, aún se encontraba a dos millas de la aldea de Dunmore y del calor de la casa materna. De manera que desató la gaita, sopló en su interior y comenzó a tocar.

Una forma creció tras él, una forma con cuernos. Al principio tenía dos patas, luego cuatro. Sonrió burlonamente y bajó la cabeza.

—¡Pero qué es esto! —exclamó Patsy, pues sintió los cuernos clavarse en sus posaderas, perdió el equilibrio y fue lanzado por los aires.

Patsy dio un salto mortal hacia atrás y aterrizó en el lomo de la criatura. Se asió fuertemente a sus cuernos y gritó:

—¡El diablo te lleve, bestia repugnante! ¡Déjame ir a casa!

—¡No me importa tu casa! —gruñó la criatura.

—¡He estado tocando toda la noche! —gritó Patsy—. Tengo una moneda de seis peniques después de tantos esfuerzos, y es para mi madre.

—¡No me importa tu madre! —gruñó la criatura.

—La necesita para comprar tabaco —exclamó Patsy.

—¡Narices! —replicó la criatura—. Sujétate bien fuerte a mis cuernos. Si te caes, se te romperá la gaita, y el cuello también.

De manera que Patsy se agarró fuertemente al peludo lomo de la criatura con sus rodillas y, en seguida, mientras avanzaban trotando, ella ordenó:

—¡Toca algo, Patsy! Toca *La pobre viejecita* para mí.

—¿Cómo voy a hacer eso —preguntó Patsy—, si nunca la he oído?

—No me importa si la has oído o no —replicó la criatura—. Tú toca y ya me ocuparé yo de que la sepas.

Así es que el gaitero sopló en el fuelle de su instrumento y comenzó a tocar. ¡Oh! La oscuridad se iluminó y las nubes bailaron frente a la luna; el viento de lengua afilada dio un paso atrás. Patsy tocaba fuerte y dulcemente lo sencillo y lo intrincado. Las vacas, conejos y ovejas que le escuchaban marcaban el compás con sus patas, deseosos de tomar parte en el baile.

Finalmente, Patsy terminó la melodía. La gaita resolló y se quedó en silencio, mientras Patsy tomaba un profundo aliento.

—¡Caramba! —exclamó—. ¡Eres un gran músico, maestro!

La criatura no dijo nada. Continuó trotando a paso firme, sin que la oscuridad ni el gaitero que llevaba a su espalda parecieran estorbarle.

—¿Adónde vamos? —preguntó Patsy—. ¿Me lo dirás?

—Hay una gran fiesta esta noche —dijo la criatura— en la casa de las plañideras.

—¿Y dónde está eso? —preguntó Patsy.

—En lo alto de la montaña sagrada —dijo la criatura—. Croagh Patrick.

La criatura alargó el trote y comenzó a marchar a una especie de medio galope. Y así siguieron rodeando parajes escabrosos y cruzando cenagosos pantanos de turba, internándose en valles profundos y subiendo laderas de aguas pendientes hasta que finalmente llegaron a la cima de Croagh Patrick.

La criatura se detuvo. Golpeó tres veces la tierra con una pezuña.

En la media luz, Patsy pudo ver una gran puerta de roca que se abría despacio e, inmediatamente después, la criatura cruzó a través de ella con el gaitero todavía en su espalda. Pasaron al interior de una brillante cámara de gran tamaño.

Patsy soltó los cuernos de la criatura, se bajó de su lomo y miró en torno. En el centro de la habitación había una mesa gigantesca, la más grande sin duda que Patsy había visto en su vida, y parecía estar hecha de oro.



Una multitud de viejas —quizá cientos de ellas—, todas con largas cabelleras y ojos rojos como brasas de carbón de tanto llorar y lamentarse se sentaban alrededor de la mesa. Llevaban vestidos verdes y mantos grises.

En aquel momento se produjo un gran alboroto de objetos arrastrados y murmullos. Las mujeres se levantaron y exclamaron:

—¡Un millar de mil te da la bienvenida, Pooka[1] de noviembre! ¿A quién traes contigo?

—Al mejor gaitero de Irlanda —dijo el Pooka.

Una de las mujeres avanzó hacia Patsy y golpeó en el suelo con su bastón. Inmediatamente, se abrió una pequeña puerta en la roca e hizo su aparición un ganso blanco, el mismo que Patsy había robado al padre William.

—¡Caramba! —dijo Patsy—. ¡Juraría que ese ganso me lo comí yo!

El gaitero miró al ganso y el ganso miro a Patsy.

—Mi madre y yo, los dos nos comimos cada trocito de él, todo, excepto un ala que le di a María la Roja. El diablo la lleve, ella fue la que le contó al padre William…

Pero parecía que el ganso no sentía el menor interés por Patsy.

Se alejó de allí, chapoteando, y comenzó a quitar los platos y las copas de la mesa.

—Ahora, Patsy —dijo el Pooka—, ¡empieza a tocar! Toca una canción para estas damas.

De manera que Patsy tocó *El truhán negro*, la única pieza que conocía, y las viejas comenzaron a bailar; hacia adelante y hacia atrás, vuelta y vuelta, sus cabelleras grises y sus cabelleras blancas ondeando a sus espaldas. Patsy se puso a tocar una segunda tonada, y después una tercera, una larga sucesión de canciones que, igual que había sucedido con *La pobre viejecita*, no había oído nunca antes. Las viejas bailaron hasta que estuvieron demasiado cansadas para poder seguir.

—¡Pagad al gaitero, señoras! —gritó el Pooka, sonriendo burlonamente de oreja a oreja—. ¡Pagad al gaitero!

Las viejas se tambaleaban mientras buscaban una moneda de oro en un monedero o un bolsillo escondido y se la daban a Patsy.

—¡Mi madre! —rebuznó Patsy—. Por el diente de San Patricio, soy tan rico como el hijo de un caballero.

—Ven conmigo —dijo el Pooka—. Te llevaré a casa.

Patsy y el Pooka se volvieron hacia la puerta y, justo cuando el gaitero se disponía a montar una vez más sobre el lomo de la criatura, el ganso blanco se

acercó ceremoniosamente hasta Patsy y le hizo entrega de un nuevo juego de tubos de gaita de marca.

—Es precioso —dijo Patsy—. ¡Muy amable de tu parte! ¡Ojalá no te hubiera comido!

Poco después, el Pooka llevó a Patsy de vuelta al pequeño y encorvado puente, a sólo dos millas de la aldea de Dunmore.

—¡Vete a casa, Patsy! —dijo la criatura, y sus ojos negros brillaron con luz del amanecer—. Tienes ahora dos cosas que antes no tenías.

—¿Qué cosas? —preguntó Patsy.

—Algo de sentido común entre las dos orejas —dijo el Pooka— y memoria para la música.

De esta manera, Patsy llegó a casa de su madre y, con las primeras luces de pálido verde, llamó a la puerta. Como su madre —que estaba dormida— tardó un poco en levantarse, Patsy volvió a golpear la puerta y exclamó a grandes voces:

—¡Déjame entrar! ¡Ábreme! ¡Soy tan rico como un caballero y el mejor gaitero de Irlanda!

—Yo te diré lo que eres —repuso la madre de Patsy—. Eres tan borracho como un caballero y, además, una buena pieza.

—No, señor —dijo Patsy—. No he bebido ni una gota. Ni una gota desde medianoche.

La madre de Patsy abrió la puerta y dejó pasar a su hijo. Después cruzó la pequeña habitación, se arrodilló frente al fuego adormecido y sopló sobre las brasas, haciendo una bocina con las manos.

—¡Mira! —dijo Patsy, vaciando sus bolsillos—. ¡Mira aquí! —gritó, mientras las piezas de oro corrían por el suelo.

—¡Patsy! —exclamó la madre—. En nombre de Dios, dónde…

La anciana se revolvía de izquierda a derecha, recogiendo las piezas de oro hasta que todas ellas formaron un brillante estanque dorado en su regazo.

—¡Y estos nuevos tubos de gaita! —dijo Patsy con orgullo—. Y ahora espera a escuchar la música que toco.

Patsy se ciñó la gaita y llenó el fuelle de aire. Pero ¡qué música! En vez de responder a sus rápidos dedos, los tubos emitieron el más espantoso cacareo, como si todos los gansos y ocas de Irlanda hubieran sido zampados, descansaran en su interior y cacarearan al mismo tiempo.

—¡Para! —gritó la madre de Patsy—. ¡Para!

No necesitaba Patsy que le animaran. Se quitó la gaita de encima y la puso en la esquina de la pequeña habitación. Pero el terrible alboroto había

despertado ya a los moradores de las casas vecinas. Un poco atontados por el sueño y despeinados, se acercaron tambaleándose hasta la puerta uno detrás de otro; primero indignados, después curiosos y, finalmente, burlones.

—Muy bien, pues me pondré mi antigua gaita —dijo Patsy, testarudo

—¡Sí, y toca *El truhán negro*! —exclamaron varias voces, y ninguna de ellas lo hacía con buena intención—. *El truhán negro*, Patsy! ¿Es eso lo que harás?

Pero Patsy no tocó *El truhán negro*. Cerró los ojos, los abrió y sus dedos recordaron todos los bailes y cada nota que había interpretado para las plañideras de la cima de Coagh Patrick.

—Y además hay esto —dijo la madre de Patsy maliciosamente desatando el manto en el que había guardado el oro, y poniéndolo frente a sus amigos y vecinos.

Entonces, Patsy se sentó frente al avivado fuego y les contó cuanto le había sucedido desde que dejara el baile de la noche anterior.

—Y todo ello —dijo— mientras vosotros dormíais.

Todo entre la medianoche y las primeras luces.

Aquella mañana, después de desayunar, la madre de Patsy volvió a mirar el contenido del manto por segunda vez. Estaba lleno de crujientes hojas, nada más que hojas de noviembre, rojizas, doradas y pardas.

—¡Ay, Patsy! —exclamó su madre tristemente, y se cubrió los ojos con el puño lleno de hojas.

Entonces Patsy se fue a buscar al padre William y le contó lo que le había sucedido la noche anterior.

El padre William sacudió la cabeza. Continuó sacudiendo la cabeza y sonrió.

—¡Gallos y toros! —dijo—. ¡Farfolla, Patsy! Y tú lo sabes.

—¡Es verdad! —dijo Patsy indignado—. Le enseñaré. Me pondré la gaita.

Se ciñó la gaita y llenó el fuelle hasta reventar. Una vez más, los tubos emitieron terribles cacareos y graznidos.

—¡Sal de aquí, ladrón! —gritó el padre William.

—¡Y ahora esto! —dijo Patsy tan pronto como el escándalo cesó.

—¡Fuera! —gritó el padre William—. ¡Fuera de aquí! ¡Y vete a Croagh Patrick!

Pero Patsy se mantuvo en sus trece y se ajustó su vieja gaita. Y entonces, ¡qué música tocó! Primero melodías conocidas y después las canciones desconocidas que había interpretado para las plañideras de la cima de la montaña, y todo con una ejecución más que brillante.

El viejo párroco chasqueó los dedos, y, en el interior de sus zapatos negros, los dedos de los pies comenzaron a sentir un cierto hormigueo. Pequeños pájaros se asomaron a su ventana.

Y desde ese día hasta aquél en que murió, Patsy fue aclamado como el príncipe de los gaiteros del condado de Galway.

Los niños verdes



LAC enderezó la espalda, se rodeó los hombros doloridos con los brazos y gruñó. El sudor resbalaba por su rostro y le goteaba desde la punta de la nariz. Se relamió los labios: sabían a sal. Bajó la mirada hacia las largas y rectas ringleras de trigo; después, restregándose la parte posterior del cuello, entre las paletillas de los hombros, se puso a meditar sobre la posición del sol. Pero el estómago era su mejor reloj. Llenó de aire sus pulmones, se llevó una mano a la boca y, haciendo bocina, gritó:

—¡La comida!

El resto de los labriegos le oyeron. Uno a uno dejaron de trabajar y se restregaron la frente; uno a uno abandonaron sus franjas de tierra y comenzaron a caminar en dirección a él.

Sus guadañas brillaban con el sol del mediodía; una suave brisa soplaba por encima de las ringleras y alertaba, susurrante, el oído del trigo aún por cortar.

—¡Vamos! —llamó Clac.

Se sentó sobre el caballón de césped que separaba su parcela de tierra de la siguiente, y esperó con impaciencia.

—Este sol… por hoy ya he tenido bastante.

—Lo mismo digo —suspiró Swein, derrumbándose como un saco de patatas.

—¡Vamos! —exclamó Clac—. Tú y tú, y todos los demás.

Tomó una loncha de tocino con una mano y, con la otra, una bota de sidra.

—Yo me voy a la sombra. Primero la sombra, después la comida. ¿Quién lleva las manzanas?

—Yo —dijo Grim.

De esta manera, los labriegos —nueve en total— cruzaron la tierra común en la que pacía el ganado. Caminaron hacia los Wolfpits —el lugar donde en invierno vagaban los animales salvajes— y en dirección a los altos olmos ondeantes.

Clac dirigía la marcha. Siempre lo hacía; le gustaba. Y el señor de la casa solariega, sir Richard de Calne, quien había reparado en esta condición suya, le había colocado por encima del resto de los labriegos y aldeanos. Cuando los hambrientos y cansados hombres se acercaron a los olmos, Clac se paró de golpe.

—¡Mirad!

—¿Qué? —preguntó Grim.

—¿Dónde? —preguntó Swein.

—¡Mirad! —exclamó Clac de nuevo—. ¡Mirad! ¡Allí! —señaló hacia los árboles—. ¡Seguidme!

Y, arrojando la loncha de tocino y la bota comenzó a correr. Corrió y corrió hasta llegar al viejo Wolfpits, justo detrás de los olmos.

Y allí, en el hueco de uno de los hoyos, los labriegos divisaron lo que Clac había visto antes: dos niños verdes acurrucados. Su piel era verde, su pelo era verde, vestían verdes ropas. Eran un niño y una niña.

En un primer momento nadie se movió, nadie habló. Los labriegos miraban hacia abajo, a los niños verdes, y los niños verdes miraban hacia arriba, a los labriegos.

—¡San Edmundo nos asista! —exclamó Clac; e hizo el signo de la cruz.

—Y San Guillermo de Norwich —murmuró Grim; también se santiguó.

—¿Quiénes pueden ser? —quiso saber Swein.

—Pregúntaselo —dijo Clac.

Swein rió nerviosamente.

—Bien, entonces —dijo Clac— lo haré yo. Se lo preguntaré.

Pero él también se sentía nervioso y se vio traicionado por un gallo.

Los labriegos se agruparon ansiosamente.

—Puede que se trate de una pequeña tribu —aventuró Swein.

—Dejémosles solos —propuso Thurketil.

—Miradles bien —replicó Clac—. ¿Es que os parece que pueden hacernos algún daño?

Los labriegos se arremolinaron en torno del hoyo y miraron sin aliento. Si uno de aquellos hombres se hubiera movido, el resto habría salido en estampida. El niño y la niña se apretaban uno contra otro y miraban con temor a los nueve hombres. Y entonces, inesperadamente, la niña verde se cubrió la cara con las manos y comenzó a sollozar.

—¿Lo veis? —dijo Clac.

Dio un paso al frente, se deslizó por el verde terraplén y caminó en dirección a los niños.

Cuando Clac se acercó a ellos, se encontraba tan perplejo que olvidó por completo su nerviosismo. En sus treinta años de vida, nunca antes había visto u oído hablar de nada semejante: niños verdes, un niño y una niña con mejillas verdes, dedos verdes y, asomando de sus sandalias verdes, pies verdes.

—¡Hola! —dijo Clac con su voz bronca y amistosa—. ¿Quiénes sois?

Los niños se apretaron aún más uno contra otro. Miraron a Clac aterrorizados.

Clac observó a los niños de cerca y calculó que la niña tendría nueve años y el niño unos siete. Pensó también que se parecían entre sí, no sólo por el hecho de ser verdes, sino en la forma de sus rasgos.

—Debéis ser hermanos —dijo—. ¿Quiénes sois? ¿De dónde venís?

Los niños continuaron contemplándole en silencio.

«Bien —pensó Clac—, o son mudos o no me comprenden».

En ese momento, el niño se volvió hacia la niña y le dijo varias palabras extrañas.

—Esto lo prueba —afirmó Clac—. Vosotros no me comprendéis, y yo no puedo pretender comprenderos.

La niña verde miró a Clac; de pronto, le dirigió una sonrisa, abrió la boca y la señaló.

—¡San Edmundo nos asista! —exclamó Clac—. ¡Tiene la lengua verde! —sacudió la cabeza y sonrió bonachonamente—. Ya veo —dijo—. Tienes hambre.

Se volvió y, llamando al resto de los labriegos de forma tranquilizadora, prorrumpió:

—¿Qué es lo que hacéis ahí arriba, pasmados? Coged el tocino y traedlo aquí. Y también la sidra.

En menos de un segundo, los labriegos bajaban al hoyo llevando la comida. Se colocaron alrededor de los niños, vencida su superstición finalmente por la curiosidad.

—¡Vamos! Ahora dadme el tocino —dijo Clac.

Lo tomó de manos de Swein y se lo enseñó a los niños. Éstos lo contemplaron sin comprender; luego, se miraron el uno al otro y sacudieron la cabeza. A continuación, la niña lo olisqueó y frunció la nariz.

—¡Mira eso! —se maravilló Clac—. Nunca habían visto tocino.

Ahora le tocó a él el turno de sacudir la cabeza.

—Bueno, ¿y qué pasará con las manzanas? —preguntó—. Dadme dos manzanas rojas.

—Aquí están —dijo Grim, y se las pasó.

Los dos niños las contemplaron, volvieron a mirarse entre sí y, por segunda vez, sacudieron la cabeza.

Clac se quedó mudo de asombro.

¿Y qué me decís de eso? —exclamó—. Nunca habían visto una manzana.

A pesar de su comportamiento, era evidente que los dos niños se sentían desfallecidos. Una y otra vez señalaban sus bocas. Y de nuevo la niña verde comenzó a llorar.

—Creo que deberíamos llevarles ante sir Richard —opinó Clac—. Sir Richard es un gran viajero. Ha estado en muchos lugares y muy lejos de aquí, casi tan lejos como en los límites de la tierra. Quizás él haya oído hablar de los niños verdes.

De manera que los labriegos condujeron a los niños a la heredad de sir Richard de Calne. Y mientras caminaban cantaban, pues no se sentían precisamente abatidos por perder una tarde de trabajo bajo el brillante sol. Marchaban con la cabeza baja y protegiéndose los ojos con los brazos.

La fortificada casa solariega estaba rodeada por un foso. Clac caminó hasta el borde y gritó a los guardianes, al otro lado. Tras intercambiar unas palabras, hicieron bajar el puente levadizo. El pequeño grupo, custodiando a los niños en el centro, cruzó el puente y llegó al interior de la muralla.

—¡Esperad ahí! —ordenó un guardián al que casi se le salieron los ojos de las órbitas cuando vio a los niños verdes— hasta que venga sir Richard.

En el interior de la muralla, lejos de la luz del sol, los niños miraban a su alrededor con gran curiosidad. Corrían de un lado a otro lanzando exclamaciones, sorprendidos ante la gigantesca chimenea, las estrechas aberturas de las ventanas y los juncos amarillos del suelo. Charlaban excitadamente y, por un momento, incluso parecieron olvidar su hambre.

—¡Niños verdes! —exclamó una voz en la entrada de la muralla—. ¿Qué es esto?

Y allí, con las manos sobre las caderas, estaba sir Richard de Calne, un hombre enorme y tripón.

Los hombres le apreciaban. Era un señor justo y generoso, aunque su estado de ánimo variaba tanto como el tiempo.

Pero ahora guardaba absoluto silencio. Escrutaba a los niños verdes con la boca abierta.

—Por favor, mi señor —dijo Clac, dando un paso al frente.

Y explicó a sir Richard cómo había descubierto a los niños verdes en los Wolfpits.

—Y no hablan inglés —dijo—, y no comen nuestra comida.

Desde su gran altura, sir Richard miró a los niños, que se encogían. Se mesó la barba y consideró el problema; niños verdes, verdes como la hierba, que no hablaban inglés, que no comían manzanas…

—De modo que no hablan inglés —repitió sir Richard tras una larga pausa—. ¡Bien! Quizá hablen normando —se detuvo, sonrió cálidamente a la niña verde y dijo—: D-oú venez-vous?

La niña verde miró a su hermano, y éste repitió las mismas extrañas palabras que Clac había escuchado en los Wolfpits. Luego la niña miró a sir Richard, señaló su gran tripón y abrió la boca.

Sir Richard vociferó, entre grandes risas:

—Te entiendo. La comida pertenece a un lenguaje común. Muy bien. Sentadles.

Y entonces, caminando hacia la entrada de la sala, gritó hasta el límite de su voz:

—¡Comida! ¡Comida!

Rápidamente, Clac llevó a los niños a una mesa de caballete; un criado entró portando un pollo sobre una bandeja; le siguió un segundo criado llevando un racimo de uvas, y un tercero trajo una jarra de vino tinto.

—Dadles un ala a cada uno —dijo sir Richard—. Eso les tentará. Ya veréis si les tienta.

Pero lo niños rechazaron el pollo.

—¿Qué pasa con las uvas, entonces? —preguntó sir Richard.

Las negras y suculentas uvas fueron dispuestas frente a ellos. La niña señaló una y dijo algo a su hermano. Luego, las rechazaron también.

Sir Richard caminaba por la sala de arriba abajo, desconcertado.

—Bien, traedles algo de queso —dijo.

Poco después, volvió a aparecer un criado con un plato de queso cremoso y lo colocó sobre la mesa. Los dos niños le echaron un vistazo y lo rechazaron

también.



—¡Válgame el cielo! —exclamó sir Richard—. No sé qué pensar. ¿Qué es lo que comerán?

Ocurrió que un viejo criado cruzaba en aquel momento por un extremo de la sala. En sus brazos llevaba un montón de judías verdes recién cortadas, todavía ligadas a sus tallos. Al ver las judías, los niños verdes gritaron de placer. Saltaron del banco y corrieron hacia el sirviente. Éste quedó tan sorprendido al verles que, al punto, tiró las judías y salió de la sala corriendo tan rápidamente como sus viejas piernas le permitieron.

Los niños se abalanzaron sobre el montón, e inmediatamente se pusieron a rasgar los tallos, pensando que las judías se encontrarían en su interior. Al no encontrar ninguna, se sintieron desmoralizados y comenzaron a llorar desconsoladamente una vez más.

—¡Mirad! —dijo Clac—. Es así.

Y abrió rápidamente una vaina, mostrándoles las judías desnudas.

De ese modo por fin los niños verdes comenzaron a comer.

Los labriegos les contemplaban.

—Ya veo —dijo sir Richard—. Ya veo. Niños verdes, comida verde.

Al terminar su comida, los niños verdes sonrieron con gratitud a sir Richard de Calne y a los labriegos.

—¡Bien! —dijo sir Richard—. Y ahora, ¿qué vamos a hacer con ellos?

Era una pregunta que nadie podía contestar. Y como los niños no mostraban ninguna inclinación a abandonar la sala, sir Richard ordenó que se les permitiera permanecer en la casa el tiempo que desearan. Le pidió a su párroco, el padre John, que les enseñara a hablar inglés.

Y durante muchos muchos meses, los niños verdes no comieron otra cosa que no fueran judías.

La gran feria de Stourbridge llegó y se fue. Sir Richard de Calne viajó hasta allí cargado de pacas de lana y volvió con pieles del Báltico, telas y encajes de Francia, y sales y especias del Oriente.

Y durante todo ese tiempo los niños verdes estuvieron en la casa solariega.

El padre John se tomó muy en serio sus deberes; cada día, los niños recibían clases de inglés impartidas por él. Los dos trabajaron duramente e hicieron grandes progresos.

El viejo párroco, un hombre de rostro anguloso y enjuto que a menudo declaraba que no amaba a nadie sino a Dios, comenzó a querer al niño verde y

a la niña verde como si fueran sus propios hijos.

—Deben ser bautizados —le dijo a sir Richard un día—. Puede que sean verdes, pero también tienen alma.

Y, de esta forma, los niños fueron bautizados. La ceremonia contó con la presencia de sir Richard de Calne y su familia, así como la de sus labriegos y campesinos.

Agosto se hizo viejo; nació septiembre. Fuertes vientos luchaban contra el sol. Las hojas cayeron, alfombrando la tierra de cobre, bronce y oro. Los olmos, junto a los Wolfpits, parecían esqueletos.

Clac y sus compañeros llevaron la cosecha a los graneros y comenzaron a prepararse para el invierno. Mataron cerdos, ganado y aves de corral, y se los dieron a sus mujeres para trincharlos, salarlos y almacenarlos para los días difíciles.

Durante los fríos días de noviembre, el niño verde comenzó a dar muestras de desasosiego. No quería comer más judías; progresaba poco en su trabajo; perdió interés en el juego de las damas y de la peonza, y nada de lo que le decía su hermana servía para levantarle el ánimo. Nadie podía entender qué era lo que le sucedía; no tenía fiebre, ni granos. Y su hermana hablaba tan poco inglés que era incapaz de explicarlo.

El padre John se sentía muy inquieto. Dio a comer al niño verde ajea y magarzuela, manzana silvestre, tomillo e hinojo; mandó traer agua del pozo de Nuestra Señora de Bury; ofreció plegarias.

Pero todo fue en vano. Un día oscuro, cuando la tierra parecía hierro bajo los pies y los cielos eran de color gris, las manos del niño cayeron, exangües, y murió.

Durante el largo y duro invierno su hermana no pudo ser consolada. A menudo lloraba; hacía tanto frío que las lágrimas se helaban en sus mejillas. Finalmente, cuando la primavera venció al invierno, también ella consiguió superar su pena. Brotaron las flores del azafrán silvestre.

Una noche, sir Richard de Calne y su familia, sus criados y guardianes, y los labriegos y campesinos que trabajaban en su heredad, se reunieron en la gran sala.

Era costumbre que después de la cena, el trovador cantara. Todos se volvieron de espaldas a la mesa para ver al trovador y el fuego.

—Esta noche no —dijo sir Richard—. Hoy no tendremos canciones. Os he pedido que vinierais por una razón especial —hizo una pausa y miró en

torno a la sala—. Nuestra invitada —continuó y, sonriendo, se volvió hacia la niña verde— ya puede hablar inglés. Me ha contado quién es y de dónde viene. Y ahora le he pedido que os cuente a vosotros su historia.

Hubo un gran murmullo de excitación.

La niña verde se levantó y caminó hacia el lugar donde se encontraba el trovador, junto a los troncos llameantes. Tras ella, su sombra danzaba en el muro. Sonrió con aquella seductora sonrisa que había hechizado a Clac por primera vez en los Wolfpits. Después, con voz fuerte y clara, comenzó:

«Soy de un país verde. La gente es verde, los animales son verdes, la tierra y el cielo son verdes. No hay nada en él que no sea de color verde. El sol nunca brilla en mi país. La luz es un constante resplandor verde; como si el sol estuviera siempre justo detrás del horizonte».

Un golpe de humo llenó la habitación. Los oyentes tosieron y se frotaron los ojos escocidos; luego, volvieron a prestar atención.

Jamás habían escuchado nada parecido en sus vidas.

«Desde las colinas de nuestro país —dijo la muchacha—, se puede ver otra tierra, mucho más brillante —aunque nunca he estado allí— y separada de la nuestra por un ancho río».

—Pero dinos dónde está tu tierra —dijo sir Richard— y cómo llegaste hasta aquí.

«Pues bien, un día mi hermano y yo —mi pobre hermano, que murió de tanto extrañar su hogar— estábamos cuidando ovejas cuando algunas comenzaron a separarse del camino. Las seguimos y llegamos hasta la boca de una cueva, una enorme cueva que nunca antes habíamos visto.

Las ovejas entraron en la cueva y nosotros fuimos tras ellas. Entonces escuchamos un sonido de campañas delante de nosotros; era el sonido más extraordinario; campanas suaves y campanas vibrantes, campanas de tiple y campanas de bajo, sonando, sonando.

Parecía, dijo la niña verde, que el sonido venía del fondo de la cueva. Las campanas eran tan maravillosas que nos empujaban hacia ellas. Teníamos que encontrarlas. Y así caminamos a través de la cueva, sin descanso. Al principio era llana; después, comenzó a hacerse más empinada. Y las campanas sonaban y sonaban, arrastrándonos hacia ellas.

La cueva era un poco tenebrosa pero no totalmente oscura; entonces vimos una luz un poco más adelante. «¡De allí vienen las campanas!», dijo mi hermano. De manera que corrimos hacia allí.

Crecía y crecía, deslumbrándonos. Y, de repente, subimos y salimos fuera de la cueva. El sonido se detuvo, la luz del sol nos cegó —se llevó las manos

a los ojos—. El sol nos golpeó hasta dejarnos sin sentido. Durante mucho tiempo estuvimos desvanecidos».

En la sala todo el mundo estaba en suspenso. Crepitaba el fuego.

«Cuando nos recobramos, nos dimos cuenta de que estábamos en un hoyo profundo. Y, aunque buscamos la entrada de la cueva, ésta había desaparecido; no pudimos encontrarla de nuevo. ¿Qué haremos?, me preguntó mi hermano. ¡No lo sé!, le respondí. Me sentí muy asustada. ¡Pero, como no podemos volver, será mejor ir hacia delante! De esta forma, con gran cuidado, salimos de los Wolfpits».

—¡Claro! —exclamó Clac todo excitado—. Me acuerdo muy bien. Fue entonces cuando te vi. ¡San Edmundo nos asista!, dije. Dos niños verdes.

—Si tú estabas sorprendido de ver niños verdes —replicó la niña—, piensa en nuestra sorpresa al ver hombres rosas.

Todo el mundo se echó a reír.

«No sólo estábamos sorprendidos, continuó la niña verde, sino asustados también. Mi hermano y yo volvimos al interior del hoyo, pero no pudimos encontrar la entrada de la cueva. Entonces fue cuando nos cogisteis».

Los reunidos suspiraron y sacudieron la cabeza.

«Ésta es mi historia —dijo la niña verde—. El resto ya lo conocéis. Gracias por vuestra gran generosidad conmigo. He sido muy feliz aquí; pero, si algún día puedo encontrar la entrada de la cueva, deberé volver a casa».

Y con esto se sentó.

Pero aquello era sólo el comienzo. Muchas fueron las preguntas que le hicieron aquella noche, muchas las respuestas dadas.

Los años pasaron y la niña verde no regresó a su casa. Se quedó en la heredad, pues fue incapaz de encontrar la entrada de la cueva.

Poco a poco, aprendió a comer carne y frutos de la tierra e incluso llegó a disfrutar de su sabor. Lentamente, su piel fue perdiendo el tinte verde y su pelo se volvió muy hermoso.

Siempre decía que era muy feliz en este mundo. Pero, a menudo, Clac y los labriegos la veían sola por los Wolfpits. En aquellas ocasiones nunca se acercaban a ella. Sabían que añoraba a su propia gente y que estaba buscando la entrada de la cueva.

Una primavera, la niña verde se casó. Dejó la heredad de sir Richard de Calne y se fue a vivir con su marido a Lenna, cerca de la cascada del Rey. Pero incluso entonces volvía a los Wolfpits de cuando en cuando. Sus pies

estaban anclados a esta tierra, pero su corazón navegaba hacia otra tierra lejana.

¿Cómo terminó esta historia? ¿Qué fue de la niña que llegó de la tierra verde?

Todo esto sucedió hace muchos muchos años. Hace ochocientos años.

Algunas cosas viven más tiempo que los siglos, otras no. Sabemos muchas cosas de la niña verde, pero hay otras muchas que no conocemos.

Y nadie sabe —a menos que tú lo sepas— si la niña verde permaneció en la tierra hasta el final de su vida, o si un día, cerca de los Wolfpits, sencillamente desapareció.



La mujer del mar



RA una tarde vacía, del color de las perlas y las ostras. El agua lamía la arena, contaba los guijarros y besaba la roca donde la muchacha estaba sentada. Entonces ella descubrió una foca que había confundido con una masa de algas hasta que fijó la vista en aquellos ojos. Buceaba bastante cerca, a tan sólo unos veinte o treinta pasos de la orilla.

Miró a la foca; la foca la miró a ella. Entonces, la foca gritó. La llamó con voz fuerte.

Ella se levantó sobre la roca. Gritó a la foca, no una palabra, sino un sonido, la música con que las palabras están hechas.

La foca nadó un poco más cerca. Miró a la muchacha. Entonces gritó. ¡Oh! El filo de la luna y el dolor de una madre estaban contenidos en aquel grito.

La muchacha saltó de la roca. Sus ojos eran ojos marinos, grandes y grises como el pedernal.

—¡Foca! —gritó—. ¡Mujer del agua! ¿Qué quieres?

¿Y qué podía querer la foca sino la compañía de la muchacha? Mientras ella bajaba a la playa con blandas pisadas, la foca la seguía, guardando siempre quince o veinte pies de distancia hasta la orilla, desde el oscuro oleaje. La muchacha volvió hacia la roca y la foca regresó con ella. Algunas veces, ésta resoplaba; otras, se lamentaba como si estuviera perdida, completamente perdida en el mar.

La muchacha se agachó y recogió una curiosa caracola, opalina, lechosa y de forma sinuosa.

—¡Escucha, escucha! —cantó el viento en la boca de la caracola.

Entonces, la muchacha levantó la caracola y la apretó contra su oído derecho.

Una tarde, cantó la caracola, del color de las ostras y las perlas, un hombre regresaba de la pesca. ¡Estaba tan fatigado! Se quitó sus ropas tirantes de sal. Se lavó. Durante una o dos horas cerró los ojos. Luego, cuando se levantó la luna, se acercó caminando hasta esta playa.

Escuchó a las pequeñas olas besándose en las rocas. Aspiró el olor de la tierra en la brisa y supo que pronto iba a llover. Caminó por aquí, yendo suavemente de un lado a otro, sin ninguna prisa, pues no tenía que ir a ninguna parte.

De pronto se detuvo. Abajo, en la playa, no más lejos que a la distancia de un grito, vio a un grupo de habitantes del mar que bailaban. Cantaban y danzaban como las olas del mar.

En ese momento los habitantes del mar le vieron a él. Al instante, dejaron de cantar y rompieron su brillante corro. Cuando el pescador comenzó a correr en su dirección, ellos se precipitaron hacia una pila de pieles de foca —a la luz de la luna, parecían una roca mojada—, las cogieron, se vistieron con ellas y se zambulleron en el agua.

Sin embargo, una muchacha no fue tan rápida como los demás. Estaba tan ensimismada con la danza que el pescador alcanzó su piel antes que ella. El hombre la cogió y la plegó debajo de un brazo. Luego se volvió hacia la mujer del mar con una mueca.

—Por favor —dijo ella. Su voz era aguda como una campanilla y estaba salpicada de plata—. Por favor.

El pescador meneó la cabeza.

—Mi piel —dijo la mujer del mar.

Allí estaba, vestida con la luz de la luna, tendiendo sus brazos hacia él; y allí estaba él, entre ella y la mar.

—He traído a tierra muchas capturas —suspiró el pescador—, pero nunca nada como esto.

Entonces, la mujer del mar comenzó a llorar desconsoladamente.

—No puedo —dijo ella—, no puedo volver sin mi piel.

—Me quedaré «con esta captura» —pensó el pescador.

—Mi hogar, mi familia y mis amigos —gimió la mujer del mar.

Lloraba y la luna recogía sus lágrimas de sal y las convertía en perlas. Qué encantadora era, aquella muchacha, ágil como suelen ser las muchachas, una niña del mar, una hermana de la luna. Pero el pescador no tenía la menor intención de devolverle su piel ni por todas sus lágrimas.

—Vendrás conmigo —dijo.

La mujer del mar tembló.

Entonces, el hombre dio un paso hacia adelante y le cogió de la muñeca.

—Ven a casa conmigo —dijo.

La mujer del mar no avanzó hacia el hombre y tampoco se alejó de él.

—Por favor —dijo su voz, dulce y sonora—. El mar es mi hogar, las olas clamorosas, la luz verde y la oscuridad.

Pero el pescador había tomado una decisión muy diferente. Condujo a la mujer del mar a través de la playa y de la aldea silenciosa, y la llevó hasta su casa.



A continuación el pescador cerró la puerta de la casa y salió de nuevo a la noche para esconder la piel. Corrió hacia el pajar que estaba detrás de su casa; retiró un poco de heno y escondió detrás la piel. En diez minutos estaba de vuelta.

La mujer del mar se encontraba aún allí; sin su piel, no había ningún lugar al que pudiera ir. Miró al hombre. Con sus ojos grises de pedernal le miró.

La muchacha apartó la caracola de su oído por un instante. Observó el vacío a su alrededor: nadie en la playa o en el terraplén que bajaba hasta ella, nadie entre ella y el polo norte. Las pequeñas olas se entregaban a sus besos y la foca continuaba ofreciéndole su compañía subiendo y bajando de los pozos de las aguas.

—¡Escucha, escucha! —cantaba el viento en la boca de la caracola.

La muchacha volvió a levantar la caracola y la presionó contra su oído derecho.

El tiempo pasó, cantó la caracola, y la mujer del mar se quedó con el pescador. Sin su piel no podía volver al mar, y el pescador no sería peor que el siguiente hombre que ella encontraría si intentaba huir por tierra.

Por su parte, el pescador se enamoró. Había pasado la mitad de su vida en el océano. Conocía todos sus estados de ánimo, movimientos y colores, y reconocía éstos en la mujer del mar,

Al cabo de algún tiempo, el hombre y la mujer se casaron y tuvieron una hija y dos hijos. La mujer del mar les amaba tiernamente y se comportó como una buena madre con ellos. Los niños no eran diferentes al resto de los chiquillos, excepto en una cosa; tenían una membrana fina y medio transparente entre los dedos de las manos y de los pies.

A menudo, la mujer caminaba hasta la playa donde el pescador la había capturado. Se sentaba en la roca; cantaba tristes canciones sobre un tiempo más feliz y, a veces, una gran foca se acercaba nadando hacia ella, llamándola. Pero ¿qué podía hacer? Hablaba con la foca en el lenguaje que ambas compartían; se quedaba allí durante horas; pero al final se daba la vuelta y regresaba lentamente a la aldea.

Una tarde de verano, los tres hijos de la mujer del mar jugaban en el pajar, detrás de la casa. Uno de los niños dio un empujón a su hermana, y la niña se agarró con fuerza a la pared.

Una paca de heno cedió. Y la piel, la piel de foca que el pescador había escondido tras una paca y luego tras otra, a medida que los años habían ido pasando, cayó al suelo.

Los niños dejaron de jugar. Tocaron la piel con sus dedos; hundieron sus caras en su suavidad; la cogieron para enseñársela a su madre.

La mujer del mar apenas se atrevía a mirarla, pero la miró; apenas se atrevía a tocarla, pero la tocó.

—¡Madre! —dijeron los niños, arremolinándose en torno a ella—. ¿Qué es?

La mujer del mar apretó fuertemente a sus hijos contra ella. Abrazó y besó a cada uno de ellos. Luego se dio la vuelta y salió corriendo de la casa con su piel.

Los niños tenían miedo. La siguieron. Vieron cómo se ponía la piel, lanzaba un grito muy fuerte y nadaba hasta una roca. A continuación, una gran foca salió a su encuentro y ambas saltaron y se sumergieron en el agua.

Cuando su padre regresó de la pesca, sus hijos estaban en pie junto al embarcadero.

—Marchad a casa —dijo el hombre—. Yo iré dentro de una hora.

Lentamente, el hombre vadeó la playa con sus ropas tirantes por la sal. Se restregaba los ojos de pálido azul una y otra vez, y miraba hacia las aguas danzarinas.

Ella se levantó entre las olas. Sólo estaba a unos pocos pasos de distancia.

—¡Esposo! —gritó—. ¡Esposo! ¡Cuida de nuestros hijos! ¡Cuida de ellos! —su voz cruzaba las aguas—. Tú me has amado y has cuidado de mí, y yo te he amado. Pero a pesar del tiempo que viví contigo, siempre amé a mi primer esposo.

Luego, la mujer del mar, la mujer foca, se deslizó una vez más bajo las olas poco profundas. Un instante estaba allí; al siguiente no estaba allí.

La muchacha se quitó la caracola opalina del oído y la depositó en la arena. Durante largo rato se quedó allí sentada. La foca se había marchado; la había abandonado, y el agua oscura temblaba.



Los jinetes oscuros



AMINABA Jemmy por la carretera que baja a Slane, cuando se puso a cantar alabanzas.

—¡Soy irlandés, gracias a Dios! —dijo, y asestó un fuerte golpe a una mata de ortigas con su cachiporra—. ¡Estamos al final del verano, alabado sea Dios!

El pantalón de Jemmy se movía al andar y, en los márgenes del camino, las amapolas y el anciano se inclinaban y parecían hacer señas.

—Mi ganado goza de excelente salud —dijo Jemmy—. ¡Ah, qué animales tan extraordinarios! Se venderán muy bien en la feria. Y entonces beberé whisky, me daré una vuelta en los caballitos y hablaré con una muchacha en cuyos ojos brillarán las estrellas.

Jemmy Nowlan poseía una hacienda en las afueras de Slane y había enviado su ganado allí aquella mañana temprano. Jemmy era alto, muy fuerte; también era guapo, y lo sabía.

—¡Estoy vivo, gracias a Dios! —dijo—. ¡Soy Jemmy Nowlan, alabado sea Dios, Dios sea alabado!

Mientras Jemmy cruzaba el solitario brezal, justo a las afueras de Slane, las nubes comenzaron a agruparse sobre su cabeza. El día de verano que había amanecido cargado de perfumes, luz radiante y una brisa lenta y suave, oscureció su frente y comenzó a rugir.

Jemmy Nowlan escuchó el clap, clap de un caballo que se acercaba a su espalda. Se dio la vuelta y pudo distinguir a un hombre montado en un caballo negro; chaqueta de terciopelo negro, blancos volantes en los puños, gorguera almidonada y brillantes botas negras. Jemmy levantó los ojos y vio que el hombre tenía la piel atezada, casi negra.

—Jemmy Nowlan —dijo el oscuro jinete—, te he estado buscando durante todo el camino.

Jemmy Nowlan se quedó perplejo. Estaba seguro de no haber visto nunca antes a aquel hombre.

—¡Vamos, sube! —invitó el hombre—. Se está preparando una tormenta. Te llevaré a la feria de Slane.

Jemmy no quería montar con aquel hombre. No quería de ninguna manera. Comenzó a sentirse bastante nervioso con su presencia y apretó con fuerza su cachiporra.

—¡Ah! —exclamó, mirando el cielo negro y frunciendo la nariz—. El tiempo mejorará muy pronto.

Y mientras hablaba, Jemmy podía escuchar un murmullo de voces lejanas en el interior de su cabeza. Tuvo que cerrar los ojos para entender lo que decían: «Sin embargo, un hombre tan joven y desaparecido así, de repente… Le llevaron a lo alto de la colina… Un prisionero, un prisionero… Y las únicas veces que le volvieron a ver fue en compañía de los fantasmas…».

—Iré allí yo solo.

La voz del jinete sacó a Jemmy de su ensueño.

—Bien, estaré encantado de tu compañía, Jemmy Nowlan.

—¡Ah! —dijo Jemmy—. Los que son como yo no van con gente como tú.

—¡Insisto! —dijo el oscuro jinete.

Se detuvo y rozó uno de los hombros de Jemmy con su fusta de marfil. Y lo único que Jemmy vio fue cómo era montado tras el jinete oscuro y el caballo galopaba veloz como una ráfaga de viento.

El jinete no dijo nada. Galopó hasta que el sudoroso caballo echó espuma por la boca. Galopó a través de brezales donde Jemmy no había estado nunca antes y después se internó en un bosque de castaños hasta llegar a un castillo levantado en un claro.

Al cruzar a medio galope el puente levadizo, Jemmy observó docenas de criados alrededor del enorme portón, que esperaban allí para darles la bienvenida. Todos vestían la misma ropa —verde y oro— y eran más pequeños incluso que los dos enanos de la feria de Slane.

—¡Bien! —exclamaron—. ¡Pero si es el mismísimo Jemmy Nowlan! ¡Bienvenido, Jemmy Nowlan!

Y dieron saltos y volteretas a su alrededor y, subiéndose los unos sobre los hombros de los otros, como una troupe de acróbatas, ayudaron a Jemmy a desmontar; le sacudieron el polvo; le pusieron una bebida en la mano y le preguntaron qué era lo que podían hacer por él.

—¡Muy amables! —dijo Jemmy, y se quitó su vistoso sombrero, pasándose la mano por el denso y negro pelo—. ¡Muy amables!

Entonces vio a un hombre esperándole en las escaleras. De pie era tan alto como la cadera de Jemmy, y vestía un suntuoso traje púrpura y oro. «De manera, Jemmy Nowlan, pensó Jemmy, que el mismo señor ha venido a darte la bienvenida».

—¡Llevad a Jemmy a su habitación! —dijo el señor—. Vestidle.

Varios criados acompañaron a Jemmy a su habitación en lo alto del castillo, donde sus nuevos vestidos le estaban esperando: un maravilloso traje de terciopelo marrón y un sombrero con pluma. Jemmy los miró con gran placer y admiración.

Lejos de permitir que cuidara de sí mismo, los criados de verde y oro no le dejaron mover un solo dedo.

Le quitaron la chaqueta, la camisa y el pantalón; desataron sus zapatos y le lavaron después del viaje.

—¡Pero qué zambombas! —exclamó Jemmy—. No hay nada de malo en esto.

Una vez que los pequeños criados hubieron vestido a Jemmy con su nuevo y resplandeciente traje, le hicieron bajar apresuradamente por una escalera circular de peldaños de piedra y, trotando junto a él, le llevaron a través de oscuros pasadizos hasta la sala del castillo.

La sala estaba adornada con lamparillas chinas y guirnaldas de flores. En un extremo, un grupo de músicos tocaba el violín y la gente menuda bailaba.

—¡Vaya visión! —dijo Jemmy—. En mi vida he contemplado nada más bello.

Lo más hermoso de todo eran las damas, con sus resplandecientes sonrisas y sus cuellos y manos cubiertos de joyas. Jemmy no podía quitarles los ojos de encima.

—¿Bailarás conmigo, Jemmy Nowlan? —preguntó una dama.

—¡No, Jemmy! —dijo la otra—. Tienes que bailar conmigo.

Y como cien gorriones de invierno sobre un trozo de pan, las damas de la sala se pusieron a picotear y a disputarse quién bailaría con Jemmy Nowlan, vestido de terciopelo marrón.

—¡Pero qué zambombas! —exclamó Jemmy—. Bailaré con todas.

Y eso fue lo que hizo. Bailó con cada una de las damas de la habitación, hasta que estuvo tan cansado que la única cosa que le apetecía era estar tumbado y dormir.

—Podéis llevar a Jemmy a su habitación —dijo el señor— y acostadle. Pero, antes que nada, me debe contar un cuento.

—¿Qué? —exclamó Jemmy—. No sé ningún cuento. No conozco ningún cuento o, al menos, no puedo recordar ninguno. Nunca fui muy bueno con los libros.

—¡Qué vergüenza, Jemmy! —dijo el señor.

—Ahora estoy muy cansado, señoría —explicó Jemmy—. Déjeme acostarme y dormir.

—¡Dormir! —Exclamó el señor—. No, si puedo evitarlo.

Señaló a un hombrecillo pelirrojo.

—¡Echad a Jemmy de aquí! —gritó—. No es capaz de contar un cuento. No admitiré a nadie en este castillo que no sea capaz de contarme un cuento. ¡Echadle! ¡No merece su comida!

De manera que el pelirrojo empujó a Jemmy fuera de la puerta del castillo, escaleras abajo y por encima del puente levadizo, hasta la linde del bosque de castaños.

Allí, Jemmy encontró un banco lo suficientemente largo como para tumbarse. No bien se había estirado sobre él y hecho una almohada con la palma de su mano, cuando, a través de las tenues luces del bosque, tres hombres avanzaron hacia él. Portaban un ataúd.

Rápidamente, Jemmy volvió a sentarse.



—¡Ajá! —exclamaron los hombres—. ¡Pero si es Jemmy Nowlan! ¡Justo el hombre que nos hacía falta! Necesitamos cuatro hombres para llevar este ataúd.

De manera que Jemmy se puso en pie y, junto con los tres hombres, cargó su parte del ataúd sobre los hombros. Caminaron a través del bosque. Se abrieron paso entre matorrales y cruzaron zanjas, tambaleándose; avanzaron penosamente sobre firmes campos y se hundieron en terribles ciénagas de turba, hasta que por fin llegaron al viejo camposanto de una iglesia, al final de un valle. Estaba cubierto de hierbas altas y las tumbas eran verdes, por el musgo y los líquenes.

La procesión se detuvo allí. Los tres hombres y Jemmy depositaron el ataúd en el suelo.

—¿Quién cavará la tumba? —preguntó un hombre.

—Debemos jugarlo a suertes —replicó el cabecilla.

Jemmy Nowlan sacó la paja más corta. Los tres hombres le encontraron una vieja y oxidada pala, con la cual cavó y cavó toda la noche hasta que la tumba tuvo el tamaño suficiente: seis pies de largo y dos de ancho, por ocho pies de profundidad.

Cuando Jemmy terminó, el cabecilla del grupo se acercó al borde de la tumba.

—Esto no está bien —dijo—. De ninguna manera. Éste no es en absoluto el lugar adecuado para una tumba.

—¿Por qué no? —preguntó Jemmy.

—No enterraré a nadie aquí —dijo el cabecilla—. Los propios huesos de mi padre descansan en este camposanto.

De forma que los tres hombres y Jemmy tuvieron que volver a cargar a hombros el ataúd. Avanzaron penosamente sobre firmes campos y se hundieron en terribles ciénagas de turba hasta llegar a un segundo camposanto.

—Jemmy Nowlan —dijo el cabecilla—, debes empezar otra vez.

—¡Maldita sea! —exclamó Jemmy.

Pero los tres hombres le rodearon de forma que sus sombras se proyectaron sobre él con la luz de la luna, y se dio cuenta de que no tenía elección.

Cuando hubo terminado de cavar la tumba, uno de los hombres preguntó:

—¿Y a quién pondremos en el ataúd?

—No hace falta que lo echemos a suertes —respondió el cabecilla—. Pongamos a Jemmy Nowlan en el ataúd.

Los tres hombres cogieron a Jemmy e intentaron derribarle.

Jemmy gritó y se debatió; arrojó enormes puñados de tierra sobre los tres. Si hubieran sido seres humanos sin más, no hubieran podido con él. Pero, pasado un tiempo, Jemmy sintió debilitarse sus fuerzas, y aún eran tres contra uno.

Entonces vio que el cabecilla tenía una ramita de avellano con forma de tenedor en su cinturón. Enseñó los dientes. Saltó como un perro. Liberó uno de sus brazos con un movimiento brusco y agarró la ramita.

—¡La tengo! —gritó Jemmy.

Se puso en pie de un salto y dibujó tres círculos con la ramita alrededor de su cabeza; después golpeó con ella a cada uno de sus enemigos.

Aquél fue el final de la lucha. Los tres hombres cayeron hacia atrás y rodaron hasta quedar boca abajo sobre la escarcha. Ninguno de ellos movía tan siquiera un dedo.

A un lado, el ataúd brillaba con un claro fulgor bajo la luz de la luna. Ninguna mano lo tocaba, ninguna voz hablaba.

Jemmy corrió fuera del camposanto. Tenía una sola idea en la cabeza: poner la mayor distancia posible entre él y los tres hombres, en el supuesto de que pudieran levantarse de nuevo. Todavía con la ramita de avellano en la mano derecha, corrió a través de los firmes campos y zigzagueó sobre las turberas; se abrió camino entre los matorrales de escaramujo y espino, hasta que se encontró, una vez más, frente al castillo.

A medida que Jemmy cruzaba el puente levadizo, docenas de criados vestidos de verde y oro salían a recibirle, igual que habían hecho antes.

—¡Bienvenido! —gritaron—. ¡Bienvenido, Jemmy Nowlan! ¡Vamos, vamos! ¡Tu señor te espera!

Los criados condujeron a Jemmy a través de oscuros pasadizos hasta una habitación en la cual el señor del castillo estaba reclinado sobre un lecho de terciopelo.

—¡Ah, Jemmy! —exclamó—. Has vuelto. Después de todo, has vuelto para contarme un cuento.

—¿Cómo? —dijo Jemmy.

—No permitiré comer, beber o dormir a nadie en este castillo, si antes no me ha contado algo, algo maravilloso que le haya ocurrido.

Jemmy esbozó una sonrisa.

—En ese caso —dijo—, en ese caso, mi señor, puedo contarle una historia maravillosa; la más maravillosa de todas.

—Empieza —ordenó el señor.

—Había un hombre —dijo Jemmy— que estaba muy cansado. Estaba tan cansado como un perro. De manera que se sentó sobre un banco. Reclinó la cabeza sobre una almohada hecha con la palma de la mano. Pero, antes de que tuviera tiempo siquiera de cerrar los ojos, aparecieron tres hombres abriéndose paso a través de las tenues luces del bosque. Portaban un ataúd.

El señor escuchó atentamente todas y cada una de sus palabras y, al final del cuento, empezó a batir palmas.

—¡Un largo viaje! —exclamó— ¡y una horrible carga! Es una historia muy buena. Una historia de muerte en la vida —dijo el señor— y vida en la muerte. Te has ganado la cena. Dio unas palmadas, por segunda vez, y una larga procesión de criados hizo su aparición, portando comida en bandejas de oro y copas de cristal llenas de vino.

—Come y bebe cuanto quieras —dijo el señor—. Es todo para ti.

Jemmy Nowlan estaba hambriento. En su mano derecha llevaba aún la mágica ramita de avellano, con la izquierda comía y bebía. Una vez hubo terminado, se sintió muy extraño y, luego, bastante mareado. Se levantó de la mesa; pero, tan pronto lo hizo, comenzó a tambalearse de un lado a otro y se derrumbó. Yacía en la tierra, total y absolutamente muerto para el mundo.

—¿Dónde estoy? —gimió Jemmy—. ¡Mi cabeza! Pero ¿dónde estoy?

Se hallaba recostado contra un almiar y media docena de gallinas picoteaban a su alrededor.

Entornó los ojos contra el sol de la mañana.

—¡Maldita sea! —exclamó—. El sol brilla con fuerza esta mañana.

Después miró su ropa ajada; el traje de terciopelo marrón, el sombrero con pluma… Habían desaparecido, desaparecido por completo.

—¡Maldición! —volvió a exclamar Jemmy con fastidio—. ¡Les ajustaré las cuentas! ¡Esos jinetes oscuros!

Se incorporó apoyándose en un codo.

—¡Seres repugnantes! —exclamó una vez más—. Malos y engañosos. Me impiden vender mi ganado y ellos ya estarán en la feria. ¡Ah! —suspiró—. Al menos, podían haberme dejado el traje de terciopelo marrón.

Cuando se levantó, observó que se había quedado dormido sobre uno de sus propios almiares, a no más de cien yardas de su confortable cama.

—¡Que el diablo los lleve! —maldijo Jemmy—. ¡Repugnantes y rencorosos, eso es lo que son! ¡Seres envidiosos!

Entonces descubrió la ramita de avellano con forma de tenedor; aún la sostenía en su mano derecha. Contempló el brillo y el trémulo resplandor del mundo a su alrededor.

—¡Alabado sea Dios! —dijo—. ¡Estoy vivo! ¡Alabado sea Dios!



Jack y el tallo de las judías



ÁS allá de las colinas azules y de los bosques verdes y plateados, mucho más lejos de los pastos de las ovejas y los caminos estrechos como una cuerda hay una soñolienta aldea; un grupo de casas sobre una pequeña meseta de tierra.

Allí vivía Martha. Era una viuda, una mujercita con las manos agrietadas y una triste sonrisa, que amaba a su único hijo demasiado para su propio bien. Desde el canto del gallo hasta la puesta de sol, andaba siempre atareada, limpiando su casa, lavando y doblando ropa, cortando y apilando leña, amasando el pan, segando la hierba, haciendo todo lo que engordaba la pereza de Jack.

¡Menudo zángano estaba hecho! Un dormilón y un haragán, un goloso y un gorrón, un cabeza de chorlito sin un pensamiento para ayer ni para mañana.

—Mañana, Dios proveerá —decía Jack.

—Ese mañana nunca llega —contestaba Martha.

Y éste era el máximo reproche que le hacía. Jack era su único amor. Antes de causarle ningún problema, prefería ir vestida con harapos. Cuando la comida comenzó a escasear, vendió sus posesiones. Ahorraba cuanto podía, rebañaba de todas partes, y así fueron pasando los días.

Cuando Jack cumplió dieciséis años, se presentó un invierno muy duro. La despensa de Martha estaba casi vacía. Se comieron la carne salada y el saco de grano se agotó.

Tan preocupada estaba Martha que, por fin, rompió a llorar y le espetó a Jack:

—¡Me has arruinado! ¡He vendido mis ovejas! ¡Mis cerdos! ¡He vendido mi violín y mis anillos! ¿Qué es lo que quieres? ¿Quieres verme vender mi

propia piel?

Ante la explosión de su madre, Jack se quedó perplejo. Le pidió que se sentara.

—Yo haré la comida —dijo.

—No hay nada que comer —sollozó Martha—. Y no queda ni una moneda de seis peniques. Tendré que vender a *Daisy*. Se trata de ella o nosotros.

—Yo la llevaré —dijo Jack—. Sacaré un buen precio por ella en el mercado.

Martha se sintió muy triste al ver partir a su vaca; eran buenas amigas (es una forma de hablar, claro está). Vio cómo Jack se la llevaba con los ojos velados, sin una queja; la contempló mientras caminaba y subía por el camino hasta desaparecer.

Poco después, Jack y *Daisy* se toparon con un granjero.

—¿Qué es eso? —preguntó Jack—. ¿Qué es lo que llevas en ese sombrero?

—Judías —dijo el granjero.

Y eso eran. Judías del arco iris, con destellos rojos, naranjas, amarillos, verdes, azules, índigos, violetas…

—¿Y tú? —preguntó el granjero—. ¿Adónde vas con esa vaca?

—¡Al mercado! —contestó Jack.

—Te ahorraré la molestia —dijo el granjero, moviendo las judías y haciéndolas girar encima de su sombrero—. ¿Qué pides por ella?

—Lo que pueda valer —replicó el muchacho.

—Entonces te doy estas judías —dijo el granjero—. ¡Y también el sombrero!

Jack miró las rodantes judías arco iris. Pensó en su madre; apretó los labios; miró las judías de nuevo.

—¡Hecho! —dijo.

Martha estaba esperando a Jack. Después de escuchar a su hijo contarle su encuentro con el granjero y ver las judías, levantó las manos.

—¡Idiota! —gritó—. ¡Loco!

Y le dio tal golpe al sombrero que lo hizo saltar de las manos de Jack. Las judías arco iris se esparcieron por el jardín. Martha comenzó a llorar.

Jack rodeó a su madre con los brazos.

—¡No lo pensé! —dijo.

—No lo pensaste —sollozaba Martha—. *Daisy*…

Se sintió abrumada y enferma. La noche cerró las contraventanas del cielo y, debilitados por el hambre, Martha y su hijo se quedaron dormidos.

Cuando Jack se despertó por la mañana, observó que unas manos verdes se aplastaban contra el cristal de la ventana; su pequeña habitación se hallaba hundida a muchas brazas de profundidad, en una penumbra verdigrís.

Jack se levantó y bajó corriendo las crujientes escaleras, hacia el jardín.

Algunas de las judías habían echado raíces y habían brotado. Sus tallos eran fuertes como esbeltas hayas plateadas y, al formar espirales en su camino hacia el sol, se habían entrelazado formando una enredadera. Jack miró hacia lo alto. Arrugó la nariz, entornó los ojos, y ni así pudo ver el final del tallo; el límite parecía encontrarse más allá de las nubes.

Luego, agarró las duras hojas con sus dedos y trató de sacudir el tronco.

—Es como una escalera —comentó—. Es una escalera, y voy a subir por ella.

—No, no lo harás —dijo Martha al conocer las intenciones de su hijo—. Esto es algo que no vas a hacer. ¡Como si no hubieras causado ya bastantes problemas!

Pero, un poco más tarde, mientras Martha visitaba aquella mañana a algunos vecinos para intentar conseguir prestado algún dinero con el que comprar comida, Jack salió corriendo de la casa y subió por el tallo de las judías.

Pasó el mediodía, la tarde, las primeras horas de la noche. Jack subía hora tras hora, y cuando llegó al punto más alto se sintió sudoroso, sucio y cansado y terriblemente hambriento.

Miró a su alrededor y descubrió que había llegado a una especie de desierto. No había árboles, ni matorrales, ni casas; no había pollos engreídos ni cerdos refunfuñones; no había ovejas juguetonas ni una sola vaca ensimismada. Los únicos rasgos sobresalientes en aquel pardo y llano paisaje celeste eran formaciones de roca y, de cuando en cuando, montículos de tierra.

—Después de haber recorrido tanto camino… —se quejó Jack—. Y ahora, ¿qué voy a hacer?

Estaba apoyado contra una gran piedra gris, terriblemente abatido, cuando divisó a otra persona que cruzaba el desierto y se dirigía hacia él.

Era una anciana. Su cara estaba arrugada y ajada, su negro vestido harapiento, cubierto de polvo, y parecía totalmente incapaz de caminar en

línea recta. Un paso al frente, dos pasos a un lado: se tambaleaba en un lastimero vals a través de aquel páramo.

—¡Vaya! —exclamó Jack—. Parece tan vieja como mi tatarabuela.

—¿De dónde vienes? —preguntó la anciana, y su voz resultó ser sorprendentemente dulce.

—¡De ahí abajo! —replicó Jack—. He subido por el tallo de las judías. En cualquier caso, ¿dónde cae esto?

—¿Y quién eres? —siguió preguntando la anciana—. Y tu padre, ¿a qué se dedica?

—Jack —contestó el muchacho—. Me llamó Jack. Por lo que respecta a mi padre, no puedo decirle a qué se dedica o dónde está. Vivo con mi madre en una casa al pie del tallo de las judías.

—Si tú eres Jack, yo sé algo sobre tu padre —dijo la anciana.

—¿Sabes algo sobre él? —preguntó Jack, perplejo.

—Tu padre era un hombre rico y generoso —comenzó diciendo la anciana —. Un gigante lo mató cuando tú eras un niño aún y le robó sus posesiones. ¡Un gigante egoísta, avaro y sin corazón!

—¿Y por qué mi madre no me lo ha contado nunca? —quiso saber Jack.

—Por un pacto —contestó la anciana—. El gigante le perdonó la vida, y la tuya también, bajo una condición: que nunca te contara quién era tu padre ni por qué murió tan joven.

—¿Dónde está ese gigante? —masculló Jack.

—Aquí, en este país —respondió la anciana—. No muy lejos de aquí. Y si deseas un solo día de felicidad durante el resto de tu vida, debes vengar la muerte de tu padre.

—Así lo haré —aseguró Jack.

—No será fácil —dijo la anciana—. Te enfrentarás a grandes peligros.



—Arriesgaré mi vida por ello —contestó Jack.

—Todo lo que el gigante posee os pertenece a ti y a tu madre —le informó la anciana.

—¿Por dónde se va? —preguntó Jack.

La oscuridad se había aposentado ya en el hombro de Jack antes de que la casa del gigante se hiciera visible frente a él. Entonces, el muchacho vislumbró a una sencilla mujer con el rostro apagado como el suero al lado de la puerta.

—¡Buenas noches! —saludó Jack.

—No sé quién eres —dijo la mujer—, pero éste no es lugar para ti ni para ningún ser humano. Mi marido es un gigante y come carne humana.

—¡Madre mía! —exclamó Jack.

—Ahora está fuera, buscando niños y niñas tiernos. Es capaz de caminar cincuenta millas en un día si tiene que hacerlo.

—El hecho es —dijo Jack— que si tengo que esperar más tiempo, creo que me moriré de hambre. Estoy tan hambriento que podría comerme un caballo.

—Ya veo —dijo la mujer.

—Con un trozo de pan me conformaría. Si pudieras darme una rebanada y techo hasta mañana…

—Déjame verte —dijo la mujer con el rostro del color de la cera—. ¿Cómo te llamas?

—Jack —contestó el muchacho.

—Está bien, Jack. Pareces un buen chico. Sin embargo, debes saber que corres un gran riesgo.

—¿De verdad?

—Igual que lo corro yo por ayudarte. Debemos darnos prisa. No tardará mucho.

La mujer condujo a Jack a través de una sala de alto techo y varias habitaciones espaciosas. Después bajaron por una oscura galería.

A un lado había un muro; al otro, una reja de hierro, detrás de la cual se veían rostros, los rostros de manzana y de pera de niños y niñas, las caras de luna de los recién nacidos. Los críos prorrumpían en lamentos, llantos y grandes voces.

—¿Quiénes son esos niños? —quiso saber Jack.

—Son su cena —contestó la mujer—. Y ésta es su despensa.

Entonces Jack temió lo peor. Tan pronto sentía calor como frío. Receló de la mujer de cara pálida. Y tembló por su propia vida.

—¡Por aquí! —dijo la mujer.

Y condujo a Jack hacia el final de la galería, donde descendió los peldaños de una escalera de caracol hasta una cocina grande y borboteante. Un tronco de leña ardía en el hogar y, mirando hacia él, Jack se sentó mientras la mujer del gigante le preparaba algo.

Nunca antes se había sentido Jack tan contento con la comida. Comió, bebió, volvió a comer, y apenas había terminado cuando se oyó un terrible estruendo fuera, en la oscuridad.

—¡Rápido! —ordenó la mujer de cara pálida—. ¡Métete en el horno! Tendrás espacio suficiente. Puedes esconderte ahí hasta mañana.

De manera que Jack se metió en el horno como pudo y la mujer cerró la puerta tras él. Luego, subió a toda prisa los peldaños de piedra y dio la bienvenida a su marido.

—Mujer —dijo el gigante con voz de trueno—. Mujer, huelo a carne fresca.

—Por supuesto —dijo la mujer—. Deben de ser los niños en la mazmorra.

Entonces el gigante bajó los peldaños de piedra con fuertes pisadas, entró en la cocina y se sentó en el lugar que, tan sólo dos minutos antes, había ocupado Jack.

—¡Comida! —rugió—. Primero tomaré las patatas, las judías y los pollos a la parrilla. Después me comeré a los niños.

Jack estaba sentado en la oscuridad. Durante largo rato no se atrevió a hacer el menor movimiento con un dedo de la mano o del pie. Pero al escuchar un terrible sonido de comida desgarrada y masticada, se puso a mirar por una hendidura.

El velludo gigante masticaba pollo tras pollo y escupía los huesos; a grandes tragos bebía cerveza que se le derramaba, mientras lanzaba eructos, pedos y toda clase de incorrecciones.

—Los niños estarán mejor todavía —dijo el gigante—. He estado soñando con ellos. Pero primero le echaré un vistazo a uno de mis tesoros. ¡Tráeme la gallina!

La mujer del gigante hizo resonar los peldaños de la escalera al subirlos. Dos minutos más tarde volvía a bajarlos trayendo consigo una gran gallina clueca.

Jack miró a través de la hendidura, una vez más, y apretó la nariz contra la pared interna del horno.

—¡Pon un huevo! —ordenó el gigante.

Y, en un instante, la gallina puso un huevo de oro macizo.

El gigante lo recogió, haciéndolo pasar de una mano a otra, y después se bebió una nueva jarra de cerveza.

—Me voy a la cama —dijo la mujer del gigante.

El gigante no hizo ni caso.

—¡Pon un huevo! —repitió.

Y así continuó hasta que la mesa estuvo cubierta de huevos de oro y el gigante borracho de cerveza. Inclinó el cuerpo, sentado en la silla, hacia adelante; bostezó y se repanchingó; la cabeza se le caía a los lados y comenzó a roncar.

Jack escuchó y esperó durante largo rato.

Hasta el amanecer no se atrevió a abrir de un codazo la puerta del horno.

El gigante todavía roncaba.

Jack salió del horno, cogió la gallina y corrió hasta la escalera de caracol. Pasó a toda prisa por la galería de las lágrimas, y corrió, caminó y volvió a correr todo el camino de vuelta hasta el extremo del tallo de las judías. Empleó menos tiempo y esfuerzo en bajar del que había empleado en subir.

—¡Lo sabía! —exclamó su madre—. Sabía que habías subido por ahí.

—Te he traído esta gallina —dijo Jack— del lugar donde vive el gigante.

—¡El gigante! —exclamó Martha.

—Lo sé —dijo Jack, rodeando a su madre con un brazo—. Sé todo sobre mi padre y cómo ese gigante lo mató. Y yo he sido tan zángano, tan haragán y tan cabeza de chorlito.

—¡Oh, Jack! —suspiró Martha.

—¡Pon un huevo! —ordenó Jack.

Y la gallina cloqueó y puso un huevo de oro macizo.

De esta forma, Martha y Jack se hicieron ricos. Atesoraron su gallina y la guardaron como un secreto. El sol y la luna iluminaron la feliz casita al pie del tallo de las judías.

Al cabo de unos meses, Jack comenzó a sentirse desasosegado. «Puede que me haya llevado la gallina —pensaba—, pero no es suficiente. ¡El gigante mató a mi padre!».

De manera que decidió subir de nuevo por el tallo y visitar por segunda vez la morada del gigante.

—¡Ni lo pienses! —dijo Martha.

—Lo estoy pensando —replicó Jack.

—¡Eres un loco! —dijo Martha—. Y quieres romperme el corazón. El gigante se vengará de ti por haberle robado la gallina.

No era la intención de Jack romper el corazón de su madre, pero estaba decidido a subir por el tallo. Para no decírselo a Martha, le pidió a uno de sus vecinos que le preparase agua de cebolla para teñir su piel, un turbante y ropas anchas, de manera que la mujer del gigante no pudiera reconocerle. Y una mañana muy temprano se levantó, se disfrazó, salió al rocío del jardín y empezó a trepar por el tallo.

Cuando llegó a la casa del gigante, se sentía cansado y hambriento y, como la otra vez, la mujer estaba en pie junto a la puerta y le observaba.

—He estado caminando durante una semana —explicó Jack. Tengo los pies destrozados.

—¡Eso no importa! —replicó la mujer—. Éste no es lugar para ti. No hace demasiado tiempo acogí a un pobre muchacho, de la misma edad que tú, y robó la gallina de oro de mi marido.

—Ésa no es forma de comportarse un invitado —dijo Jack.

—Y desde entonces —siguió la mujer— mi marido me ha estado pegando y reprimiendo.

Pero era tal el encanto de Jack que, a pesar de sus temores, la mujer del gigante acabó por conducirle a través de las espaciosas estancias y a lo largo de la galería hasta la cocina. Escondió a Jack en una leñera y salió de allí.

Cuando el gigante llegó a la casa, Jack sintió tambalearse los muros de piedra. Mirando furtivamente a través de la puerta, contempló al gigante desplomarse junto al fuego.

—¡Mujer! —tronó el gigante—. Huelo a carne fresca.

—Por supuesto —dijo la mujer—. Las cornejas sobrevolaron nuestra casa con un enorme pedazo de carroña. Lo dejaron caer sobre el tejado.

—¡Ponte a cocinar! —gritó el gigante, dándole a su mujer un fuerte golpe —. ¡Muévete!

Cuando el gigante terminó su primer plato, ordenó a su mujer que le trajera uno de sus tesoros.

—¡Las bolsas del dinero! —dijo.

La mujer del gigante corrió escaleras arriba y, durante breves instantes, Jack no escuchó sino el crepitar del fuego y los terribles eructos del gigante. Entonces, la mujer volvió a bajar las escaleras medio trayendo, medio arrastrando las bolsas del dinero.

—¡Aquí! —ordenó el gigante—. ¡A mis pies!

Y mientras su mujer tiraba de las bolsas a través de la habitación y las colocaba a los pies de su marido, éste intentó darle una patada.

—Me voy a la cama —dijo la mujer.

El gigante no hizo caso. Levantó una bolsa sobre la mesa y derramó en ella un montón de chelines de plata. Jack escudriñó el pálido y brillante cúmulo. El gigante contó las monedas diez veces. Luego, volvió a meterlas en el interior de la bolsa y vertió el contenido de la segunda bolsa; una gigantesca montaña de guineas de oro, un montón de miel derretida.

El gigante contó también estas monedas diez veces. Después, aparentemente satisfecho, las introdujo en el interior de la segunda bolsa. Emitió un prodigioso bostezo y se quedó dormido.

Al principio, sus ronquidos eran como truenos lejanos, el sonido del distante mar. Pero después se hizo mucho más fuerte, como el bufido y el rugido de las olas en una tormenta. Durante largo tiempo, Jack escuchó y esperó. Luego, nada más amanecer, abrió la puerta de la leñera.

En el mismo momento en que Jack ponía la mano en una bolsa del dinero, un pequeño perro, que estaba tendido debajo de la silla del gigante, dio un salto y se puso a ladrarle. Ladró y ladró; pero el gigante no se despertó. Después, Jack vio un trozo de carne que había sobrado de la cena del gigante y se lo tiró. Con esto el perro se retiró a la leñera.



Entonces Jack se echó las dos bolsas a los hombros. Subió las escaleras de piedra y salió de la casa dando tumbos. Y, con la mayor rapidez de que era capaz, temeroso de que, en cualquier momento, el gigante pudiera despertarse y atraparle, se apresuró hacia el tallo de las judías.

Las bolsas del dinero eran tan pesadas que Jack tuvo grandes dificultades para descender. Se hizo rasguños en las rodillas y los tobillos; se golpeó la frente y la nariz contra el tosco tallo y cuando alcanzó el final, el alegre gorjeo de los pájaros derramándose sobre su pequeño jardín le pareció más dulce que nunca; se sintió feliz de volver al hogar.

—¡Madre! —gritó Jack, arrastrando las bolsas hacia el interior de la casa —. ¿Qué piensas de esto?

Pero la madre de Jack no estaba allí. Estaba acostada en una oscura habitación, en la casa de un vecino, enferma de preocupación por la ausencia de Jack.

Éste le prometió que nunca más volvería a marcharse. Atendió a su madre hasta que se restableció; pagó la reparación de su pequeña casa y compró

nuevas mesas, sillas y un magnífico aparador de madera de roble.

Pero no resultó suficiente. El tallo había echado raíces en la mente de Jack y crecía día a día. Al cabo de tres años, la inquietud de Jack había crecido de tal modo que no podía aguantar más los pies sobre la tierra. De nuevo hizo ciertos preparativos en secreto y, por tercera vez, partió hacia el lejano país celeste.

El páramo, el largo camino, la amenazadora mansión y la pálida mujer se mantenían de idéntica forma.

Pero la expresión del rostro de la mujer del gigante había cambiado. Parecía temerosa. Y cuando, finalmente, Jack la persuadió de que le acogiera, sólo fue capaz de avanzar cojeando delante de él.

—Será el final —dijo— si me descubre.

La mujer del gigante escondió a Jack en el interior de un enorme hervidor de cobre, apoyado a un lado del fogón.

—Ahora —dijo— no se te ocurra ni estornudar.

—¡Mujer! —tronó el gigante tan pronto como irrumpió en la cocina—. ¡Mujer, huelo a carne fresca!

Jack no se sintió demasiado preocupado; ya había escuchado la misma frase dos veces con anterioridad.

Pero esta vez su mujer no replicó; se limitó a negar con la cabeza.

El gigante husmeó el aire. Abrió la puerta de la leñera; escudriñó la despensa; miró en el horno. Luego, puso una mano sobre la tapadera del hervidor de cobre. Pero ahí terminó la búsqueda del gigante.

Gruñó, se rascó la cabeza y se derrumbó en la silla junto al fuego.

Luego tomó una cena monstruosa: guiso de verduras, media docena de hogazas de pan y medio cerdo, todo acompañado por un pantano de cerveza.

—Y, ahora —dijo el gigante—, me comeré a uno de esos niños.

—¿Un poco de música antes? —le sugirió su mujer.

—¡Vamos! —gruñó el gigante—. ¿A qué esperas?

La mujer corrió escaleras arriba y escaleras abajo. Atisbando por la ranura de la tapadera, Jack observó cómo colocaba sobre la mesa, frente al gigante, la más maravillosa de las arpas.

—¡Toca! —ordenó el gigante.

Y al instante el arpa comenzó a sonar por sí misma, sin que nadie la tocara.

El gigante se echó al gaznate un nuevo galón de cerveza.

—Me voy a la cama —dijo la mujer.

El gigante no hizo caso.

—¡Toca! —repitió.

E inmediatamente el arpa interpretó una nueva tonada, sin que nadie la tocara.

—Vaya maravilla —se dijo Jack—. ¡Demasiado bueno para este monstruo!

El gigante escuchaba y se mecía en su silla. El sonido del arpa le adormecía y hacía pesados sus párpados. Comenzó a roncar. Incapaz de competir con él, el arpa guardo silencio.

Al amanecer, Jack levantó la tapadera y salió ágilmente del hervidor de cobre. Saltó con facilidad desde el fogón y, subiendo a la mesa, cogió el arpa.

—¡Amo! —vibró el arpa—. ¡Amo! ¡Amo!

El gigante abrió uno de sus ojos legañosos.

Rápidamente, Jack agarró el arpa mágica y subió corriendo las escaleras de piedra, mientras el gigante, aturdido por la bebida y el cansancio, se tambaleaba tras él.

—¡Tú! —gritaba—. ¿De modo que eras tú? ¡Tú, el ladrón de la gallina, quien hurtó el oro, quien roba el arpa! ¡Te haré picadillo!

Pero los juramentos del gigante no le permitieron alcanzar a Jack; se tambaleaba de un lado a otro y se caía una y otra vez. Jack corrió todo el camino hasta el tallo de las judías y, mientras descendía y se escurría por él, gritó:

—¡Un hacha! ¡Un hacha! ¡Tráeme un hacha!

Martha le escuchó y corrió al interior de su casa, donde encontró el hacha de su hijo.

—¡Cuidado! —gritó Jack.

Saltó los últimos diez pies de altura, colocó el arpa en las manos de su madre y comenzó a dar hachazos en el pie del tallo.

El gigante sólo había tenido tiempo de empezar a descender.

Cuando Jack consiguió cortar el tallo, el monstruo cayó desde el cielo al interior del jardín de la casa y la caída le mató.

Éste fue el final del gigante; también fue el final del tallo de las judías.

—Amén —dijo Martha.



Lunes, martes



OBRE Lusmore, tan deforme! Sus piernas estaban torcidas y la joroba de su espalda tenía el tamaño de una pelota de fútbol. Cuando se levantaba, parecía agacharse; y cuando se sentaba, apoyaba la barbilla sobre las rodillas para descansar.

Sin embargo, los brazos de Lusmore eran fuertes y curtidos, y sus dedos eran ágiles. Casi todos los días se sentaba en su pequeña banqueta fuera de la casa donde vivía con sus ancianos padres —él casi tenía treinta años— y trenzaba juncos y paja, con los que hacía cestas y sombreros. Y siempre obtenía un buen precio por su trabajo, porque la gente sentía una gran lástima por él.

¡También hacían comentarios, claro! Cuando Lusmore no podía oírles, hablaban sobre él. Decían que no era posible que un ser humano estuviera tan deforme, y que debía de tratarse de cosa de hadas. Decían que canturreaba extrañas palabras por lo bajo. Decían que era un experto en magia y en medicina.

Lusmore parecía ajeno a todo esto. Su constante sufrimiento le había hecho dulce y amable. Se sentía feliz de estar vivo. Amaba a los pájaros y a las mariposas. En verano, cada mañana se ponía una flor de dedalera en el cintillo de su sombrero de paja y cantaba mientras trabajaba, saludando alegremente a cada paseante.

Un día, Lusmore viajó en la parte trasera de una carreta hasta la ciudad de Caher, donde vendió sus cestas y sombreros en el mercado.

Después se fue a beber unas cervezas. Cuando quiso volver al mercado, se había hecho tarde, oscurecía y ni el carro ni el carretero se veían por ninguna parte. ¡Pobre Lusmore! No tenía otra elección más que volver a casa andando.

El pequeño jorobado salió penosamente de Caher hacia la carretera de Cappagh y cuando alcanzó el viejo foso de Knockgrafton ya se había hecho de noche. Lusmore arrastró la triste forma de su cuerpo por la carretera, sobre las toperas y los montecillos de hierbas, y se sentó en el borde la cuneta.

—Y ni siquiera estoy a medio camino de casa —dijo Lusmore emitiendo un profundo suspiro, de los que sólo se permitía cuando no había nadie cerca.

El jorobado se sentó con las piernas cruzadas, la barbilla apoyada sobre una rodilla y miró la luna, cuya forma recordaba una giba. Las nubes se condensaban a su alrededor cubriéndola como un enjambre, y daba la impresión de que corría o rodaba, tan rápido como podía, sin llegar a ninguna parte.

—¡Como yo! —dijo Lusmore, y sonrió tristemente—. ¡Igual que yo! Soy un pobre ternero de la luna.

Apretó el mentón contra la rodilla y cerró los ojos.

Escuchó el susurro del suave viento entre los viejos tilos carretera abajo y entonces oyó, levantándose sobre el viento y lejos de la cuneta de hierba, un sonido distinto, más claro y más alto de tono: una canción sin palabras. Era el sonido de muchas voces, voces dulces, unidas y fundidas entre sí de forma que parecían ser una sola.

Después, las voces comenzaron a cantar las palabras: «Lunes, martes, lunes, martes, lunes, martes».

Luego, hicieron una breve pausa, para comenzar enseguida con la melodía una vez más.

Lusmore se sentía hechizado por esta canción. «Aunque, la verdad —se dijo a sí mismo—, no es que sea muy variada». Poco más tarde, el jorobado comenzó a tararear la melodía a tono con las voces; y en el momento de la pausa, cantó en voz alta: «Miércoles».

«Lunes, martes», cantaron las voces, y Lusmore cantó con ellos, lunes, martes, lunes, martes. Y después, por segunda vez: «Miércoles».

Cuando la gente menuda escuchó a Lusmore se sintió deleitada. Se pusieron a saltar y a dar bulliciosas vueltas sobre la cuesta; formaron un torbellino a su alrededor y le zarandearon hasta tumbarle en el fondo de la cuneta, con gran alboroto de risas y voces. El jorobado dio vueltas y vueltas, ligero como una paja, y los violines mágicos sonaron más y más rápidos.

Cuando el mundo dejó de girar, Lusmore se dio cuenta de que había sido arrastrado al interior de un bello pabellón encantado. El techo era bastante bajo, pero ¡qué le importaba a él! Aquel espacio estaba iluminado con velas y repleto de gente menuda.

Gente menuda que charlaba, comía, tocaba el violín, o la flauta, o el arpa, y bailaba.

Lusmore fue muy bien recibido; le ofrecieron un pequeño taburete y le dieron de comer y beber.

—¡De maravilla! ¡Me siento de maravilla! —contestó, cuando los duendes le preguntaron si tenía todo lo que necesitaba y alabaron su talento de cantante—. ¡De maravilla! —decía Lusmore—. ¡Me siento como el rey de toda la tierra!

Entonces, la música vaciló y dejó de sonar; los que bailaban se quedaron quietos; los que participaban del banquete posaron sus tenedores y cuchillos. Lusmore contempló cómo la gente menuda se agrupaba en el centro del pabellón y comenzaba a susurrar. El jorobado empezó a ponerse nervioso:

—Por toda vuestra amabilidad y cortesía —musitó—, seres mágicos, sois volubles y poco claros.

Entonces un hombrecillo salió del corro y se dirigió hacia él. Sonrió a Lusmore y dijo solamente:

¡Lusmore! ¡Lusmore!
La joroba que llevabas,
La joroba que cargabas
Sobre tu espalda ya no está;
¡Mira en el suelo!
¡Ahí es donde ahora está tu joroba, Lusmore!

Y cuando el jorobado miró, la horrible joroba se desprendió de sus hombros y rodó hasta el piso. El pequeño Lusmore se sintió tan ligero, se sintió tan feliz que podría haber dado un salto hasta la luna.

Pero eso no era todo. Levantó los brazos y agarró la parte posterior de su cuello. Después, muy lentamente, por miedo a golpearse la cabeza contra el techo, estiró la cabeza. Por primera vez en su vida estaba derecho.

Se echó a reír y luego se puso a llorar. El pabellón mágico, la gente menuda que se agrupaba en torno a él, eran todos maravillosos. Lusmore comenzó a sentirse mareado; su mirada se hizo turbia; resbaló hasta el suelo y se quedó profundamente dormido.

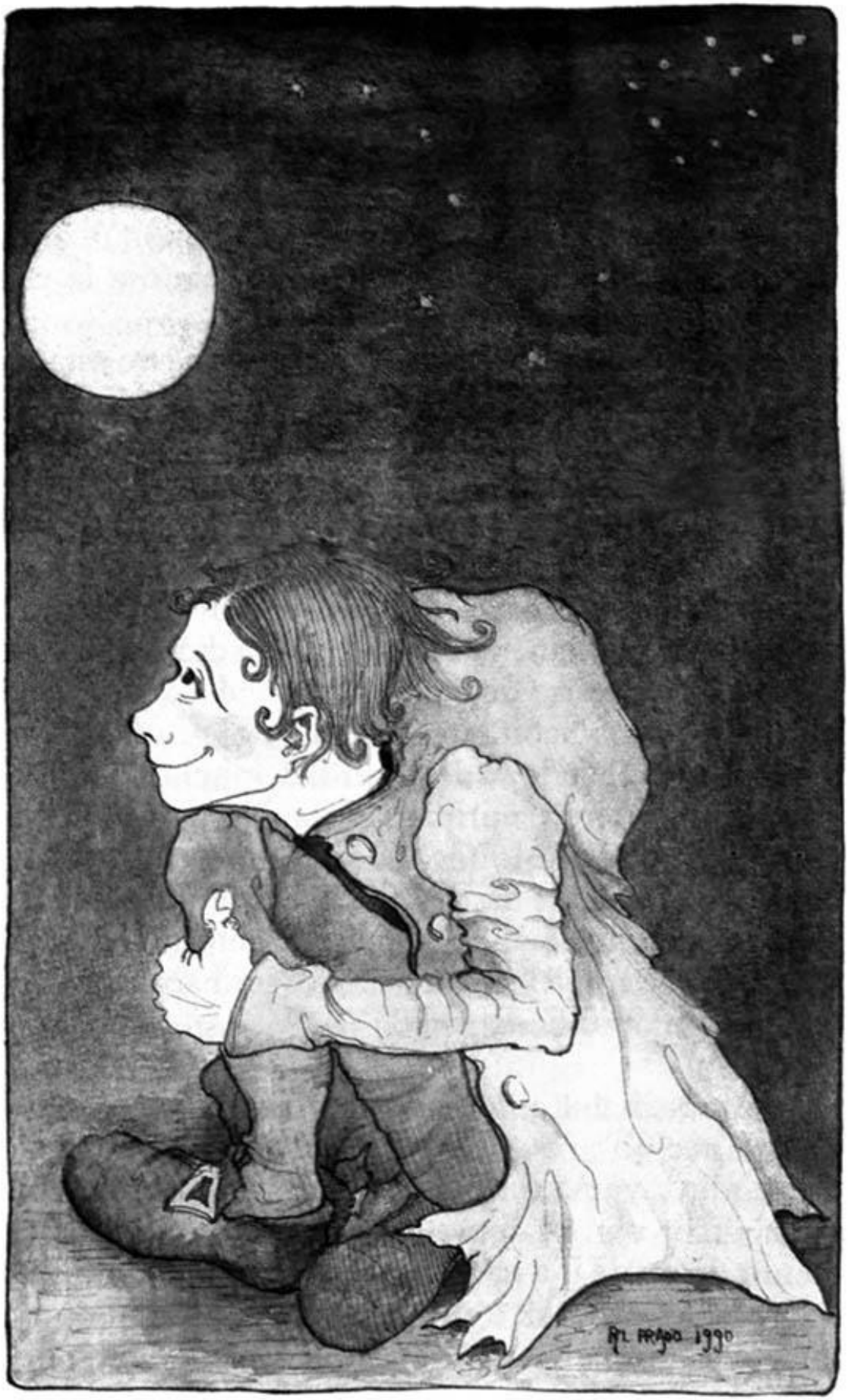
Cuando se despertó, el sol estaba ya muy alto. La hierba mojada de rocío, vacas rumiando, el foso de Knockgrafton…

¡Entonces lo recordó todo! Se santiguó. Y, aún tumbado sobre la hierba, se llevó la mano a la espalda.

Una vez que se aseguró de que la joroba no estaba allí, se levantó de un salto. Se arrodilló y dijo sus oraciones. Luego se dio cuenta de que llevaba puesto un traje nuevo y meneó la cabeza con una amplia sonrisa.

De esta forma, Lusmore se puso en camino hacia Cappagh, sintiéndose tan ligero como un milano. Brincaba de tal manera, que se hubiera dicho que había sido un maestro de baile toda la vida. Su padre y su madre, y los habitantes del pueblo, se quedaron maravillados al verle; a decir verdad, muchos de ellos no le reconocieron a primera vista. No pasó mucho tiempo antes de que la historia de cómo Lusmore perdió la joroba llegase hasta Caher y desde allí se extendiera por espacio de millas y millas. Pronto se convirtió en el tema de conversación de todos los habitantes de la región central de Irlanda.

Lusmore había aprendido a vivir con su desgracia, y ahora aceptó su buena suerte con un encogimiento de hombros y una sonrisa. Libre de su terrible carga, se deleitaba con su apuesta figura, pero no sentía el menor deseo de ir a hacer el tarambana a Dublín, escalar Croagh Patrick o procurarse una pronta sepultura. Se encontraba en el lugar que amaba y entre los amigos y vecinos que había conocido desde el día en que nació. Continuó con su trabajo de trenzar juncos



Una mañana en que Lusmore estaba sentado al sol a la puerta de su casa, una mujer se dirigió caminando hacia él.

—¿Es éste el camino que va a Cappagh? —preguntó.

—Esto es Cappagh —replicó Lusmore—. ¿A quién buscas?

—Vengo del condado de Waterford —dijo la mujer—, a más de treinta millas de aquí. Busco a un tal Lusmore.

—Le conozco —dijo Lusmore.

—Los duendes le quitaron la joroba —dijo la mujer—. ¿Es verdad eso?

—Lo es —contestó Lusmore con una sonrisa.

—Pues bien, el hijo de uno de mis vecinos, Jack, Jack Madden el zapatero, tiene un demonio de joroba encima. Pronto acabará con él.

—Yo soy Lusmore.

—¡Tú! —exclamó la mujer—. ¡Bien! ¡Un presagio!

Lusmore se sintió encantado de contarle a la mujer lo que le había pasado en el viejo foso de Knockgrafton. Le explicó todo sobre la canción de los duendes y cómo él se había unido a ellos y había añadido su parte; todo sobre el pabellón mágico y los duendes susurrantes.

La mujer le dio las gracias y se marchó corriendo por los caminos, de regreso a su condado. Una vez allí se dirigió directamente a la casa de su vecina, y un par de días más tarde, las dos alquilaron un caballo y un carro para marchar junto con Jack Madden a Knockgrafton.

Durante el viaje, por la boca de Jack no cesaron de salir quejas.

—¡Este traqueteo! —decía—. ¡Esto será mi muerte! ¡Estará bien para vosotras, claro!

Se quejaba de que su madre le haría trabajar el doble para pagar el alquiler del carro. Se quejaba del sabor de la cerveza que llevaban. De manera que, entre su mal humor y el ruido del carro, cuando la madre de Jack y su vecina llegaron al foso de Knockgrafton, estaban rotas.

—No te olvides de lo que te hemos contado —le decían—. Estaremos de vuelta al amanecer.

Y el carro se alejó rodando carretera abajo hacia Caher, y Jack Madden fue dejado a su suerte, en la oscuridad, bajo la luna que recorría su camino en el firmamento.

Jack arrastró la triste figura de su cuerpo por la carretera, sobre las toperas y los montecillos de hierbas, y se sentó en el borde de la cuneta. La quietud del lugar lo envolvía todo; el cloqueo de un pájaro que busca acomodo para pasar la noche, un ladrido lejano… acres de silencio.

Y entonces, rompiendo ese silencio, desde algún lugar en el fondo del foso comenzó a llegar una dulce canción, atiplada y clara, que hizo que Jack contuviera el aliento y escuchara con gran atención. Los duendes cantaban su canción con el arreglo que Lusmore les había hecho.

«Lunes, martes —cantaban—, lunes, martes, lunes, martes, miércoles». Ahora no había pausa en su canción; la melodía y las palabras eran continuas.

El espíritu de Jack Madden eran tan deforme como su cuerpo. No contaba con gracia alguna y no tenía el menor sentido de la medida.

Escuchó a los duendes cantar su canción siete veces y, entonces, sin respeto por el ritmo, ni un pensamiento hacia el tono empleado, se levantó y tronó:

—¡Miércoles, jueves!

«Si un día es bueno, pensó Jack, dos días serán mejor. ¡Me deberían regalar dos trajes!».

Los duendes dieron vueltas sobre la verde cuneta. Levantaron a Jack por los pies, le tumbaron hasta el fondo del foso y le introdujeron en su pabellón. Allí comenzaron a darle codazos, a tirarle de la ropa y a golpearle con sus diminutos puños, gritando y chillando:

—¿Quién ha echado a perder nuestra canción? ¿Quién ha echado a perder nuestra canción?

Entonces, un hombrecillo levantó la mano y la multitud de duendes enfurecidos guardó silencio. El hombrecillo entornó los ojos mirando a Jack y dijo:

¡Jack Madden! ¡Jack Madden!
Todas tus palabras sonaban mal
En nuestra dulce y bella canción.
Has caído en nuestro poder
Y tu vida en desgracia:
¡Dos jorobas para Jack Madden!

Y, diciendo esto, un grupo de veinte de los duendes más fuertes hizo su aparición en el pabellón, cargando la joroba de Lusmore. Se dirigieron hacia el pobre Jack y, en un momento, se la encasquetaron a la espalda, justo encima de la suya propia. Tan pronto como lo hicieron, quedó tan firmemente pegada a ella como si hubiera sido clavada por los mejores carpinteros con

clavos de seis pulgadas. A continuación, la gente menuda se puso a chillar y a gritar de nuevo, echando a patadas a Jack del pabellón hacia la oscura noche.

Por la mañana, la madre de Jack Madden y su vecina volvieron de Caher. Encontraron a Jack tumbado en el borde del foso, con una doble joroba en la espalda. Estaba medio muerto.

Las dos mujeres le miraron; se miraron entre sí; pero, por miedo a los duendes, no dijeron nada. Levantaron al pobre Jack y lo colocaron, entre gemidos, en el fondo del carro, llevándole directamente a su casa, en Waterford.

Ni que decir tiene que, con el terrible peso de su segunda joroba y el agotamiento producido por el penoso traqueteo del largo viaje, Jack Madden no vivió mucho tiempo.

—¡Mi maldición! —murmuró justo antes de morir—. ¡Mi maldición para cualquier loco que se ponga a escuchar una canción de duendes!



La más vieja de todos



¿CUÁNTO tiempo hacía que estaba casada el Águila de Gwernabwy?

La nieve abultó con su lana las colinas; las prímulas extendieron su crema por el valle; la rosa del cielo se abrió y la rama donde el águila dormía se vistió de oro. Los vientos altos discutieron; después, volvió la lana de la nieve. Tantos años que no los podía recordar.

¿Y cuántos hijos había engendrado? El águila comenzó a contar.

Cuando llegó al mil, empezó a sentir cierto sueño; y, antes de que hubiera terminado, se quedó dormida.

Cuando su esposa murió, el Águila de Gwernabwy vivió en soledad durante algún tiempo. No se sentía infeliz, pero tampoco feliz y, pasados algunos años, pensó en casarse por segunda vez.

Escogió como novia a la Lechuza de Cwn Cawlwyd.

—Me casaré con ella —chilló— si es lo bastante madura para mí. Me casaré con ella si no quiere tener hijos. Más de mil me parecen ya suficientes.

El águila sobrevoló la colina y el valle, y encontró al Ciervo de Rhedynfre apoyado contra el tronco caído de un viejo roble.

—Ciervo —dijo el águila—. ¿Cuántos años tiene la Lechuza de Cwn Cawlwyd?

—Conocí este roble cuando era una bellota —contestó el ciervo.

—Continúa —dijo el águila.

—Toda su vida fue sosegada y tranquila. Nadie le molestó o le hizo daño jamás. Una vez al día me rascaba contra él y éste fue el mayor trabajo que conoció en su vida. Vivió hasta hacerse muy viejo; perdió su corteza, perdió sus hojas.

—Continúa —dijo el águila.

—Lo conocí cuando era como una bellota y no recuerdo haber visto a la Lechuza de Cwn Cawlwyd con aspecto de ser un solo día más joven.

—¡Estupendo! —exclamó el águila.

—Pero hay alguien —siguió diciendo el ciervo— que es más viejo que yo, y ése es el Salmón de Glynllifon.

El águila sobrevoló la colina y el valle y, encontró el salmón en el arroyo cristalino.

—Salmón —dijo el águila—. ¿Cuántos años tiene la Lechuza de Cwn Cawlwyd?

—Tengo tantos años como la suma de mis escamas —respondió el salmón — y las miles de huevas que aún crecen en mi interior.

—Continúa —dijo el águila.

—Y nunca he visto a la Lechuza de Cwn Cawlwyd con aspecto de ser un solo día más joven.

—¡Estupendo! —exclamó el águila.

—Pero aún hay alguien —dijo el salmón— que es más viejo que yo, y ése es el Mirlo de Cilgwri.

El águila sobrevoló la colina y el valle y encontró al mirlo sentado sobre una piedra.

—Mirlo —dijo el águila—. ¿Cuántos años tiene la Lechuza de Cwn Cawlwyd?

—¿Ves esta piedra? —trinó el mirlo—. Es ahora tan pequeña que un hombre podría cogerla y llevarla en una mano.

—Continúa —dijo el águila.

—Recuerdo que esta piedra eran tan grande que cien bueyes habrían tenido dificultades para moverla. Nada la ha tocado; nada la ha molestado.

—Continúa —dijo el águila.

—Solamente yo, cada mañana, extiendo mis alas y con su punta rozo la piedra. De este modo se ha ido desgastando, y nunca he visto a la Lechuza de Cwn Cawlwyd con aspecto de ser un solo día más joven.

—¡Estupendo! —exclamó el águila.

—Pero aún hay alguien más viejo que yo —dijo el mirlo— y ése es el Sapo de Mochno Bog. Si él no conoce la edad de la lechuza, no la conocerá ninguna otra criatura.

El águila sobrevoló la colina y el valle, y encontró al sapo remontando una pella de barro.

—Sapo —dijo el águila—. ¿Cuántos años tiene la Lechuza de Cwn Cawlwyd?

—Nunca he comido otra cosa que la tierra que ves a nuestro alrededor —croó el sapo— la tierra y todo lo que se arrastra y desliza lentamente a través de ella.

—Continúa —dijo el águila.

—Y tengo poco apetito —dijo el sapo—. Un poco de tierra me resulta suficiente.

—Continúa —dijo el águila.

—¿Ves esas grandes colinas? —preguntó el sapo—, ¿las verdes laderas que oscurecen Mochno Bog?

—Sí, las veo —dijo el águila.

—Todas ellas han sido formadas con mi propio excremento —dijo el sapo —, y nada más que eso. Cuando vine a vivir aquí, esta tierra era llana. Y nunca he visto a la Lechuza de Cwn Cawlwyd parecer un solo día más joven. Siempre ha tenido el aspecto de una bruja terriblemente vieja y siempre ha hecho el ruido más desagradable: ¡tuu!, ¡uh!, ¡uh!, con el que ha espantado a los niños muchas millas alrededor de aquí.

—¡Suficiente! —exclamó el águila.

—¿Te satisface eso? —preguntó el sapo, y se volvió a deslizar hacia el interior del agua de color pardo.

De esta forma queda claro que el Águila de Gwernabwy, el Ciervo de Rhedynfre, el Salmón de Glynllifon, el Mirlo de Cilgwri y el Sapo de Mochno Bog son viejos; más viejos que la vejez, incluso; pero la más vieja de todos ellos es la Lechuza de Cwn Cawlwyd.



Tener miedo y volar



L atardecer bajo la niebla: no se formó lentamente, sino que aparecieron blancas y frías mareas que cruzaron, deslizándose, el húmedo brezal, lamiendo las matas y cerrando caminos y pastizales.

Cuando el viejo cura se quedaba quieto, no podía oír nada excepto su propia respiración y, en la lejanía, el ladrar de un perro; tan lejos, que parecía venir de otro mundo o de otro tiempo.

Sabía que tenía que apretar el paso. Sabía que tenía que salir del brezal antes de que llegara la oscuridad. Ayudándose con el bastón y esforzando la vista hasta un punto en el que no veía nada, sino formas atormentadas, se abría camino hacia el valle.

Pasaron cuatro horas hasta que el pobre cura llegó a una pequeña casa; por cierto que fue por pura casualidad. Una luz tenue brillaba en la ventana del piso de arriba. Con ojos cansados y pies heridos, se dirigió hacia la puerta.

La ventana se abrió por encima de su cabeza.

—¿Quién es? —preguntó rudamente una voz.

—Soy el padre Ned —contestó el cura.

—¿Quién?

—El padre Ned. Me he perdido en el brezal.

—Espere un minuto —dijo la voz, y la ventana se cerró de nuevo.

¡Y fue un minuto muy largo! La voz habló con otra voz; la voz se vistió, encendió una vela y bajó las escaleras sin hacer ruido. Pertenecía a una mujer vieja con los ojos como pepitas de manzana y una cara pálida como el suero de la leche.

—Mejor será que entre —dijo.

Ahora que había dejado de caminar, el padre Ned se sintió mucho peor. Le dolían sus viejos huesos. La cabeza le martilleaba. Tenía ganas de

acostarse.

—Mejor será que utilice la cama de nuestro hijo —dijo la vieja, conduciendo al cura escaleras arriba—. No está en casa.

El cura le dio las gracias entre dientes.

—Sin embargo, no puedo prometerle una noche tranquila —añadió la mujer—. Esta casa está encantada.

El viejo cura se acostó. Comenzó a dormitar y luego a soñar.

De repente fue despertado por un ruido de cacerolas y un estruendo de sartenes que venía de la cocina, en el piso de abajo.

«Esa vieja y buena mujer —pensó el cura—, no es tan huraña como parece. Me está preparando comida».

Poco después, el padre Ned oyó un sonido de pasos; y, luego, una voz que llamaba desde las escaleras:

—¡Armaleg[2]! ¡Armaleg! ¡Ven a por tu cena!

—¡Armaleg! —dijo el viejo cura—. ¡Padre Ned! ¡Armaleg! No sé.

Lentamente, el cura se sentó y reunió sus crujientes huesos.

—Me sentiré mejor —pensó en voz alta—, sí, me sentiré mejor con algo dentro.

El padre Ned bajó las escaleras. La cocina estaba encendida con docenas de velas de colores y, alrededor de la mesa, cubierta de platos, el cura vio en la penumbra los bellos rostros de muchos hombres y mujeres.

—¡Ah! —exclamó el padre Ned.

Ocupó el lugar que le había sido reservado y sonrió a los rostros que le rodeaban.

—Yo siempre bendigo la mesa antes de comer —dijo.

El viejo cura cerró los ojos.

—Señor, bendice esta mesa —dijo, y añadió:

Señor, bendice esta mesa,
La manzana, la cerveza y el centeno.
¡Haz que tus ángeles nos guarden!
¡Haz temer y volar a los demonios!

Cuando el padre Ned abrió de nuevo los ojos, la compañía de hermosos hombres y mujeres, la mesa y la cena dispuesta sobre ella, todo, había desaparecido.


PM. PRADO 1990

El hombre salvaje



O me preguntéis mi nombre. He oído que vosotros los tenéis. Yo no tengo ninguno.

Ésta fue la forma en que dicen que nací: una gran ola se abría camino río abajo y, en la desembocadura, chocó contra una enorme ola del mar. Las olas ayuntadas pataleaban como piernas, giraban como brazos y se balanceaban como caderas; en el agua los palos se quebraban como huesos y las algas sobresalían como cartílagos y músculos. De esta forma las olas se levantaron. Al caer, yo estaba allí.

Mi hogar es el agua, igual que vuestro hogar es la tierra. Subo a la superficie para tomar aire; brillo sumergiéndome a través del arco iris que se oscurece. Al nadar, el agua alisa mi cabello. Y, cuando me poso sobre el fondo del mar, las corrientes peinan mi ondeante cabello; todo mi cuerpo parece ondear.

Cada día voy a tierra en busca de comida. Nado hasta la orilla, con cuidado de no ser visto. Para comer, me gustan cosas pequeñas: ratones, musarañas, topos. Remuevo, husmeando, en la vegetación y en la maleza y los atrapo; exprimo la sangre caliente de sus cuerpos y los mastico.

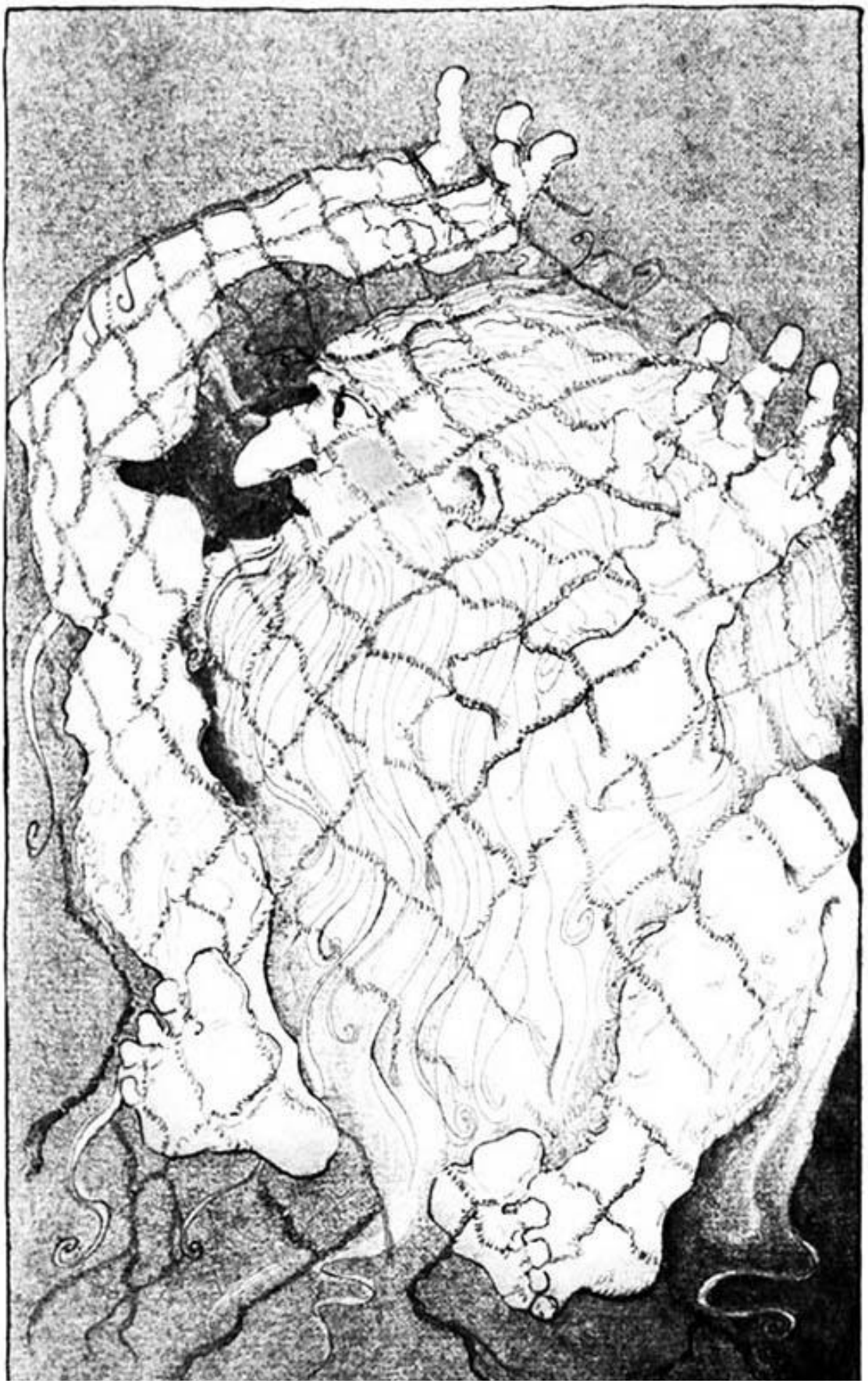
Antes de la puesta de sol, estoy siempre de vuelta en las remolcadoras aguas que saben reír y llorar. Después, la oscuridad azul se cierne sobre el mar y entra también en mi interior. Me siento pesado hasta la mañana. Si me quedara en tierra demasiado tiempo, podría ser encontrado tumbado allí, pesado, incapaz incluso de arrastrarme hasta el agua.

Las focas son mis amigas. Bucean como yo y nadan como yo. Su pelo es como mi pelo. Entono canciones con sus pequeñas crías. Ellas me enseñaron su morada secreta; una oscura gruta tan profunda que la presión del agua me hizo gritar de dolor y subir a la superficie, jadeando, en busca de aire. La platija que nada a ras del agua, la anguila vibrante y la nerviosa trucha son mis amigas. Todos los peces son mis amigos.

Cuando nadaba cerca de la desembocadura del río, algo me cogió por las piernas y tiró de ellas. Intenté desasirme con las manos, y me cogió también las manos y los brazos. Di patadas; me debatí; no pude escapar. Fui arrastrado fuera del agua, desde la oscuridad, hacia el índigo, el púrpura y el azul pálido. Fui levantado por los aires, a la luz del sol y depositado sobre un objeto flotante.

Otros. Había otros allí; otros, otros como yo. Pero sus rostros no estaban cubiertos de pelo. Tenían muy poco pelo, me pareció, excepto en sus cabezas; pero estaban cubiertos de vello y pieles de animales.

Cuando me vieron se asustaron, temblaron y retrocedieron; incluso uno de ellos se cayó al agua.





Yo luché y golpeé, pero fui capturado en la telaraña que había construido. Me trasladaron a tierra y alrededor de mí se formó un enorme cardumen. Después me llevaron en el interior de la telaraña hasta un lugar muy alto hecho de piedra, donde me arrojaron en una gruta tenebrosa.

Uno de ellos se quedó junto a mí y comenzó a hacer ruidos. No podía entenderle. Intuía que me estaba preguntando cosas. Me hubiera gustado preguntarle cosas, también. ¿Dónde naciste? ¿Por qué tienes tan poco pelo? ¿Por qué vives en tierra? Le miré, continué mirándole y, cuando los otros regresaron, les miré también: sus manos sin pelo, sus piernas, sus brillantes ojos. Había tantos que se parecían a mí… ¡Y nunca antes había visto a alguien como yo en el mar!

Me trajeron dos palos cruzados. ¿Por qué? ¿Qué son? Los empujaron hacia mi cara; me gritaron. Uno de ellos me dio un golpe en la cara con la mano. ¿Por qué? Me hizo daño. Entonces, otro, de pelo largo y claro, se acercó y se puso a verter lágrimas sobre mí.

Me lamí los párpados; las lágrimas tenían sabor a mar. ¿Era éste uno como yo? ¿Venía del mar? Puse mis brazos alrededor de su cintura pero gritó y me separó a empujones.

Me trajeron pescado para comer. No podía comer pescado. Más tarde me trajeron carne. La exprimí hasta que estuvo seca, y entonces la comí.

Fui llevado a la luz del sol, a la desembocadura del río. Las ondeantes, ondeantes aguas. Su color era rosa, lila y gris. Temblé de deseo al divisarlas. Pude ver tres filas de redes extendidas a través del río de uno a otro margen. Después me dejaron ir; me dejaron bucear en el agua. Corrió por mi largo cabello. Reía. Pasé bajo la primera red, la segunda y la tercera. Era libre. Pero ¿por qué sólo soy libre lejos de aquéllos que se parecen a mí, con aquéllos que no se parecen a mí? ¿Por qué es el mar mi hogar?

Todos gritaban y agitaban sus brazos; saltaban arriba y abajo en la orilla. Daban voces sobre los rizos grises de las olas. ¿Por qué? ¿Querían que volviera, después de todo? ¿Querían que fuera su amigo?

Yo quería volver, quería que fueran mis amigos. Y así, volví a cruzar las redes y nadé hacia la orilla de arena. Entonces se tiraron sobre mí y me hirieron. Grité. Di alaridos. Me ataron con grandes telarañas otra vez; me llevaron de vuelta al lugar de piedra y me arrojaron en el interior de la gruta tenebrosa.

Mordí las telarañas. Me deslicé entre las rejas de las ventanas.

Era casi de noche y la pesada oscuridad se estaba apoderando de mí. Me alejé de allí, tambaleante, de vuelta a las aguas, las oscuras aguas que me esperaban.



Los tres golpes



U granja de piedra parecía salir de la misma falda verdigris de la montaña. Las paredes estaban manchadas de liquen; una parte del tejado se hallaba cubierto de pizarra y la otra de hierba. El edificio estaba tan inclinado que parecía ponerse en cuclillas.

No estaba solo. Desde la puerta (tenías que agacharte para entrar o salir), Megan podía ver tres pequeñas casas más, casi al alcance de la voz. Y, a no más de una milla de allí, a lo largo del camino noroeste, acurrucado y paciente, estaba el pequeño pueblo de Llanddeusant.

Pero, cuando el viento abría su garganta y la lluvia barría las laderas de la montaña; cuando las estaciones difíciles llegaban a la montaña negra; cuando los lobos rodeaban los corrales y los pajarillos escribían sus huellas sobre la nieve, la granja parecía estar sola, sola en el mundo, y tanto más para Megan desde que su marido murió, dejándola sin ayuda para educar a su hijo y llevar la granja.

Pero Megan era una mujer fuerte y trabajadora. A medida que los años fueron pasando, sus ovejas y cabras crecieron de tal forma que vagaban lejos de allí, pasando incluso por encima de la montaña negra. Mientras tanto, su hijo creció y creció, hasta convertirse en un fuerte muchachote bastante desmañado, muy voluntarioso, tímido y afectuoso. Sin embargo, algunas veces, cuando le miraba sentado junto al fuego, perdido en la corriente de sus ensueños, Megan pensaba que, en realidad, no conocía bien a su hijo. «Es como su padre —se decía—. Como un secreto. ¿Qué estará pensando?».

Gwyn pasaba casi todo el tiempo en lo alto de la montaña negra cuidando del ganado, las ovejas y las cabras. Casi siempre las seguía hasta un lugar muy remoto en un pliegue de la montaña. Era una visión secreta: la pequeña laguna de Llyn y Fan Fach.

Una mañana de primavera, Gwyn iba clavando su cayado a lo largo del borde de la laguna, en su camino hacia la roca lisa donde se sentaba a veces y extendía sus provisiones: pan de cebada, quizás un trozo de queso y un barrilete lleno de espumosa cerveza. Gwyn se subió a la roca y contempló la superficie plateada y obsidiana de la laguna. Y allí, sentada sobre la superficie cristalina del agua, peinándose el cabello, divisó a una muchacha. Utilizaba el agua como si fuera un espejo; se hacía tirabuzones y los colocaba de forma que cubrieran sus hombros. Sólo cuando hubo terminado levantó la mirada y vio a Gwyn, torpemente sentado sobre la roca, con la boca abierta, los brazos extendidos, ofreciéndole pan.

Lentamente, tan lentamente que apenas parecía moverse, la muchacha se deslizó sobre la superficie del agua hacia Gwyn y, al mismo tiempo, éste se metió en el agua para encontrarse con ella.

Entonces Gwyn oyó su voz. Era como el sonido de una campana oído hacía mucho tiempo y ahora recordado: muy dulce y muy tenue.

—Tu pan está cocido y es duro —dijo—. No es fácil cogerme.

Que fue justamente lo que Gwyn trató de hacer. Se arrojó a la laguna y, al instante, la muchacha desapareció de su vista.

Tras de sí dejó su sonrisa jugando sobre la suave superficie del agua.

Durante un tiempo, Gwyn se quedó en pie, quieto, con la mirada fija. Una nube desgajada cruzó el sol; el agua tembló con un escalofrío. Gwyn sintió que había encontrado lo más importante del mundo y lo había perdido.

Y resolvió volver para encontrar a la muchacha y hacerla suya, cualquiera que fuese el precio.

Se alejó del lago. Bajó atravesando los pastos de las ovejas, por senderos delgados como cuerdas. Al principio caminaba despacio; sin embargo, casi corría cuando alcanzó las puertas de la granja, tan ansioso se sentía por contarle a su madre todo sobre la hechicera muchacha que había visto en Llyn y Fan Fach.

—¡Tonterías! —dijo Megan—. Tú y tus sueños.

Pero, mientras escuchaba a Gwyn, no dudaba de que lo que contaba era verdad. Quizás, en el joven que estaba frente a la chimenea, reconocía a otro joven, en aquel mismo lugar, hacía mucho tiempo, brillando y balbuciendo. Pero entonces se acobardó al pensar en lo que podría ocurrirle a Gwyn si se mezclaba con los duendes.

—Nada me detendrá —dijo Gwyn—. Nada me detendrá, si es eso lo que estás pensando.

—Déjala en paz, Gwyn —dijo Megan—. Toma a una muchacha del valle.

—Nada me detendrá —repitió Gwyn.

—No la poseerás —dijo Megan—, no, a menos que me escuches.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Gwyn.

—Tu pan está cocido y es duro. ¿No es eso lo que te dijo?

Gwyn asintió.

—Bien, entonces llévale dedos de pie. Llévale dedos de pie. Hazme caso.

—¿Dedos de pie? —preguntó Gwyn.

—Trozos de masa. Sin cocer.

Gwyn siguió el consejo de su madre. Cuando la noche comenzó a perder su densidad, pero antes de que pudiera decirse que había llegado el amanecer, se llenó un bolsillo con masa y, en silencio, dejó la granja atrás, sin despertar a su madre. Aspiró el aire fresco de la mañana y comenzó a ascender la montaña dorada y nebulosa.

Ella no estaba allí. La niebla que deforma las cosas y engaña a nuestros ojos se precipitó, se levantó y volvió a precipitarse sobre las oscuras aguas hasta que el sol descendió desde los picos y las consumió en su íuego. Los pájaros llegaron en alegres grupos, los peces formaron círculos, y ella no estaba allí.

Poco antes del anochecer, Gwyn vio cómo dos vacas avanzaban pesadamente hacia el borde de un peligroso precipicio, al otro lado de la laguna. Se levantó enseguida y comenzó a correr hacia ellas, alrededor de la laguna.

—¡Tontas! —gritó—. ¡Vais a caeros!

Entonces apareció ella. Estaba allí, sentada sobre el resplandor de las aguas, sonriendo, igual que lo había hecho el día anterior.

Gwyn se detuvo. Le tendió los brazos y, mientras la bella muchacha se deslizaba hacia él, la miró intensamente: el brillo negro azulado de su cabello, sus largos dedos, la verde seda del agua de su vestido y sus pequeños tobillos atados con cordones. Entonces, Gwyn buscó en sus bolsillos y le ofreció la masa cruda, y no sólo eso, sino también su mano, y su corazón, para siempre.

—Tu pan está crudo —dijo la muchacha—. No seré tuya.

Entonces levantó los brazos y se hundió bajo la superficie del agua.

Gwyn gritó; la cara de la roca le oyó y le contestó, hueca, sin cuerpo. Pero, incluso cuando miraba hacia la laguna y escuchaba estos sonidos, cada uno más lóbrego que el anterior, Gwyn pensaba en la sonrisa de la muchacha y se sentía algo reconfortado. «Te haré mía», se dijo.

—Pudiste salvar a las vacas —dijo Megan aquella noche—. Eso es lo que importa.

Gwyn sonrió resignadamente.

—De cualquier forma —dijo Megan—, no volverás por allí, ¿verdad?

—Sabes que lo haré —replicó Gwyn.

—En ese caso —le dijo su madre—, escúchame. Yo le llevaría un pan medio cocido.

Gwyn llegó de nuevo a Llyn y Fan Fach al amanecer. Lanzó una mirada a la laguna y su cara brilló —sus mejillas, su barbilla, sus orejas y sus ojos— como si acabara de separarse de un fuego llameante.

Se sentía fuerte y se sentía débil.

Esta vez fueron las ovejas y las cabras las que se extraviaron en dirección hacia el roquedo escarpado, al otro lado de la laguna. Pero Gwyn conocía la habilidad de sus patas. Incluso cuando desprendían y hacían caer una piedra que rodaba pendiente abajo y se hundía en la laguna, incluso entonces, no estaban en peligro.

Durante toda la mañana, abril estuvo sacudiendo sábanas de sol y lluvia sobre la laguna; por la tarde, las nubes, condensándose desde el oeste, cubrieron totalmente la montaña. Hora tras hora, Gwyn se acurrucaba sobre la roca lisa o paseaba alrededor del borde de la laguna.

No se sentía ya excitado o temeroso; la larga espera le había enfriado.

Por fin, el humor del tiempo cambió. Al principio, tras la gasa de las nubes, Gwyn pudo ver el cielo azul; después, las nubes abandonaron bruscamente la montaña. La luz amarilla del sol alivió la laguna y la pedregosa pendiente cenicienta.

Fue entonces cuando Gwyn vio tres vacas caminando sobre el agua. Estaban en el centro de Llyn y Fan Fach y andaban hacia él.

Gwyn se puso en pie. Dio un salto desde la plataforma de roca y se acercó a la orilla de la laguna. Y, al hacerlo, la muchacha apareció por tercera vez, tan bella como antes, caminando sobre el espejo de las aguas, detrás de las tres vacas.

Gwyn se metió en la laguna, primero las rodillas, después sus muslos, sus caderas. La muchacha seguía avanzando y sonreía, con una expresión que iluminaba su rostro y, sobre todo, sus ojos color violeta.

Gwyn tendió sus manos y, sin palabras, le ofreció el pan medio cocido.

La muchacha tomó el pan y Gwyn le cogió la mano fría. Se sentía nervioso y le faltaba el aire.

—Ven conmigo —dijo—. Ven a la granja. Te enseñaré. Ven conmigo… ¡Cásate conmigo!

La muchacha miró a Gwyn.

—No te dejaré marchar —dijo Gwyn. Podía oír su propia voz elevándose, como si fuera otro el que hablaba—. ¡He esperado tanto! —apretó aún más la mano de la muchacha.



—Gwyn —dijo ella—, me casaré contigo, pero con una condición.

—¡Cualquier cosa! —exclamó Gwyn—. ¡Cualquier cosa que me pidas!

—Me casaré contigo y viviré contigo. Pero si me pegas…

—¡Pegarte! —exclamó Gwyn.

—Si me das tres golpes sin razón alguna, regresaré a esta laguna y no volverás a verme nunca más.

—¡Nunca! —juró Gwyn—. ¡Nunca!

Suavizó la fuerza con que la agarraba, e inmediatamente ella se escabulló; levantó los brazos y desapareció bajo la superficie del agua.

—¡Vuelve! —gritó Gwyn—. ¡Vuelve!

—¡Elvee! —dijo la montaña—. ¡Elvee!

Gwyn estaba en pie, con el agua fría a la cintura. El gigantesco sol rojo iluminaba el lado oeste del horizonte y comenzó a ocultarse.

Entonces, dos muchachas, la una tan encantadora como la otra, emergieron del agua, inmediatamente seguidas de un anciano de pelo blanco. Un instante después se acercaron caminando hacia Gwyn.

—¡Enhorabuena, Gwyn! —exclamó el anciano—. Quieres casarte con una de mis hijas y la has pedido en matrimonio.

Señaló a las dos muchachas que estaban a su lado.

—Y yo estoy de acuerdo. Podrás casarte si eres capaz de decirme con cuál de las dos deseas hacerlo.

Gwyn miró a una muchacha y después a la otra; los cabellos negros, los extraños ojos violeta, los esbeltos cuellos.

Una de las muchachas se peinaba el cabello negro como el carbón; la otra adelantó un pie, un palmo, dos palmos y se adentró en la memoria de Gwyn. Las sandalias, los cordones.

Inmediatamente, Gwyn cruzó el espacio de agua que les separaba y cogió su mano fría.

—Ésta es —dijo.

—¿Has hecho tu elección? —preguntó el anciano.

—Sí —respondió Gwyn.

—Has elegido bien —afirmó el hombre—. Y puedes casarte. Sé amable y fiel con ella.

—Lo seré —aseguró Gwyn—, lo seré.

—Ésta es su dote —dijo el hombre—, podrá tener tantas ovejas, vacas, cabras y caballos como sea capaz de contar sin tomar aliento.

Tan pronto como su padre acabó de decir estas palabras su hija comenzó a contar ovejas. Contaba de cinco en cinco: «Una, dos, tres, cuatro, cinco; una,

dos, tres, cuatro, cinco», una y otra vez, hasta que le faltó el aire.

—Treinta y dos veces —dijo el hombre—. Ciento sesenta ovejas.

Tan pronto como fueron nombradas, las ovejas hicieron su aparición sobre la superficie de las aguas que se apagaban, y corrieron a través de ellas hacia la montaña desnuda.

—Ahora las vacas —dijo el anciano.

Entonces, su hija comenzó a contar una vez más, con voz dulce y susurrante. Y así continuaron hasta que más de seiscientas cabezas de ovejas, cabras y caballos se movían formando rebaños y manadas en la orilla de la laguna.

—Ahora, marchaos —dijo con ternura el hombre de pelo blanco—. Y recuerda, Gwyn, si la golpeas tres veces sin razón alguna, ella volverá a mí, trayendo consigo a todos los animales a esta laguna.

Era casi de noche. El anciano y su segunda hija descendieron al interior de la laguna. Gwyn tomó a la novia de la mano y, seguidos por sus animales, la condujo montaña abajo.

De esta forma, Gwyn y la muchacha de Lian y Fan Fach se casaron.

Gwyn dejó la casa donde había nacido y a su madre en ella, y se fue a una granja, a varias millas de distancia, en las afueras del pueblo de Myddfai.

Gwyn y su mujer eran felices y, gracias a la generosidad del anciano, también ricos. Tenían tres hermosos hijos de ojos y cabellos oscuros. Algunos años después de su llegada a Myddfai, fueron invitados a un bautizo en Llanddeusant. Gwyn tenía grandes deseos de ir, pero, llegado el momento de partir, su mujer no sentía de la misma forma.

—No conozco a esa gente —dijo.

—Es Gareth —replicó Gwyn—. Le conozco de toda la vida. Y éste es su primer hijo.

—Está demasiado lejos para ir caminando —protestó su mujer.

—Coge entonces un caballo del prado —dijo Gwyn—. Puedes montar hasta allí.

—¿Quieres ir a buscar mis guantes —pidió la mujer de Gwyn— mientras voy a por el caballo? Los dejé en casa.

Cuando Gwyn salió de la granja con los guantes, deseoso de partir enseguida, se encontró con que su mujer no había dado un paso hacia el prado en busca del caballo.

—¿Qué te pasa? —gritó, y con los guantes le dio a su mujer un golpe en el hombro.

Ella se volvió hacia él. Sus ojos se oscurecieron.

—¡Gwyn! —exclamó—. ¡Gwyn! Recuerda la condición que puse al casarme contigo.

—La recuerdo —dijo Gwyn.

—Que nunca me golpearías sin razón.

Gwyn asintió.

—¡Ten cuidado! ¡Ten más cuidado de ahora en adelante!

Algún tiempo después asistieron a una magnífica boda. Los invitados al almuerzo no sólo venían de LLanddeusant y Myddfai, sino de otras muchas granjas y aldeas de los alrededores. El granero en el que la recepción se celebraba estaba lleno de alegres murmullos y del dulce sonido del arpa triple.

Tan pronto como besó a la novia, la mujer de Gwyn se puso a llorar y a sollozar. A su alrededor, los invitados dejaron de hablar. Algunos intentaron consolarla, pero otros muchos le dieron la espalda por la superstición de que las lágrimas en una boda eran un mal presagio.

Gwyn no sabía muy bien qué hacer.

—¿Qué te pasa? —murmuró—. ¿Qué te pasa?

Pero su mujer sollozaba tan amargamente como un niño pequeño. Gwyn sonrió, como excusándose, y meneó la cabeza; después apretó los labios y le dio a su mujer un golpe en el brazo con la mano.

—¿Qué te pasa? —insistió—. ¡Tienes que parar!

La mujer de Gwyn miró a su marido con sus ojos violetas llenos de lágrimas.

—Estas dos personas —dijo— están en el umbral de un gran peligro. Puedo verlo todo. Y veo también que tus problemas están a punto de comenzar. Me has golpeado sin razón por segunda vez.

La mujer de Gwyn amaba a su marido no menos que él la amaba a ella, y ninguno de los dos tenía el menor deseo de que su matrimonio llegara de pronto a un final. Sabiendo que su comportamiento podía confundir y molestar a Gwyn, ella recordaba a veces a su marido que tuviera mucho cuidado de no pegarle una tercera vez.

—De otra forma —dijo— deberé volver a Llyn y Fan Fach. No tengo otra elección.

Pasaron los años. Los tres niños se hicieron jóvenes muchachos, todos inteligentes. Cuando pensaba en ello, Gwyn creía que en aquel bautizo y en

aquella boda había aprendido la lección, y que él y su mujer del agua podrían vivir felizmente juntos el tiempo que durasen sus vidas.

Una día asistieron a un funeral. Las gentes de los alrededores se habían reunido allí como homenaje a la mujer muerta, hija de un rico granjero y esposa del clérigo, generosa con su tiempo y su dinero, y todavía en la plenitud de la vida.

Después del funeral, un buen número de los amigos del pastor volvieron a la casa para tomar con él los pasteles del funeral y acompañarle, y Gwyn y su mujer se encontraban entre ellos.

Tan pronto como entraron en la casa del clérigo, la mujer de Gwyn se puso a reír. Entre aquéllos que se lamentaban, con sus trajes negros y tristes caras, ella reía como si estuviera algo alegre por el efecto de la cerveza o jugase con niños pequeños.

Gwyn se quedó perplejo.

—¡Calla! —exclamó—. ¡Piensa dónde estás! ¡Deja de reírte!

Y, con fuerza contenida, le dio a su mujer un golpe con la mano en el antebrazo.

—Me estoy riendo —dijo la mujer de Gwyn— porque, cuando una persona muere, deja atrás este mundo de dificultades. ¡Ah, Gwyn!, me has golpeado por tercera y última vez. Nuestro matrimonio ha terminado.

La mujer de Gwyn abandonó el funeral, sola, y se dirigió directamente a su magnífica granja de las afueras de Myddfai. Allí comenzó a llamar a todos los animales.

—¡Vaca pintoja, ven! ¡La de la mancha blanca, vaca pintada, vaca pecosa, venid! ¡Mi vieja vaca de cara blanca, *Bizca Gris*, toro blanco de la corte del rey, venid, venid todos a casa!

La mujer de Gwyn conocía a todos los animales por sus nombres.

Tampoco se olvidó del ternero que su marido había despiezado la pasada semana.

—¡Pequeño ternero negro —gritó—, baja del gancho! ¡Ven a casa!

El ternero negro dio un salto hacia la vida y se puso a bailar en el patio.

Entonces, la mujer de Gwyn vio a cuatro de sus bueyes que araban un prado cercano.

—¡Bueyes grises! —llamó—. ¡Cuatro bueyes del prado, también vosotros debéis venir a casa!

Cuando la oyeron, los bueyes dejaron su trabajo y, a pesar de los gritos del labrador, arrastraron el arado a través de los surcos recién hechos.

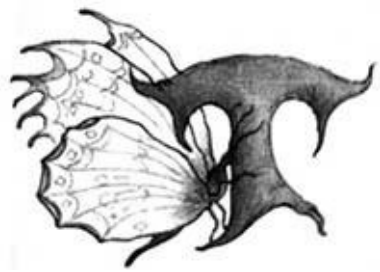
La mujer de Gwyn miró a su alrededor. Hizo una pausa, después dio la espalda a la casa y a los terrenos de la granja. Quienes la vieron nunca pudieron olvidar aquella imagen: una mujer, firme y triste, ascendiendo la montaña de Middfai. Tras ella, caminando lenta y penosamente, tropezando a veces, un gran número de animales.

La mujer cruzó las barridas laderas de la montaña negra que se encontraban sobre la misma granja solitaria donde Gwyn había nacido y donde Megan vivía aún su vejez. Subía hacia lo alto, más y más arriba, hacia el ojo oscuro.

La mujer de Llyn y Fan Fach caminó sobre la superficie del agua y en el agua desapareció, seguida por sus cientos de animales. Tras ellos quedaron los lamentos, una ola de silencio y el oscuro surco formado por los bueyes al arrastrar su arado sobre la ladera de la montaña, en su camino hacia el fondo del agua.



Alma de mariposa



E quedaste dormida. Yo me hubiera quedado dormido también, tendido bajo el sol y lavado por las voces que entonan canciones de cuna en el riachuelo. Estábamos tan cansados, después de haber estado trepando, explorando y gritando todo el día…

No me hubiera hecho falta contar las ovejas perdidas; me hubiera quedado dormido también, pero miraba tu boca abierta, cuando de ella salió volando una mariposa tan blanca como la primera nieve.

Esta mariposa revoloteó sobre tu cuerpo y se posó en tu pierna izquierda; después se aposentó en una brizna de hierba, ni cerca ni lejos de ti, a la distancia de un tiro de piedra.

Me incorporé, me puse en pie y seguí a la mariposa. Llamada por el agua, revoloteó sobre un pastizal de ovejas. Voló por encima de las paredillas de piedra. Voló sobre un juncal, hacia dentro y hacia fuera, hacia dentro y hacia fuera como la lanzadera en el urdimbre.

Y continuó y continuó volando, y yo la seguía todavía, hasta que descubrió algo oculto en la hierba alta. La calavera de un viejo caballo que relucía con un brillo blanco y era el hogar de los vientos.

La mariposa entró por una de las cuencas de los ojos. Se abrió camino por el interior, temblando y llena de curiosidad.

Después salió a través de la segunda cuenca, y volvió a los juncos, sobre las lajas de piedra, por encima del pastizal, a lo largo de tu cuerpo dormido y de vuelta al interior de tu boca abierta.

Cerraste los labios y abriste los ojos. Me sorprendiste mirándote.

—Se debe de estar haciendo tarde —dijiste.

—Puede que sea temprano o puede que sea tarde —dije yo—. Acabo de tener una visión.

—¡Tú! ¿Has tenido una visión? —exclamaste—. Soy yo. Soy yo quien ha tenido una visión. Soñé que bajaba por un bello y ancho camino, flanqueado por árboles ondulantes y un arco iris de flores. Llegué hasta un río caudaloso y un gigantesco puente de piedra, cubierto de ricos labrados. Después de cruzar este río, me interné en un bosque maravilloso, cuyos árboles eran hojas afiladas. Y así seguí y seguí hasta que llegué a un palacio, glorioso y abandonado. Pasé de una habitación llena de ecos a otra. Después pensé que podría quedarme allí y con ese pensamiento empecé a sentirme triste, extraña e incómoda. De forma que abandoné el palacio. Volví a casa por el mismo camino, y cuando llegué me sentí muy hambrienta. Estaba a punto de sentarme a comer, cuando me desperté.

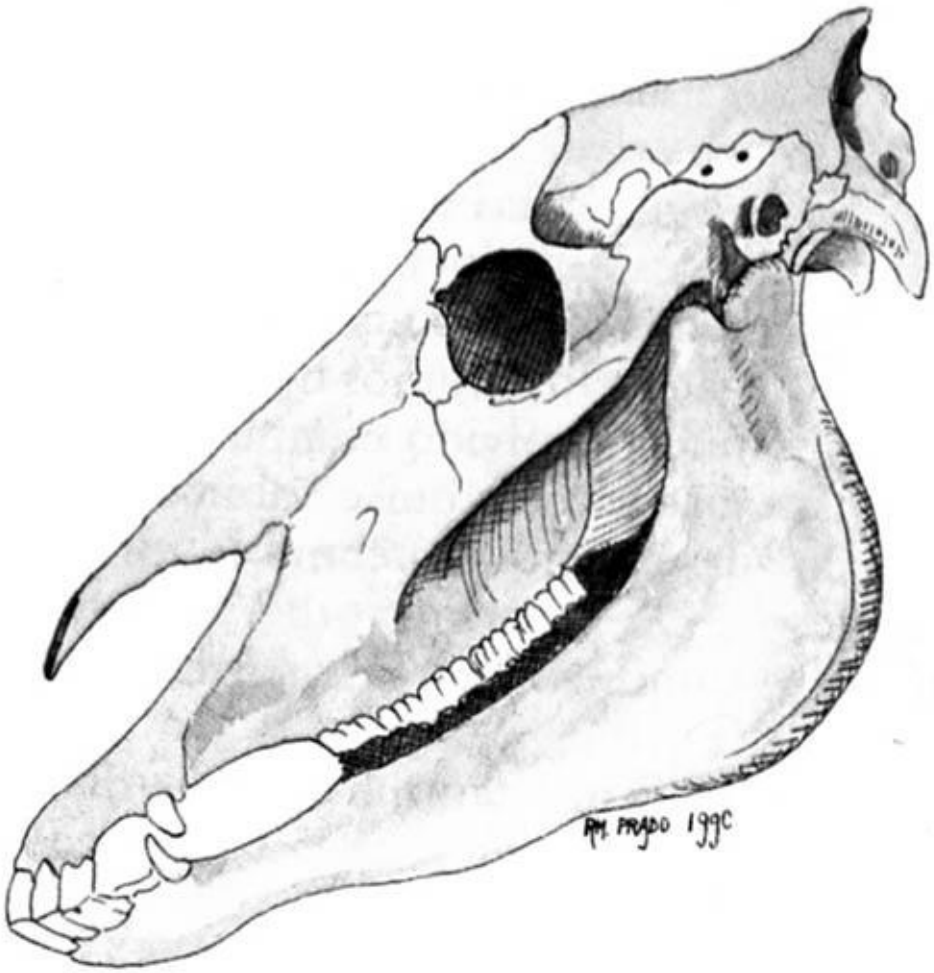
—Ven conmigo —dije—. Y te enseñaré el reino de tu sueño.

Te conté todo sobre la mariposa tan blanca como la primera nieve.

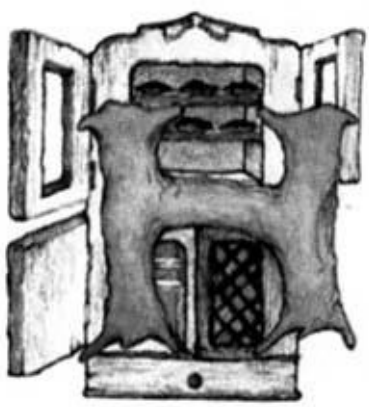
Te enseñé el pastizal y las paredillas de piedra, el juncal y la calavera del viejo caballo.

—Este pobre camino de ovejas —expliqué— es tu camino ancho flanqueado de árboles ondulantes y un arco iris de flores. Estas paredillas de piedra son tu gran puente de piedra cubierto de ricos labrados. Este juncal es tu bosque maravilloso de árboles como hojas afiladas. Y esta calavera es el glorioso palacio por el que paseabas hace poco rato.

—¡Visiones! —dijiste—. Tú y yo, los dos hemos tenido visiones.


RM. PRADO 1996

Tom Tit Tot



ABÍA una vez un antiguo pueblecito donde vivía una mujer con su atolondrada hija. Ésta tenía dieciséis años y era tan dulce como la madreselva.

Una bella mañana, la mujer preparó cinco pasteles de carne y los puso en el horno. En aquel momento la llamó una vecina, y pronto estuvo tan entregada a los últimos titulares y a los cotilleos, que la mujer se olvidó completamente de los pasteles. Para cuando los quiso sacar del horno, la costra quemada era tan dura como la corteza de un viejo roble.

—¡Hija! —llamó—. Pon estos pasteles en la despensa.

—¿Por qué? ¡Tengo tanta hambre! —dijo la muchacha.

—Déjalos allí y se harán.

—¿Se harán?

—Ya has oído —dijo la mujer.

Y salió corriendo hacia la suave brisa donde su vecina la esperaba.

—¡Bien! —dijo la muchacha—. Si es que tienen que hacerse de nuevo, me comeré éstos ahora.

Y se fue hasta la despensa, cogió los pasteles y se los comió, del primero al último.

Cuando llegó la hora de la cena, la mujer sintió mucha hambre.

—Creo que uno de esos pasteles será suficiente —dijo—. Ve y coge uno de la balda. Deben haberse hecho ya.

La muchacha fue a la despensa y miró en su interior; pero allí no había más que un plato vacío.

—¡No! —voceó—. No se han hecho.

—¿Ninguno de ellos? —preguntó la mujer.

—¡No! —volvió a gritar la muchacha—. ¡No! ¡Ninguno!

—¡Bueno! —se conformó la mujer—. Se hayan hecho o no, me tomaré uno para cenar.

—Pero ¿cómo vas a tomarte uno si no se han hecho? —dijo la muchacha, saliendo de la despensa.

—No importa, si puedo —dijo la mujer—. Ve y cógeme el mejor.

—Ni el mejor ni el peor —replicó la muchacha—. Me los he comido todos, así es que tendrás que esperar a que vuelvan a hacerse.

La mujer se puso furiosa.

—¿Que te los has comido todos? —gritó—. ¡Sapos y culebras!

Cogió su rueca, la llevó hasta la puerta y, para calmarse, empezó a hilar. Y mientras hilaba, cantaba:

Hoy mi hija se ha comido cinco, cinco pasteles.
Hoy mi hija se ha comido cinco, cinco pasteles.

En aquel momento, el rey caminaba calle abajo y oyó a la mujer.

—Mujer, ¿qué era lo que decías? —preguntó—. ¿Qué estabas cantando?

La mujer se sintió avergonzada de la gula de su hija.

—¡Pues bien! —dijo, comenzando a hilar de nuevo:

Hoy mi hija ha hilado cinco, cinco madejas.
Hoy mi hija ha hilado cinco, cinco madejas.

—¡Madre mía! —exclamó el rey—. Quiero una esposa y me casaré con tu hija. Durante once meses al año —continuó—, podrá comer tanta comida como desee, comprar tantos vestidos como guste y rodearse de la compañía que prefiera. Pero durante el último mes del año, tendrá que hilar cinco madejas cada día; y si no lo hace, le cortaré la cabeza.

—¡De acuerdo! —dijo la mujer—. Todo está muy bien, ¿no es así, hija mía?

La mujer estaba encantada con la idea de que su hija se casara con el mismísimo rey. No se sentía preocupada por las cinco madejas.

—Cuando llegue el momento —le dijo a su hija más tarde— encontraremos una forma de arreglarlo. Por otra parte lo más seguro es que para entonces se haya olvidado de todo.

El rey y la muchacha se casaron. Y, durante once meses, la muchacha comió tanta comida como quiso, compró todos los vestidos que fueron de su gusto y se rodeó de la compañía que deseó.

Mientras pasaban los días del undécimo mes, la muchacha comenzó a pensar en las madejas y a preguntarse si el rey pensaría en ellas también. Pero el rey no decía una palabra, y la muchacha se sintió casi segura de que se había olvido de ello.

Sin embargo, el último día del mes, el rey la condujo hacia una habitación del palacio que nunca antes había visto. No había nada en ella, excepto una rueca y un taburete.

—Ahora, querida —dijo el rey—, te quedarás aquí encerrada hasta mañana, con algo de comida y lino. Y si no has hilado cinco madejas antes del amanecer, se te cortará la cabeza.

Y a continuación se marchó a hacer el tipo de cosas que un rey tiene que hacer.

Naturalmente, la muchacha estaba muy asustada. Siempre había sido tan atolondrada que ni siquiera sabía hilar. No sabía qué pasaría a la mañana siguiente, sin nadie a su lado, nadie que pudiera ayudarla. Se sentó y ¡madre santa, como lloró!

De pronto, oyó una especie de suave golpeteo en el suelo. Así es que se levantó, abrió la puerta y, ¿qué es lo que vio?

Una pequeña cosa negra con un largo rabo. La cosa la miró con gran curiosidad y le preguntó:

—¿Por qué lloras?

—¿Y a ti qué te va en ello? —sollozó la muchacha.

—No te preocupes por eso. Tú dime por qué lloras.

—Hacerlo no me reportará nada bueno —contestó la muchacha.

—Eso no lo sabes —dijo la cosa, haciendo girar su rabo.

—¡Bien! Si no puedes hacerme ningún bien, también es verdad que no puede hacerme ningún daño.

De manera que le contó lo ocurrido con los pasteles, las madejas y todo lo demás.

—Te diré lo que voy a hacer —dijo la pequeña cosa negra—. Vendré a tu ventana cada mañana, cogeré el lino y, antes del amanecer, te lo devolveré todo hilado.

—¿Y qué tendré que pagar por ello? —preguntó ella.



La cosa lanzó una mirada malévola y dijo:

—Cada noche te concederé tres oportunidades de adivinar mi nombre. Si antes de que el mes termine no lo has adivinado, serás mía.

La muchacha pensó que le sería fácil adivinar su nombre antes de que el mes se extinguiera.

—Bien —dijo—. Estoy de acuerdo.

—Pues de acuerdo —dijo la cosa.

Y, ¡madre mía!, como se puso a dar vueltas con el rabo.

A la mañana siguiente, el rey condujo a la muchacha a la habitación, donde el lino y la ración de comida habían sido dispuestos para ella.

—Aquí está el lino —le dijo su marido—, y si no ha sido hilado antes del anochecer, ¡se te cortará la cabeza!

Luego, salió de allí y cerró la puerta.

Apenas hubo salido el rey, un golpeteo sonó en la ventana.

La muchacha se levantó y la abrió. Allí estaba la pequeña cosa conocida, sentada en el borde de la ventana.

—¿Dónde está el lino? —preguntó.

—¡Aquí está! —dijo ella.

Pues bien, a última hora de la tarde, volvió a sonar un golpeteo en la ventana. La muchacha se levantó, la abrió y allí estaba la pequeña cosa conocida, con cinco madejas de lino sobre el brazo.

—¡Aquí está! —dijo, y le entregó el lino—. Y ahora, ¿cómo me llamó?

—¿Te llamas Bill? —preguntó ella.

—¡No! —dijo la cosa—, ése no es mi nombre.

Y su rabo dio la vuelta.

—¿Te llamas Ned?

—¡No! —dijo la cosa—, ése no es mi nombre.

Y su rabo dio una vuelta.

—Entonces, ¿te llamas Marcos?

—¡No! —dijo la cosa—, ése no es mi nombre.

Y su rabo se puso a dar vueltas más deprisa, y desapareció.

Pues bien, cuando el marido de la muchacha llegó las cinco madejas estaban preparadas para él.

—Ya veo que no tendré que matarte esta noche, querida. Por la mañana tendrás tu comida y tu lino —dijo y se fue a hacer las cosas que un rey tiene que hacer.

Así, cada día la muchacha recibía su lino y su comida, y cada día el pequeño diablillo venía por la mañana y volvía a última hora de la tarde.

También, cada día y todos los días, la muchacha se sentaba pensando nombres que luego repetía al diablillo cuando éste regresaba por la tarde. ¡Pero no daba una! A medida que el tiempo pasaba y se acercaba el final del mes, el diablillo parecía más y más perverso, y cada vez que ella preguntaba movía el rabo a mayor velocidad. De esta forma llegaron al penúltimo día del mes. El diablillo volvió con las cinco madejas a última hora de la tarde y dijo:

—¿Qué, todavía no has adivinado mi nombre?

—¿Te llamas Nicodemo? —preguntó ella.

—¡No! Ése no es mi nombre —dijo él.

—¿Te llamas Samuel?

—¡No! Ése no es mi nombre.

—¡Ah! Bien. ¿Te llamas Matusalén?

—¡No! Tampoco me llamó así, miró a la muchacha con unos ojos que parecían brasas ardientes.

—Mujer —dijo—, sólo te queda mañana por la tarde, después… ¡serás mía!

Y se fue volando.

Por supuesto, la muchacha se sintió terriblemente mal. Al poco rato, sin embargo, oyó al rey que venía por el pasadizo. Cuando entró en la habitación y observó cinco madejas, dijo:

—¡Bien, querida! Por lo que veo, también mañana por la noche tendrás preparadas las cinco madejas. Deduzco, por lo tanto, que no tendré que matarte, así es que hoy tomaré la cena aquí.

Y, de esta forma, los sirvientes del rey trajeron su cena y un nuevo taburete, y los dos se sentaron juntos.

Pues bien, apenas el rey había tomado un bocado cuando empujó hacia atrás el taburete y, moviendo en el aire cuchillo y tenedor, comenzó a reír.

—¿Qué te pasa? —preguntó la muchacha.

—Te lo contaré —repuso el rey—. Salí de caza hoy y perdí mi camino, cuando llegué a un claro del bosque que nunca antes había visto. Había allí una vieja cantera de creta. Y oí una especie de murmullo. Conque me bajé del caballo; subí por el borde del agujero y miré en su interior. ¿Sabes lo que vi? ¡La más graciosa pizca negra que te puedas imaginar! ¿Y qué es lo que tenía allí? ¡Pues una rueca! Hilaba e hilaba, a una velocidad increíble; hilaba y movía el rabo. Y mientras hilaba, cantaba:

Mi nombre sí, mi nombre no,
Mi nombre es Tom Tit Tot.

Cuando la muchacha oyó esto, casi se desmayó de alegría, pero no dijo una sola palabra.

A la mañana siguiente, cuando acudió a buscar el lino, la pequeña cosa negra tenía un aspecto de lo más perverso. Justo antes de que anocheciera, la muchacha escuchó una vez más un golpeteo en el cristal de la ventana. La abrió y la cosa se puso justo sobre el alféizar. Sonreía de oreja a oreja y ¡oh, a qué velocidad daba vueltas su rabo!

—¿Cómo me llamó? —preguntó mientras le entregaba las madejas.

—¿Te llamas Salomón? —aventuró ella, pretendiendo estar muy asustada.

—¡No! Ése no es mi nombre —contestó él, y se introdujo más en la habitación.

—Bien. ¿Te llamas Zebedeo?

—¡No! Ése no es mi nombre —dijo el diablillo.

Y se puso a reír y a dar vueltas al rabo, de forma que apenas se podía ver.

—¡Tómate tu tiempo, mujer! —dijo—. Una pregunta más y ¡serás mía!

Y extendió sus manos negras hacia ella.

La muchacha dio entonces dos pasos hacia atrás. Le miró y, señalándole con un dedo y riendo, cantó:

Tu nombre sí, tu nombre no,
Tu nombre es Tom Tit Tot.

Cuando el diablillo oyó esto, lanzó un terrible chillido y allá se fue, volando, hacia la oscuridad. La muchacha no volvió a verle nunca más.



El rey de los gatos



UPONGO que puedo decir que tengo suerte. Hay muchos en nuestro pueblo que se encuentran sin trabajo y conozco a dos más —tres si cuento a Dan, que se jubila anticipadamente— que creen perderlo antes de la Navidad. Al menos la gente me necesita. Y lo harán siempre.

Pero, bueno, no todo son risas. Los únicos que te dan las gracias son los pájaros madrugadores. Después, estás completamente solo, y haga el tiempo que haga. Y las viejas flores, carnosas, a montones, ¡te embriagan con su dulce aroma!

Vives extrañas experiencias, puedo asegurarte. ¡Extrañas y maravillosas!

Un día, bien entrada la noche, durante el pasado verano, estaba fuera de casa; el vicario había dicho que lo necesitaban para las nueve de la mañana. Estaba tomando un pequeño tentempié, sentado en el borde y balanceando las piernas. Pues bien, di uno o dos sorbos y me sentí tan cansado que —imaginóme— quedé dormido.

Me despertó un gato. «¡Miau!». Cuando abrí mis viejos ojos estaba muy oscuro y me encontraba en el fondo.

Me incorporé y miré cautelosamente por encima del borde. ¿Sabes lo que vi? ¡Nueve gatos negros! Tenían todos el pecho blanco y bajaban el camino llevando un ataúd cubierto de terciopelo negro. ¡Madre mía! ¡Madre mía! Me mantenía en completo silencio, pero, aún así, miraba con mucho cuidado. Reposando sobre el terciopelo negro, había una pequeña corona de oro. Y, cada tres pasos, los gatos hacían una pausa solemnemente y exclamaban: «¡Miau!».

Entonces los gatos dejaron el camino y se dirigieron hacia donde yo estaba. Sus ojos, verdes y luminosos, brillaban. Ocho de ellos portaban el

ataúd y otro de gran tamaño caminaba delante, mostrándoles el camino. Un paso, dos pasos, tres pasos: «¡Miau!».

Al llegar a la fosa se detuvieron. Todos me miraron. ¡Madre mía! ¡Madre mía! Me sentí muy extraño.

Entonces, el gato grande, el que estaba al frente, dio un paso hacia mí.

—Dile a Dildrum —dijo con voz chillona—, dile a Dildrum que ha muerto Doldrum.

A continuación me dio la espalda y se alejó de allí conduciendo al resto de los gatos con el ataúd. Un paso, dos pasos, tres pasos: «¡Miau!».

Tan pronto como desaparecieron del camino, salí a toda prisa de la tumba y me sentí más que feliz de volver a casa, puedo asegurarte.

Allí estaban todos; mi Mary, bizqueando mientras hacía punto; Mostaza, dando saltitos en el interior de su jaula, y el viejo Sam, estirado en el rincón. Todo como siempre, y el reloj haciendo tictac sobre el mantel.

Así es que le conté a mi mujercita lo del gato que hablaba, el ataúd y la corona. Me lanzó una de esas miradas, una especie de brillo detrás de sus gafas.

—Sí, Harry —dijo.

—Es verdad, Mary —dije yo—. ¿Cómo iba a inventarlo? Y, además, ¿quién es Dildrum?

—¿Cómo voy a saberlo? —replicó Mary—. Ya está bien de cuentos. Estás poniendo nervioso al viejo *Sam*.

El viejo *Sam* se levantó. Primero, comenzó a dar vueltas en torno y, después, me miró fijamente. ¡Madre mía! ¡Madre mía! Volví a sentirme muy extraño.

—Eso fue exactamente lo que el gato dijo —insistí yo—. Ni una palabra más, ni una palabra menos. Dijo: Dile a Dildrum que Doldrum ha muerto. Pero ¿cómo puedo decirle a Dildrum que Doldrum ha muerto si no sé quién es Dildrum?

—¡Para ya, Harry! —gritó Mary—. ¡Mira el viejo Sam! ¡Mira!

El viejo *Sam* se estaba hinchando, o algo así. Se hinchaba y me traspasaba con la mirada. Finalmente, chilló:

—¿Doldrum, el viejo Doldrum muerto? ¡Entonces yo soy el Rey de los Gatos!

Saltó hacia el hogar y subió por el tiro de la chimenea. No ha sido visto nunca más.



El Rey inerte



WEN —dijo una voz.

Owen se volvió y contempló los brillantes ojos de un hombre pequeño, de mediana edad y con cara de niño.

—No te preocupes por mí —dijo el hombre amablemente—. Loomis. Mi nombre es Loomis.

—Quiero decir que cómo sabes mi nombre.

—Te he estado observando —dijo el hombre—. Se puede saber casi todo gracias a la observación. Has estado aquí, en el Puente de Londres, de pie, y tu mente ha viajado muy lejos, junto a tus padres, de regreso a tu hogar, en Gales.

—¿Cómo sabes eso? —se extrañó Owen.

—Y puedo decirte algo más —añadió el hombre—. Deberías valorar más esa vara que tienes.

Owen miró su vara de avellano; la había cortado de un arbusto, bajo la Roca de la Fortaleza, y pocas veces salía sin ella.

—Bajo el lugar donde esa vara creció —dijo Loomis—, hay oro en la tierra.

—Hay oro por todas las montañas —dijo Owen—. Oro rojo.

—No —replicó el hombre—. Exactamente bajo el lugar donde creció la vara. ¿Lo recuerdas?

Owen movió afirmativamente la cabeza.

—Llévame hasta allí, y el oro es tuyo.

Owen llevó a Loomis a Gales. Le condujo hasta su propio valle, en las montañas que están al norte de Swansea, y dejaron atrás el marjal donde confluyen los ríos Mellte y Sychryd, atravesaron un bosque de robles y fresnos y llegaron hasta el viejo arbusto de avellano.

Justamente por encima de él se levantaba la Roca de la Fortaleza.

—¿Estás seguro? —preguntó Loomis.

—Éste es el lugar —afirmó Owen.

El hombrecillo se sentó sobre la alfombra de hojarasca y comenzó a abrir las correas de su bolsa de lona; finalmente, consiguió sacar dos palas.

Owen se echo a reír.

—Estás lleno de sorpresas —dijo.

—Ahora —dijo Loomis— tenemos que cavar bajo este arbusto.

Debajo de las raíces, debajo de toda aquella oscura telaraña, había una gran piedra lisa, un poco más grande que la tapadera de una cloaca. Owen tuvo que cavar muy hondo y a lo ancho antes de poder arrancarla de la tierra. Y al quitarla vio que ocultaba la entrada de un pasadizo en la roca.

—¡Ah! —exclamó Loomis, enarcando las cejas y sonriendo a Owen con placer—. Bien, ¿qué te parece si dirijo la marcha?

Owen asintió con la cabeza y dio un paso atrás.

—¡No te preocupes! —dijo Loomis—. Te diré lo que tienes que hacer y lo que no tienes que hacer.

Buscó a tientas en un bolsillo, después en otro, luego en un tercero, y sacó dos cajas de cerillas.

—Necesitarás esto —dijo, acercándole una caja a Owen—, a menos que seas capaz de ver en la oscuridad.

—¿Es que tú puedes? —preguntó Owen.

—Por supuesto que no —respondió Loomis.

Loomis y Owen se agacharon y pasaron a través de la entrada. Después, cada uno encendió una cerilla. A su luz Owen contempló toscas y húmedas paredes, y un estrecho pasadizo. Mientras avanzaba tras las huellas de Loomis, sintió la tierra hundirse suavemente bajo sus pies. Estaban adentrándose bajo la montaña.

—Ten cuidado con la campana —dijo Loomis, y su voz sonó misteriosa y sepulcral—. No la toques, pase lo que pase.

Owen vio una campana de gran tamaño en el centro del pasadizo y se agachó para pasar por debajo. El pasadizo comenzó a ensancharse y a hacerse más luminoso cuando, de pronto, se abrió hacia una enorme cueva. Owen se dio cuenta de que se encontraba en el punto más alto de un tramo de escaleras toscamente labradas, a mitad de camino entre el suelo y el techo de la cueva y miró, sin aliento, las maravillas que se extendían a sus pies.

Miles de guerreros yacían allí, tendidos, durmiendo. Estaban tumbados formando un gigantesco círculo, en el que sus pies apuntaban hacia el centro

y sus cabezas hacia fuera. Cada guerrero vestía una brillante armadura y tenía junto a sí su espada, su lanza y su escudo.

La caverna estaba vivamente iluminada, como si diez mil velas ardieran en su interior, y la luz emanaba de las armas y las vestiduras de los guerreros. Las cotas de malla y los cascos plateados, las hojas de las hachas de combate, las puntas de las lanzas, los escudos, todo brillaba con una luz firme y radiante.

Owen miraba extasiado. Observó que uno de los guerreros se distinguía de los demás por sus vestiduras más ricas. Su potente espada adamascada tenía el dibujo de una serpiente enroscada. Su escudo estaba labrado con las bestias salvajes de la guerra. Y a su lado yacía una brillante corona.



—¿Ves esto? —preguntó Loomis.

—Sí —suspiró Owen—. ¡El Rey Arturo! ¡Los guerreros de Arturo!

En el centro del círculo contempló dos grandes montones; uno de monedas de oro y otro de plata.

—Puedes cogerlas —dijo Loomis—. Tantas como seas capaz de llevar contigo.

—¿El oro y la plata? —preguntó Owen.

—Los dos no puedes —dijo Loomis—. Lo uno o lo otro. No se despertarán.

Owen bajó las escaleras y pasó suavemente junto a las durmientes cabezas, hacia el centro del círculo. Llenó de oro sus bolsillos, sus zapatos; abrió su camisa y empezó a amontonar oro en su interior.

—¿Y tú? —interrogó Owen cuando volvió a las escaleras.

Loomis sacudió la cabeza.

—¿Por qué no? —preguntó Owen.

—¿De qué me serviría? —dijo Loomis.

Y mostró el camino de vuelta a la salida de la cueva. Owen le siguió.

—¡Atención a la campana! —recordó Loomis—. Si la tocas, uno de los guerreros se despertará. Levantará la cabeza y preguntará: «¿Es hoy el día?». Y tú deberás responder inmediatamente: «¡No! ¡Todavía no! ¡Sigue durmiendo!».

—¿Y entonces? —susurró Owen.

—Y entonces volverá a recostar la cabeza y se quedará dormido de nuevo.

Owen estaba tan cargado de oro que, mientras intentaba bordear la campana, se tambaleó y se golpeó contra ella. El badajo se balanceó y sonó la campana. Inmediatamente, un guerrero durmiente levantó la cabeza y exclamó:

—¿Es hoy el día?

—¡No! —gritó Owen—. ¡Todavía no! ¡Sigue durmiendo!

De esta forma, Owen y Loomis salieron de la cueva, volvieron a colocar la piedra lisa sobre la entrada y replantaron el avellano.

—Ahora, sube el camino y vuelve a casa de tus padres —dijo Loomis—. Yo bajaré las montañas.

Owen contempló a Loomis, su rostro amable y, extrañamente, sin expresión, sus brillantes ojos azules.

—No tiene sentido que hagas preguntas —dijo Loomis—. Simplemente, aprende a mirar.

—Sí —dijo Owen.

—Tienes oro suficiente para muchos años.

—Sí —dijo Owen de nuevo.

—Y siempre puedes bajar otra vez. Conoces el camino, y puedes coger más: oro o plata, lo uno o lo otro. Pero ¡cuidado con esa campana!

—¡No! —exclamó Owen rápidamente—. ¡Todavía no! ¡Sigue durmiendo!

—Eso es —dijo Loomis.

—¿Y el rey Arturo? —preguntó Owen—. ¿Y sus durmientes guerreros?

—Duermen y están preparados —replicó Loomis—, preparados para el día en el que el Águila Negra y el Águila Dorada vayan a la guerra. Cuando luchen, la tierra temblará; entonces, la campana sonará y los guerreros se despertarán y pelearán contra los enemigos de Gales y conquistarán toda la isla de Bretaña.

—Conozco una canción que habla de eso —dijo Owen.

Los galeses se levantarán: lucharán
Grupos de guerreros alrededor de la cerveza y multitud de soldados
Cada hijo de gales gritará de alegría.

Loomis parecía muy contento.

—Los galeses —dijo, estirándose cuan alto era y levantando una mano— tendrán su rey y su gobierno en Caerleon, como antes. Gales será un país de paz y justicia mientras el mundo viva.

Owen no hizo buen uso del oro ni lo utilizó sabiamente. Bien es cierto que compró una casa para sus padres, pero eso fue todo.

Dejó su trabajo en el hediondo Londres; no volvió a trabajar un día más; se dedicó al juego, y cinco años después únicamente contaba con una pobre reserva de oro.

Owen volvió solo a la cueva. Entró en su interior, contempló a Arturo el durmiente y a sus guerreros y, una vez más, regresó tambaleándose bajo el peso de una gran carga de oro. Al pasar de nuevo junto a la campana chocó con ella. La campana sonó y un guerrero levantó la cabeza.

—¿Es hoy el día? —preguntó y su voz se esparció por la cueva de eco en eco.

Owen se quedó sin aliento. Tenía miedo, tanto miedo que las palabras se helaron en su cabeza. Sabía que estaban allí dentro, pero no podía recordarlas.

Entonces fueron varios los guerreros que se despertaron. Salieron de la cueva hacia el tenebroso pasadizo. Cogieron a Owen y le sacudieron hasta que la tierra a su alrededor estuvo alfombrada de oro.

A continuación los guerreros volvieron sus lanzas contra el aterrado Owen y le golpearon con sus astas de madera. Le apalearon y le rompieron brazos, costillas y piernas. Después le arrojaron fuera del pasadizo, sobre la blanda tierra que estaba encima, y volvieron a colocar la piedra lisa en la entrada.

Owen se arrastró por el bosque, dejó atrás el marjal donde confluyen los ríos Mellte y Sychryd, y alcanzó el sendero. Allí le encontraron sus padres. Y en el pueblo alto en el que había nacido vivió pobre y mutilado el resto de su vida.

Owen volvió algunas veces con amigos al bosque de robles, fresnos y avellanos, bajo la oscura y encumbrada roca. Cavaron en su busca. ¡Y cómo cavaron! Estaba allí y no estaba allí.



Papá Dathera



A cocina era una caja mágica, llena de luz y sombras bailarinas.

Los rayos del sol invernal alanceaban el fogón, el aparador, el balde de leche, y el espino temblaba fuera de la ventana.

El hervidor cantaba y la mujer del granjero canturreaba mientras ponía una gran cacerola de agua en el fogón y mezclaba los ingredientes: harina, huevos y mendrugos de pan, azúcar, sal, sebo; luego, nuez moscada y canela.

—Y, ahora, el brandy —dijo, vertiendo un generoso chorro en la mezcla, y después un segundo chorro, ajustando la medida.

La mujer del granjero puso la mezcla en un cuenco blanco y lo cubrió con muselina que ató alrededor del borde. Después lo sumergió en el agua hirviendo.

Tan pronto como el pastel sintió el calor del agua, saltó fuera de la cacerola. Rodó sobre el fogón iluminado por el sol y cayó en el suelo, rompiendo el cuenco blanco. Siguió rodando a través del suelo hacia la mujer del granjero.

En aquel momento se oyó el ruido de unos nudillos y Tom el vagabundo se asomó por la puerta trasera.

—Buenos días, señora —dijo—. ¿No le sobrarán un par de zapatos?

—No, Tom —contestó la mujer del granjero.

—Feliz Navidad, señora.

—¡Espera! En cambio, puedo darte este pastel —dijo la mujer del granjero, agachándose y colocando el pastel en el blanco cuenco resquebrajado—. ¡Pastel de Navidad!

Tom se encontraba unas yardas más abajo de la carretera helada, cuando sintió que algo daba vueltas en su saco y se colgaba de su espalda. Se detuvo

y abrió el saco.

Entonces, el pastel rodó sobre la carretera. El cuenco blanco se rompió en pedazos y el pastel quedó abierto. Un niño duende salió de él; dando un paso al frente y mirando a Tom, gritó:

—¡Llévame a casa con mi papá Dathera! ¡Llévame a casa con mi papá Dathera!



El fantasma Samuel



OBRE Samuel! Estaba dormido cuando su casa ardió y despertó demasiado tarde. Era sólo un muchacho y murió abrasado, se transformó en cenizas, quizá en carbonilla.

Sin embargo, al cabo de un rato, se levantó. Su interior se levantó y se sacudió. Debió de sentirse bastante raro; no estaba acostumbrado a ir por ahí sin cuerpo y no sabía qué hacer. A su alrededor, todo eran duendes, trasgos y cosas encantadas, y se sentía un poco asustado.

Poco después, Samuel escuchó una voz.

—Debes ir al camposanto —dijo lo que fuese aquello—, y dile al Gran Gusano que estás muerto.

—¿Debo hacerlo? —preguntó Samuel.

—Y pídele que te coma —añadió aquello—. De otra forma, nunca podrás descansar en la tierra.

—Estoy dispuesto —dijo Samuel.

Así es que Samuel se dirigió hacia el camposanto, preguntando el camino a quienes encontraba, rozando sus hombros con las horribles cosas que pululaban y ponían mal gesto a su alrededor.

Y así, poco a poco, Samuel llegó a un lugar oscuro y vacío. Luces brillantes lo cruzaban y recruzaban. Tenía un olor terroso, tan fuerte, nauseabundo, que infundía temor. Bajo los pies algunas cosas reptaban y, por todas partes, otras se arrastraban y agitaban. El aire era caliente y pegajoso.

En el punto más alejado de este espacio había un horrible gusano de gran tamaño, enroscado sobre una piedra lisa. Su viscosa cabeza se movía, asintiendo, y se balanceaba de un lado a otro, como si estuviera echando su cena por la nariz.

Samuel se asustó al escuchar cómo algo pronunciaba su nombre, y el gusano disparó su horrible cabeza directamente a su cara.

—¡Samuel! ¿Eres tú, Samuel? Así es que estás muerto y enterrado. ¿Ya eres pasto de gusanos?

—Sí —contestó Samuel.

—¡Bien! —dijo el gusano—. ¿Dónde está tu cuerpo?

—Con permiso, excelencia —dijo Samuel, que naturalmente, no quería enfadar al gusano—. ¡Estoy todo aquí!

—No —repuso el gusano—. ¿Cómo piensas que podemos comerte? Si quieres descansar en la tierra, tienes que traer tu cadáver.

—Pero ¿dónde está —preguntó Samuel, rascándose la cabeza— mi cadáver?

—¿Dónde está enterrado? —quiso saber el gusano.

—No está enterrado —respondió Samuel—. Eso es lo que ocurre. Se ha convertido en cenizas. Morí carbonizado.

—¡Ah! —dijo el gusano—. Eso está mal. Muy mal. No tendrás buen sabor.

Samuel no sabía qué decir.

—No te apures —dijo el gusano—. Ve y recoge las cenizas. Tráemelas y haremos lo que podamos.

De manera que Samuel volvió a su casa quemada. Buscó y buscó. Recogió todas las cenizas que pudo encontrar, las introdujo en un saco y se las llevó al gran gusano. Samuel abrió el saco y el gusano bajó, arrastrándose, de la piedra lisa. Olfateó las cenizas y les dio vueltas y más vueltas.

—Samuel —dijo el gusano al cabo de un rato—, falta algo. No estás aquí entero Samuel. ¿Dónde está lo que te falta? Tienes que encontrar el resto.

—He traído todo lo que pude encontrar —respondió Samuel.

—No —negó el gusano—. Falta un brazo.

—¡Ah! —exclamó Samuel—. ¡Claro! Es que perdí un brazo que tenía.

—¿Perdido?

—Me lo amputaron.

—Tienes que encontrarlo, Samuel.

Samuel frunció el entrecejo.

—Pero no sé donde lo puso el doctor —dijo—. Iré a ver.

Conque Samuel volvió a marcharse a toda prisa. Buscó allí y allá y, pasado un tiempo, encontró su brazo.

Luego regresó directamente al lugar donde se encontraba el gusano.

—Aquí está el brazo —dijo.

El gusano bajó, deslizándose, de la piedra lisa y le dio la vuelta al brazo.

—No, Samuel —dijo el gusano—. Todavía falta algo. ¿No perdiste nada más?

—Vamos a ver —Samuel se esforzaba en recordar—. Vamos a ver. Una vez perdí una uña, y nunca me volvió a crecer.

—Eso es, imagino —dijo el gusano—. Tienes que encontrarla, Samuel.

—Pero, señor, no creo que pueda encontrarla nunca —protestó Samuel—. No una uña. Sin embargo, lo intentaré.

Así es que Samuel se marchó de allí a toda prisa, por tercera vez.

Pero una uña es algo tan difícil de encontrar como fácil de perder.

Aunque Samuel buscó y buscó, no pudo encontrar nada; de forma que, finalmente, volvió al lugar donde se encontraba el gusano.

—He buscado por todas partes y no he encontrado nada —informó Samuel—. Deberá comerme sin mi uña. Tampoco es una gran pérdida, ¿no? ¿No podría pasarse sin ella?

—No —respondió el gusano—. De ninguna manera. Y si no puedes encontrarla… ¿Estás seguro de que no puedes, Samuel?

—¡Desgraciadamente, seguro!

—Entonces, deberás andar, andar durante el día y la noche. Lo siento mucho por ti, Samuel, ¡pero tendrás mucha compañía!

En ese instante todas las cosas que reptan y todas las cosas que se arrastran se agolparon alrededor de Samuel y le sacaron de allí. Y, a menos que la haya encontrado, Samuel habrá estado caminando y buscando su uña desde aquella fecha hasta el día de hoy.



Ricitos de oro y los tres osos



ABÍA una vez tres osos que vivían juntos en una casa de su propiedad, en medio de un bosque. Uno de ellos era un osito diminuto; otro era un oso tamaño mediano, y el último, un oso grande, enorme. Cada uno de ellos tenía un cuenco para sus gachas de avena; un cuenco pequeño para el osito diminuto; un cuenco de tamaño mediano para el oso mediano y un cuenco grande para el oso grande, enorme.

Y cada oso tenía una silla para sentarse; una silla pequeña para el osito diminuto; una silla de tamaño mediano para el oso mediano y una silla grande para el oso grande, enorme.

Y cada oso tenía una cama donde dormir; una cama pequeña para el osito diminuto; una cama de tamaño mediano para el oso mediano y una cama grande para el oso grande, enorme.

Un día, los tres osos prepararon sus gachas de avena para el desayuno y las vertieron en sus cuencos; luego, fueron a dar un paseo a través del bosque, mientras las gachas se enfriaban, para no quemarse la boca si empezaban a comerlas demasiado pronto. Mientras estaban ausentes, en los bosques, una pequeña niña de cabellos de oro llegó caminando a la casa. Primero, echó una ojeada a través de la ventana, y después miró por la cerradura. A continuación, viendo que no había nadie en casa, Ricitos de oro abrió el picaporte y entró.

Ricitos de oro se quedó encantada al ver las gachas de avena encima de la mesa. Si hubiera sido una niñita buena, habría esperado a que los osos volvieran a casa; y entonces quizá los osos la hubieran invitado a desayunar. Pero no era una niña buena, y se sirvió ella misma.

Primero, Ricitos de oro probó las gachas del oso grande, enorme, y las encontró demasiado calientes.

—¡Maldita sea! —exclamó.

Después probó las gachas del oso de tamaño mediano, y las encontró demasiado frías.

—¡Maldita sea!

Por último, probó las gachas del osito diminuto, y no las encontró ni demasiado calientes ni demasiado frías, sino en su punto. Le gustaron tanto que se las comió todas.

—¡Porras, porras! —exclamó Ricitos de oro—. No hay suficientes gachas en este cuenco pequeño.

Entonces, Ricitos de oro se sentó en la silla del oso grande, enorme, y la encontró demasiado dura; de manera que se sentó en la silla del oso de tamaño mediano, y la encontró demasiado blanda. Por último, se sentó en la silla del osito diminuto, y no la encontró ni demasiado dura ni demasiado blanda, sino en su punto.

Así es que Ricitos de oro se puso cómoda y allí estuvo sentada hasta que el asiento de la silla se desgarró y se cayó al suelo.

—¡Porras, porras! —exclamó Ricitos de oro—. Esta silla no es lo suficientemente fuerte para mí.

Luego Ricitos de oro subió las escaleras y entró en el dormitorio donde los tres osos dormían. Primero, se tumbó en la cama del oso grande, enorme, y la encontró demasiado alta. Después se tumbó en la cama del oso de tamaño mediano, y la encontró demasiado baja. Por último, se tumbó en la cama del osito diminuto, y no la encontró ni demasiado alta ni demasiado baja, sino en su punto justo. Así es que Ricitos de oro se arropó, se acomodó bien y se quedó profundamente dormida.

Para entonces, los tres osos pensaron que sus gachas de avena se habrían enfriado lo suficiente y volvieron a casa para desayunar. Pues bien, Ricitos de oro había dejado la cuchara de madera del oso grande, enorme, dentro de las gachas.

—¡Alguien ha estado comiéndose mis gachas! —dijo el oso grande, enorme, con voz profunda y malhumorada.

Y, cuando el oso de tamaño mediano miró en su cuenco, vio que también tenía pegada una cuchara.

—¡Alguien ha estado comiéndose mis gachas de avena! —dijo el oso de tamaño mediano con su voz de timbre intermedio.

Entonces, el osito diminuto miró en su cuenco; la cuchara estaba allí, pero las gachas habían desaparecido por completo.

—Alguien se ha estado comiendo mis gachas de avena —dijo el osito diminuto con su voz bajita—. ¡Y alguien se lo ha comido todo!

Cuando los tres osos se dieron cuenta de que alguien había entrado en la casa y se había comido el desayuno del osito diminuto, comenzaron a mirar por todas partes.

Pues bien, cuando se subió a la silla del oso grande, enorme, Ricitos de oro no puso derecho el almohadón duro.

—¡Alguien ha estado sentado en mi silla! —dijo el oso grande y enorme con voz fuerte, ronca y malhumorada.

Ricitos de oro también había aplastado el almohadón suave del oso de tamaño mediano.

—¡Alguien ha estado sentado en mi silla! —dijo el oso de tamaño mediano con su voz de timbre intermedio.

Después, Ricitos de oro se había sentado en la silla del osito diminuto.

—Alguien ha estado sentado en mi silla —dijo el osito diminuto con su voz bajita— ¡y ha roto el asiento!

Entonces, los osos pensaron que debían buscar a su alrededor con más cuidado. Dejaron las sillas y entraron en su dormitorio.

Pues bien, Ricitos de oro había dejado la almohada del oso grande, enorme, en un sitio que no era el suyo.

—¡Alguien ha estado tumbado en mi cama! —dijo el oso grande, enorme, con su voz fuerte, ronca y malhumorada.

Ricitos de oro había dejado la manta del oso mediano en un sitio que no era el suyo.

—¡Alguien ha estado tumbado en mi cama! —dijo el oso mediano con su voz de timbre intermedio.

Cuando el osito diminuto miró en su cama, la almohada estaba en su sitio; la manta estaba en su sitio; sobre la almohada estaba apoyada la cabeza de una niña dormida, una niña de cabellos de mechones dorados.

—Alguien ha estado tumbado en mi cama —dijo el osito diminuto—. ¡Y aquí está!

En sueños, Ricitos de oro oyó la voz fuerte, ronca y malhumorada del oso grande y enorme; pero estaba tan profundamente dormida que este sonido no fue para ella sino el rumor del viento o el resonar del trueno.

Después, Ricitos de oro oyó la voz de timbre intermedio del oso mediano; pero a ella sólo le pareció alguien que le hablaba en un sueño.

Pero cuando Ricitos de oro oyó la voz bajita del osito diminuto, tan aguda, se despertó inmediatamente. Ricitos de oro dio un bote. Y cuando vio a los tres osos a un lado de la cama, bajó por el otro lado y corrió hacia la ventana.

En aquel momento la ventana estaba abierta porque, después de levantarse por la mañana, los osos habían dejado la habitación ventilándose.

Ricitos de oro saltó por la ventana. Se internó corriendo en el bosque. Y los tres osos —el oso grande, enorme, el oso mediano y el osito diminuto— no volvieron a ver a Ricitos de oro nunca más.



Slam y los fantasmas



OCHE tras noche —dijo la madre de Slam—. ¡El muy zote! ¡El grandísimo patán!

—No puedes hablar con él sin enfadarte —dijo Douglas—. Ni siquiera puedes hablar sobre él sin enfadarte. Yo le hablaré.

—¡Le romperé la crisma! ¡Entrando en casa como un animal a la una, noche tras noche! ¡Dejando las huellas de sus pezuñas por toda la casa, el muy borracho!

—Yo le hablaré —repitió Douglas.

—No sé —replicó su madre—. Os parecéis tanto, siempre leales el uno al otro, siempre intentando evitar una bronca. Tú y Slam, hasta os parecéis.

—Me pregunto por qué —contestó Douglas.

—Y tan poco parecidos. Tú trabajas, traes la panceta a casa. Y Slam…

—Lo sé —le interrumpió Douglas.

—Es la bebida —aseguró la madre de Douglas—. Está acabando con él. ¿No puedes sacarle de ella?

Secretamente, Douglas estaba de acuerdo con su madre. «Lo que realmente necesita Slam —pensaba—, es un pequeño susto».

A mitad de camino entre la taberna y su casa —y la distancia entre uno y otra era de un par de millas, o quizás algo más— la vereda pasaba bajo una loma muy empinada, y en el punto más alto de la loma se encontraba el viejo camposanto abandonado.

Aquel mismo día, bien entrada la noche, Douglas tiró de la sábana blanca de su cama. Salió en silencio de su casa, bajo la luz de las estrellas, afiladas como espinas, y caminó en dirección al camposanto.

Una vez allí, Douglas se envolvió en la sábana y se sentó sobre una lápida, justo en la parte más alta de la loma, vigilando la vereda.

«Esto le curara —se dijo Douglas—. Le matará o le curará. ¡Pobre Slam!».

A la hora de siempre, Slam se acercó, haciendo eses, por la vereda. Sus zapatos parecían de plomo y cantaba una canción sin letra.

Cuando su hermano estuvo exactamente debajo de él, Douglas se levantó y le llamó:

—¡Uh! ¡Uh!

—¡Ya lo sé! —dijo Slam, y añadió tras un gran eructo—. ¡Eres el fantasma! ¡Ya lo sé!

Douglas volvió a llamar:

—¡Uh! ¡Uh!

Slam miró como pudo hacia el camposanto y se balanceó de un lado a otro.

—¡Dos fantasmas! —exclamó Slam—. Anoche sólo había uno.

Lentamente, Douglas se volvió y fijó su mirada en dos ojos furiosos y brillantes.

Douglas dio un brinco hacia atrás y cayó de bruces sobre la empinada loma. Rodó hasta los pies de su hermano y se rompió el cuello.

¡Pobre Douglas! Éste fue su final.

El último de los pictos



ACE mucho tiempo, en esta esquina del mundo vivían unos seres llamados pictos. Eran pequeños y pelirrojos, tenían brazos largos y pies tan anchos que, cuando llovía, podían colocarlos sobre sus cabezas y usarlos como paraguas.

Los pictos eran grandes constructores; levantaron los antiguos brochs[3] del país. Conseguían esto formando una cadena humana que iba desde la cantera hasta el lugar donde se construía, y pasando piedras de hombre a hombre, hasta tener tantas como necesitaban.

Eran también grandes bebedores, y elaboraban su cerveza a partir del brezo. Por esta razón, la bebida resultaba extraordinariamente barata, ya que el brezo abundaba entonces tanto como hoy.

Su talento como cerveceros era muy envidiado por el resto de la gente que vivía en el país; pero los pictos nunca revelaron el secreto de su receta. La transmitían de padres a hijos con estrictas órdenes de que no fuese conocida nunca.

Pasó el tiempo, y los pictos fueron derrotados en grandes batallas contra los escoceses. La mayoría murió y pronto no quedó más que un puñado de ellos. Parecía seguro que se extinguirían.

En esta situación los pictos aún se aferraban a su receta secreta; estaban decididos a que sus enemigos no pudieran arrebatársela jamás.

Pues bien, los pictos y los escoceses lucharon en una última y gran batalla, y aquéllos fueron derrotados completamente. Todos, excepto dos de ellos —un anciano y su hijo—, fueron aniquilados.

El rey de los escoceses hizo llevar ante él a estos dos hombres, para ver si podía asustarles y conseguía que le contasen cómo elaboraban su cerveza. Les

amenazó terminantemente con que, si no revelaban la receta por su propia voluntad, les torturarían hasta que lo hicieran.

—Puesto que me la daréis de todas formas —dijo el rey—, sería mejor que me la dierais ahora.

—Bien —replicó el anciano padre—; ya veo que no podemos resistirnos a ti por más tiempo. Pero, antes de daros la receta, debes acceder a una sola condición.

—¿Cuál es? —preguntó el rey.

—¿Prometes llevarla a cabo si no es algo que vaya en contra de tus intereses? —le interrogó solemnemente el viejo picto.

—Sí —repondió el rey—. Lo haré; tienes mi palabra de que lo haré.

—¡Bien! —dijo el picto—. Ésta es la condición: quiero la muerte de mi hijo, y preferiría no ser yo quien le quitara la vida.

El rey quedó perplejo ante las palabras del anciano. Sin embargo, mantuvo su promesa e inmediatamente mandó matar al hijo.

Cuando el anciano vio que su hijo había muerto, se puso en pie de un gran salto y gritó:

—Ahora, haz conmigo lo que quieras. Podrías haber forzado a mi hijo a hablar, porque era muy joven. Pero a mí nunca me forzarás.

El rey se quedó aún más perplejo que antes, pues había sido completamente burlado por un salvaje picto. Sin embargo, comprendió que no había ninguna necesidad de matar al anciano y que su mayor castigo consistiría en perdonarle la vida.

De forma que el viejo picto quedo prisionero. Vivió durante muchos años hasta ser liberado muy muy viejo, postrado en cama y ciego.

Mucha gente había olvidado que aún quedaba un picto vivo. Pero, una noche, cuando un grupo de jóvenes de la casa en la que vivía se jactaban de su fuerza y de sus poderosos puños, el viejo picto dijo que le gustaría palpar una de sus muñecas.

—Dejadme compararla —pidió— con los brazos de hombres muertos hace mucho tiempo, los fuertes hombres que solían vivir en este mundo.

Entonces, uno de los jóvenes cubrió un trozo de tubo de hierro con un trapo y lo levantó, haciéndole creer que se trataba de su muñeca.

El viejo picto lo tomó entre sus dedos y lo aplastó como si fuera un corcho.

—Un buen trozo de ternilla —comentó—. ¡Pero no, nada comparado con las muñecas que conocí cuando era joven!

Y éste fue el último de los pictos.



La historia de Tom Pulgar



N los tiempos del rey Arturo, cuando el mundo era un lugar mejor que hoy, vivía un sencillo labrador llamado Thomas de la Montaña. El viejo Thomas se había casado joven, pero durante muchos años su mayor felicidad les había sido negada a él y a su mujer: no tenían hijos.

—Si tan sólo —dijo Thomas, y no era la primera vez que lo hacía—, si tan sólo tuviéramos un hijo, aunque no fuera más grande que mi dedo pulgar, sería feliz; un niño del tamaño de mi dedo pulgar me daría la alegría más grande del mundo.

La mujer de Thomas sonrió a su marido; quería mucho al viejo Thomas.

—No hay nadie más sabio que Merlín —dijo el labrador—. Desvela los secretos que se esconden en los ojos de los hombres. Será capaz de decirnos cuál es la causa de nuestra esterilidad y nos dará un remedio.

La mujer del labrador se balanceaba hacia adelante y hacia atrás en su mecedora.

—Ve a ver a Merlín —dijo el viejo Thomas—. Pídele un ensalmo para nosotros y que nos conceda la bendición de un niño, aunque no sea más grande que mi dedo pulgar.

Al día siguiente, la mujer de Thomas se levantó al amanecer, y a la salida del sol ya había alcanzado la morada de Merlín: el tronco hueco de un roble seco, cubierto de musgo marchito.

Al principio, Merlín no sintió la presencia de la mujer.

Estaba murmurando un encantamiento, y con un palo dibujaba caracteres en el suelo. Pero el mago escuchó cómo la mujer de Thomas le contaba su deseo y el del viejo Thomas de tener niños y su incapacidad para tenerlos. Y al cabo de un rato, replicó gravemente:

Antes de que tres lunas hayan venido y se hayan marchado
Nacerá de tu vientre
Un niño diminuto, un niño prodigioso,
No más grande que el pulgar de tu esposo

La mujer de Thomas de la Montaña volvió corriendo al lado de su marido. ¡Ah! El viejo matrimonio se sentía tan excitado como el día de su boda. Y, tan pronto como la mujer del viejo Thomas sintió los dolores del parto, su casa se llenó de elfos y sombras bailarinas.

Ellos y la Reina de las Hadas en persona asistieron al nacimiento del niño.

Desde el mismo momento en que nació, el bebé tuvo el tamaño definitivo, y éste era —tal y como su padre había deseado— el del dedo pulgar de Thomas.

Así es que el niño recibió el nombre de Tom Pulgar. Y, desde la hora de su nacimiento al minuto final de la muerte, nunca pareció más viejo o más joven, más grande o más pequeño, más fuerte o más débil.

Tom Pulgar fue el hijo de un deseo. Cuatro minutos después de nacer ya se había convertido en un hombrecito.

Al ver esto, su comadrona y madrina, la Reina de las Hadas, le regaló un traje de diestra factura. Primero le dio un sombrero hecho con la hoja de un roble, cuya pluma pertenecía a la cola de un herrerillo. La camisa de Tom estaba realizada con una sola pieza de telaraña, por lo suave y ligera que resulta sobre la piel. La tela de su jubón y de sus calzas consistía en la décima parte de una onza de cardo. Sus medias estaban hechas de la verde monda de la manzana y por ligas vestía dos cabellos arrancados de una de las cejas de su madre. La piel de un ratón, curtida como el cuero, bastaba para proveerle de doce pares de botas y la misma cantidad de zapatos y zapatillas.

De modo que Tom Pulgar fue vestido como un elegante y joven caballero y, antes de que pasara mucho tiempo, dejó la casa de sus padres en la ladera de la montaña. Arriesgándose a que los vientos hicieran presa de él y le arrastraran lejos de allí, recorrió el camino hacia el mercado del valle.

Allí, Tom jugaba en las calles con los niños del pueblo. Jugaba con alfileres, puntas y fichas; y, cuando su reserva se agotaba, simplemente desaparecía y buceaba en los bolsillos de sus compañeros para renovar sus piezas. Tom era tan pequeño y ágil que incluso podía introducirse, trepando, en sus bolsas de cerezas y sus cajas de alfileres.

Sin embargo, un día, uno de los amigos de Tom le descubrió en el engaño y cerró la tapadera de la caja de alfileres sobre la cabeza de Tom. Un grito sonó en el interior de la caja.

—¡Ya que tanto te gusta mi caja de alfileres, puedes quedarte en ella todo el día! —dijo el muchacho.

Y luego se fue a la escuela con su caja de alfileres en el bolsillo. Hora tras hora, Tom permaneció sentado en su interior sin carne, bebida, aire o luz. ¡Pero esto no le importaba! Cuando nació, la madrina de Tom le había concedido poderes mágicos. Podría haber ayunado durante años y no haberse sentido ni un poco peor por ello.

Pero Tom tenía un espíritu inquieto. Cuando, terminadas las clases, el muchacho abrió la caja sonriendo burlonamente, Tom se encontraba bastante desesperado después de haber estado encerrado tanto tiempo. De un salto, bajó al pupitre del chico.

—Esto te enseñará —dijo el muchacho.

—¡Espera a ver! —gritó Tom.

—¡Robar mis alfileres! —exclamó el chico.

Tom Pulgar no olvidó su prisión en la caja de alfileres, ni ninguna de las trastadas que sus compañeros le hacían.

Un día llevó al colegio algunos de los brillantes cacharros negros y las botellas de cristal azul de su madre. Utilizando sus poderes mágicos, los colgó con ganchos de un rayo de sol que brillaba a través de una pequeña ventana de la clase y cruzaba la habitación como una cuerda deslumbrante.

A los amigos de Tom les gustó mucho el reverbero y el brillo de los cacharros negros y de las botellas azules. Al día siguiente, muchos de ellos llevaron cacharros de loza, vidrio y ganchos de sus casas.

—¡Colgadlos! —les invitó Tom—. ¡Vamos, a un tiempo! ¡Todos a un tiempo!

Los niños intentaban prender sus ganchos y cacharros en la cuerda de luz del sol.

—No se sujetan —se quejó un niño.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó otro.

—¡Vamos! —les animó Tom—. ¿O es que os dais por vencidos?

—¡No! —gritó otro niño—. Si tú puedes hacerlo, nosotros también.

—Cuando dé una voz —dijo Tom— lo intentáis todos a una. ¡Seguro que podéis!

Pero los cacharros y las botellas no se sujetaron. Se rompieron todos. Y mientras Tom caminaba hacia casa silbando, sus amigos recibían más de un golpe. Recibieron muchos de sus madres enfadadas, y se pusieron morados y azules.

Tantas madres fueron quejándose al maestro sobre sus cacharros y botellas rotos y sobre la mala influencia de Tom en sus hijitos, que el maestro le expulsó del colegio.

—Puedes quedarte en casa el resto de este curso —dijo— y que tu madre cuide de ti.

Sin la compañía de sus amigos, Tom se sentía triste y desasosegado. Se ponía siempre en medio, jugaba nerviosamente con las manos y a su madre le resultaba muy difícil ser paciente con él y encontrarle cosas que hacer.

Poco antes de Navidad, Thomas de la Montaña mató un cerdo.

—Ya es tiempo de que hagamos los pasteles negros otra vez —dijo la madre de Tom—, y puedes ayudarme.

Puso a Tom en lo alto de la mesa de la cocina.

—¡Ya sé! —dijo—. ¡Puedes hacer de palmatoria para mí!

—¿Pero no estás pensando en encenderme, verdad? —preguntó Tom.

—¡Mi palmatoria, no mi vela! —aclaró la madre de Tom.

Colocó el cabo de una vela en las manos de Tom.

—Sostén esto y alúmbrame —le ordenó.

La madre de Tom mezcló sangre con harina de avena, sebo, sal y un aromatizante en un cuenco grande de madera, y lo batió todo hasta que estuvo bien ligado.

Quizá Tom se quedó dormido; o quizá su cuerpo era tan frágil que la vela lo enterró con su peso; el caso es que, de pronto, Tom dio un vuelco y se cayó de bruces, con la vela a cuestas, en la mesa.

Pasaron dos o tres minutos antes de que su madre, maldiciendo y protestando con grandes aspavientos, pudiera encontrar una nueva vela, que encendió en el fuego. Para entonces, Tom había, sencillamente, desaparecido. Su madre encontró el cabo de la vela enseguida, pero no había rastro de su hijo en la grumosa masa.

—¡Bueno! —dijo la madre de Tom—. Quizá se haya ahogado, y quizás haya desaparecido. En cualquiera de estos casos, no puedo decir que se trate de una gran pérdida, desde luego que no si pienso en cómo se está comportando últimamente.

La madre de Tom confundió a su hijito con un grumo de grasa. Lo aprisionó en medio de un gran pastel y, junto con otros, introdujo el pastel en

un caldero con agua hirviendo que colgaba sobre el fuego.

Tom empezó a sentir un calor más que excesivo. Daba patadas con las piernas y estiraba sus brazos, y el pastel negro que lo encerraba comenzó a nadar por encima y por debajo del agua del caldero. Después, Tom formó tal alboroto y tal estruendo que el resto de los pasteles saltaron fuera del caldero. Algunos perdieron la piel, otros perdieron su forma y el resto se rompió en pedazos, como si el demonio y el viejo Merlín hubieran estado allí dentro, entre ellos.



Cuando la madre de Tom advirtió lo que había ocurrido, dio un grito y, rápidamente, sacó el pastel de Tom fuera del agua hirviendo. Abrió la tripa del pastel y el pobre Tom salió de un salto y le explicó a su madre la forma en que había caído en él. Pesarosa de cómo había pensado antes de su hijo, tanto ella como su marido dieron gracias al cielo de verle de nuevo sano y salvo.

Thomas de la Montaña miró sorprendido el naufragio de los pasteles negros.

—¡Tom Pulgar! —exclamó.

—¡Así es como llamaremos a estos pasteles! —dijo su esposa—. ¡Pulgares de Tom! ¡Ah, bribón!

Después de esto, la madre de Tom no le perdía de vista ni un minuto. Un día, por miedo a que se le extraviara, lo encerró en un armario; otro lo ató a un ladrillo con un fuerte trozo de bramante, no fuera que se lo llevara el viento; otro día lo guardó en el bolsillo de la pechera, le dijo que se quedara allí y lo aseguró bien.

Pero, por todo ello, pronto Tom se metió en un nuevo lío, y este mucho más peligroso que cualquiera de los anteriores.

Una mañana de enero, Tom le preguntó a su madre si podía acompañarla a ordeñar las vacas.

—Si no veo nada —dijo—, ¿cómo puedo aprender? ¡Y ahora ni siquiera voy a la escuela!

—¡Está bien! —replicó su madre.

Así es que montó a su hijito en el balde de la leche y lo llevó hasta el pastizal de la colina donde pacía una manada de vacas, y entre las cuales se encontraban las suyas.

—No hace calor —comentó la madre de Tom, envolviéndose en la capa —. Será mejor que te refugies bajo este helecho. Puedes mirar desde aquí.

La madre de Tom se sentó en su taburete de tres patas y comenzó a ordeñar. Y mientras estaba vuelta de espaldas, una vaca roja que subía caminando se tragó de un bocado a Tom Pulgar, el helecho y todo. La vaca no se molestó en masticar su bocado, y Tom bajó, deslizándose, hasta su estómago, tan fácilmente como si se tratase de una hoja de acedera.

Una vez que el balde estuvo lleno y espumoso, la madre de Tom se levantó, se estiró y miró a su alrededor en busca de su hijo.

—¡Vamos, Tom! —le llamó.

Pero, a pesar de buscarle largo tiempo, fue incapaz de encontrarle, ni tampoco al helecho.

—¡Tom! —gritaba—. ¡Vamos, Tom!

No obtuvo respuesta. Tenía frío y ahora se sentía preocupada. Posó el balde y comenzó a abrirse camino entre la manada de ganado.

—¿Dónde estás, Tom? ¿Dónde estás? —gritó—. ¿Estás bien?

—¡Aquí! —gritó Tom—. ¡Aquí! ¿Puedes oírme?

—¿Dónde? —preguntó la madre de Tom.

—¡En la vaca roja! ¡Dentro de la vaca roja!

Cuando, finalmente, la madre de Tom averiguó de dónde provenía la voz ahogada, se llevó una mano a la frente.

—¡Espera! —gritó.

—No tengo otra elección —contestó la voz.

Pero si el pobre Tom se encontraba en un estado lamentable, la vaca roja se sentía incluso peor; ¡cómo no, con Tom gritando y moviéndose sin parar en el interior de su estómago!

La madre de Tom volvió corriendo a su casa y a los pocos minutos regresó con un potente purgante. Enseguida abrió con fuerza la boca de la vaca y lo vertió en su garganta. La vaca miró a la madre de Tom con una mirada triste y después parpadeó.

De esta forma, Tom volvió a este mundo en una boñiga de vaca.

Manchado desde la cabeza a la punta del pie y oliendo no demasiado bien, se encaminó a casa junto a su madre, y tan pronto como estuvieron allí, ella lavó a Tom con agua dulce del pozo.

—¿Me llevas a arar contigo? —preguntó Tom.

—¿A ti? —se extrañó Thomas de la Montaña—. ¡A arar! ¡Mira lo que te pasó cuando fuiste a ordeñar!

—Padre —rogó Tom—, si no veo nada, ¿cómo puedo aprender?

Así es que Thomas de la Montaña se colocó a su hijo en un bolsillo y marchó hasta el campo que estaba casi debajo de la casa.

—Puedes refugiarte aquí —dijo el viejo Thomas, y puso a Tom en una de las orejas de su caballo—. Así estarás protegido de la afilada lluvia y del desapacible tiempo de enero.

¡Y vaya si era bueno el refugio de la oreja del caballo! Impedía que Tom se ahogara en la huella de una herradura llena de agua; no dejaba que se lo

llevara el viento; tampoco dejaba que se perdiera en un montón de heno, ni permitía que se lo comiera otro caballo.

El viejo Thomas disfrutaba mucho con la compañía de su hijito. A partir de entonces le llevaba al campo a menudo y, cuando el trigo comenzó a crecer, le puso a trabajar.

—Puedes ser mi espantapájaros —dijo Thomas de la Montaña—. Te quedarás en el centro de nuestro campo, agitarás este mazo de paja y gritarás: «¡Ssss! ¡Fuera, grajos! ¡Ssss!».

Tom Pulgar estaba muy contento de ser útil y poder ayudar. Todo fue bien hasta que, una mañana, un enorme cuervo negro se posó, batiendo las alas, en el campo de trigo. No contento con los nuevos granos verdes, cogió al pequeño espantapájaros y se lo llevó lejos de allí.

El padre de Tom alzó la mirada justo a tiempo para ver a su hijo en el pico del cuervo. Durante días y semanas después de aquello, él y su mujer buscaron a Tom por doquier. Miraron en todos los nidos de cuervo del condado; subieron a todos los campanarios de las iglesias en un radio de diez millas; buscaron en cada palomar yen cada pepita de cereza. Pero no sirvió de nada: Tom había desaparecido

—Totalmente perdido —dijo la madre de Tom, y su voz sonaba también bastante perdida.

—Perdido para siempre —remachó Thomas de la Montaña.

—Sé que no hay esperanza —añadió la madre de Tom—; sin embargo, yo la mantengo.

Pero el viejo Thomas y su mujer no hablaron mucho. Su dolor era demasiado profundo para las lágrimas. Se sentaron silenciosos a cada lado del fuego, viejos y cansados.

El cuervo llevó a Tom Pulgar por encima de un gran bosque. Se sentía tan sorprendido por aquel bocado que gritaba y daba patadas como lo estaba Tom, suspendido en medio del aire.

—¡Ssss! —gritaba Tom, una y mil veces—. ¡Ssss, grajo! ¡Ssss!

El cuervo tenía miedo de tragarse a Tom, pero tampoco se decidía a abandonar su captura. Continuó volando hasta que se sintió tan débil, o tan sumamente hambriento, que no tuvo otro remedio que posarse y descansar durante un rato en el parapeto de un viejo castillo, bajo el cual fluía un oscuro y profundo río. El castillo pertenecía a un viejo y temible gigante. Ningún

hombre había recibido nada bueno de él, ni siquiera había sobrevivido a su encuentro, y el gigante vivía allí solo.

Mientras el cuervo descansaba, Tom Pulgar saltó de repente del pico y por encima de sus patas. Inmediatamente después se escabulló hacia lo alto del parapeto y sobre el tejado del castillo. El cuervo batió sus enormes alas enlutadas, pero, antes de que pudiera alcanzarle, Tom ya había cruzado el tejado y se había colado por el tiro de una chimenea.

El cuervo pegó un ojo a la chimenea y miró hacia abajo; Tom se tapó un ojo y miró hacia arriba, riendo.

—¡Ssss! —gritó—. ¡Ssss, grajo!

El cuervo lanzó un furioso graznido; después, batió sus alas y se alejó de allí, volando.

Entonces, Tom concentró su atención en la visión que tenía hacia abajo. Bajó la mirada a lo largo de la chimenea y, como si estuviera mirando por el extremo equivocado de un telescopio, vio un pequeño círculo de luz en la lejana distancia y al gigante.

Descendió con mucho cuidado. El círculo de luz se hizo más grande y la chimenea más caliente. Cuando se detuvo y miró de nuevo hacia abajo, pudo ver al gigante, sentado justamente al lado del fuego, cociendo, asando y tostando las articulaciones y los pedazos de sus víctimas humanas. Siguió comiendo un trozo detrás de otro, brazos, piernas y cabezas, hasta que no quedó ni rastro, ni un solo pedacito.

Tom se sintió aterrorizado y no sabía qué hacer. «Incluso si subo de nuevo a lo alto —pensó— no podré escapar. El parapeto del castillo es demasiado elevado para que pueda saltarlo».

Mientras Tom se mantenía a medio camino en el tiro de la chimenea, lleno de dudas y de miedo, un repentino soplo de viento le arrancó de su asidero y le tiró al suelo, al alcance del gigante.

Cuando el gigante vio a Tom, pensó que debía de tratarse de un duende o alguna especie de elfo. Se estiró para cogerle, pero Tom era tan rápido y los dedos del gigante tan torpes y pesados, que, incluso cuando el gigante le atrapó con su horrible mano peluda, pudo deslizarse de nuevo entre sus dedos. Y, cuando el gigante lo cazó y lo recogió entre sus brazos, Tom salió reptando entre sus codos.

De modo que Tom Pulgar escapó de las garras del gigante aquella noche. Se arrastró hacia el interior de una ratonera y allí durmió, a salvo del puchero.

El gigante no podía saber qué había pasado con su visitante. Buscó y rebuscó, y arrancó muebles de la pared, pero Tom estaba bien guardado en su ratonera.

El gigante se sintió tan agitado que se fue a la cama sin probar un bocado más de la cena. Pero era incapaz de dormir y, en medio de la noche, saltó de la cama y cogió su cachiporra (se trata de la rama entera de un roble), rugiendo:

¡Fo! ¡Fu! ¡Fi! ¡Fan!
Huelo la sangre de un hombre peligroso.
Esté vivo o muerto,
Moleré sus huesos para hacer mi pan.

Cuando Tom oyó el tronar del gigante, volvió a preguntarse qué hacer. Y al llegar la mañana, perdida la esperanza de escapar y encontrando la ratonera lóbrega y estrecha, salió a la luz, valientemente, y se presentó delante del gigante.

—¡Aquí estoy! —exclamó Tom—. Por mi propia voluntad. Y, como puedes ver, no sería para ti ni siquiera un bocado.

—Me bastará —replicó el gigante.

—¿Por qué no me tomas a tu servicio? —preguntó Tom—. Seré tu gato y cazaré las ratas y los ratones. Puedes usarme como escoba. Barreré las telarañas de las esquinas de tu casa. Te buscaré las llaves. Puedo meterme en tus cerraduras.

—¡Mejor será que trabajes duro! —gritó el gigante, y el terrible viento que salió de su boca casi levantó a Tom de sus pies.

Durante un tiempo, el acuerdo funcionó bastante bien. El gigante estaba no poco contento de que su castillo recibiera una mano de limpieza, y el pequeño Tom esperaba la hora propicia para poder escapar.

Una noche, el gigante quiso asar un cerdo.

—Puedes darle vueltas al espetón —le dijo al muchachito.

—¿Y cómo llego al asa? —preguntó Tom.

El gigante encontró un leño de madera; Tom se subió en él y comenzó a dar vueltas al espetón.

—Hace calor aquí abajo —se quejó al cabo de un rato.

Estaba cubierto de hollín y grasa, y a punto de ser asado él mismo.

El gigante gruñó:

—¡Usa esta cuchara!

De forma que con una mano Tom sostenía la cuchara frente a la cara —la verdad es que formaba un escudo que protegía todo su cuerpo— y con la otra daba vueltas al espetón. Pero el asa no estaba protegida y pronto se sintió tan cansado que apenas podía moverla.

El gigante rugió y agarró a Tom. Le levantó a la altura de sus narices para verle mejor. ¿Y Tom? Saltó de la mano del gigante al interior de su boca y, antes de que el gigante pudiera partirle en dos de un bocado, desapareció hundiéndose en su garganta.

Inmediatamente después, Tom comenzó a bailar tal fandango en la tripa del gigante, que éste no sabía muy bien dónde ponerse. Se levantaba, se sentaba, se tumbaba boca arriba, y no había diferencia alguna; era como si el demonio y su mujer estuvieran jugando al tenis en su panza.

El gigante se agarró al estómago y subió al parapeto del castillo tambaleándose. Y allí vomitó, ¡vaya si vomitó! Tom fue arrojado por encima del río y la franja de tierra que estaba más allá de éste, y tres millas más adentro.

¡Pobre Tom! Primero, la vaca roja; después, el cuervo; luego, el gigante y ahora era un pez el que se abalanzaba sobre el sabroso bocado y se tragaba al muchachito. Y allí fue donde permaneció hasta que el pez fue capturado y llegó a las cocinas de la corte del rey Arturo.

Cuando el pez fue abierto, Tom Pulgar se sacudió la ropa, se ajustó el sombrero y dio un paso al frente.



Todo el mundo quedó encantado con sus modales, cautivado por sus aventuras y fascinado por su estatura. El rey Arturo le nombró enano de la corte.

Tom Pulgar era el gran favorito entre las damas y los caballeros de la corte. Éstos encontraban su compañía tan encantadora que le permitían dormir sobre sus rodillas o en sus bolsillos; las damas le dejaban sentarse en sus alfileteros y jugar con sus alfileres; y los hombres le dejaban apuntar a sus pechos con un junco, ya que no era capaz de sostener un arma más grande.

Un día, el rey Arturo organizó un torneo, en el cual sir Lancelot y sir Tristán de la Mesa Redonda llevaron a cabo grandes proezas propias de la caballería. Y el torneo fue seguido por un baile de máscaras.

Tom no quiso ser menos. En presencia del rey y la reina Ginebra, y de todos los caballeros de la Mesa Redonda, pidió a una de las damas de la reina que extendiera la palma de la mano.

—¡Que este bien plana! —gritó Tom—, ¡y que no se mueva!

Entonces, Tom bajó corriendo por el brazo de la muchacha y se colocó en la palma de la mano.

—¡Tocad una gallarda! —ordenó Tom a los músicos del rey.

Conque los músicos comenzaron a tocar y toda la corte contempló cómo Tom ejecutaba la alegre gallarda sobre la pista de baile dispuesta en la mano de la muchacha. Hacía reverencias, daba vueltas, ejecutaba los rápidos pasos como una figurita sobre la tapa de una caja de música.

Los cortesanos aplaudieron y rieron; el mismo rey se quitó un anillo de oro de un dedo y se lo entregó a Tom.

Tom Pulgar puso el anillo en el suelo. Se metió dentro y tiró de él hasta colocarlo alrededor de su cintura. Lo utilizó como si fuera un cinturón, y le quedaba perfectamente.

El rey Arturo estaba tan encantado con Tom que raras veces se sentaba con sus caballeros en la Mesa Redonda sin que Tom estuviese acomodado en uno de los puños del mismo trono; y no solía ir a montar sin que Tom estuviera instalado en el arzón de la silla. Cuando comenzaba a llover, Tom se colaba por uno de los ojales del jubón del rey y se resguardaba allí.

Estando tan cerca del corazón del rey, conseguía casi siempre lo que pedía. Y, después de haber permanecido en la corte durante algún tiempo, comenzó a pensar cada vez más en su anciano padre y su anciana madre, y cuánto tiempo había pasado desde la última vez que les vio.

—¿Me daríais algo de dinero? —preguntó Tom—. ¿Algo que mantuviese a mi padre y a mi madre durante su vejez?

—¿Cuánto? —preguntó el rey a su vez

—Tanto como pueda llevar a la espalda —contestó Tom seriamente.

—¡Claro que sí! —dijo el rey—. Ve al Tesoro y coge todo lo que seas capaz de transportar.

Al día siguiente, Tom partió hacia su casa de la ladera de la montaña con tres peniques de oro a la espalda. Caminaba casi doblado y, después de dos días y dos noches, apenas si había recorrido más de treinta yardas.

—¿Qué estás haciendo, Tom? —preguntó el rey—. ¿Tan pronto de vuelta?

—Todavía no me he marchado —se lamentó Tom—. ¡Este peso me está hundiendo!

Thomas de la Montaña y su mujer vivían a no más de tres cuartos de milla de la corte del rey. De manera que el mismo rey llevó a Tom hasta allí y lo despositó justamente bajo la casa del viejo Thomas.

—¡Vuelve para la Pascua! —le pidió.

Cuando su padre y su madre vieron a Tom entrar por la puerta, se frotaron los ojos, se levantaron, se sentaron, rieron y lloraron.

Por miedo a hacerle daño, la madre recogió a su hijito en un pañuelo y, en vez de una silla, le ofreció una cáscara de nuez para sentarse y calentarse junto al fuego.

El viejo matrimonio y el pequeño Tom recuperaron el tiempo perdido: hablaron, bebieron, hablaron, y Tom entregó a sus padres el tesoro que les había llevado de la corte del rey Arturo.

Luego, la madre preparó la cena a su hijo. Colocó el mantel en la palma de su propia mano y su comida: el fruto de una avellana.

Tom dio las gracias a su madre y se comió una tercera parte; incluso se sintió bastante pesado por haber comido tanto de una sola vez, y lo que sobró le sirvió para cuatro comidas más.

Se quedó con sus padres durante varios meses, y los tres no pudieron ser más felices.

—Sin embargo, para Pascua —dijo Tom— debo volver a la corte.

El día que Tom se decidió a partir hacia la corte, el sol de una alegre mañana fue seguido de una repentina tormenta de abril.

—¡Mira esto! —se quejó Tom—. ¡Me ahogaré!

—Ya sé lo que podemos hacer —dijo el viejo Thomas.

Cogió el canutillo que usaba para disparar a los pájaros y, después de que Tom se despidiera de su madre, colocó a su hijo en el interior del cilindro. El viejo Thomas salió de su casa, apuntó el canutillo en dirección a la corte y se lo llevó a la boca.

De un soplo, Tom Pulgar volvió volando a la corte del rey Arturo.

El rey y su séquito se sintieron encantados de verle, y los músicos tocaron una gallarda en su honor.

Tom Pulgar se hizo tan popular que la gente iba a visitarle desde todas las comarcas del país. También su antigua madrina, la Reina de las Hadas, fue a visitarle y se enteró de cómo le habían ido las cosas.

Ocurrió que Tom estaba dormido en el jardín del rey cuando su madrina apareció en la corte. Le encontró meciéndose en una rosa.

Era mediodía, el mejor momento para que se produzcan los hechizos.

La Reina de las Hadas se hizo invisible y tocó las gotas de sudor de la frente de su ahijado, provocando en él un sueño dulce y maravilloso. Después, reunió cuatro dones para él, y los hizo descender por la oscilante rosa.

El primer don era un sombrero mágico: sólo tendría que ponérselo Tom para saber qué estaba sucediendo en cualquier lugar del mundo. El segundo don era un anillo mágico: bastaría deslizarlo en un dedo para hacerse invisible y caminar sin ser visto por donde se desease.

El tercer don era un cinturón: al ajustárselo se adoptaba la forma que se desease. Y el cuarto don consistía en un par de zapatos: con sólo calzarlos, llevaban a su propietario a cualquier lugar donde deseara ir.

La Reina de las Hadas miró amorosamente a Tom. Luego, le bendijo y abandonó el jardín del rey.

En su sueño, Tom aprendió el poder de estos cuatro dones y, tan pronto como despertó, se puso el sombrero mágico. Cuando cerró los ojos y pensó en la corte del rey, pudo ver el mismo interior de la sala de banquetes donde el monarca hablaba con uno de sus caballeros.

Después, Tom se puso el anillo; trepó hasta el lugar donde estaban los confiados pájaros cantores del rey y los cogió en sus nidos.

Tom se ajustó el cinturón. «Me gustaría ser un gigante», murmuró.

Y luego: «Me gustaría ser un enano», bramó. «Me gustaría ser un pez», dijo con voz melosa. «Me gustaría ser un gusano», jadeó. «Me gustaría ser un hombre», gorgoriteó. «Me gustaría ser yo mismo», otra vez. «Me gustaría ser Tom Pulgar», dijo.

Por último, se calzó los zapatos mágicos y fue transportado, tan rápidamente como el pensamiento, a otro mundo. ¡Qué maravillas vio allí! Hombres sin cabezas, mujeres con ojos y narices entre sus senos, mujeres con una sola pierna, hombres con ojos en mitad de la frente…

Y entonces Tom Pulgar deseó volver a la corte del rey Arturo.

Tom Pulgar se sintió enseguida tan cansado que trepó hasta el bolsillo de una dama y se quedó allí dormido. La dama olvidó que Tom estaba allí. Sacó su pañuelo y, con Tom en su interior, se sonó la nariz.

Tom se asustó tanto con el ruido que se desmayó y tuvo que ser reanimado con la centésima parte de una gota de aguardiente. Aun así se

sintió muy débil y mareado después y, a pesar de la gran atención que le prestaron, los doctores fueron incapaces de curarle.

El rey se sentía muy triste al ver a su enano tan mal, y no escatimó dinero ni esfuerzo en sus cuidados. Finalmente mandó buscar al físico Twaddle, rey de los pigmeos. Y este hombre, que no levantaba más de dos pies de altura, pero poseía los más grandes poderes, llegó pronto al fondo de la enfermedad de Tom y le curó.

Una vez sano, Tom salió en su carroza a tomar el aire. La carroza estaba hecha con media cáscara de nuez; las ruedas, con cuatro moldes de botón, y marchaba tirada por cuatro moscardas.

Mientras cruzaba la linde de un bosque, se encontró con alguien que también tomaba el aire: el enorme gigante Gargantúa, que era tan alto, por lo menos, como el campanario de la iglesia. Tom detuvo su carroza y ensombreció la mirada.

—¿Quién eres? —preguntó.

—¡Soy —tronó el gigante— la más grande de las maravillas del mundo! ¡Yo aterrorizo a la gente! Hago callar a los hombres y a los animales.

—¡Espera un momento! —le interrumpió Tom Pulgar—. Yo no soy menos maravilloso que tú. No sólo soy temido, sino que la gente me ama. No sólo puedo asustar a hombres y animales, ¡sino que puedo asustarte a ti también!

Gargantúa estalló en carcajadas y la tierra a su alrededor se puso a temblar. En esa situación, Tom quiso desaparecer cuanto antes y fustigó a sus alados corceles.

—¡Espera! —tronó el gigante—. ¡Quédate un rato y charlaremos! Averiguaremos quién es el mejor y el que puede hacer más prodigios.

De manera que Tom Pulgar tiró de las riendas de sus moscardas y la carroza se detuvo de nuevo.

—Enano —dijo Gargantúa—, puedo derrumbar la torre de una iglesia con un solo soplido. Puedo anegar toda una ciudad con mi pis. Puedo comer más que cien personas; beber más que cien y llevar más peso que cien. Puedo matar más que cien. Puedo hacer todas estas cosas. Y ahora dime, ¿qué puedes hacer tú?

—Yo puedo hacer más que eso —replicó Tom Pulgar—. Puedo pasar por las cerraduras y ver lo que la gente hace en sus habitaciones privadas. Puedo navegar sobre la cáscara de un huevo; tú no puedes hacer eso. Puedo comer menos que un cholín y así ahorro alimento. Bebo menos que una golondrina,

y por eso no soy un borracho. Con mi fuerza puedo incluso matar una rata, y de esa forma no soy un asesino.

—¡Vaya! —gritó Gargantúa.

—Mis habilidades son mejores que las tuyas —dijo Tom—. Eso es lo que todo el mundo dice. Y por eso, gigantesco monstruo, ¡soy superior a ti!

Gargantúa se enfureció ante esta burla. Estaba a punto de descargar su pie y derribar a hachazos todo el bosque, lo que hubiera provocado el enterramiento de Tom y de su carroza. Tom se dio cuenta y acudió a sus poderes mágicos.

Pronunció un ensalmo sobre el irritado monstruo que le obligaba a permanecer junto al bosque, con una pierna en alto, hasta que Tom Pulgar llegara a su casa sano y salvo.

Después de tomar el aire, Tom se sintió mucho mejor.

—Tienes mejor aspecto, Tom —le dijo la reina Ginebra.

—Pareces más alto —comentó el rey Arturo.

El séquito del rey preparó una exquisita cena para Tom. Después de comer, éste se retiró a una habitación privada con el rey. Allí, Tom le contó a Arturo su encuentro con Gargantúa y cómo le había hechizado.

—Él es tan enorme —exclamó el rey, sacudiendo la cabeza— ¡y tú tan pequeño!

—Con los poderes mágicos de mi madrina —dijo Tom— puedo hacer cualquier cosa. Podría visitar a Twaddle, el rey de los pigmeos. Podría luchar con él y derribarle.

El rey Arturo sonrió y colocó a Tom sobre la palma de su mano.

—¿Qué poderes? —preguntó.

—Éste es mi sombrero del conocimiento —explicó Tom, y éste es mi anillo de la invisibilidad. Con este cinturón puedo adoptar la forma de cualquier hombre o cualquier animal. Y con estos zapatos puedo viajar a los extremos del mundo.

—¡Qué prodigios! —se maravilló el rey Arturo, y se echó a reír, jugueteando con Tom en la palma de su mano.

—Y, con un guiño de ojos, puedo volver —dijo Tom Pulgar—. Otra vez, de vuelta en la corte del rey Arturo.


PRADO 1990

Las tres cabezas del pozo



NTES de que hubieran transcurrido doce meses desde la muerte de su esposa, el rey de Colchester contrajo matrimonio por segunda vez. Se casó por dinero.

La nueva mujer del rey era de naturaleza tan mala como desagradable resultaba su aspecto (tenía la nariz aguileña, la espalda jorobada y la piel amarilla), y su desarreglada hija no era mucho mejor. Desde el mismo día en que fueron a vivir al palacio, comenzaron a verter falsedades sobre Eleonor, la hija del rey.

—Demasiado bonita para su bien —decía la nueva reina.

—Y lo sabe —decía su hija.

—Sonríe a su padre —decía la reina.

—Y le apuñalaría por la espalda —decía su hija.

—El rey quiere mi dinero —decía la reina—. Y yo quiero que tú heredes la corona. ¡Tú, no la dulce Eleonor!

Las murmuraciones continuaron: insinuaciones de que Eleonor había desobedecido a su padre de esta o aquella manera, acusaciones al oído del rey de que su propia hija se comportaba de forma áspera y rencorosa con su madrastra y su hermanastra.

Junto a la tristeza que le había producido la muerte de su madre, Eleonor sufría por la hostilidad que su padre comenzó a mostrar hacia ella. Y la princesa se sentía incapaz de superar la creciente distancia que les separaba. No había lugar para Eleonor en su propio hogar.

Una mañana temprano, Eleonor encontró a su padre paseando por los jardines del palacio.

—Quiero hacer un viaje —dijo.

—Quizá sea lo mejor —contestó el rey.

Durante algún tiempo, ninguno de los dos habló. Las abejas zumbaban a su alrededor. Sobre sus cabezas había largas mangas de nubes pálidas.

—Recorreré millas y millas —dijo Eleonor—. Veré aquello que deba ver y encontraré a quien deba encontrar.

—Te daré algún dinero —dijo el rey—. Y le pediré a tu madrastra que prepare algunos vestidos y algo de comida para ti.

La reina preparó pronto un paquete para su hijastra; ningún dinero, ningún vestido; nada, excepto una bolsa de lino con pan duro, queso y una botella de cerveza.

De esta forma, Eleonor abandonó la corte y Colchester y siguió el camino que cruzaba un hayedo. Avanzaba la tarde, llegó a un claro donde divisó a un viejo sentado sobre una piedra, a la entrada de una cueva.

El camino llevó a Eleonor directamente ante la presencia de aquel anciano. Al acercarse a él exclamó:

—¡Buenas tardes, jovencita!

—¡Buenas tardes! —contestó Eleonor.

—¿Adónde te diriges? —preguntó—. ¿Por qué tanta prisa?

—Deseo recorrer millas y millas —explicó la princesa—. Veré aquello que deba ver y encontraré a quien deba encontrar.

—¡Ah! ¿Qué es lo que tienes en esa bolsa? —quiso saber el anciano.

—Pan y queso —respondió Eleonor—. Pan moreno, queso duro y una botella de cerveza. ¿Le gustaría tomar un poco?

—Gracias, jovencita —dijo el anciano, y ofreció a Eleonor una sonrisa desdentada.

Cuando el anciano terminó de comer, se levantó y volvió a agradecer la amabilidad de la princesa.

—Inmediatamente detrás de este bosque —dijo— encontrarás un seto denso y espinoso. No hay ningún camino a su alrededor y parece completamente impenetrable. Toma esta ramita de serbal. Golpea el seto con ella tres veces, y di: ¡seto, seto, déjame pasar!

—¡Seto, seto, déjame pasar! —repitió Eleonor.

—El seto se abrirá inmediatamente —añadió el anciano—. Después, un poco más allá, encontrarás un pozo. Siéntate junto a él y, casi en el mismo momento, emergerán de él tres cabezas de oro.

—¿Y entonces? —preguntó Eleonor.

—Las cabezas hablarán, y tú deberás hacer cualquier cosa que te pidan.

Eleonor prometió al anciano seguir sus instrucciones. Cuando llegó al seto, lo golpeó tres veces, pronunció las palabras adecuadas y el seto se abrió.

Después encontró el pozo, se sentó junto a él e, inmediatamente, una cabeza emergió de él, cantando:

Lávame, peíname,
Pósame con suavidad,
Y déjame secar sobre una loma,
Para estar bonita
Cuando alguien pase por aquí.

—Lo haré como me lo pides —dijo Eleonor.

Sacó su peine de plata del bolsillo y peinó el cabello dorado de la cabeza. Luego, levantó la cabeza del agua oscura y la posó junto al pozo, sobre una loma repleta de flores silvestres.

Al instante, emergieron la segunda cabeza y la tercera, y cantaron la misma canción. Así es que la princesa volvió a peinar sus cabellos y las depositó junto a la primera cabeza, sobre la loma de flores silvestres. Después se sentó ella misma y, sintiendo hambre, abrió su bolsa de lino.

No había transcurrido mucho tiempo cuando una de las cabezas dijo:

—¿Qué haremos por esta niña que ha sido tan amable con nosotras?

—Ya es bonita —dijo la primera cabeza—, pero haré que sea encantadora.

—Haré que su cuerpo y su aliento sean más fragantes que las flores de más dulce aroma —dijo la segunda cabeza.

—Y mi don no será menor —dijo la tercera cabeza—. Esta muchacha es la hija de un rey. Le regalaré un feliz matrimonio con el mejor de los príncipes.

Después de esto, las tres cabezas pidieron a Eleonor que las volviera a sumergir en el pozo. Entonces Eleonor continuó su viaje. La tarde estaba muy avanzada y el sol comenzaba a ocultarse; algunos pajarillos cantaban hechizos en torno a Eleonor.

El camino cruzaba un parque espléndido. Unos robles viejos, separados del resto, agitaban sus ramas al viento. A través de los árboles, Eleonor pudo ver un grupo de cazadores y una jauría de perros, y después, a medida que se acercaban cabalgando, un estandarte real.



La princesa se apartó del camino; no tenía ningún deseo de hablar con reyes.

Pero el soberano vio a Eleonor. Cabalgó hacia ella y quedó tan hechizado por su enorme belleza y su fragante aliento, que la escoltó hasta su castillo.

¡Cómo la cortejó el rey! Día tras día, entretejía hermosas palabras para ella, bromeaba y se deshacía en lisonjas. Y Eleonor, encantada, se enamoró del rey.

Éste mandó traer telas blancas, telas verdes y telas de oro para Eleonor; reservó para su uso algunas habitaciones del castillo; le regaló broches, collares y anillos.

Al fin, el rey y la princesa se casaron. Y entonces, sólo entonces, Eleonor le dijo a su marido que era la hija del rey de Colchester. Su marido rió, y ordenó preparar las carrozas para visitar al padre de Eleonor. La carroza real fue revestida de púrpura e incrustada con granates rojos como la sangre y discos de oro.

En Colchester el rey se había sentido inquieto y desasosegado desde que su hija abandonara la corte. Cuando Eleonor le encontró, igual que le había dejado, paseando por los jardines del palacio, se llenó de felicidad al verla y quedó sorprendido ante el esplendor de sus joyas y vestidos.

Entonces la princesa llamó a su esposo, y éste contó a su suegro todo lo que había sucedido.

La corte de Colchester tembló de excitación; las damas se preguntaban qué ropas ponerse, las campanas sonaban, se prepararon exquisitos platos, los músicos afinaron sus violines y aclararon sus gargantas. Unicamente dos personas no se unieron al baile: la reina y su tosca hija.

—¡Por mí que se muera! —exclamó la reina con desprecio.

—¡Ojalá que se le caiga el pelo y coja la ictericia en los ojos! —exclamó su hija con desdén—. ¡Y que se le vuelvan los dientes verdes!

Tan pronto como Eleonor abandonó la corte y se dirigió a su nuevo hogar, llevando consigo una buena dote, la hijastra del rey anunció su intención de partir de viaje para buscar fortuna.

—Veré aquello que deba ver y encontraré aquello que deba encontrar —dijo la muchacha.

Su madre le entregó una bolsa de piel suave, provista de carne, dulces pasteles, almendras y, en el fondo, una botella grande del mejor vino de Málaga.

La muchacha se vistió con sus más lucidas galas de viaje, rematadas por una capa con broche de oro y forrada de satén color fresa. Después abandonó

la corte de Colchester, y durante largo tiempo siguió el camino que cruzaba el hayedo.

Avanzada la tarde, la muchacha divisó al anciano sentado sobre una piedra, a la entrada de la cueva.

—¡Buenas tardes, jovencita! —saludó el anciano—. ¿Adonde vas y por qué tanta prisa?

—¿Y a ti qué te importa? —contestó la muchacha con rudeza.

—Bueno, pues entonces dime qué llevas en esa bolsa —preguntó el anciano.

—Buena comida y buena bebida. Toda clase de cosas buenas —contestó la muchacha—. Pero eso no tiene que preocuparte.

—¿No me darías un bocado? —preguntó el anciano.

—¡No! —dijo la muchacha—. ¡Miserable mendigo! ¡Ni una gota, a no ser que me prometas ahogarte atragantado con ella!

—¡Mala suerte para ti! —murmuró el anciano—. ¡Que la mala suerte vaya contigo!

La muchacha giró sobre sus talones y siguió caminando hasta el denso seto espinoso. Descubrió un hueco en él, pero, tan pronto como empezó a avanzar a través suyo, el seto se cerró sobre ella. Las espinas se clavaron en sus mejillas, en sus brazos y en sus piernas. Cuando lo hubo atravesado, estaba toda arañada y sangraba.

La muchacha miró en torno para ver si había agua cerca —un estanque, incluso un charco— para lavarse. Entonces, descubrió el pozo y se desplomó junto a él.

Inmediatamente, emergió una cabeza dorada, cantando:

Lávame, péiname,
Pósame con suavidad,
Y déjame secar sobre una loma,
Para estar bonita
Cuando alguien pase por aquí.

La muchacha sacó de la bolsa la botella de vino de Málaga y golpeó con ella la cabeza dorada.

—¡Toma eso! —exclamó—. Para que te laves con ella.

Después, emergieron la segunda y la tercera cabeza, que no recibieron mejor trato que la primera.

—¿Qué haremos por esta muchacha —preguntó una cabeza, balanceándose en el agua oscura— que ha sido tan cruel con nosotras?

—Yo cubriré de llagas —dijo la primera cabeza— todo su rostro.

—Su aliento ya es malo —dijo la segunda cabeza—, pero yo haré que huela mucho peor.

—Necesita un marido y tendrá una marido —dijo la tercera cabeza—. Un pobre zapatero remendón.

La muchacha siguió caminando. Aquella noche durmió bajo las estrellas y a la mañana siguiente llegó a un pequeño pueblo. En el mercado, a la vista del rostro de la muchacha, la gente salía huyendo.

Sin embargo, un zapatero remendón se apiadó del sufrimiento de la muchacha.

—Pobre criatura —dijo—. ¿De dónde vienes?

—Yo —respondió la muchacha—, soy la hijastra del rey de Colchester.

El zapatero remendón enarcó las cejas; su rostro de cuero agrietado y lleno de arrugas se abrió en una sonrisa inteligente.

—¡Bien! —dijo—. Si fuera capaz de curar tu rostro y darte un buen aliento, ¿me recompensarías convirtiéndome en tu marido?

—Lo haría —contestó la muchacha—. Lo haría de todo corazón.

—Esta caja contiene un ungüento —explicó el zapatero remendón— para tus llagas, y esta botella de alcoholes es para tu aliento.

No hacía mucho tiempo que le había remendado los zapatos a un pobre y viejo ermitaño, que le había pagado con la caja y la botella.

—Cada día —continuó el zapatero remendón— deberás extender el ungüento sobre tus llagas y beber un sorbito de estos alcoholes.

La muchacha hizo exactamente lo que el zapatero remendón le había dicho. Al cabo de pocas semanas, no sólo estaba curada sino que su aspecto era incluso mejor que antes. Ella y el zapatero remendón se casaron y, pasados uno o dos días, se dirigieron hacia la corte de Colchester.

Cuando la reina descubrió que su hija se había casado con un pobre zapatero remendón, se sintió tan desgraciada que se ahorcó. De esta forma, el rey de Colchester heredó su enorme fortuna, como siempre había soñado.

—Y de esta fortuna —dijo el rey al zapatero remendón— te daré la suma de cien libras, siempre que te lleves a mi hijastra lejos de aquí…, que te la lleves al más lejano rincón de mi reino, y te quedes allí junto a ella.

Y eso fue lo que hizo el zapatero remendón. Vivió en un pequeño pueblo muchos años, remendando zapatos, y su mujer aportaba el poco de dinero que

ganaba tejiendo. Tejía telas, las teñía con los colores del arco iris y las vendía en el mercado.



La muchacha impávida



ALDITA sea! —exclamó el granjero—. ¡No queda ni una gota!

—¿Ni una? —preguntó el herrero, levantando su vaso e inspeccionándolo.

El último dedo de whisky brillaba a la luz del fuego como miel derretida.

—¿Y por qué no? —quiso saber el molinero.

—¡Bruto! —gruñó el granjero—. Porque la botella está vacía —miró las llamas con ojos de miope—. Pero no importa. Mandaremos a mi Mary. Ella bajará a la taberna y nos traerá otra botella.

—¿Qué? —se extrañó el herrero—. Tendrá miedo de salir en una noche tan oscura; bajar todo el camino hasta el pueblo, y completamente sola.

—¡Jamás! —dijo el granjero—. No le tiene miedo a nada, ni vivo ni muerto. Vale lo que todos mis muchachos juntos.

El granjero dio una voz y Mary salió de la cocina. Se quedó en pie atendiendo. Se internó en la noche oscura y, poco tiempo después, volvió con otra botella de whisky.

El molinero y el herrero quedaron encantados. Bebieron a su salud, pero más tarde el molinero dijo:

—Sin embargo, es una cosa extraña.

—¿El qué? —preguntó el granjero.

—Que tu Mary sea tan valiente. Templada como el bronce —añadió el herrero—. Salir sola en una noche tan oscura…

—Eso no es nada —dijo el granjero—. Iría a cualquier lugar, de día o de noche. No le tiene miedo a nada, ni vivo ni muerto.

—Palabras —repuso el herrero—. Pero ¡caramba!, este whisky sabe muy bien.

—Nada de palabras —se picó el granjero—. Te apuesto una guinea de oro a que ninguno de vosotros puede nombrar algo que esa muchacha no sea capaz de hacer.

El molinero se rascó la cabeza y el herrero miró con ojos de miope la dorada guinea de whisky de su vaso.

—De acuerdo —dijo el herrero—. Reunámonos aquí, a la misma hora, la semana que viene. Entonces diré algo que Mary no será capaz de hacer.

A la semana siguiente, el herrero fue a ver al cura y cogió prestada la llave de la puerta principal de la iglesia. Después fue a visitar al sacristán y le mostró la llave.

—¿Y qué quieres hacer con eso? —preguntó el sacristán.

—Lo que quiero que hagas es lo siguiente —le explicó el herrero—. Quiero que te introduzcas en la iglesia esta noche, justo antes de la medianoche, y te escondas en la cripta.

—¡Jamás! —exclamó el sacristán.

—¿Ni siquiera por media guinea? —preguntó el herrero.

Los ojos del viejo sacristán se salieron de sus órbitas.

—¡Maldita sea! —exclamó— ¿y para qué?

—Para asustar a esa descarada granjerita de Mary —dijo el herrero, sonriendo burlonamente—. Cuando llegue a la cripta, lo único que tienes que hacer es emitir un lamento o un grito.

La avidez del viejo sacristán por la media guinea era incluso mayor que su miedo. Murmuró y masculló y, finalmente, acordó hacer lo que el herrero le pedía.

Entonces, el herrero golpeó al sacristán en la espalda con su poderoso puño y el viejo sacristán se puso a toser.

—Te veré mañana —dijo el herrero— y haremos cuentas. Justo antes de medianoche, entonces. ¡Ni un minuto más tarde!

El sacristán asintió y el herrero subió a grandes zancadas hacia la granja. Oscurecía, y el granjero y el molinero bebían ya mientras le esperaban.

—¿Y bien? —preguntó el granjero.

El herrero cogió su vaso, lo levantó e hizo rodar el whisky hasta su boca.

—Bien —insistió el granjero—. ¿Estás listo o no estás listo?

—Esto —dijo el herrero— es algo que tu Mary no será capaz de hacer. No irá a la iglesia sola a medianoche.

—No —dijo el molinero.

—Y entrará en la cripta —continuó el herrero— y traera una calavera. Eso es algo que no hará.

—Jamás —remachó el molinero.

El granjero dio una voz y Mary salió de la cocina. Se quedo de pie atendiendo y, después, a medianoche, se internó en la oscuridad y bajó caminando hacia la iglesia.

Abrió la puerta de la iglesia. Levantó su lámpara y bajó ruidosamente las escaleras de la cripta. Empujó hasta abrir la puerta rechinante y ante ella vio brillar calaveras, fémures y huesos de todas clases. Se agachó y cogió la calavera más próxima.

—Deja eso como está —se lamentó una voz ahogada que venía de detrás de la puerta de la cripta—. Ésa es la calavera de mi madre.

Así es que Mary posó aquella calavera y cogió otra.

—Deja eso como está —se quejó una voz ahogada que venía de detrás de la puerta de la cripta—. Ésa es la calavera de mi padre.

Así es que Mary posó aquella calavera y cogió otra. Y, mientras hacía esto, gritó con enfado:

—Padre o madre, hermana o hermano, necesito una calavera y es mi última palabra.

Cuando salió de la cripta, dio un portazo y corrió escaleras arriba de vuelta a la granja.

Mary colocó la calavera sobre la mesa, frente al granjero.

—Aquí tiene su calavera, señor —dijo, y se dirigió hacia la cocina.

—¡Un momento! —dijo el granjero, sonriendo y temblando al mismo tiempo—. ¿No escuchaste nada en la cripta, Mary?

—Sí —repuso ella—. Un estúpido fantasma me gritó: «¡Deja eso como está! Es la calavera de mi madre». Pero le dije bien claro: «Padre o madre, hermana o hermano, necesito una calavera».

El molinero y el herrero miraron atónitos a Mary y sacudieron sus cabezas.

—Conque cogí una —prosiguió Mary—, y aquí estoy, y aquí está.

Bajó la mirada hacia las tres caras que chispeaban a la luz del fuego.

—Cuando salía —añadió, después de cerrar la puerta con llave, oí al viejo fantasma gritar y chillar como un loco.

El herrero y el molinero se miraron el uno al otro y se pusieron en pie.

—Está bien, Mary —dijo el granjero.

El herrero sabía que el sacristán tendría que haberse asustado de muerte al quedar encerrado, completamente solo, en la cripta. Los tres corrieron hasta la iglesia y bajaron ruidosamente las escaleras de la cripta, pero era demasiado

tarde. Encontraron al viejo sacristán tumbado, con su rostro mortalmente petrificado.

—Eso es lo que ocurre por tratar de asustar a una pobre niñita, aseveró el granjero.

De modo que el herrero le dio una guinea de oro al granjero y el granjero se la dio a su Mary.

Mary y su valor eran conocidos en todas las casas. Y, después de su visita a la cripta y de la muerte del viejo sacristán, su fama se extendió millas y millas a su alrededor.

Un día, el señor, que vivía a tres pueblos de distancia, cabalgó hasta la granja y le pidió al granjero que le dejara hablar con Mary.

—He oído —dijo el señor— que no tienes miedo a nada.

Mary asintió.

—Escúchame, entonces —dijo el señor—. El año pasado mi anciana madre murió y fue enterrada. Pero no quiere descansar. Continúa volviendo a casa, especialmente a la hora de las comidas. Algunas veces puedes verla, otras no. Y, cuando no puedes, lo que ves es un cuchillo y un tenedor levantarse de la mesa y moverse donde deberían estar sus manos.

—Resulta verdaderamente extraño —observó el granjero— que sea capaz de seguir caminando.



—Extraño y sobrenatural —afirmó el señor—. Y ahora mis sirvientes no quieren permanecer conmigo, ninguno de ellos. Todos tienen miedo de ella.

El granjero suspiró y meneó la cabeza.

—Es muy difícil conseguir buenos sirvientes —comentó.

—De manera que —continuó el señor— al saber que no tiene miedo de nada, ni vivo ni muerto, quisiera pedirle a su hija que viniera a trabajar para mí.

Mary se sintió encantada con la perspectiva de un empleo tan bueno y, a pesar de sentirse muy triste por perderla, el granjero comprendió que nada podía hacer sino dejarla marchar.

—Iré —dijo la muchacha—. No tengo miedo de los fantasmas. Pero debería contemplar eso en mi salario.

—Así lo haré —aseguró el señor.

De modo que Mary se fue con el señor para ser su sirvienta. La primera cosa que hacía siempre era colocar un cubierto para el fantasma en la mesa, poniendo cuidado de que el cuchillo y el tenedor no estuvieran cruzados.

Durante las comidas, Mary servía al fantasma la carne y la verdura, el jugo y la salsa. Y después decía: «¿Pimienta, señora? Y «¿Sal, señora?». El fantasma de la madre del señor se sentía más que encantado. Las cosas siguieron así hasta que el señor tuvo que viajar a Londres para solucionar algunos asuntos legales.

A la mañana siguiente, Mary estaba arrodillada limpiando el enrejado del salón, y notó que algo fino y brillante penetraba a través de la puerta entreabierta; cuando estuvo dentro de la habitación, la forma comenzó a hincharse y a abrirse. Se trataba del viejo fantasma.

Por primera vez, el fantasma habló a la muchacha.

—Mary —dijo con voz hueca—, ¿me tienes miedo?

—No, señora —repuso Mary—. No tengo por qué tener miedo de usted, porque usted está muerta y yo estoy viva.

Durante unos instantes, el fantasma contempló a la niña arrodillada junto al enrejado del salón.

—Mary —dijo—, ¿me acompañarías a la bodega? No debes llevar ninguna luz, pues yo brillaré lo suficiente para alumbrarte el camino.

De manera que las dos descendieron las escaleras de la bodega y el fantasma brilló como una vieja lámpara. Cuando llegaron al fondo, siguieron a través de un corredor, giraron a la derecha y a la izquierda y, después, el fantasma señaló hacia unas baldosas un poco sueltas, en una esquina.

—Levanta esas baldosas —dijo.

Mary hizo lo que se le había pedido. Bajo las baldosas había dos bolsas de oro, una grande y otra pequeña.

El fantasma tembló.

—Mary —dijo— esa bolsa grande es para tu señor. Pero la bolsa pequeña es para ti, porque eres una muchacha valiente y lo mereces.

Antes de que Mary pudiera abrir la bolsa o incluso abrir la boca, el viejo fantasma corrió escaleras arriba y se esfumó. Nunca más fue visto, y Mary encontró dificultades para recorrer a tientas el camino del oscuro pasadizo y salir de la bodega.

Pasados tres días, el señor volvió de Londres.

—Buenos días, Mary —saludó—. ¿Has visto algo de mi madre mientras he estado ausente?

—Sí señor —respondió Mary—. Ya lo creo. Y si no tiene miedo de acompañarme a la bodega, le enseñaré algo.

El señor rió.

—Si tú no tienes miedo, yo tampoco —dijo porque la muchacha impávida era muy bonita.

Conque Mary encendió una vela y condujo al señor hacia la bodega, caminó a través del pasadizo, dobló hacia la derecha y hacia la izquierda y levantó las baldosas sueltas en la esquina por segunda vez.

—Dos bolsas —dijo el señor.

—Dos bolsas de oro —dijo Mary—. La pequeña es para usted y la grande es para mí.

—¡Por el Santísimo! —exclamó el señor, y no añadió más.

Pensó que su madre podría haberle dado la bolsa grande, como en realidad había hecho, pero tomó lo que pudo, sin importarle.

Después de aquello, Mary siempre cruzaba los cuchillos y los tenedores en las comidas, para impedir que el viejo fantasma revelara lo que había hecho.

El señor se puso a meditar. Pensó en el oro, en el fantasma y en la belleza de Mary. Y, con unas cosas y otras, pidió a Mary en matrimonio; y la muchacha impávida aceptó. Poco más tarde se casaron y, después de todo, el señor obtuvo las dos bolsas de oro.



Un pueblo de tontos



¿QUIÉN es toda esta gente? —gritó el rey John—. ¡Quitadlos de mi camino!

Pero muchos frente a él —todos los hombres, mujeres y niños de Gotham— gritaron también al rey. Chillaban y agitaban sus rastrillos y sus porras. La última cosa que pensaban hacer era permitir al rey pasar a través de su pueblo: vivían del dinero de los peajes y, por donde quiera que el rey pasaba, se transformaba, por ley, en carretera pública.

—¡Quitaos de mi camino, tontos! —rugió el rey John—. Voy hacia Nottingham.

Pero la multitud se mantenía firme en pie y hombro con hombro. De manera que, finalmente, el rey y su séquito dieron la vuelta y, acompañados de abucheos, risas y silbidos, se alejaron de allí cabalgando.

—Les castigaré por esto —murmuró el rey John—. ¡Les colgaré de sus dedos pulgares, les traspasaré con sacacorchos y les haré picadillo de carne para los perros!

A la mañana siguiente temprano, uno de los mensajeros reales cabalgó hasta Gotham para averiguar por qué sus habitantes habían impedido el paso al rey. Pero un anciano le vio llegar, y la noticia se expandió rápidamente, de la fuente del pueblo a la espita del barril de cerveza, de la espita del barril de cerveza a la tienda, de la tienda a la fuente, y así otra vuelta.



Los primeros aldeanos que el mensajero del rey encontró fue un grupo de ancianos, de pie en el estanque del pueblo con el agua a las rodillas.

—¿Qué estáis haciendo? —les preguntó.

—Intentando ahogar a esta anguila —contestó un anciano.

—Y vosotras —preguntó el mensajero a varias robustas y jóvenes mujeres, entre las cuales algunas tiraban de carros y otras los ponían contra el extremo este de un granero—, ¿qué estáis haciendo?

—El sol calienta demasiado —replicó una muchacha—. Estamos protegiendo de él las paredes de este granero.

—Y vosotros —gritó el mensajero a un grupo de niños risueños que, desde un otero, hacían rodar quesos enteros por la ladera—, ¿qué estáis haciendo?

—¿Qué crees? —gritaron—. Mandamos nuestros quesos al mercado de Nottingham.

El mensajero se dio unos golpes en la cabeza. Se puso bizco y miró al extremo de su nariz. A su alrededor, grupos de aldeanos trabajaban duramente.

—¡Madre mía! —exclamó—. ¡Un pueblo de tontos! El rey John hará bien en mantenerse apartado de Gotham.



Dick Whittington



CUANDO Dick sólo tenía tres años, murieron sus padres. Su madre y su padre habían bebido agua de un pozo infectado, enfermaron con fiebre y fueron enterrados juntos en una tumba.

Dick no tenía hermanos ni hermanas, tampoco abuelos. Le recogió otra señora del pueblo y fue educado junto con su propia chiquillería.

—Uno más no es gran diferencia —decía ella.

Pero la mujer nunca quiso mucho a Dick, y sus propios hijos a menudo le recordaban que era un huérfano, no uno de ellos.

El verano en que cumplió once años fue muy malo, con fuertes vientos y lluvias. Y el siguiente año resultó escasamente mejor: cortinas de niebla chorreante y cielos de plomo. La hierba de los pastos era muy fina y débil; algunos cultivos se perdieron.

—Cada mes peor —decía la mujer—. ¡Mira la cosecha! ¡Nada más que cortezas y piedras! ¡Cuando pienso que en Londres las calles están pavimentadas con oro!

Entonces Dick supo qué debía hacer. Formó un bulto con sus ropas, en secreto; cogió una rebanada de pan de centeno y, mientras la mujer y sus hijos dormían, se levantó y salió de la casa hacia el mundo que le esperaba.

Caminó toda la noche. Al amanecer tenía los pies doloridos y llagados; y cuando salió el sol, amarillo, tenue y rodeado de nubes oscuras, no estaba sino a poco más de diez millas del pueblo donde había vivido toda su vida.

Pasó tres días y tres noches al raso, afanando una manzana aquí y una pera allí, robando una hora de sueño cuando estaba seguro de no ser descubierto y marchando siempre hacia el este. Se sentía tan confuso como un potro, un rapaz en las sombras.

Durante la cuarta noche, le alcanzó un carro cargado con gavillas de hierba y pacas de lana, tirado por tres caballos.

—¿Adónde vas? —gritó el carretero.

—Eso depende —contestó Dick.

Durante unos instantes, Dick miró al carretero y el carretero miró a Dick.

—De cualquier forma —dijo Dick—, ¿adónde va usted?

—A Londres —respondió el carretero.

—¡Londres! —exclamó Dick—. Yo voy a Londres. ¿Puedo ir con usted?

—Puedes caminar junto a mí —puntualizó el carretero.

—De acuerdo —dijo Dick con valentía, escondiendo su decepción por no haber sido invitado a montar en el carro, pero todavía alegre ante la perspectiva de tener compañía.

De manera que Dick y el carretero recorrieron juntos los verdes caminos de Londres, cruzaron el Puente de Londres y entraron en la ciudad de Londres. Dick contempló, asombrado, los muros y las altas casas. Observó las tiendas, la multitud de carretas y de gente elegante en sus carruajes; miró boquiabierto a toda la gente: gente que mendigaba, gente que discutía, gente que gritaba sus mercancías.

Arrugó la nariz ante el olor de la basura pisoteada en el suelo.

—Y aquí —dijo el carretero— es donde tú sigues tu camino y yo el mío. Tengo cosas que hacer.

—¿No puedo ayudarle? —preguntó Dick.

—No —repuso el carretero, sin rudeza pero firme.

—Entonces, dígame, ¿dónde puedo encontrar las calles de oro? —preguntó Dick de nuevo.

—¿Quién te dijo eso? —y el carretero estalló en carcajadas—. ¡Calles de oro! ¿Dónde puedo encontrar las calles de oro?

Dick quedó solo en medio del sudoroso Londres, sobre el pavimento sucio de una sucia calle, sin dinero, sin comida y con poco más que dos trapos a la espalda.

«Nada de oro —se dijo Dick—. El contenido de un cubo hubiera bastado, una losa».

Dick caminó a lo largo de la acera, pero no en línea recta ni muy deprisa. Una y otra vez se hacía a un lado para dejar pasar a la gente.

—Tendré que pedir dinero —murmuró—. Si no, moriré de hambre.

Dick se acercó a un transeúnte y luego a otro, pidiendo sólo un penique, pidiendo comida, pidiendo trabajo. Pero todos negaban con la cabeza o se encogían de hombros o alargaban el paso; todos le daban la misma respuesta.

Dick comenzó a pensar en la casa de la mujer, en el fuego llameante, en el pan de centeno.

—¿Trabajo? —voceaba—. ¿Trabajo?

Y se paró frente a un hombre bastante pequeño y membrudo.

—¡Trabajo! —exclamó el hombre—. ¡Yo te daré trabajo! ¡Vete a trabajar para un perezoso gorrón!

—Lo haré —dijo Dick con energía—. ¡Ya lo creo que lo haré! Trabajaré para usted si me tiene a su lado.

El hombre membrudo pensó que Dick se estaba burlando de él. Levantó su bastón y lo hizo restallar en su mejilla derecha.

—¡Ojo por ojo[4]! —gritó el hombre—. Trabaja para mí, ¡ya lo creo!

Y se alejó de allí.

Dick se tambaleó en la calzada y cayó en el arroyo. Sangraba y se sentía aturdido. Nadie se molestó en ayudarle a levantarse o en quitarle el polvo; a nadie le importó si se había roto los huesos o no. Permaneció tumbado largo rato.

Cuando finalmente se levantó, se sintió muy mareado. Bajó, cojeando, por una calle, pero no se había alejado mucho cuando tuvo que detenerse a descansar en un banco bajo un roble, junto a las verjas de hierro de una casa alta.

Tan pronto como Dick se dejó caer en el banco, la cocinera salió por la puerta principal.

—¡Largo de aquí! —tronó—. ¡Largo de aquí! No quiero sabandijas aquí. ¡Lárgate o te pongo perdido!

Mientras la cocinera vociferaba, el dueño de la casa, el comerciante Hugh Fitzwarren, volvía caminando a su hogar desde la Bolsa, en la calle Lumber.

—Está bien, Cicely —dijo—. Gracias.

El señor Hugh miró a Dick.

—¡Búscate la vida! —dijo—. ¡Consíguete un trabajo!

—Si pudiera —se lamentó Dick—. Si alguien quisiera emplearme.

—Siempre hay trabajo para gente que quiere trabajar —replicó el comerciante.

—No para mí —dijo Dick—. Y no he comido nada en tres días.

—El cielo ayuda a aquellos que saben ayudarse a sí mismos —sentenció el señor Hugh—. ¡Búscate la vida!

Dick descolgó sus piernas del banco y se levantó lentamente. Se tambaleó; se balanceó desde el talón al último dedo del pie y se desplomó hacia un lado de la calzada.

Entonces, el señor Hugh pareció conmoverse. Se agachó, cogió a Dick por el brazo y le ayudó a levantarse otra vez.

—¡De acuerdo! —dijo—. ¿Cómo te llamas?

—Dick Whittington —contestó Dick.

—Está bien, Dick —dijo el señor Hugh—. Haremos que vuelvas a mantenerte en pie.

Dick se colgó del brazo del comerciante.

—¿Eres del campo?

Dick negó con la cabeza, mudo y lloroso.

—Cicely —ordenó el comerciante—. Dale a Dick una buena comida. Deja que se lave y duerma. Y después busca un trabajo para él en la cocina. Puede preparar el Fuego o pulir los hervidores.

—¡Ya lo creo que puede! —dijo Cicely.

—O dar vueltas al espetón.

—¡Claro que sí! —dijo la cocinera.

Cicely no perdía de vista un momento a su nuevo encargado del espetón. Le reprendía, le amenazaba y le zurraba cuando tenía las dos manos en el espetón y no podía protegerse.

—Le hacen daño los zapatos —le explicaba a Dick el mayordomo.

—Siempre se porta así —decía el pinche—. No puede durar mucho.

Pero sí que duró mucho tiempo. Si Dick se equivocaba en lo más mínimo —si el agua que había preparado no estaba lo suficientemente caliente para escaldar el pollo, si las ásperas toallas se hallaban fuera de su sitio, si había una sola mancha en el fondo de una nueva y brillante artesa para escurtidos —, Cicely se volvía contra él y le regañaba o le pegaba.

La señorita Alice —la pequeña hija del señor Hugh— tenía la misma edad que Dick. Le gustaba el aspecto y los brillantes ojos del nuevo encargado de dar vueltas al espetón y sentía lástima por él. Cuando veía que Cicely le amenazaba, entraba en la cocina.

—¡Está bien, Cicely! —decía con corrección, como había oído hacerlo a su padre—. Es suficiente.

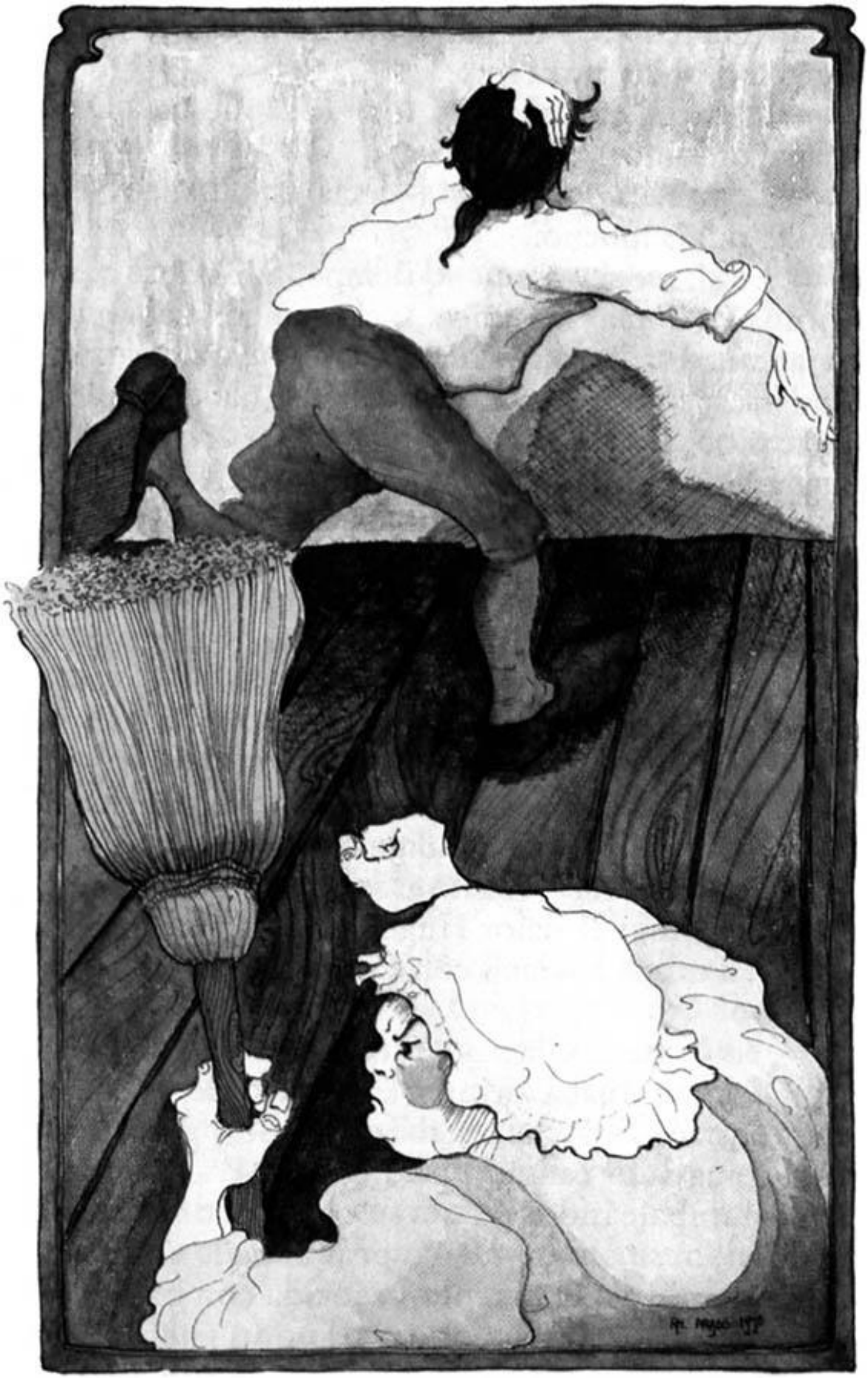
—¡Pobre Dick! —dijo indignada la señorita Alice a su padre aquel día—. Ésa no es forma de tratar a nadie.

—No —dijo el señor Hugh, pensativamente.

—Así es que hablarás con Cicely. ¿Lo haras tú o lo haré yo?

—Yo lo haré. Gracias, Alice.

Dick terminaba siempre el trabajo de la cocina muy entrada la noche; estaba sudoroso y grasiento y casi demasiado cansado para comer. Poco después subía tambaleándose hasta su colchón de borra en el ático; pero allí un nuevo problema le estaba esperando. Su áspera manta, recosida con bastos remiendos de lana y algodón, casi podría haber sido lo suficientemente confortable, pero, noche tras noche, debía compartirla con repugnantes ratas y ratones.



Cuando Dick subía a su maloliente desván, las ratas y los ratones saltaban a las tenebrosas esquinas y desaparecían bajo el entarimado.

Pero tan pronto como se quedaba dormido volvían a salir y le molestaban. Una rata fue incluso tan atrevida que le mordió en la nariz.

A menudo, Dick se tumbaba en la oscuridad con los ojos bien abiertos. Algunas veces veía un pastizal verde y, junto a él, una pequeña casa con el tejado de paja; veía un arroyo que fluía; veía una chiquillería que, buena o mala, había conocido toda la vida.

Una mañana, otro comerciante vino a visitar al señor Fitzwarren.

Tan pronto atravesó la puerta, se desabrochó sus elegantes zapatos y le preguntó a Dick —que se encontraba de camino a la cocina— si podía limpiarlos y sacarles brillo.

Dick bajó los zapatos a la habitación de pulir. En el rincón de la casa que tenía un olor más dulce: casi podías paladear la miel en el aire.

Cogió un trozo de trapo y extendió el betún sobre cada dedo, por un lado, por el otro y alrededor de los tacones. Frotó el betún tan fuertemente como pudo y después volvió a frotarlo con un nuevo trapo. De cuando en cuando, escupía sobre las punteras.

—¡Escupir y pulir! —murmuró—. ¡Escupir y pulir!

Cuando hubo terminado, Dick pudo ver su propio reflejo deforme en cada oscura y brillante puntera.

El comerciante quedó tan encantado que le dio a Dick un penique.

Antes de volver a la cocina, Dick corrió escaleras arriba otra vez y escondió la moneda en una grieta abierta una viga vista de la cubierta del desván.

Cuando se hubo ganado su medio día libre, sacó el penique, lo guardó en el bolsillo, y agarró la moneda con su mano dentro del bolsillo. Dio la espalda a la cocina con todos sus pucheros, trípodes, morteros y machetes; se olvidó de Cicely y caminó hacia el centro de Londres.

Pronto se encontró en la misma calle en la que el hombre pequeño y membrudo le había zurrado un verdugón que le cruzó la mejilla y le rodeó la oreja.

La gente voceaba sus mercancías: jengibre verde, cuchillos de Doncaster, regalos para enamorados, dulce lavanda. Había tiendas por toda la calle abajo: lenceros, pescaderos, vidrieros, panaderos y el rayado reclamo, blanco y rojo, de un barbero. Como la primera vez Dick miró a su alrededor, perplejo por el ruido, el movimiento, el color y los centenares y centenares de personas apresuradas.

Algo después divisó a una mujer que se movía rápidamente al otro lado de la calle, con un gran gato atigrado bajo su brazo.

—¡Justo lo que quiero! —exclamó Dick—. ¡El gato! Pronto se desharía de las ratas y de los ratones.

Pasó precipitadamente entre dos carros y alcanzó a la mujer.

—¡Su gato! —exclamó—. ¿Me lo vendería?

—Es gata —dijo la mujer.

—¿Me la vendería?

—¿Por qué? —preguntó la mujer.

—La necesito —explicó Dick—. Quiero decir que el ático donde duermo está lleno de ratas y ratones.

La mujer sonrió a Dick

—Para ti, querido —dijo—. ¡Un chelín!

—¡Un chelín! —exclamó Dick ansiosamente.

—Es una buena ratonera.

—Doce peniques —murmuró Dick con tristeza, meneando la cabeza—. Me temo que no puedo.

—¿Cuánto tienes? —preguntó la mujer.

—Un penique —repuso Dick—. Es todo lo que tengo en el mundo.

La mujer sonrió.

—Bueno, ¿y dónde está?

El corazón de Dick comenzó a latir fuertemente. A toda prisa, hurgó en su bolsillo y sacó el penique.

—¡Está bien! —dijo la mujer, cogiendo rápidamente el penique y empujando a la gata repanchigada a los brazos de Dick—. Si lo llega a saber mi marido me quitará la piel a tiras.

Dick se llevó a la gata a la casa y subió directamente al ático. No dijo nada sobre ella por miedo a que Cicely la persiguiera y la echara de allí. Alimentó a la gata con restos de la cocina, y pronto el animalito había matado algunas ratas y ratones y había asustado y alejado de allí al resto. De modo que, cuando Dick subia a su cuarto durante la noche, después de su larga jornada de trabajo, dormía como un tronco.

El invierno llegó a Londres. Cada mañana, Dick se levantaba al amanecer y limpiaba los fuegos del día anterior. Era un trabajo sucio, barrer y recoger los montones de ceniza, y a menudo se desollaba los nudillos contra las rejillas de hierro; también era cansado medio llevar y medio arrastrar cubos y

cestos llenos de leña desde el sótano a la casa. Pero a Dick le gustaba la quietud de las primeras horas de la mañana y el suave aroma de la ceniza de madera; le gustaba dejar el hogar tan limpio como podía, y, sobre todo, le gustaba trabajar solo.

A Dick se le metía la ceniza por las narices, por las orejas y entre el pelo. Mientras el resto de los miembros de la servidumbre se despertaban y se vestían, él volvía a subirá su habitación del ático helado, se arrodillaba junto al cubo y derramaba agua fría sobre su cabeza. Se restregaba los brazos y las manos, y chupaba para sacarse la ceniza de las uñas. Entonces estaba listo para empezar su día de trabajo en el calor de la cocina.

En la primavera, el señor Fitzwarren fletó un barco, el *Unicornio*.

Estaba lleno de toda clase de herrajes, hachas, cuchillos y anzuelos; y también de bellos espejos de mano, pero, sobre todo, de grandes cantidades de telas y pantalones de distintos colores y tallas, tejidos con holgura.

Una mañana, el señor Hugh mandó llamar a la servidumbre a la sala, y allí les comunicó que el *Unicornio* estaba casi listo para zarpar.

—El cargamento está a bordo —dijo— y zarpará hacia Blackwall. ¿Queréis uniros a mí y arriesgar algo de vuestra propiedad?

Hubo un murmullo de placer en la sala.

—Ninguno de vosotros tendrá que pagar flete o aduana —añadió el señor Hugh—. Yo cuidaré de ello.

Entonces, la señorita Alice y cada uno de los sirvientes comenzaron a nombrar aquello que enviarían en el *Unicornio*.

—Y ¿qué hay de nuestro pequeño encargado del espetón? —preguntó el señor Hugh—. ¡Dick! ¿Dónde está?

—¡Abajo! —respondió Cicely—. ¡Él no tiene nada!

—¡Mándale venir, padre! —pidió la señorita Alice.

—Dick no gana ningún salario —dijo Cicely— y no trajo nada a esta casa cuando llegó, ¿no es verdad?

—¡Gracias, Cicely! —replicó el señor Hugh.

Y le pidió a la pinche que bajara a la cocina y encontrara a Dick.

—¡Vamos, Dick! —dijo el señor Hugh—. Estamos todos metidos en esto. ¿Qué es lo que puedes llevar a bordo del *Unicornio*?

—Nada, señor Hugh —contestó Dick—. No tengo nada.

—¿Nada? —se extrañó el señor Hugh.

—Excepto las ropas que llevo puestas —dijo Dick.

—¡Ya sé! —dijo la señorita Alice, levantando su monedero de seda—. Yo puedo pagar por Dick. Pondré dinero por él, a cambio de lo que él quiera.

—No, Alice —replicó el señor Hugh—. Es muy generoso por tu parte, pero no se trata de eso. Cada uno de nosotros debe arriesgar algo de su propiedad. ¿No tienes nada —preguntó el comerciante, volviéndose una vez más hacia Dick—, nada para nosotros?

—¡Ojalá lo tuviera! —suspiró Dick—. Sólo tengo una cosa en este mundo que puedo llamar de mi propiedad, y es una gata.

—¡Una gata! —exclamó Cicely.

—Una gata atigrada —dijo Dick— y no puedo prescindir de ella porque es una buena ratonera. La compré con el penique que gané limpiando los zapatos y la necesito en el ático.

—Debes arriesgar tu gata —dijo el señor Hugh—. No lo lamentarás. Ve a buscarla, deprisa. La llevaré abajo con todas las mercancías y la pondré rumbo a Blackwall.

—Ha sido una amiga para mí —dijo Dick.

Y todo el mundo en la antesala rió, todo el mundo excepto la señorita Alice.

—¡Vaya conferencia! —exclamó Cicely—. ¡Y todo por una gata!

Con el corazón apesadumbrado, Dick subió al ático, rodeó a la gata con sus brazos y se la entregó al señor Hugh. Entonces, el comerciante rezó una oración por la seguridad del *Unicornio* y despidió a sus sirvientes de la gran sala. Se despidieron charlando, y mientras esto sucedía, la señorita Alice cogió la mano derecha de Dick, silenciosamente, y apretó algo en su interior.

—¡Toma esto! —murmuró—. ¡Podrás comprar otra gata ratonera!

La señorita Alice lanzó una sonrisa a Dick y después siguió a su padre hacia los establos.

Fue una mala primavera para Dick, y un verano triste. A pesar de la generosidad de la señorita Alice, descubrió que era imposible comprar otro gato con tan poco dinero como un penique; y cuando no estaba defendiéndose de ratas y ratones, intentaba escabullirse de las garras y los dientes de Cicely. Desde el momento en que oyó que Dick había tenido escondida una gata y la había alimentado con las sobras de la cocina sin su permiso, estuvo aún más encima de él que antes.

—¡Deja en paz al pobre muchacho! —decía el mayordomo.

Pero Cicely pegaba a Dick con la escoba; le golpeaba sobre los hombros con el cucharón; le cruzaba la espalda con el espetón.

En el otoño, Dick pensó a menudo en escapar, y lo único que le detuvo fue el no tener ni idea de adonde ir o qué hacer. Respetaba al señor Hugh por su amabilidad y su sentido de la justicia; le gustaba la señorita Alice, le

gustaba mucho. Pero el señor y su hija vivían en otro mundo; apenas veía a ninguno de los dos más de un par de minutos al día. Y, mientras tanto, Cicely hacía su vida insoportable.

Durante la víspera del día de Todos los Santos, la noche en la que los fantasmas y las brujas y los hechiceros andan sueltos y la gente se queda dentro de casa, Dick tomó una decisión. Cogió algo de pan y carne de la cocina, envueltos en un suave paño, e hizo un pequeño bulto con las pocas ropas que poseía. Luego, durante las primeras horas de la mañana, salió sigilosamente de la casa del señor Fitzwarren.

Con las primeras luces, Dick había llegado hasta Bun Hill. Su primera sensación de libertad y emancipación comenzaba a ensombrecerse. Se sintió confuso. ¿Dónde ir? ¿Qué hacer ahora? Las mismas preguntas que habían refrenado su deseo de escapar antes estaban en pie, sobre el camino, frente a él.

Se sentó, desató el paño y masticó concienzudamente un bocado de pan.

En ese momento, el aire a su alrededor comenzó a agitarse y a murmurar. Entonces, el murmullo se rompió y empezó a formar notas, y las notas eran las campanas altas y las campanas bajas de la iglesia del Arco. Dick se levantó y escuchó la alegre danza y las volteretas que sonaban triple tras triple; y, según escuchaba, pensó que las campanas repicaban:

Da la vuelta-Whittington-Gran Lord-de-Londres,
Da la vuelta-Whittington-Gran Lord-de-Londres.

—¡Gran Lord! —exclamó Dick. No puedo imaginar cómo.

Las campanas de la iglesia del arco volvieron a sonar y Dick volvió a escuchar:

Da la vuelta-Whittington-Gran Lord-de-Londres.

—Si eso es lo que oigo decir a las campanas —murmuró Dick—, eso debe de ser lo que dicen. Sería un tonto si desoyera a las campanas. ¡Sólo los idiotas desoyen los presagios!

De manera que Dick giró sobre sus talones y rápidamente deshizo el camino andado. Había salido tan temprano y caminado tan aprisa que, antes

de que nadie se hubiera levantado, estuvo de nuevo dentro de la casa del señor Fitzwarren.

El *Unicornio* zarpó sobre las oscuras aguas. Puso rumbo al sur, hacia la bahía de Biscay, llevando el cargamento de mercancías del señor Fitzwarren junto a las esperanzas de toda su servidumbre.

Fuertes vientos del oeste y agitados mares arrastraron el barco hacia una orilla arenosa. El capitán ensayó una bordada tras otra.

Pero los vientos se enfurecieron. Las olas pasaban golpeando sobre la proa y se derramaban en la cubierta. El *Unicornio* corría por delante de la tormenta y entró en un pequeño puerto —nada más que un pequeño malecón que servía de rompiente— en la costa de África.

Ningún inglés había visitado ese sitio antes y, a medida que el barco navegaba en su interior, una multitud de moros de ojos oscuros comenzó a descender al malecón a gran velocidad. Entre ellos había un viejo con el pelo blanco y patillas, que había viajado a través de Europa cuando era joven y recordaba algunas palabras de inglés y francés.

El capitán del *Unicornio* se percató enseguida de que había ido en son de paz y le invitó, junto a un grupo de sus amigos, a subir a bordo. Allí les enseñó algunas muestras del cargamento del señor Fitzwarren.

—El rey —dijo el moro, levantando una brillante hacha y un grueso pantalón de carisea de color tierra tostado.

—¿El rey? —preguntó el capitán, con mirada sorprendida.

—Sí, sí. Yo llevar a rey y a reina —dijo el moro, agitando sus brazos y señalando un edificio palaciego que se levantaba sobre la colina tras el puerto.

—¡Ah! —exclamó el capitán—. ¡Sí! Por favor, llévelos. Son regalos.

No transcurrió mucho tiempo antes de que el moro de las patillas regresara al *Unicornio* para decir que el rey estaba encantado con el regalo del hacha, igual que la reina con los pantalones de carisea, y querían conocer al capitán para ver qué otras cosas llevaban con ellos.

Cuando el capitán fue conducido a la cámara real, se restregó los ojos. La habitación no tenía una sola ventana e, iluminada por cientos de pequeñas velas, era insoportablemente calurosa y sofocante.

Estaba cubierta de un lado a otro por una enorme alfombra bordada de oro y plata, y en esa alfombra se sentaban el rey y la reina, y toda su corte, con las piernas cruzadas como sastres.

—¡Bienvenido! —dijo el rey lenta y ceremoniosamente, extendiendo el dorso de su mano.

No conociendo bien las costumbres de las cortes moriscas, el capitán hizo una reverencia y besó la mano del rey moro.

Los cortesanos se echaron a reír, y el capitán, algo cortado se quedó mirando fijamente las flores de oro de la alfombra situadas justo frente a los dedos de sus pies. Entonces, el rey tocó una especie de gong. Algunos sirvientes comenzaron a traer platos llenos de carne humeante y pescado especiado y, siguiendo a los sirvientes, o mejor dicho, siguiendo a la comida, un ejército de ratas y ratones hizo su entrada en la cámara real.

El rey y su corte comenzaron a comer enseguida a toda prisa, e indicaron al caballero inglés que hiciera lo mismo.

Las ratas y los ratones comían también. Sumergían sus peludos hocicos en cada plato, en cada cuenco de la habitación.

—Estas ratas y estos ratones —murmuró el capitán—. ¿Es que los están alimentando? ¿Los están engordando? ¿Es que los comen?

—Comen —dijo el anciano

—¡Comen! —exclamó el capitán.

—¡Comen! ¡Comen! ¡Horrible! —casi gritó el viejo frunciendo el ceño—. Rey decir horrible, horrible.

El capitán se volvió hacia el rey.

—Creo que puedo ayudarle —dijo.

Entonces se levantó e hizo una reverencia; el rey inclinó la cabeza, sorprendido pero paciente.

—¡Espere! —dijo el capitán—. ¡Vuelvo enseguida!

Poco después, el caballero inglés regresó a la corte con la gata ratonera de Dick. Y tan pronto como el felino vio las ratas y los ratones de la habitación, se encolerizó y, dando un bufido, saltó de los brazos del capitán.

El rey y la reina y todos los cortesanos se pusieron en pie de un salto, mientras el gato corría alrededor de la cámara con relámpagos en sus garras. Atacó a un roedor detrás de otro y, en dos minutos, más de una docena de ellos yacían muertos o moribundos sobre la alfombra de oro y plata, y el resto había huido a sus sarnosos agujeros o había corrido hacia las cocinas.



El rey se excitó de tal forma con la caza que el turbante se le cayó de la cabeza. Él y la reina hablaban locuazmente con el hombre de las patillas.

—Rey dice león —dijo el anciano.

—Es un león casero —afirmó el capitán soriendo—. Es un león de corte —hizo una reverencia y puso las manos sobre los muslos—. ¡Gatita! —llamó —. ¡Bis, bis, bis!

La gata cruzó la cámara corriendo y el capitán la cogió en sus brazos y la colocó en el regazo de la reina.

—¡Mire! —dijo y comenzó a acariciar a la gata—. ¡Gatita! ¡Gatita! Y la gata empezó a ronronear.

La reina extendió una mano. Acarició a la gata.

—¡Gatita! —dijo con su profunda voz oscura—. ¡Gatita! ¡Gatita!

Al principio, la gata estiró una garra con pereza y se enganchó en la mano de la reina; después, miró intensamente a la reina con sus aburridos y descarados ojos, y, luego, como la reina seguía acariciándola y murmurando «¡Gatita, gatita!», empezó a ronronear, y así se quedó dormida.

Una vez más, el rey se dirigió al viejo moro; el anciano meneó la cabeza y después pareció murmurar un acuerdo. Sus patillas comenzaron a crisparse.

—Rey dice tener —dijo el viejo moro—. Rey tener león. Tú tener oro.

Por toda respuesta, el capitán deshizo su paquete con las muestras y las extendió —machetes y cuchillos, espejos de mano y anzuelos, pantalones de carisea de todos los tamaños y colores— frente al rey. El rey continuó sonriendo e hizo comentarios sobre las muestras.

—Sí, sí —dijo el viejo moro—. Sí, sí.

—¿Todo? —preguntó el capitán—. ¿Todo?

—Sí, sí.

—¿Todo el cargamento?

—¡Sí, sí! ¡Tener león!

El capitán levantó a la gata del regazo de la reina.

—¡Bebés! —dijo en voz alta—. ¡Bebés! ¡Muchos!

La reina se puso a batir las palmas y el rey sonrió.

—¡Muchos bebés! —dijo el capitán—. ¡Mucho oro!

—¡Sí, sí! —dijo el anciano.

Poco después, el capitán y el rey, con la ayuda del anciano, ajustaron un generoso precio por el cargamento del señor Fitzwarren, el cual fue pagado íntegramente en oro, algo tan corriente en aquel país como el cobre o la piel en Inglaterra.

Por lo que respecta a la gata de Dick Whittington, la única posesión de Dick en el mundo, el rey ofreció pagar por ella la misma cantidad que por todo el cargamento del señor Fitzwarren. Sus cortesanos cargaron a bordo del *Unicornio* cofres llenos de rubíes, esmeraldas y perlas, y cajas repletas de oro.

El capitán se despidió del rey y la reina, y del anciano de las patillas. Dejó la costa de África y navegó con el viento a favor hacia Inglaterra.

El *Unicornio* navegó río Támesis arriba, y echó anclas en Blackwall. Al amanecer desembarcó el capitán y, tomando los cofres de rubíes, esmeraldas y perlas, y las cajas repletas de oro, alquiló un caballo y un coche en el muelle y emprendió el camino al instante.

En su casa cercana de Leadenhall, el señor Hugh acababa de despertarse. Se vistió con la media luz y se dirigió desde el dormitorio a su despacho para preparar su jornada de trabajo.

Mientras el señor Hugh contaba el dinero de la caja, sonó un toc, toc en la puerta principal.

—¡A estas horas de la mañana! —exclamó el señor Hugh.

Se levantó y atravesó el recibidor hasta la puerta.

Toc, toc.

—¿Quién es? —preguntó el comerciante.

—Un amigo —respondió una voz al otro lado de la puerta—. Traigo noticias de su barco, el *Unicornio*.

—¡Ah! —exclamó el señor Hugh—. ¡Bienvenido! ¡Bienvenido!

El comerciante ayudó al capitán a meter los cofres y las cajas en su despacho.

—¿Ha dormido? —preguntó el señor Hugh—. ¿Ha comido?

—Ya habrá tiempo para eso —repuso el capitán—. Primero, déjeme decirle y enseñarle.

Para empezar, el capitán entregó al comerciante el albarán del cargamento, y el señor Hugh comprobó que todos y cada uno de los objetos del inventario habían sido vendidos, y vendidos muy bien. Entonces, el capitán describió cómo había sido arrastrado a la costa africana; le explicó como el rey había enviado a buscarles y comprado la totalidad del cargamento. Y se reservó lo mejor para el último momento: la historia del gato de Dick Whittington.

Cuando el capitán abrió la tapadera de uno de los cofres, el comerciante lanzó una mirada y, después, dirigió sus ojos al cielo.

—¡Aquí tiene! —aseveró el capitán—. Es usted más rico que nadie.

—¿Yo? —exclamó el señor Hugh—. ¡No yo! ¡El señor Whittington!

—No todo ello, claro —dijo el capitán bajando el tono de voz.

—Se trataba de su gato —replicó el señor Hugh—. No me permita Dios privarle de un solo penique; será todo para él, hasta el último céntimo. Y suya debe ser cada piedra que contienen estos cofres. Entonces, el señor Hugh llamó a su mayordomo y le pidió que reuniera a los miembros de la servidumbre.

—Hazlos venir a mi despacho —ordenó el señor Hugh—. ¡Que dejen sus tareas y vengan tal como estén!

El mayordomo encontró a Dick en el fregadero, frotando un hervidor.

—El señor Hugh quiere que todo el mundo suba a su despacho.

—No puedo —dijo Dick—. No puedo con esta ropa tan grasienta. Y, además, llevo puestas mis botas de clavos. Se acaba de pulir el suelo del despacho y lo rayaría y lo levantaría.

—¡Date prisa, Dick! —gritó una voz desde la cocina—. ¿Por qué nos haces esperar? ¡Muévete o te doy una paliza!

Dick suspiró. Meneó la cabeza, bastante confundido, y desfiló con el resto de los criados de la cocina tras el mayordomo.

—¡Entre! —exclamó el comerciante, mientras Dick cruzaba con sus fuertes pisadas el recibidor—. ¡Señor Whittington, entre!

—¡Señor Whittington, vaya! —dijo Cicely, dándose una palmada en el estómago—. ¿Qué vendrá después, señor Fitzwarren?

—¡Gracias, Cicely! —respondió el señor Hugh—. ¡Entre, señor Whittington!

Y el comerciante acercó una silla para que Dick pudiera sentarse.

—¿Cómo? —preguntó Dick—. ¿Qué es esto? ¿Por qué se burla de mí?

—¡No se trata de una burla! —replicó el comerciante con solemnidad.

—Nunca pensé que subiría de la cocina al recibidor —comentó Dick—, y mucho menos, del recibidor al salón.

El señor Hugh tomó la grasienta mano de Dick.

—Hablo con la mayor seriedad, señor Whittington —dijo—. ¡Su gato le ha hecho rico!

En ese momento, el capitán abrió las tapas de los cofres y una de las cajas de oro. En el despacho se escucharon voces de excitación, gritos, suspiros, completo silencio.

—Es usted más rico que yo —aseveró el señor Hugh—. ¡Todo esto es suyo! ¡Espero que lo disfrute! Le deseo que disfrute de una dichosa y larga vida.

Dick se arrodilló delante de todos.

—Gracias a Dios —dijo— por descender su mirada sobre mí; por pensar en una criatura tan pobre y miserable.

Entonces, todavía de rodillas, Dick se volvió a su señor.

—Señor Hugh —dijo—, usted me sacó de la alcantarilla. Todo lo mío es suyo.

—¡No, no y no! —exclamó el comerciante, poniendo en pie a Dick—. Dios me ha concedido ya grandes riquezas. ¡Lo que es suyo es suyo! No tomaré ni una sola de las piezas de oro de estos cofres.

—Entonces, ya sé lo que haré —afirmó Dick, y se volvió hacia la sonriente hija del comerciante—. Señorita Alice, ella se ofreció a poner

dinero por mí. Cuando yo no poseía nada más que una gata; fue tan generosa…

—¡No, no! —protestó la señorita Alice.

—¿Y saben otra cosa? —continuó Dick—. Cuando arriesgué a mi gata, ella me dio un penique para comprar otra. De manera que, cuando la señorita Alice se case, ofreceré estos cofres para su dote.

—¡No, no! —dijeron el comerciante y su hija al mismo tiempo—. El tesoro es suyo.

—¡Ya lo sé! —dijo Dick, sonriendo.

Sumergió su mano en una de las cajas de oro. Le dio un puñado al capitán por haber cuidado de su gata, y no olvidó entregarle una moneda de oro para cada miembro de la tripulación del Unicornio, especialmente para el grumete. Después, Dick le dio un puñado de oro al mayordomo y otro a la pinche de cocina; y, aunque tan a menudo le había maltratado y le había untado a él, en vez de a la carne asada, le dio a Cicely cien libras.

—Has sido más que generoso —comentó el señor Fitzwarren, y despidió a sus sirvientes del despacho.

—Debe quedarse conmigo —le dijo el comerciante— hasta que pueda encontrar una casa mejor para usted y vestirse como corresponde a un caballero.

El señor Hugh mandó venir a sastres que vistieron a Dick con lino y buenos tejidos. Envió a buscar al barbero para que rizara el pelo de Dick. Envió a buscar al zapatero para que le hiciera elegantes zapatos.

Las noticias sobre la extraordinaria fortuna de Dick se extendieron pronto por toda la City[5] y muchos de los colegas comerciantes del señor Hugh Fitzwarren estaban ansiosos por conocer al muchacho. De forma que, cuando su transformación de grasiento encargado del espetón a joven elegante estuvo completada, el señor Hugh pidió a Dick que le acompañara a la Bolsa.

Cuando Dick entró en la Bolsa, se produjo un gran revuelo, y un gran número de comerciantes se reunió en torno a él, le estrecharon la mano y le felicitaron.

—Dios ha bendecido mi primera y pequeña empresa —expuso Dick al señor Hugh—, y me gustaría medir mi valor en una más grande. Con su ayuda, me gustaría convertirme en un comerciante.

El señor Fitzwarren se sintió encantado.

—El mejor de nosotros —contestó— se sentiría feliz de tenerle con él.

A medida que transcurrían los días, la atención de Dick hacia la señorita Alice se hizo más frecuente e intensa.

Y la señorita Alice notó que sus sentimientos por Dick ya no eran los de piedad; se habían convertido en amor.

El señor Hugh observaba y sonreía. Él había descubierto el sentimiento de su hija hacia Dick mucho antes, cuando ésta se había sentido tan indignada sobre la forma en que Cicely le trataba.

—¡Fantástico! —se dijo el comerciante—. ¡Un excelente tanto!

Pasadas varias semanas, el señor Hugh les propuso a Dick y a Alice que se casaran. ¡Qué felices se sintieron! Se miraron el uno al otro y se echaron a reír.

El señor Fitzwarren dispuso un magnífico servicio religioso y un igualmente magnífico banquete. A la ceremonia acudieron el alcalde y la Corte de Aldermen, los comisarios y los mejores comerciantes de la City de Londres.

Dick Whittington y Alice Fitzwarren vivieron felices como marido y mujer. Y, a medida que los años pasaron, Dick se ganó el respeto y el afecto de sus compañeros comerciantes en la City. Fue un hombre generoso y un gran benefactor público: erigió el Colegio Whittington y la prisión de Newgate, y pagó las reformas del Hospital de San Bartolomé.

Dick fue nombrado comisario y sirvió en este pueblo para satisfacción de todo el mundo; finalmente, al son de las campanas, se convirtió por tres veces en alcalde de Londres.



El niño trocado



A semana pasada sucedió algo maravilloso.

Arriba, en casa de los Hawes, hubo un nacimiento, un hijo que llegaba detrás de cuatro bonitas hijas. Una noche de aspecto amenazador, pero nadie prestaba atención a eso. Hubo canciones y baile, y todos los vecinos estuvieron presentes.

Le arroparon con una gasa de muselina,
Le envolvieron con pura seda de arco iris.

Aquello sucedió el martes, y quedaron conmigo en que bautizaríamos al niño el sábado.

Pero el sábado por la mañana un terrible grito salió de la cuna.

Y, cuando la señora Hawes miró en su interior, vio cómo su niño se había vuelto amarillo y horrible. Su nariz era una especie de hocico, su piel de melocotón se había curtido y ya le asomaban los dientes.

La señora Hawes gritó, y el granjero y sus vecinos se frotaron los ojos. Pero, por supuesto, esto no cambió las cosas. El pequeño niño se quedó allí, tumbado y bizqueando hacia ellos; movía las piernas y gritaba.

¡Pobre señora Hawes! Es una mujer frágil y se encontraba en un estado lamentable. Cuando intentaba alimentar al niño, éste desgarraba sus pobres pechos. No paraba de moverse; se quejaba y gimoteaba y, por una u otra razón, el granjero y su familia no tuvieron un minuto de sueño durante las tres noches siguientes.

Entonces fue cuando enviaron a buscar a mi niña, Janey, y le pidieron que lo intentara. Ella sabe lo que es cada cosa, mi Janey, igual que su madre. No tolera una tontería.

En tropel, el granjero y su familia salieron para el mercado. Se sentían encantados de perder de vista al bebé y arrancar aquel martilleo de sus oídos.

Janey prometió a la señora Hawes ser paciente. Después de todo, el pobrecito pequeñín era tan horrible y tan triste, y parecía tan descontento con este brillante mundo…

Pero, tras tanto lloro y tanta queja, finalmente Janey perdió la paciencia. Devolvía los gritos del niño y le decía que sus lloriqueos no le dejaban aventar la mies y moler el grano.

Entonces, el pequeño levantó la mirada y abrió los ojos tanto cómo se pueda imaginar.

—Bien, Janey —dijo con total claridad y mirada inteligente—. Bien, Janey, afloja la cinta de la cuna. Vigila a tus vecinos y yo haré tu trabajo.

De modo que el diablillo salió trepando de su cuna. Se estiró, sonrió burlonamente y caminó fuera de la casa. Cortó el grano, dio de comer a los animales en las praderas; después, se levantó el viento y el molino comenzó a dar vueltas.

Las rodillas de Janey daban una contra otra. Pero no iba a demostrarlo, claro. Ella sabía que eso no haría sino empeorar las cosas. De forma que cuando el diablillo hubo acabado el trabajo y volvió a la casa, le dio de comer y jugó con él hasta que el granjero y su familia volvieron al hogar.



Tan pronto como les divisó por la ventana, Janey dejó al pequeño en la cuna. Y, al punto, el estruendo comenzó de nuevo.

Entonces, Janey llevó a la señora Hawes abajo, a la cocina, y le contó todo lo que había pasado. ¡Pobre señora Hawes!

—¿Qué haré, Janey? ¡Ayúdame, Janey!

—¡Menudo diablillo! —exclamó Janey—. ¡Déjemelo! Ya se me ocurrirá alguna treta.

A medianoche, Janey le pidió al señor Hawes que subiera al tejado de la granja y colocara tres ladrillos sobre el tejadillo de la chimenea; y también le pidió a su mujer que le diera al fuelle hasta que el fuego estuviera bien brillante: una cama de ardiente carbón rojo.

Entonces, mi niña desnudó a aquella pizca, le desprendió de sus ropas y le arrojó al carbón que ardía.

El pequeñajo gritó y chilló.

Inmediatamente se escuchó un crujido que creció rápidamente, como el viento antes de la lluvia. Y a continuación hubo un golpeteo en las ventanas y un tamborileo, sí, un tamborileo en la chimenea; y retumbaron las puertas de la granja. Aquello era obra de los duendes, seguro.

—¡En nombre de Dios —gritó Janey—, devolved al pequeño!

¡Viento y oscuridad! El marco de la ventana chirrió. Entonces devolvieron al pequeño, posándolo, a salvo, en el regazo de su madre.

¿Y el diablillo? Voló por la chimenea arriba, riendo.

El granjero y el boggart



TERRY se sintió feliz al poder comprar Barranco Lejano. La verdad es que no tenía mucho más que un acre. Y en la parte baja, hacia el arroyo, era un poco cenagoso; pero, de todas formas, doblaba el valor de sus otras propiedades y significaba poder cubrir las necesidades de su familia durante todo el año.

—Y podría quedar aún algo más —decía a su mujer—. Algo que vender.

La noche en que la compra fue formalizada, Terry encendió su pipa y bajó caminando desde Barranco Lejano hasta el arroyo. Puso un pie sobre el tocón de un viejo sauce; escuchó la charla del arroyo; se restregó el puente de la nariz y cerró los ojos. Parecía exactamente lo que era: un hombre en paz con el mundo, saboreando la especial satisfacción de poseer un pedazo de tierra.

Cuando abrió de nuevo los ojos, divisó a un hombrecillo que bajaba caminando desde Barranco Lejano en dirección hacia él. Y entonces comprendió que su visitante era un rechoncho boggart[6]. Tenía la cara enteramente cubierta de pelo y sus brazos eran casi tan largos como el cuerpo.

—¡Fuera de mi tierra! —gritó el boggart.

—¡Tu tierra! —exclamó Terry—. La acabo de comprar.

—No —dijo el boggart—. Es mía.

—No lo es —dijo Terry.

—Sí lo es.

—No.

—Es mía. Siempre ha sido mía.

—Acabo de firmar los papeles —dijo Terry.

El boggart se rascó su peluda barbilla, con aspecto tan sorprendido como amenazador.

—Estoy seguro de que es mía —afirmó.

—Te llevaré ante el juez —amenazó Terry.

—¡Ante el juez! —exclamó el boggart, y le escupió a Terry en un pie—. Cogeré la mitad de lo que plantes. Eso es lo que haré.

A Terry no le gustó nada la sugerencia del boggart, pero no deseaba enfrentarse a él. Un golpe de su peludo brazo, e iría derecho al arroyo.

—¿Y bien? —preguntó el boggart.

—De acuerdo —dijo Terry lentamente—. De acuerdo. ¿Qué prefieres, lo de arriba o lo de abajo?

El boggart se rascó el cogote.

—¿Lo de arriba o lo de abajo?

—¿Lo que crece por encima de la tierra o lo que crece por debajo?

—Lo de arriba —respondió el boggart.

—De acuerdo —dijo Terry de nuevo—. ¡Pero no vale volverse atrás!

—Lo de arriba —repitió el boggart y se marchó con grandes pisadas.

El año se tornó sombrío. Las hojas de plata de los sauces danzaban y daban vueltas; el invierno abrió su blanco abanico.

Aquella primavera, Terry plantó todo Barranco Lejano de patatas. Y cuando en los últimos días de julio llegó el momento de arrancarlas, el boggart volvió al campo, con sus fuertes pisadas, para reclamar su parte.

—¡De acuerdo! —dijo Terry—. ¡Pero no vale volverse atrás!

De forma que, por supuesto, Terry se quedó con la cosecha de patatas y el boggart arrampló con los tallos.

—¡Maldita sea! —grito el boggart, frustrado, mientras Terry cargaba su cosecha en un carro—. ¡Maldita sea! El año que viene…

—¿Sí? —dijo Terry.

El boggart dudaba.

—¿Lo de arriba? —preguntó Terry.

—¡No! —exclamó el boggart, con aspecto preocupado.

—Lo de abajo —sugirió Terry.

—¡Eso es! ¡Lo de abajo!

—De acuerdo —dijo Terry—. ¡Y no vale volverse atrás!

Terry aró y preparó el terreno en Barranco Lejano; después lo sembró de trigo. De manera que, cuando el boggart acudió en el mes de agosto para reclamar su parte, no le quedó más que el rastrojo y todo el grano y la paja fueron para Terry.

—¡Maldita sea! —gritó el boggart—. ¡Maldita sea! —y entonces se volvió hacia Terry—. El año que viene sembrarás trigo y segaremos uno al

lado del otro. Cada uno se llevará lo que siegue.

—¡Ah! —dijo Terry.

—Yo empezaré aquí abajo y tú empezarás allí arriba.



—¡Eso es lo que haremos! —gritó el boggart a Terry en su oreja derecha.

Y se marchó dando fuertes pisadas y mascullando.

Algún tiempo después, Terry fue a visitar al brujo.

—Le he burlado dos veces —le contó—, pero ¿qué es lo que puedo hacer esta tercera?

—Siembra el campo de trigo —le aconsejó el brujo— y, durante el invierno, pídele al herrero que te haga cien finas varillas de hierro.

Entonces, en la primavera, cuando crezca el trigo, planta las varillas en Barranco Lejano. Plántalas en la parte que el boggart quiera segar.

Eso reducirá pronto sus fuerzas y mellará el filo de su guadaña.

Terry hizo lo que el brujo le aconsejó. Los días se alargaron, el trigo se hizo más fuerte y se volvió de color amarillo pálido.

El boggart volvió a mediados de agosto para reclamar su parte.

—Empezaré ahí abajo y tú empezarás ahí arriba —dijo el boggart.

—Ya me acuerdo —dijo Terry.

Conque el boggart comenzó a manejar su guadaña, y poco después golpeó una de las varillas de hierro.

—Vaya tallos viejos más raros —murmuró el boggart—. Mira que son tallos viejos y raros.

Pero Terry continuó moviendo su guadaña fingiendo que no le escuchaba. De forma que el boggart tuvo que parar y amolar su guadaña, pero apenas había sacado un nuevo filo cuando volvió a golpear otra varilla de hierro.

—¡Maldita sea! —gritó el boggart—. La verdad es que Barranco Lejano nunca valió gran cosa.

Terry se inclinó sobre su guadaña y escuchó.

—Puedes quedarte con tu vieja y asquerosa tierra, y con todas sus cosechas —gritó el boggart—. No quiero saber nada más de ella.

Y, diciendo eso, la peluda criatura se alejó lenta pero decididamente, subió la pequeña escalerilla de la cerca y se perdió de vista, sin lanzar una sola mirada hacia atrás.

Después de aquello y durante algunos meses, el boggart merodeó alrededor de los sumideros y las acequias que corrían entre los campos del pantano; a veces asustaba a la gente que volvía a casa sola, ya entrada la noche; y si un granjero se dejaba la comida o sus herramientas en el extremo de algún campo alejado, aparecía a hurtadillas y se las llevaba. Pero los años pasaron y el boggart no volvió a Barranco Lejano nunca más.



El noble Gruagach



UANDO Gruagach, el Noble Líder, el hijo del rey de Irlanda, caminaba de regreso a la corte acompañado por gran parte de su séquito, fue detenido por una mujer a quien la gente llamaba la Dama del Vestido Verde.

—Acércate, siéntate conmigo y juega a las cartas —dijo la Dama.

De manera que Gruagach se sentó a jugar a las cartas y ganó una mano.

—¿Qué apostamos? —preguntó la Dama.

—No creo que tengas nada que puedas apostar —dijo Gruagach—. Y si lo tienes, nunca he oído hablar de ello.

—Ven aquí mañana —pidió la Dama— y me reuniré contigo.

—Aquí estaré —dijo Gruagach.

Al día siguiente volvieron a reunirse y jugaron de nuevo a las cartas, y esta vez la Dama del Vestido Verde ganó el juego.

—¿Qué apostamos? —preguntó el Noble Líder.

—Olvida las apuestas —respondió la Dama—. Voy a hechizarte. Te someto bajo las cruces y bajo los juramentos de los divinos vaqueros de las silenciosas mujeres viajeras. Ordeno al pequeño ternero, a pesar de su fragilidad, que te arranque la cabeza y te quite la vida si te detienes a descansar de día o de noche.

Cuando desayunes, no podrás cenar, y cuando cenes no podrás comer; no, hasta que averigües dónde, entre las cuatro esquinas del mundo, vivo.

Entonces, la Dama del Vestido Verde sacó un pañuelo de su bolsillo. Lo agitó y desapareció, y nadie supo decir de dónde había venido o hacia dónde se había marchado.

Gruagach, el hijo del rey de Irlanda, regresó a su casa apesadumbrado e invadido por un gran desconsuelo. Apoyó un codo en la mesa, una mano sobre la mejilla y lanzó un profundo suspiro.

—¿Qué es lo que te sucede? —preguntó su padre—. ¿Estás hechizado? ¡Olvídalo! Yo haré que el hechizo se rompa. Poseo una herrería abajo, en la orilla, y también barcos que cruzan el mar. Te daré todos los beneficios que éstos producen, durante todo el tiempo en que cuente con oro y plata, hasta que haya roto el hechizo que pende sobre ti.

—Padre —repuso Gruagach—, ¡no lo harás! Eres tan generoso que acabarás arruinado. No serás capaz de romper este hechizo. Resquebrajarás y arruinarás tu reino, e incluso entonces no se romperá el hechizo.

—Yo lo romperé —aseguró el rey.

—Y entonces perderás a tu séquito —dijo Gruagach—. Padre, ¡cuida de todos tus hombres! Si voy en busca de la Dama y no me detengo a descansar ni de día ni de noche, sólo yo puedo perderme.

A la mañana siguiente, Gruagach abandonó la corte de su padre. Se marchó sin un perro, sin un sirviente, sin un ternero, sin un niño.

Gruagach caminó, caminó, y atravesó el país. Las suelas de sus zapatos se oscurecieron y se llenaron de agujeros. Las negras nubes de la noche se agruparon en torno a él; las brillantes y tranquilas nubes del día se dirigieron hacia el oeste y no encontró un solo lugar donde descansar o reposar su cabeza.

Durante una semana, Gruagach anduvo sin encontrar a su paso una casa, un castillo ni ningún tipo de edificación. Enfermó por el deseo de dormir, de descansar, de comer y beber, y por caminar durante una semana entera.

Desesperado, el Noble Líder miró en torno y ¿qué es lo que vio?: ¡un castillo! Gruagach se dirigió hacia allí y anduvo a su alrededor, pero no había ni puertas ni ventanas en sus muros.

Los hombros de Gruagach se abatieron. Se volvió, apesumbrado e invadido por un triste desconsuelo, y se puso de nuevo en camino. En aquel momento oyó un grito tras él.

—¡Noble Líder! —dijo la voz, y la voz era la de una bella muchacha—. ¡Hijo del rey de Irlanda! ¡Vuelve! Aquí hay un banquete preparado para ti; un banquete de los que no verás otro igual en un año.

Gruagach se volvió y entonces, para su sorpresa, descubrió que los muros del castillo tenían una puerta para cada día del año y una ventana para cada día del año. El hijo del rey de Irlanda entró en el castillo. La mesa del banquete estaba repleta de carnes y bebidas con las que jamás había soñado, e

inmediatamente los músicos comenzaron a tocar para deleitarle, junto a la muchacha que le había invitado.

Varios sirvientes prepararon una cama con almohadas de plumón para el príncipe. Le lavaron los pies con agua caliente y se fue a descansar. Y cuando a la mañana siguiente se levantó, encontró la mesa del banquete cubierta de nuevo con exquisitos manjares.

Gruagach fue tratado con tal cuidado, que apenas se dio cuenta de que el tiempo pasaba.

Un día, la bella muchacha se apoyó contra el dintel de la puerta de Gruagach.

—¡Noble Líder! —dijo—. ¡Hijo del rey de Irlanda! ¿Cómo te sientes, ahora?

—Me siento bien —contestó Gruagach.

—¿Sabes cuánto tiempo ha transcurrido desde que llegaste aquí? —preguntó ella.

—Si me quedo hasta esta noche, habré permanecido aquí durante una semana —repuso Gruagach.

—Has estado aquí durante doce semanas —dijo la muchacha—, y hasta que quieras regresar a tu hogar tendrás carne, bebida y cama tan buenas como hasta ahora.

El tiempo pasaba y a Gruagach le parecía que había permanecido en el castillo durante todo un mes.

Un día, la bella muchacha se apoyó contra el dintel de la puerta de Gruagach.

—¡Bien! —dijo—. ¡Hijo del rey de Irlanda! ¿Cómo te sientes hoy?

—¡Me siento muy bien! —respondió Gruagach.

—¿Fuerte de cuerpo y de mente?

—Me gustaría arrancar aquel pico —dijo el hijo del rey de Irlanda— y colocarlo sobre la cima de aquella colina.

—¿Sabes cuánto tiempo ha transcurrido desde que llegaste aquí?

—Creo que he permanecido aquí durante un mes —contestó él.

—Hace dos años que llegaste —dijo ella.

—Y ahora me encuentro tan bien —afirmó Gruagach— que no creo que haya habido hombre capaz de superar mi fuerza y mi rapidez sobre la faz de la tierra.

—Eres un tonto —dijo la muchacha—. Cerca de aquí viven unos guerreros, llamados feen, que pueden vencerte. No ha habido hombre capaz de superarles.

—No probaré un solo bocado, ni beberé una gota de agua, ni dormiré un instante, hasta haberlos visto y descubierto —aseveró Gruagach.

—¡Noble Líder! —exclamó la bella muchacha—, ¡no seas tonto! No sabes lo que dices. ¡Déjalo pasar!

—No descansaré ni de día ni de noche —prometió Gruagach— hasta haberlos visto.

—Hoy es un día de niebla y templado —dijo la muchacha—, y encontrarás a los feen pescando truchas. Verás a los feen a un lado del río y a Finn, su capitán, solo, al otro lado. Dirígete directamente a Finn y bendícele.

—Así lo haré —dijo Gruagach.

—Y él te devolverá la bendición. Entonces, pregúntale a Finn si te tomaría a su servicio. Él te dirá que no puede ofrecerte nada, y que los feen son ya lo suficientemente fuertes. Te dirá que no expulsará a un hombre de su ejército para hacerte sitio en él.

—¿Y entonces? —pregunto Gruagach.

—Te preguntará cómo te llamas. Y tú dirás: «Gruagach el noble, el Noble Líder, el hijo del rey de Irlanda». Y entonces Finn replicará: «Aunque no necesito ningún otro hombre, ¿cómo podría rehusar acoger al hijo de tal padre? Pero, escucha: ¡no empieces a dar órdenes a los feen!».

Gruagach el noble, el Noble Líder, el hijo del rey de Irlanda, abandonó el castillo. Llegó hasta el lugar donde vivían los feen y los encontró pescando truchas; Finn a un lado del río, y sus compañeros al otro lado. Gruagach se dirigió directamente hacia Finn y le bendijo, y Finn le devolvió su bendición.

—He oído hablar de tus hazañas —dijo Gruagach— y he venido a pedirte que me tomes a tu servicio.

—¡Bien! —replico Finn—. En este momento no necesito ningún otro hombre. ¿Cómo te llamas?

—Nunca he escondido mi nombre. Gruagach el Noble, el hijo del rey de Irlanda.

—Yo pasé mi niñez en su corte —dijo Finn—, y allí es donde pasaré mi vejez. ¿A quién podría tomar a mi servicio si rehusó acoger al hijo de tal padre? Pero, escúchame, ¡no empieces a dar órdenes a los Peen! ¡Ven aquí, mantén firme el extremo de esta red y arrástrala conmigo!

Gruagach comenzó a arrastrar la red con Finn y sus compañeros.

Entonces lanzó una mirada rápida a un risco que estaba sobre él y, ¿qué es lo que vio? Un ciervo.

—¿No sería mejor, vosotros, hombres fuertes, ágiles y jóvenes —preguntó Gruagach— que estuvierais cazando aquel ciervo, en vez de rastrear

el río por una trucha juguetona? Un pedazo de pescado y un poco de jugo nunca podrán satisfaceros. Un pedazo de venado y un poco de caldo serán un rico alimento para vosotros.

—Puede que tengas razón —replicó Finn—, pero por siete veces nos hemos cansado de perseguir a aquel ciervo. Y ya hemos tenido suficiente.

—Bien —insistió Gruagach—, he oído que uno de vuestros compañeros se llama Veloz. He oído que es capaz de alcanzar al rápido viento de marzo y que el rápido viento de marzo no puede alcanzarle a él.

—Ya que es tu primera sugerencia, enviaremos a un hombre tras el ciervo —dijo Finn.

Finn llamó a Caoilte y Gruagach le dijo:

—Esto es lo que quiero que hagas: corre tras el ciervo que vi en aquel risco.

—El Noble Líder se ha unido hoy a nuestra compañía —dijo Finn— y seguiremos su consejo en su primer día con nosotros. Tú, Caoilte, irás tras ese ciervo.

—Han sido muchos los días en que lo he perseguido —dijo Caoilte—, y no tengo nada nuevo que mostrar, nada sino frustración por ser incapaz de alcanzarle.

Después, Caoilte dejó el grupo y subió corriendo hasta el risco.

—¿Qué velocidad puede alcanzar Caoilte? —preguntó Gruagach.

—Puede cubrir dieciocho pies[7] de una zancada —respondió Finn— cuando corre al máximo de sus fuerzas.

—¿Qué distancia puede recorrer el ciervo antes de ponerse a salvo? —preguntó Gruagach.

—Antes de ponerse a salvo tiene que cruzar siete valles, subir siete colinas y dejar atrás siete pabellones de caza de verano —replicó Finn.

—¿Seguiremos arrastrando la red? —propuso Gruagach.

De manera que Finn, Gruagach y el ejército de los feen se pusieron a pescar truchas de nuevo; poco después, el Noble Líder miró a su alrededor y dijo:

—Finn, hijo de Cumhail, pon un dedo sobre tu muela del juicio y averigua a qué distancia del ciervo se encuentra Caoilte.

Finn puso un dedo sobre su muela del juicio.

—Caoilte está cubriendo doce pies en una zancada y, por el momento, el ciervo hace lo mismo.

—¿Qué distancia han recorrido? —preguntó Gruagach.

—Dos valles y dos colinas —contestó Finn—. Todavía les quedan cinco por recorrer.

—Sigamos arrastrando la red y pescando truchas —dijo Gruagach.

Tras haber trabajado algún tiempo, el Noble Líder se volvió y dijo:

—Finn, hijo de Cumhail, pon un dedo sobre tu muela del juicio y averigua a qué distancia del ciervo se encuentra Caoilte.

—Caoilte está cubriendo dieciocho pies por zancada y el ciervo cubre veinticuatro. Y Caoilte está corriendo al límite de sus fuerzas —aseveró Finn.

—¿Cuántos valles, colinas y pabellones de verano le quedan todavía por recorrer? —preguntó Gruagach.

—Han dejado cuatro atrás —respondió Finn— y tienen tres por delante.

—Continuemos arrastrando la red —dijo el Noble Líder.

Durante un tiempo, el ejército continuó pescando truchas.

—Finn, hijo de Cumhail —dijo Gruagach—, ¿qué distancia debe aún recorrer el ciervo?

—Un valle, una colina y un pabellón de verano —replicó Finn.

Gruagach arrojó la red y corrió en dirección al risco. Era capaz de alcanzar al veloz viento de marzo, y el veloz viento de marzo no era capaz de alcanzarle a él. Gruagach corrió tras Caoilte, le bendijo y le dejó atrás.



El ciervo juntó sus patas en el aire y saltó sobre el vado del río Rojo. Gruagach se encontraba inmediatamente detrás de él, saltó también y, antes de posarse en tierra, cogió una de las patas traseras del ciervo.

El ciervo lanzó un gemido y la anciana que se encontraba en el vado gritó:

—¿Quién ha apresado al animal que tanto quiero?

—He sido yo —respondió el Noble Líder—, el hijo del rey de Irlanda.

—¡Gruagach, hijo del rey de Irlanda! —exclamó la anciana—. ¡Déjale marchar!

—No lo haré —dijo Gruagach—. He hecho presa en el ciervo y ahora el animal me pertenece.

—Dame un puñado de su pelo —suplicó la anciana—, un sorbo de caldo o un pedazo de carne.

—No tendrás parte en él —replicó Gruagach.

—Los feen vienen hacia aquí —dijo la anciana—, y Finn va a la cabeza. Ninguno de ellos escapará. Les ataré espalda contra espalda.

—Haz lo que quieras —dijo Gruagach—. Yo seguiré mi camino.

Gruagach abandonó el vado, llevando al ciervo consigo, y continuó caminando hasta que se encontró con los feen.

—¡Finn, hijo de Cumhail! —dijo Gruagach—. ¡Toma este ciervo!

Finn se sentó junto al ciervo atado, y Gruagach bajó al valle. Se dirigió directamente a la herrería de los veintisiete herreros, y mandó forjar tres pequeñas argollas de hierro para cada miembro de los feen. Gruagach cogió un martillo de la herrería y regresó con las argollas junto a la partida. Una vez allí, colocó las argollas sobre la cabeza de cada uno de los feen y las cerró con un martillo.

Entonces, la anciana apareció chillando:

—¡Finn, hijo de Cumhail, devuélveme al animal que tanto quiero!

El chillido de la anciana era tan estridente que la última argolla de las cabezas de los feen tembló y se rompió en pedazos.

Luego, la anciana gritó y apareció por segunda vez, haciendo estallar la argolla del medio. El silencio se prolongó por algún tiempo.

Después, la anciana gritó por tercera vez y la tercera argolla estalló.

La anciana abandonó a los feen y se internó en un bosque. Allí, cortó y retorció una vara de mimbre. Después volvió y, no teniendo ya ninguna protección de hierro contra ella, ató a todos los guerreros espalda contra espalda. A todos los hombres, excepto a Finn.

Gruagach mató al ciervo y lo degolló. Le arrancó el corazón y las asaduras y los enterró bajo la hierba. A continuación colgó un caldero sobre el

fuego, despiezó el ciervo, poniéndolo en el interior del caldero, y echó más leña en el fuego.

—Finn, hijo de Cumhail —dijo Gruagach—, ¿qué prefieres, ir a encargarte de esa bruja o quedarte aquí y cuidar del caldero?

—¡Ay! —exclamó Finn—. ¡Cuidar del caldero no es tarea fácil! Si un trozo de carne no está correctamente cocinado, el ciervo se levantará sano y salvo; y si una sola gota del caldo se derrama sobre el fuego, también entonces se levantará sano y salvo. Prefiero quedarme aquí y cuidar del caldero.

Una vez más, la bruja hizo su aparición.

—Finn, hijo de Cumhail —dijo—, dame un puñado de su pelo o un pedazo de su corazón; dame un sorbo de caldo o un bocado de carne.

—Yo no capturé este venado ni lo maté; por lo tanto, no puedo disponer de él libremente —respondió Finn.

Entonces Gruagach y la anciana iniciaron una contienda. Se retaron el uno al otro a sacar un pantano de una roca y rocas de un pantano. Se dasafiaron el uno al otro a hundirse hasta las rodillas en la tierra pedregosa; se desafiaron el uno al otro a hundirse hasta los ojos en la tierra cenagosa.

—Finn, hijo de Cumhail —dijo Gruagach—, ¿has tenido suficiente ya con esta bruja?

—Hace ya mucho tiempo que tuve suficiente —replicó Finn.

Gruagach cogió a la vieja bruja, le dio una patada en una corva y la derribó.

—Finn —dijo Gruagach—, ¿quieres que le corte la cabeza?

—No lo sé —contestó Finn.

—Finn, hijo de Cumhail —dijo la bruja—, voy a hechizarte. Te someto bajo las cruces y bajo los juramentos de los divinos vaqueros de las silenciosas mujeres viajeras. Ordeno al pequeño ternero, a pesar de su fragilidad, que te arranque la cabeza y te quite la vida, a no ser que tres horas antes del amanecer hagas el amor a la mujer del grifo.

—Yo —dijo Gruagach—, te someto bajo las cruces y bajo los juramentos de los divinos vaqueros de las silenciosas mujeres viajeras. Ordeno al pequeño ternero, a pesar de su fragilidad, que te arranque la cabeza y te quite la vida, a no ser que coloques un pie en cada orilla del río Rojo y dejes pasar a través de ti cada gota de sus aguas.

Gruagach se levantó y obligó a la anciana a levantarse también.

—Libérame de ese hechizo —dijo la bruja— y yo liberaré a Finn del suyo.

El Noble Líder caminó hacia el fuego y desenganchó el caldero.

Tomó un cuchillo y un tenedor y pinchó la carne con el tenedor. Después, partió un trozo de venado y lo comió. Luego, Gruagach cortó unas briznas de hierba y cubrió el caldero con ellas.

Después, Gruagach y Finn dejaron marchar a la mujer y ésta no volvió. Se fue directamente hacia el vado del río y puso un pie a cada lado.

—Finn, hijo de Cumhail —dijo Gruagach—, ya es tiempo de que nos pongamos en camino. ¿Eres un buen jinete?

—Puedo aprender —repuso Finn.

Gruagach arrancó una ramita y se la entregó a Finn.

—Golpéame con esto —dijo.

Finn golpeó a Gruagach y le convirtió en una yegua baya.

—¡Monta! —ordeno Gruagach—, ¡y ten cuidado!

La yegua se encabritó y saltó sobre nueve colinas sin que Finn se lastimase. Después, la yegua volvió a encabritarse y saltó sobre nueve colinas más, sin que tampoco esta vez se lastimase Finn. Luego, la yegua se puso al galope. Era capaz de alcanzar al veloz viento de marzo, y el veloz viento de marzo no era capaz de alcanzarla.

—Hay un pequeño pueblecito, abajo, en aquel valle —dijo la yegua—. Debes llegarte hasta allí, conseguir tres botellas de vino y tres hogazas de pan de trigo, y darme una de las botellas y una de las hogazas. Después debes peinarme, primero a pelo y luego a contrapelo.

Finn se aseguró el pan y el vino, y pronto llegaron al encumbrado muro tras el cual vive el grifo.

—Finn, hijo de Cumhail —dijo la yegua—, desmonta y dame una botella de vino y una hogaza de pan.

Finn desmontó e hizo lo que la yegua le había pedido.

—Y ahora péiname a pelo y luego a contrapelo.

Finn hizo aquello también.

—¡Ahora ten cuidado! —dijo la yegua.

Entonces, la yegua corrió hacia el muro y saltó; pero sólo fue capaz de saltar la tercera parte de la altura del muro.

—Dame otra botella de vino y otra hogaza de pan, y péiname a pelo y luego a contrapelo —dijo la yegua.

Finn hizo lo que la yegua le había pedido.

—¡Ten cuidado ahora! —dijo la yegua.

La yegua corrió hacia el muro y saltó; pero sólo fue capaz de saltar dos terceras partes de la altura del muro.

—Dame esa última botella de vino y la última hogaza de pan; péiname a pelo y luego a contrapelo —dijo la yegua.

Finn hizo lo que la yegua le había pedido.

La yegua saltó y fue a ponerse sobre el punto más alto del encumbrado muro.

—¡Finn, hijo de Cumhail —dijo la yegua—, todo va bien! ¡El grifo no está en casa!

Entonces, la yegua ayudó a Finn a saltar sobre el muro, y Finn caminó solo hacia la guarida del grifo. Carne y bebida fueron dispuestas ante él. Se tumbó para descansar y, tres horas antes del amanecer, le hizo el amor a la mujer del grifo.

Finn se levantó antes del amanecer. Abandonó la guarida y regresó al lado de la yegua Gruagach, y juntos se alejaron de aquel lugar galopando.

—El grifo no está en casa —dijo Gruagach—, pero cuando vuelva, su mujer no le ocultará nada de lo sucedido. Vendrá tras nosotros, pero lo hará de forma tan apresurada que olvidará su libro de hechizos. Sin él podré vencerle; con su libro, el grifo es el animal más poderoso del mundo.

—¿Cuáles son sus poderes? —preguntó Finn, ¿y como te opondrás a ellos?

—Él cargará contra mí como un toro y yo me encabritaré como un toro frente a él. Con el primer golpe, haré que su cabeza se estremezca y gima de dolor.

—¿Y después? —preguntó Finn.

—Él se abalanzará sobre mí como un asno y yo me levantaré de un salto. Y con la primera cabezada que arremeta contra él, le arrancaré un pedazo.

—¿Y después? —preguntó Finn.

—Después adoptará la forma de un halcón de los cielos, y yo volaré frente a él como un halcón del bosque. Y, la primera vez que me cierna sobre él, le arrancaré el corazón y el hígado. Luego, haré una súbita calada y deberás envolverme en esta tela. Corta algo de hierba y colócame en su lugar, vuelve a reponer la hierba y ponte en pie sobre ella.

—¿Y después? —preguntó Finn.

—Mientras estés en pie sobre la hierba y yo esté bajo las plantas de tus pies, llegará la mujer del grifo. Ella llevará el libro de los hechizos escondido en un fardo de paja cargado a la espalda.

—¿Y después? —preguntó Finn.

—Entonces dirá: «Finn hijo de Cumhail, eres un hombre que nunca ha dicho una mentira. Dime quién, en este mundo, ha matado a mi marido». Y tú

replicarás: «No sé quién, sobre la capa de la tierra, ha matado a tu marido». Entonces, la mujer del grifo saldrá corriendo, llorando y lamentándose.

Finn y la yegua Gruagach caminaron un corto trecho de camino. Enseguida vieron venir tras ellos al grifo.

El grifo se convirtió en un toro y Gruagach se convirtió en un toro frente a él; con el primer golpe, venció su cabeza hacia un lado y el grifo gimió de dolor.

Entonces, el grifo se abalanzó sobre Gruagach como un asno y Gruagach saltó sobre él y le arrancó un pedazo en la primera embestida. Luego, el grifo adoptó la forma de un halcón de los cielos y Gruagach voló frente a él como un halcón del bosque. Entonces, Gruagach se precipitó en una súbita calada y Finn le recogió y envolvió en la tela. Finn corto un poco de hierba y colocó a Gruagach debajo, repuso la hierba y se colocó en pie sobre ella. Y entonces llegó la mujer del grifo, con el libro de los hechizos escondido en un fardo de paja cargado a la espalda.

—Finn, hijo de Cumhail, eres un hombre que nunca ha dicho una mentira. ¿Quién ha matado a mi marido?

—No se quién, sobre la capa de la tierra, ha matado a tu marido.

Entonces, la mujer del grifo salió corriendo, llorando y lamentándose, y se marchó lejos, lejos de allí.

Luego, Finn tomó en sus manos al halcón envuelto en la tela y lo levantó, llevándolo consigo al castillo donde vivía la Dama del Vestido Verde. Le entregó el bulto de la tela a la Dama.

—Puede que encuentres algo en su interior —dijo.

La Dama del Vestido Verde se retiró a sus habitaciones y, cuando abrió el bulto, Gruagach se transformó de nuevo en un hombre.

—¿Dónde esta Finn? —preguntó Gruagach.

—Finn, hijo de Cumhail —llamó la Dama del Vestido Verde—. Gruagach, el hijo del rey de Irlanda, pregunta por ti.

—De cuantas cosas he oído en mi vida —dijo Finn— ésta es la que más me ha gustado: que Gruagach pregunta por mí.

La Dama del Vestido Verde dispuso algo de comida y de bebida delante de Finn y de Gruagach, pero ninguno de los dos comió un pedazo o bebió una sola gota hasta que pudieron compartirlo con el resto de los feen.

Finn y Gruagach llegaron al lugar donde los guerreros aún permanecían atados y liberaron a todos y cada uno de ellos. Se sentían terriblemente hambrientos y Gruagach colocó ante ellos la carne del venado. A pesar de lo mucho que comieron, aún debieron dejar sin probar las tres cuartas partes.

—Iré a contarle esta historia a la anciana —dijo Gruagach.

Se levantó y se dirigió hacia el vado del río Rojo, donde encontró a la bruja. Cada vez que Gruagach comenzaba a relatar un nuevo episodio de sus aventuras y de las de Finn, a la anciana se le erizaban los cabellos y se revolvía; y cada vez que se revolvía, Gruagach la reducía, hacía crujir sus huesos y los rompía continuando con el relato.

Entonces, Gruagach volvió al lado de los feen y, junto a Finn, partió hacia el castillo de la Dama del Vestido Verde.

—Que Dios te colme de bendiciones Finn —dijo Gruagach, el hijo del rey de Irlanda—. He encontrado todo aquello que buscaba —cada persona, cada lugar y todas las maravillas— y ahora debo regresar a mi hogar, al palacio de mi padre.

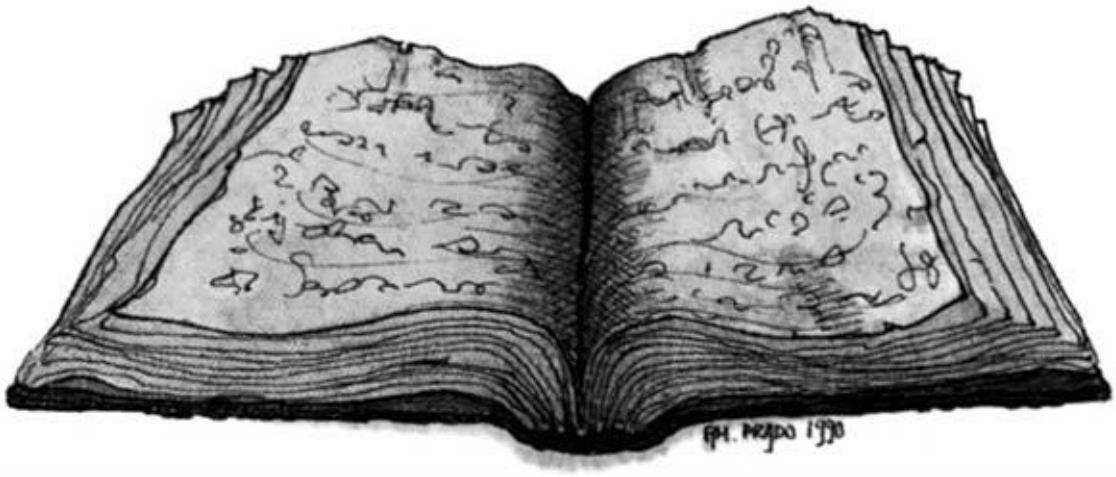
—De modo que vas a dejarme —dijo Finn— después de todo lo que he hecho por ti. Vas a atarte a otra persona y a abandonarme.

—¿Es eso lo que piensas? —dijo Gruagach—. Si ésa fuera la elección, preferiría permanecer a tu servicio y tu compañía a la de cualquier mujer que pudiese conocer jamás. Finn, acompáñame al palacio de mi padre.

Gruagach, la Dama del Vestido Verde y Finn fueron al palacio del padre de Gruagach. Allí, un sacerdote casó a Gruagach y a la Dama del Vestido Verde.

Un gran banquete se celebró en su honor, repleto de risas y alegría.

La música se elevó y las miserias fueron enterradas. Sobre las bandejas se formaron grandes pilas de carne; las copas se llenaron una y otra vez con brillante vino; las instrumentos mantuvieron ocupados a sus dueños. El banquete de la boda duró un año y un día, y el último día fue tan feliz como el primero.



El cuento del pastor



HÍ fue donde les vi! Allí, sobre aquel pedazo de verde…

Fíjate, hace ya cincuenta años. Echaba en falta una oveja y allá subí, llamándola. Primero fueron parpadeos y brillos. Después, les vi perfectamente: hombrecitos y mujercitas bailando en un corro.

Te contaré lo que pasó. Corrí hacia ellos y lo primero que vi fue que vestían de blanco o de escarlata todos ellos. Blanco o escarlata.

Una especie de uniforme, ¿entiende? Los hombres llevaban caperuzas de tres puntas sobre sus cabezas, y las mujeres vestían cosas como encajes blancos. ¡Increíble!: Se balanceaban en el aire.

¡Madre mía! ¡Esas damas, ya lo creo que eran bonitas! Y he visto algunas bellezas, incluso algunas muy especiales. Los hombres también eran guapos.

Había tres tañedores de arpa allí, sentados sobre piedras lisas e interpretando música para los bailarines. ¡Punteando y murmurando! Lo extraño es que no podía oír una sola nota. Les veía tocar, pero no emitían un solo sonido.

Los bailarines daban vueltas y más vueltas, sonriendo y riendo abiertamente. Y, al descubrirme, movían la cabeza, asintiendo, y sonreían. Algunos de ellos levantaban sus brazos y me invitaban a acompañarles. Después, todos ellos volvieron a unir sus manos. Más y más deprisa, inclinándose hacia atrás hasta casi caerse. ¡Qué caras tan sonrientes!

¡Ah, y había otros también! Hombrecitos que echaban carreras, precipitándose y corriendo a toda prisa; y otros, trepando sobre el viejo cromlech, subiendo por un lado, caminando sobre el borde, y bajando por el otro lado. Tan viejo como Adán, ¡ya lo creo! ¡Prehistórico!

No hace mucho tiempo, dos hombres vinieron desde Cardiff solamente para medirlo.

¿Por dónde iba? ¡Ah, sí, y caballos! Algunas damas cabalgaban a su alrededor sobre hermosos caballos blancos. ¡Ah, y montaban de lado! Pero ¡nada de frivolidades! Sus vestidos eran blancos, blancos como la brumosa luz del sol, y rojos como la sangre joven.

Bien, pues te contaré lo que pasó entonces. Me acerqué más y más.

Adelanté un pie, justo dentro del anillo. Entonces, la oí; oí la música de los duendes. ¡Las harpas, menudo sonido, ya lo creo! Mi corazón empezó a bailar una jiga. Un hombre podría morir escuchando aquello.

Conque me metí directamente dentro del círculo, ¿sabes? Enseguida, me di cuenta de que me encontraba en una especie de palacio. Las paredes estaban cubiertas de oro y perlas.

Una joven se dirigió hacia mí.

—¡Ven conmigo, Dai! —eso fue lo que dijo— te estamos esperando.

Entonces empezó a enseñarme todo aquello: las habitaciones brillantes y los jardines de vivos colores.

—Puedes ir donde quieras, Dai —dijo—. Sólo hay algo. ¿Ves aquel pozo?

Miré dentro del pozo y observé que estaba repleto de peces, ¿sabes? Rojos y azules, negros y verdes. Y algunos de ellos eran de oro.

—¿Ves este pozo? —repitió ella—. Hagas lo que hagas, Dai, nunca bebas una gota.

La joven me condujo de vuelta, a través del palacio, hacia una sala de banquetes. Había carne de venado y cordero y lechón; faisán y urogallo y palomas. Todo ello, servido en bandejas de plata, ¿entiendes? ¿Y sabes quién servía todo aquello? ¡Damas bellísimas! ¡Sí, señor, aquello era una maravilla!

Y había vino tinto y vino blanco; eso lo recuerdo muy bien. Bebí de los dos, ¿sabes? Los bebí en copas de oro cubiertas de diamantes, rubíes y esmeraldas. ¡Vino seco y vino dulce! Antes de aquel día sólo había probado el agua, la leche y la cerveza.

Cualquier cosa que deseara me la traían: comida, bebida, agua caliente para lavarme, una cama confortable. ¡Pedí tañedores de harpa, cantantes, acróbatas! Después quise hablar con sus hijitos. Entró un tropel de ellos, parloteando y lanzando risillas sofocadas.

Eran tan pequeños como los dientes de león.

¿Sabes lo que más deseaba? Siempre pasa lo mismo, ¿sabes? Quieres lo que no puedes tener. Como el viejo Adán.

Cuando oscureció, entré a hurtadillas en el jardín. Corrí hacia el pozo. Después hundí esta mano; todos los peces de colores, todos, desaparecieron. Luego, hice un cuenco con las manos y las llevé hacia el agua.

¡Ay! ¡Qué grito se escuchó! Vidrioso y estridente, como si se lamentara la luna. Un grito que envolvió el jardín y el palacio.

Sin embargo, ¡cerré los ojos y sorbí el agua!

El jardín y el palacio, y la gente menuda que había en su interior, todo se disolvió. Delante de mis ojos, sin más, se disolvieron. Niebla de la montaña.

Estaba muy oscuro, terriblemente oscuro, y yo me encontraba solo sobre la ladera de la montaña. Allí arriba, en aquel pedazo de verde, ¿lo ves? Estaba de pie justo en el lugar donde había entrado en el círculo.



El buhonero de Swaffham



UNA noche, John Chapman tuvo un sueño.

Junto a él había un hombre con un sobretodo rojo como la sangre; y el hombre dijo:

—Ve al Puente de Londres. Ve y date prisa. Ve, que la buena suerte te acompañará.

John el buhonero se despertó con un sobresalto.

—Cateryne —susurró— ¡Cateryne, despierta! He tenido un sueño.

Cateryne, su mujer, se quejó, tuvo un sobresalto y se volvió.

—¿Qué? —gruñó.

—He tenido un sueño.

—Duérmete, John —replicó; y se volvió a dormir. John se puso a darle vueltas al sueño, y mientras estaba así, acostado y meditando, se quedó dormido. Pero el hombre vestido de rojo volvió por segunda vez y dijo:

—Ve al Puente de Londres. Ve y date prisa. Ve, que la buena suerte te acompañará.

El buhonero se sentó en la oscuridad.

—¡Cateryne! —refunfuñó—. ¡Despierta! ¡Despierta! He vuelto a tener el mismo sueño.

Cateryne tuvo un sobresalto y se volvió.

—¿Qué? —preguntó.

Entonces, John le contó el sueño.

—Tú te creerías cualquier cosa —comentó su mujer.

En cuanto se despertó a la mañana siguiente, el buhonero de Swaffham recordó su sueño. Se lo contó a sus hijos, Margaret, Hue y Dominic. Se lo volvió a contar a su mujer.

—¡Olvídalo! —le aconsejó Cateryne.

Conque John se fue a su trabajo como siempre y, como siempre, su mastín le acompañó. Dio de comer a su cerdo y a sus gallinas en el patio. Cargó un paquete sobre los anchos hombros y se dirigió a la plaza del mercado; arregló su puesto de cacerolas, los distintos objetos para la casa, redomas y pociones, adornos especiales para los vestidos de las señoras. Cotilleó con sus amigos: el carnicero, el panadero, el herrero, el zapatero y el tejedor, el tintorero y muchos otros. Pero, no importaba qué es lo que hiciera, el buhonero no podía quitarse su sueño de encima. Sacudía su cabeza aleonada, se restregaba los ojos azules, pero el sueño parecía real y todo lo demás un sueño. «¿Qué puedo hacer?», se dijo.

Y su mastín abrió las mandíbulas y bostezó.

Aquella noche John Chapman cruzó caminando la plaza del mercado hacia la iglesia destartalada. Y allí encontró al escuchimizado cura, el padre Fuller; sus pómulos brillaban a media luz.

—Y bien, ¿qué pasa? —preguntó el padre Fuller.

Entonces, John le contó su extraño sueño.

—Yo sueño, tú sueñas, todo el mundo sueña —dijo el cura con impaciencia, sacudiéndose el polvo de la negra sotana—. ¡Sueña cómo sacar oro para reconstruir nuestra iglesia! Este ruinoso lugar es un insulto a Dios.

Los dos miraron tristemente a su alrededor: las paredes de piedra eran deformes e inseguras; el tejado norte de la nave lateral se había vencido y, a través de él, podían ver el chapitel torcido.

John Chapman lanzó un prolongado suspiro.

—Oro —munnuró—. ¡Ojalá pudiera!

Entonces, el buhonero abandonó la iglesia y regresó a su pequeña casa. Pero aun entonces se sentía inquieto. Nada de lo que hiciera, y nada de lo que le habían dicho, parecía cambiar algo las cosas; no podía olvidar su sueño.

Aquella noche, Cateryne le dijo:

—No has parado de hablar del hombre del sobretodo rojo como la sangre. Has estado más dormido que despierto. Quizá, después de todo, debas ir al Puente de Londres.

—Iré —replicó John—. Iré y me daré prisa.

Al día siguiente se levantó con las primeras luces.

Inmediatamente, comenzó a preparar lo necesario para su viaje.

Corrió tanto que se dio con la cabeza contra una viga y la cara se le puso roja.

—Tengo que llevar cinco monedas de oro. Tengo que llevar mi porra.

—Tienes que llevar tu capucha —dijo Cateryne.

Entonces, John miró a su mastín.

—Tengo que llevarte —dijo.

Y el mastín golpeó la tierra con la cola: el polvo y las ahechaduras volaron por el aire.

—No le digas a nadie adonde he ido —ordenó John Chapman—. No quiero ser el hazmerreír de Swaffham.

Después, mientras el buhonero tomaba su ración de carne y cuajada, Cateryne puso más comida en su bolsa: queso y dos hogazas hechas con guisantes y salvado, y una calabaza llena de cerveza.

Así, todo quedó listo. Y, justo cuando el sol de junio —una gran moneda de oro— salió tras una nube ligera, John se despidió con un beso de su mujer y de sus hijos.

—Vuelve —gritó el pequeño Dominic.

Los cuatro se quedaron de pie junto a la puerta, agitando sus manos una y otra vez, hasta que el buhonero y su bolsa, su porra y su mastín, salieron de Swaffham y se perdieron de vista.

John Chapman dejó atrás los últimos arcos del pueblo; se apresuró entre los campos blancos de ovejas. Al principio conocía bien el camino, pero después de la escabrosa carretera que los hombres llamaban el Camino de Oro, dejó atrás los grandes campos y se internó en los arenosos brezales donde no había gente, ni ovejas, ni pueblos.

Pronto llegó la lluvia, recia, borrándolo todo. John se puso la capucha sobre la cabeza, pero el agua calaba a través de ella. Le empapó la ropa y goteaba de su nariz.

A mediodía se sintió sudoroso y cansado. De modo que se detuvo para comer y darle un hueso a su mastín. Y, mientras comía, el mensajero de algún señor, engalanado de rojo y azul, pasó galopando y les salpicó de barro.

—¡El diablo te lleve! —dijo el buhonero.

Durante la tarde, la lluvia cesó y el buhonero y su perro pudieron apresurar el paso. Avanzaron bastante y, uno a uno, los mojones que marcaban las distancias fueron quedando atrás.

Pero, antes de que el buhonero pudiera encontrar un refugio cualquiera —una choza de campesino o alguna casucha abandonada— creció la noche oscura. John no tuvo más elección que dormir bajo el cielo raso, al pie de un roble.

—Que Dios nos asista —dijo— si hay lobos.

Pero no hubo lobos, sólo extraños sonidos nocturnos: los quejidos y el crujir del árbol, el viento en los lamentos de las hojas y el viento en la hierba

susurrante, los aullidos del zorro.

Cuando llegaron las primeras luces, John apenas podía ponerse en pie por el dolor de sus huesos helados y un calambre en el estomago vacío.

Y su mastín se movía a su alrededor como si fuera viento.

Pues bien, siguieron caminando durante cuatro días. Cada hora reservaba su propia sorpresa: John charló con un amistoso cura que había estado en Jerusalén; caminó con una pareja de vagabundos que querían ir a la feria de Waltham; se quitó de encima a un timador sinvergüenza que quería venderle un billete para el cielo; vio conejos, liebres y ciervos; contempló desde crestas de colinas el tapiz de los campos; siguió su camino a través de oscuros bosques donde sólo reinaba el silencio. Nunca en su vida había visto John o puesto los ojos sobre cosas tan extrañas. Le decía a su mastín:

—Somos extranjeros en nuestro propio país.

Algunas veces el roce de su bolsa de buhonero le dañaba los hombros; a menudo envidiaba a los muchos viajeros con caballo —peregrinos y comerciantes, monjes y estudiantes—, pero ni por un momento olvidaba su objetivo. Durante las horas de luz se apresuraba, siguiendo el Camino del Oro hacia el sur, en dirección a Londres. Y cada noche, después de la primera, la pasó en una posada de caminantes o en un monasterio.

En la mañana del quinto día, el buhonero y su perro llegaron por fin a la ciudad de Londres. A la vista de los altos muros, el corazón del buhonero se aceleró, y lo mismo hizo su paso.

Su mastín saltaba a su alrededor, ladrando de excitación.

Cruzaron rápidamente la gran puerta; y allí, ante ellos, había multitudes de personas que iban y venían, hacia adelante y hacia atrás; hombres que voceaban sus mercancías; mujeres que se empujaban y charlaban; niños que mendigaban; y muchas muchas otras, sentadas sobre alfombrillas en la sucia calle. Y había casas a derecha y a izquierda; y después de eso, más casas, más calles y siempre más gente.

John no había visto nunca nada semejante, ni había olido una peste igual, ni escuchado tal batahola.

Una marea de gente le arrastró hasta llegar a un lugar donde se cruzaban cuatro caminos. Allí, John detuvo a un hombre y le preguntó el camino hacia el Puente de Londres.

—Todo recto —respondió el hombre—. Todo recto, como el vuelo de una flecha.

El ancho río brillaba bajo el sol, verde y plata, arrugado por el viento; las gaviotas se precipitaban y remontaban el vuelo, chillando.

El enorme puente cruzaba sobre el agua, el largo puente con sus casas colgadas sobre el río. Era una imagen que alegraba el ánimo de cualquiera. Dio gracias a Dios por haberle protegido en su viaje y haber llegado finalmente al Puente de Londres.

Pero en el mismo instante en que puso un pie sobre el puente se sintió extrañamente tonto. Sus esperanzas y su excitación le parecieron cosa del pasado. La gente pasaba de un lado a otro pero nadie le miraba. Nadie le prestaba la menor atención.

Después de haber encontrado, por fin, el Puente de Londres, el pobre buhonero de Swaffham se sintió totalmente perdido.

Caminó hacia arriba y hacia abajo; miró a su alrededor; contempló los barros que pasaban por debajo del puente; contó su dinero. Pasó una hora tras otra y tras otra; el buhonero esperaba.

Avanzada la tarde, un grupo de peregrinos, todos a caballo, se agruparon en el puente. Y empezaron a cantar: «Cuando llegaste de la tierra santa de Walsingham».

—¡Walsingham! —exclamó John—. Lo conozco bien. He llevado allí mis mercancías cientos de veces. ¿Qué significa esta canción? ¿Explicará esto mi sueño?

Como si fuera una respuesta, el grupo de peregrinos se dispersó y partió de allí, cabalgando y todavía cantando, incluso cuando el buhonero corría hacia ellos.

—¡Esperad! —se desgañifó John—. ¡Esperad!

Pero los cascos de los caballos trapalearon y el pobre buhonero fue dejado atrás, en la luz que se debilitaba, mirando hacia ellos.

John se sintió apesadumbrado. Sabía que no podía hacer nada hasta la mañana siguiente. Preguntó desanimado a un paseante dónde podía alojarse, y éste le envió a Las Tres Grullas, una hostería de la orilla del río, punto de encuentro de pasajeros que descendían la corriente, lugar de descanso para los viajeros en cualquier tiempo.

Allí, John Chapman y su mastín compartieron una cama de paja; los dos estaban cansados.

El segundo día, por la mañana temprano, el buhonero y su perro volvieron al puente. Una vez más. Fue pasando una hora tras otra y tras otra. John se sintió estúpido, después solo, luego perdido y a continuación hambriento. Avanzado el día, divisó a un hombre de enmarañado pelo rojo que conducía hacia el puente a un oso negro de grandes zarpas.

—¡Mira! —exclamó, encantado.

Y su mastín miro atentamente.



—¡Una rara visión! —comentó John—. Una visión que compensa un largo viaje. Quizá sea por esto por lo que he viajado. Tal vez encuentre aquí el significado de mi sueño.

Y el buhonero saludó al hombre. Pensó que en su vida había visto a nadie tan horrible.

—¿Baila el oso? —preguntó.

—Sí —contestó el hombre, y miró bizqueando a John—. Dame oro y te lo demostraré.

—En otra ocasión —replicó el buhonero.

Se inclinó para acariciar la brillante piel del oso.

—¡Déjale en paz! —le espetó el hombre.

—¿Por qué? —preguntó John.

—Porque te arrancará la mano, por eso.

El buhonero dio rápidamente un paso atrás y llamó al mastín a su lado.

—Arrancó una mano en Cambridge —dijo el hombre—. Conque, ¡ojo! ¡Manos fuera!

—No es la mejor compañía para un viajero —observó John.

—Mide tus palabras —gruñó el hombre, y bizqueó con más firmeza que antes—. Te arrancará la cabeza de un mordisco.

—Como gustes —dijo John.

Y, diciendo eso, se alejó de allí.

De manera que el segundo día no fue mucho mejor que el primero. Y, el tercer día, el pobre buhonero esperó y esperó, caminó hacia arriba y hacia abajo, hacia adelante y hacia atrás, sin que esto le reportara ningún bien.

—Sólo nos queda una moneda de oro —le dijo a su mastín—. Mañana tendremos que volver a casa; después de todo, he sido un loco al venir.

En aquel momento, un hombre con forma de huevo se dirigió con andares de pato hacia John y le saludó.

—Durante tres días —dijo— ha perdido usted el tiempo sobre este puente.

—¿Cómo lo sabe? —pregunto John, sorprendido.

—Tengo aquí una tienda y le he visto ir y venir, ir y venir, desde el orto al ocaso —enarcó las cejas—. ¿Qué es lo que se trae entre manos? ¿A quién espera?

—Eso es exactamente lo que me pregunto a mí mismo —respondió el buhonero, tristemente—. A decir verdad, he caminado hasta el Puente de Londres porque soñé que esto me traería algo bueno.

—¡Que el Señor me proteja! —exclamó el tendero—. ¡Qué pérdida de tiempo!

John Chapman se encogió de hombros y suspiró; no sabía qué decir.

—Sólo los locos hacen caso de los sueños —dijo el tendero—. Sin ir más lejos, anoche tuve yo mismo un sueño. Soñé que un caldero de oro estaba enterrado bajo un espino en su jardín; el jardín pertenecía a algún buhonero, y el lugar se llamaba Swaffham.

—¿Un caldero de oro? —repitió John—. ¿Un buhonero?

—¿Ve usted? —dijo el hombre con forma de huevo—. ¡Tonterías!

—Sí —contestó John.

—Los sueños no son más que sueños —sentenció el tendero con un movimiento de su mano gordinflona—. Está usted perdiendo su tiempo. Siga mi consejo y vuelva a casa.

—¡Lo haré! —replicó John Chapman.

Y así fue como, en la noche del duodécimo día después de su partida, John Chapman y su perro —salpicados de barro, doloridos y llagados, fatigados pero llenos de excitación— volvieron a su hogar. Divisaron el inclinado chapitel de la iglesia; cruzaron los últimos arcos y por fin llegaron a la pequeña casa de John, con sus manchas y sus zarzas.

Nunca en su vida Cateryne se había sentido tan feliz de ver a su marido.

Margaret y Hue saltaban a su alrededor y sus cabellos dorados danzaban sobre sus cabezas.

—¡Has vuelto! —gritaba el pequeño Dominic.

—Bueno —pregunto Cateryne—, ¿y qué hay sobre el sueño?

Entonces, John les contó todo con su acostumbrada ceremonia. Les contó su viaje; les contó sus largas jornadas en el Puente de Londres y, finalmente les contó las palabras del tendero.

—Un hombre presta atención a un sueño y vuelve con el sueño de otro hombre —comentó Cateryne—. Esto es muy raro. ¿Y cómo puede ser verdad?

—Me he preguntado eso mismo miles de veces —dijo el buhonero—, y sólo hay una forma de averiguarlo.

El nudoso espino se levantaba al final del patio; había vivido mucho tiempo, quizá cientos de años. Y ahora sus hojas parecían susurrar secretos. Las gallinas cloqueaban en la oscuridad y los cerdos, con un ojo abierto, yacían quietos, observando a John.

—Empezaré aquí —dijo el buhonero tranquilamente.

Después cogió su pala de borde redondeado y empezó a cavar con firmeza, rítmicamente, formando un montón con la tierra extraída.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Margaret.

—¡Déjame! —dijo Hue.

—¡No! —replicó John—. ¡Esperad!

Y volvió a cavar con firmeza, rítmicamente. La pala golpeaba en la tierra dura.

Le oyeron de inmediato; le oyeron a un tiempo, todos juntos; el rechinar de metal contra metal, amortiguado por la tierra. El buhonero lanzó una mirada a su familia y siguió cavando tan rápidamente como pudo. La tierra volaba por el aire.

—¡Mirad! —jadeó el buhonero—. ¡Mirad! ¡Mirad!

Había medio descubierto un gran caldero de metal.

John arrojó su pala. Se agachó y tiró. Introdujo sus dedos por debajo del caldero y volvió a tirar. De repente, la oscura tierra cedió su secreto. John se tambaleó hacia atrás, aferrándose al caldero y, al caer, la tapadera resbaló. La cara del buhonero recibió una lluvia de monedas; la tierra quedó alfombrada de oro.

Todos guardaron un profundo silencio, demudados. Solamente el árbol, el árbol en la oscuridad, continuó susurrando.

—John, John, ¿qué haremos con ello? —preguntó Cateryne.

—Juntarlo todo —dijo el buhonero, sacudiéndose el sobretodo de tierra y hierbas con sus grandes manazas—. Llevémoslo dentro.

Recogieron las monedas de oro, las volvieron a guardar en el caldero y entre todos lo metieron en la casa. Una vez allí, lo posaron en el suelo, frente al fuego.

—¡Mirad! ¿Qué es esto? —exclamó Hue, levantando la tapadera del caldero y restregándola—. Hay palabras escritas.

John le arrebató la tapadera y frunció el ceño mientras la contemplaba.

—Sí —dijo lentamente, meneando la cabeza—. Son palabras —entonces sonrió—. Ya sé. Esconderé el oro aquí y llevaré el caldero vacío al mercado con el resto de mis mercancías. Seguro que alguien que pase por allí podrá leerlas por nosotros.

A la mañana siguiente, el buhonero estuvo en el mercado muy temprano, rodeado de sus mercancías, con sus hijos mayores y su perro. Casi inmediatamente apareció el padre Fuller, dirigiéndose hacia ellos a través de los desordenados puestos, una oscura figura entre colores brillantes, un hombre silencioso en un mar de ruidos.

—John Chapman —exclamó—. ¿Dónde has estado?

—Por ahí —respondió el buhonero—. Por ahí.

—¿Y dónde estuviste el domingo pasado? —pregunto el cura—. Te eché de menos en la misa.

—Bueno, yo…

—¡Excusas! ¡Siempre excusas! —dijo el cura secamente—. ¿Quién será salvado? Los hombres son recipientes vacíos —y golpeó el gran caldero de metal con sus nudillos—. ¡Vaya, éste es un buen recipiente! —exclamó el padre Fuller.

—Lo es —concedió John Chapman.

—Aquí hay palabras escritas —dijo el cura.

Levantó la tapadera y aguzó la vista.

El buhonero le miró ansiosamente.

—Es latín —dijo el padre Fuller—. Dice «Debajo de mí», sí, «Debajo de mí yace uno más rico que yo». —El cura frunció el ceño—. ¿Qué querrá decir eso?

John Chapman se rascó la nuca.

—¿Dónde lo conseguiste?

—Lo saqué de un patio —contestó el buhonero, encogiendo sus anchos hombros.

—Debo irme —dijo el cura de repente—. Toda esta charla ociosa…

Los hombres harían mejor en ofrecer su tiempo a Dios.

Y con eso, el cura se alejó hacia la ruidosa iglesia.

—Esta vez cavaréis vosotros —les dijo el buhonero a sus hijos.

Entonces, Hue agarró la pala y comenzó a cavar; el filo redondeado cortaba la oscuridad. Pronto, su rostro se encendió; empezó a jadear.

—Ahora deja que Margaret la coja —dijo el buhonero.

Hue puso mal gesto y le pasó la pala a su hermana.

Entonces, Margaret se llevó el pelo hacia atrás; se metió en el hoyo y se puso a cavar más hondo. Más y más hondo. Y, una vez más, el metal rechinó contra el metal: el mismo sonido inconfundible. Margaret tembló de excitación.

—Tú —dijo y le devolvió la pala a su padre.

Una vez más, John cavó tan rápidamente como pudo y, una vez más a regañadientes, la tierra cedió su secreto: un segundo caldero, un caldero enorme, dos veces mayor que el primero. El buhonero apenas si pudo desenterrarlo del agujero y posarlo al nivel de la tierra. Cuando levantó la tapadera, todos vieron que también el segundo caldero rebosaba de brillante oro.

—Es como un sueño —dijo John—, y viene de un sueño. Pero estamos despiertos y somos ricos.

Cateryne escrutó el hueco del negro agujero. ¿Quién podía haberlo escondido allí? ¿Viajeros del Camino del Oro? ¿Cómo podían saberlo? La gente siempre dice que el espino es un árbol mágico.

—¿Y qué vamos a hacer con ello? —preguntó Cateryne.

John guardó un momento de silencio, sin contestar. Sus ojos azules se cerraron, su rostro se arrugó.

—Ya sé —dijo finalmente—. Ya sé. Guardaremos un poco, lo suficiente para cubrir nuestras pequeñas necesidades, lo suficiente como para comprarnos un terreno. Pero el resto debemos dárselo al padre Fuller para construir la nueva iglesia.

Cateryne tomó aire, sonrió y se puso a batir palmas.

—¡Amén! —dijo.

—¡Amén! —armonizaron los niños.

—De esta forma —continuó John— todo el mundo en Swaffham tendrá su parte en el tesoro.

—Ahora —dijo Cateryne— y en el tiempo que vendrá.

Aquella tarde, John Chapman encontró al cura medio escondido en la penumbra de la ruinosa iglesia.

—Padre Fuller —dijo—, puedo donar oro para la nueva iglesia.

—Todas las monedas cuentan —replicó el cura.

—Tengo muchas —dijo John.

—¿Muchas? —repitió el cura con desconfianza.

—Espere aquí —dijo el buhonero.

Salió corriendo de la iglesia y volvió a su casa. Una vez allí, contó cien piezas de oro para sus propias necesidades y las de su familia, y las escondió en la habitación interior bajo la cama de paja.

Después, el buhonero y su mujer, Margaret y Hue, seguidos de Dominic y su fiel mastín, llevaron la carga hasta la iglesia de Swaffham. Mientras cruzaban la plaza del mercado, gritaron a sus amigos:

—¡Venid con nosotros! ¡Venid a la iglesia!

De manera que el carnicero, el panadero, el herrero, el zapatero y el tejedor, el tintorero y otros muchos dejaron sus trabajos. Y, en nada de tiempo, una gran procesión, curiosa y parlanchina, enfilaba hacia la iglesia silenciosa.

En la nave, John y Cateryne volcaron el caldero. Margaret y Hue hicieron lo mismo. Una gran pila de monedas brilló misteriosamente en la media luz.

Los habitantes del pueblo jadearon y el rostro huesudo del padre Fuller crujió en una mueca; sus ojos brillaron.

—¡Explicad esto! —ordenó.

Conque John Chapman les contó toda la historia, desde el principio hasta el final. Y ningún narrador de cuentos, antes o después, contó nunca con tal audiencia.

Entonces, el cura se frotó las manos.

—Hay aquí oro suficiente —dijo— como para reconstruir el norte de la nave lateral y el chapitel.

Los habitantes del pueblo comenzaron a susurrar con excitación.

Entonces, el cura levantó la mano y dijo:

—Recemos, y después cantemos y bailemos toda la noche.

—¿Cantar en el cementerio? ¿Bailar en el cementerio? —gritó la gente.

—Incluso hasta que se caiga esta vieja iglesia —dijo el padre Fuller.

Y por primera vez en su vida —al menos era la primera vez para los presentes— rió. Inclinó hacia atrás la cabeza y rió.

De manera que, aquella mismo noche, un hombre con una corneta y un hombre con un guitarrillo y un hombre con platillos y badajos tocaron como si quisieran levantar los tejados de todas las casas de Swaffham; los habitantes del pueblo cantaron y bailaron hasta medianoche. Y John, el soñador, fue manteado por los bailarines, más y más alto, hacia las estrellas.

Y su mastín, sentado sobre sus ancas, rió.


M. PRADO 1990

Hughbo



A única casa de la isla era bajita y estaba enjalbegada. Con tiempo tormentoso era barrida por la impaciencia del mar, y en todas las estaciones hostigada por el viento; y allí era donde Peter vivía completamente solo.

Mientras había luz trabajaba la tierra. Araba y plantaba las semillas, y recogía la cosecha igual que su padre y su madre lo habían hecho antes de su naufragio; empacaba paja, ordeñaba sus vacas y arrancaba las malas hierbas. Y cada domingo, por la mañana remaba hacia tierra firme para ver a su novia.

Por las noches, Peter encendía velas en su cocina y se sentaba, bostezando, junto al fuego. A través de la puerta, en el establo, podía oír los mugidos de sus vacas y el gangueo de sus cerdos mientras se acomodaban para dormir.

Una noche, cuando el viento soplaba afuera de forma salvaje, el joven granjero se acostó, y estaba a punto de apagar la vela cuando descubrió que la oscura esquina de la puerta del establo brillaba. Peter miró con más cuidado y pudo entrever la figura de un hombrecillo agazapado. Estaba desnudo de la cabeza a la punta del pie y su curtida piel tostada brillaba en la oscuridad.

—¡Dios mío! —exclamó el granjero.

Y se agarró fuertemente a los lados de la cama, sin dejar de mirar ni por un momento a la horrible criatura: la nariz aplastada, los labios hinchados y las grandes orejas, la calva coronilla lisa de su cabeza, el fibroso pelo de algas y su barba.

Entonces Peter saltó de la cama. Con una mano agarró su libro de salmos y con la otra cogió su navaja.

—¡Hughbo! ¡Soy Hughbo! —farfulló la criatura.

El granjero hizo la señal de la cruz con el libro de salmos y a continuación dibujó un círculo en el aire con la navaja.

La horrible criatura no se movió. No avanzó hacia la cocina, ni retrocedió al establo a través de la puerta. Solamente miró al joven y repitió:

—¡Soy Hughbo!

Entonces, Peter cogió el atizador de hierro y las tenazas y se las arrojó a la criatura. Pero el hombrecillo esquivó la primera y escapó de la segunda dando un paso hacia un lado.

Peter tenía miedo y rabia.

Desenganchó el caldero de metal que colgaba de la cadena sobre el fuego, y con las dos manos comenzó a balancearlo.

En eso, el hombrecillo avanzó como una flecha. Agarró el borde del caldero.

—¡Fuera de aquí! —gritó Peter, moviendo los dos puños y alcanzando a la criatura con sendos golpes en las costillas y en la nuca.

Pero el hombrecillo era tan ligero como un gato. Saltó a través de la cocina y, con un grito, desapareció a través de la puerta del establo.

Peter se restregó los ojos y se preguntó qué podía hacer. Medio minuto después, la horrible criatura volvió a arrastrarse hasta la esquina de la cocina y comenzó a hacerle muecas.

—¡Soy Hughbo! —dijo la criatura, y se señalaba.

—¿Qué quieres? —pregunto Peter.

—Vivo en el mar.

—¿Y qué quieres aquí?

—Estoy más que harto de roer huesos de hombres muertos —dijo la criatura.

—¿Quieres pan? —preguntó Peter.

La criatura hizo una mueca.

—Trabajaré a cambio de mi alojamiento.

—Yo no he dicho nada de alojamiento —replicó Peter, mirando la curtida piel de la criatura y su pelo de algas.

Pero el horrible hombrecillo continuó haciendo muecas.

—¡Hughbo trabaja bien! Cada noche daré vueltas al molinillo.

Peter arrugó la frente. Tenía tanto trabajo que el ofrecimiento de ayuda no le venía nada mal. «Le juzgaré por su trabajo —pensó— no por su aspecto».

De esta forma, el joven granjero estuvo de acuerdo en que Hughbo daría vueltas al molinillo cada noche y prepararía suficiente comida para el plato de papilla de avena que el granjero tomaba cada mañana. A cambio, Peter

permitía a Hughbo dormir en el umbral, entre la cocina y el establo, y tomar un cuenco de leche cada mañana, además de su ración de cebada tostada.

Aquella misma noche, Peter yacía en la cama y observaba a la brillante criatura dando vueltas al molinillo en la esquina de la cocina; cerró los ojos y se quedó dormido al son del viento y de la ahogada risita arenosa de las piedras del molinillo.

Por la mañana, el granjero se sintió más que contento con su comida finamente molida. Pocos días más tarde, empezó a encontrarse bastante a gusto con su extraño visitante marino y a agradecer su compañía.

Cada domingo, cuando remaba hacia tierra firme para verla, Peter le contaba a Janey más cosas sobre Hughbo; su cordialidad y buena disposición para el trabajo y su formalidad.

—No sé cómo me las arreglaría sin él —decía el joven.

Y por dos veces llevó a Janey remando a la isla para que pudiera ver a Hughbo por sí misma.

—Todo piel y algas, y ni una puntada de ropa —exclamó Janey—. ¡Y ese brillo! No me acostumbraré a él nunca.

—Yo ya lo he hecho —dijo Peter.

Un día de verano el joven granjero se casó con Janey y la llevó a vivir a la pequeña isla de fuerte viento. ¡Qué felices eran! Se levantaban con las primeras luces y, después de cocinar la comida que Hughbo había preparado para ellos, trabajaban juntos en el campo; por la tarde, Janey se quedaba en la granja y limpiaba, cosía y cocinaba; cuando Peter regresaba al anochecer, tomaban la cena, charlaban y reían; se sentaban muy juntos frente al fuego y se acostaban temprano.

Hughbo tenía siempre buen cuidado de no molestar a Peter y a Janey, y tomaba su comida en el establo, y al verle solo y desnudo trabajando en el molinillo, Janey comenzó a sentir pena por él.

«Las noches están refrescando —se dijo—. Si mi hombre se preocupa por Hughbo, yo también debo preocuparme por él».

En su primera visita a tierra firme, Janey compró algo de ropa.

Durante la siguiente semana cortó y cosió una buena capa para Hughbo, con una capucha para cubrir su calva. «Esto le agradará», se dijo, «y agradará a mi hombre también».

Cuando estuvo terminada, Janey extendió la capa sobre las piedras de moler, justo antes de irse a la cama.

—¿Qué haces? —preguntó el joven.

—¡Vamos a la cama! —dijo Janey.

Como siempre, Hughbo entró en la cocina en silencio, para no molestar al joven y a su mujer. Pero, tan pronto como vio la nueva capa sobre las piedras de moler, comenzó a lamentarse y a sollozar.

Peter y Janey se sentaron en la oscuridad.

—¡Hughbo! —exclamó Peter— ¡Hughbo! ¿Qué te pasa?

El hombrecillo daba vueltas y más vueltas alrededor del molinillo, tropezando, sollozando y diciendo una y otra vez:

Hughbo tiene una capa con capucha,
Así es que Hughbo ya no puede ayudar más.
Hughbo tiene una capa con capucha,
Así es que Hughbo ya no puede ayudar más.

Entonces, sin ni siquiera mirar en dirección al joven y a su mujer, Hughbo abrió la puerta de la granja y se sumergió en el viento y la oscuridad. Y, a pesar de buscarle como lo hicieron, Peter y Janey no volvieron a ver a Hughbo nunca más.



Ungüento mágico



EBRERO y helando. A la luz del sol y a la luz de las estrellas. El viento soplaba del Este. Se agarraba a la tierra. Metía sus dedos por debajo de las puertas, a través de miradas furtivas y a lo largo de pasadizos.

Joan estaba sentada junto al fuego y veía rostros en él; también viajes y destinos. Joan se restregó los labios resecos, uno contra el otro. Lentamente, meneó la cabeza.

—Una anciana —dijo— sentada en su casa de huesos. Me hago vieja soñando en todas las cosas que nunca ocurrieron.

El viento hizo sonar al roble y al olmo, a la crujiente casa y a las piedras taciturnas. La noche estaba tan repleta de voces que, al principio, Joan no oyó cómo llamaban a la puerta.

El ruido se hizo más agudo: unos nudillos desnudos contra la madera. Joan se estiró.

—Lo de todas las noches —dijo.

Desatrancó la puerta y entonces el viento la abrió de par en par y arrojó a su visitante al interior. Éste era pequeño y moreno, como casi todos los granjeros de la colina, y bizco.

—Y bien —dijo Joan, empujando la puerta a su antiguo marco—, ¿qué le ha traído hasta aquí?

—Es mi mujer —replicó el hombre—. Está de parto. ¿Puede venir a ayudar?

—¿Dónde debo ir? —le preguntó Joan.

—Arriba, al otro lado —contestó el hombre—. Arriba, pasado el viejo estanque. He traído un caballo.

—Ya veo —dijo Joan.

—No es el primero, ¿sabe? —dijo el hombre.

De modo que Joan se envolvió bien en ropas cálidas: guantes, una caperuza y bufanda, también medias de lana y una capa que, en realidad, era una vieja manta con dos agujeros abiertos para los brazos.

Entonces, el hombre subió a su caballo negro y Joan montó tras él. El cristal del cielo estaba cargado con brillantes estrellas y una luna llena; las puertas cerradas de la tierra estaban cubiertas de retazos de nieve. Joan hundió su cara en la capa y los dos cabalgaron sobre la colina, hacia el otro lado, pasado el ojo ciego del estanque, y arriba, hacia la montaña.

Tan pronto el hombre y Joan entraron galopando en el patio de la granja, una puerta se abrió de par en par y una niña pequeña salió corriendo y gritando:

—¡Padre! ¡Es un niño! ¡Es un niño!

Dentro de la casa, Joan se vio rodeada de un enjambre de chiquillos. La seguían por la cocina grande y cálida, parloteando y riendo. La seguían bajando por el frío pasadizo y subiendo las escaleras de piedra.

—¡Ssss! —dijo Joan, volviéndose hacia ellos y apuntándoles con el dedo —. Creo que ya he tenido suficiente.

El hombre condujo a Joan hasta un dormitorio silencioso y los niños formaron filas detrás de ella. La habitación estaba iluminada con velas, al menos veinte, y la mujer del granjero yacía, pálida, sobre la cama. Su diminuto bebé estaba arropado junto a ella.

—No podía esperar —dijo la mujer—. ¡El pequeño diablillo!

—¡Vamos a ver! —dijo Joan.

Firme y cariñosamente, puso la palma de su mano en la frente de la mujer y ahuecó sus almohadas; después, cogió al pequeño bebé. Estaba profundamente dormido.

—¡Bienvenido! —exclamó Joan—. ¡Bienvenido a este ancho mundo!

La mujer se incorporó sobre un codo y rebuscó en el pequeño armario que estaba junto a la cama.

—No hace falta despertarle —dijo—, pero cuando se despierte, ¿le extendería este ungüento sobre los párpados?

Joan cogió el ungüento y meneó la cabeza.

—Lo que usted quiera —dijo.

—Y tenga cuidado —añadió el hombre—, no se ponga nada sobre los ojos.

—¡Muy bien! —dijo Joan—. ¿Hacen falta todos estos niños aquí?

El hombre mandó salir a algunos de sus hijos fuera de la habitación, lo cual no mejoró mucho las cosas. Solamente consiguió crear un mayor

espacio, pues los que se quedaron no pararon de pelearse, brincar y reñir y, antes de que pasara mucho tiempo, los que se fueron llegaron a la ventana.

Joan lavó al pequeño, que se quedó dormido tranquilamente; el hombre andaba atareado en el piso de abajo; la mujer dormitaba tras el parto.

Entonces, el bebé abrió los ojos y, al instante, Joan se dio cuenta de que bizqueaba un poco, igual que su padre.

—¡Ay, madre! —exclamó moviendo la cabeza, y suspiró.



Después, Joan cogió el pequeño tarro de ungüento.

—Y, en cualquier caso —se preguntó—, ¿para qué sirve?

Lo abrió, cogió un poquito con su dedo meñique y lo extendió sobre los párpados del bebé.

Luego, lanzó una rápida mirada hacia la madre y a ambos lados, y se untó un poco de ungüento sobre su párpado derecho.

Joan parpadeó y abrió los ojos. Con el izquierdo no veía nada nuevo: el bebé bizqueando sobre su regazo, envuelto y arropado con un viejo chal blanco; su madre, durmiendo sobre el combado armazón de la cama; los niños sucios y los sencillos y hogareños muebles de la granja. Pero, con el ojo derecho, Joan vio que estaba sentada en una habitación elegante y espaciosa, rodeada de maravillosos muebles antiguos.

Sobre su regazo el niño estaba envuelto y arropado en una gasa salpicada de plata, y parecía más guapo que antes; y su madre, dormida, llevaba un camisón de seda blanca.

Sin embargo, los niños de la habitación parecían haber empeorado.

Eran pequeños diablillos de narices aplastadas y orejas puntiagudas. Se hacían muecas entre sí, se rascaban la cabeza como los monos y, con sus peludas pezuñas, cogían y daban tirones de la colcha de su madre, y le tiraban de las orejas.

Joan miraba y remiraba. Miraba y no decía nada.

Antes del amanecer terminó su trabajo de comadrona. Había lavado al bebé y lo había dejado tan limpio como la lengua de un gato; había hecho la cama de la madre; había sacado a los niños de la habitación por decimoséptima vez; había colocado al bebé a los pechos de su madre, donde había tomado su alimento y se había vuelto a dormir. No había nada más que hacer.

—¡Ahora, lléveme a casa! —dijo Joan al hombre—. Hablaba con naturalidad, pero estaba temblando. Lanzó una mirada alrededor de la bella habitación; miró al hombre, vestido de terciopelo y bizqueando.

—Nada como el hogar —comentó.

Joan no tenía porqué preocuparse. El hombre estaba encantado con la forma en que la comadrona había cuidado de su mujer y de su nuevo bebé. Trajo su caballo negro como el carbón hasta la puerta, y esta vez Joan se dio cuenta de que sus ojos eran de un rojo abrasador.

Y se alejaron de allí hacia la noche cristalina, a través del viento de hielo ardiente. Galoparon hasta dejar atrás el viejo estanque de peces y bajaron hacia la pequeña casa de Joan, al pie de la colina. Allí, el hombre ayudó a

Joan a desmontar. Le dio las gracias y una moneda de oro por el trabajo de la noche. Joan desatrancó la puerta, y una vez a salvo en el interior de la casa, se llevó la moneda a los dientes para probarla. Después puso algo de leña en el fuego y se tumbó frente a él. Cerró un ojo, cerró el otro y se quedó dormida.

Pocos días más tarde, Joan se encaminó, a través de caminos helados, hacia el pueblo vecino. Era día de mercado y necesitaba carne y verdura; también quería algo de compañía.

En el mercado se encontraba entre amigos. Conocía a la mayoría de la gente allí reunida —igual a los compradores que a los vendedores— desde hacía tanto tiempo como podía recordar. De manera que la mañana era una placentera mezcla de negocio y charla.

Mientras conversaba en uno de los puestos, Joan vio algo por el rabillo del ojo derecho: a tan sólo un par de pies de distancia, un hombre había cogido una manzana y, sin pagar por ella, la deslizaba en el interior de su bolsa de lino.

Joan frunció el ceño y miró más atentamente mientras el hombre se paseaba, tranquilo, hacia el siguiente puesto. Allí cogió dos puerros y rápidamente los introdujo en su bolsa también.

—¡Eh, tú! —grito Joan—. ¿Qué crees que estás haciendo?

El hombre moreno se volvió a mirarla.

—¡Es usted! —murmuró Joan, temerosa y perpleja.

—Buenos días, Joan —dijo el hombre.

Lo que Joan había querido decir se quedó dentro de su boca.

—¿Cómo está su mujer? —tartamudeó—. ¿Y el bebé?

—Entonces puede verme —dijo el hombre.

Joan asintió.

—¿Con qué ojo, Joan? —preguntó el hombre, sonriendo.

Joan se cubrió el ojo izquierdo. Se cubrió el derecho.

—Con éste —dijo.

El hombre moreno levantó una mano y un relámpago destelló en el ojo derecho de Joan; un brillo abrasador y, después, un tiroteo de estrellas y, luego, completa oscuridad.

—¡Eso, por entrometida! —exclamó el hombre—. ¡Eso por coger el ungüento, Joan! No me verás más.

Joan no volvió a ver a nadie más, no con su ojo derecho. Se quedó ciega de ese lado hasta el día en que murió.

Loro



O hace mucho tiempo, un minero galés caminaba lentamente por un camino umbroso que iba de su pueblo hasta el pozo de la mina. Innumerables puntos y comas bailaban una polca en el camino; un viento suave suspiraba en los tilos. Y, escuchándolo, el minero suspiró también. El último lugar al que deseaba ir en un día así era a la oscura frente de carbón llena de polvo.

—¡Buenos días! —dijo una voz.

El minero miró a la izquierda. Miró a la derecha. Miró hacia atrás y hacia delante. Allí no había nadie.

—¡Buenos días! —dijo la misma voz.

Una vez más, el minero miró a ambos lados, de frente y a su espalda. Nadie a la vista.

Entonces, el minero escuchó la voz por tercera vez. Venía justo de encima de su cabeza. Lanzó una mirada hacia arriba y, allí agarrado a una ligera rama que se balanceaba, había un loro gris.

Durante unos instantes, el minero lo miró y frunció el ceño. «Qué raro —pensó—. Es una especie de halcón rarísimo».

Entonces, el loro abrió de nuevo el pico.

—¡Buenos días! —dijo.

El minero, que era tan educado como cualquiera, se quitó la gorra.

—Perdone señor —dijo—. ¡Pensé que era usted un pájaro!

La mula



NTES de que los príncipes cumplieran los diez años, su madre murió. Algo muy malo y muy triste; el hielo y la nieve comenzaron a derretirse, las casas lloraron, los árboles lloraron, todo el país lloró el día que fue enterrada en su tumba.

Pero, antes de que cumplieran los veinte años, los príncipes perdieron también a su padre. Se había hecho a la mar para visitar al rey de Cornualles y, en el camino de regreso, una fuerte tormenta hizo naufragar su barco.

El cuerpo del rey nunca fue enterrado —ni un pobre hueso siquiera—, y nada tampoco, ni una sola cuaderna blanqueada, quedó de su barco.

Los tres jóvenes caminaron alrededor del palacio lleno de corrientes; vagaron por los brillantes jardines y por los establos. Y allí, posado sobre un dintel, había un bello pájaro. Era dorado y turquesa, y cantaba tan dulcemente que con su canción se llevaba sus penas.

—Apresémosle —dijo Uno.

—Y metámosle en una jaula —dijo Dos.

Se abalanzaron sobre el pajarillo, y el pajarillo dejó de cantar y saltó del tejado.

—Dejádmelo a mí —dijo Inocente.

—¿Tú? —exclamaron Uno y Dos.

—¡Yo! —dijo Inocente.

A la mañana siguiente, temprano, Inocente trepó hasta el pajar del establo y se encajó en el hueco de la ventana; la cabeza y los hombros contra una pared y los pies contra la otra. Después abrió la ventana y esperó.

El pájaro dorado y turquesa se posó una vez más en el dintel; Uno y Dos llegaron vagando a los establos, escucharon al pájaro y se abalanzaron sobre

él.

Cuando el pequeño pájaro se escabulló y saltó al tejado del establo, Inocente sacó la mano por el ventanuco y lo cogió. ¡Un latido de turquesa! ¡Una fiebre de oro! El joven príncipe se quedó con una pluma de la cola en su mano.

Inocente miró la bella pluma. Y sobre su cabeza, muy alto, el pájaro cantó:

—¡Sígueme! ¡Sígueme! ¡Encuéntrame! ¡Encuéntrame!

—¡Lo haré! —exclamó Inocente.

Bajó con dificultad del pajar, adelantó corriendo a sus dos hermanos y salió del patio del establo. Pero, no importaba lo rápido que corriese, el pájaro dorado y turquesa siempre estaba a un tiro de piedra por delante de él.

Inocente corría con tanta fuerza que, cuando llegó al muro de piedra que rodeaba las tierras del palacio, juntó las rodillas en el aire y saltó limpiamente sobre él.

El joven príncipe aterrizó sobre el mismo lomo de una mula que se encontraba echando la siesta en el campo del otro lado.

—¡Eh! —exclamó la mula—. ¿Adónde vas?

—Tras aquel pájaro —contestó Inocente—. ¿Lo ves? Lo perseguiré hasta que lo encuentre.

—¿Eres un buen jinete? —preguntó la mula.

—Medianamente bueno —respondió Inocente.

—Agárrate, entonces —dijo la mula—. Iremos tras el pájaro.

—¡Aprisa! —la animó Inocente—. Ya se ha marchado.

—Te llevaré al lugar donde ese pájaro vive —declaró la mula.

Al otro lado del campo de la mula, había otro muro, un muro doble.

La mula galopó en su dirección, juntó las rodillas en el aire y saltó por encima.

—Eres el mejor jinete que jamás he visto —aseveró la mula.

—Eres la mejor mula que jamás había visto —afirmó Inocente.

Cabalgaron todo el día. Cabalgaron a través del sol y la lluvia, el verde y la plata. El brillo del día se apagó; el aire se volvió frío y brumoso.

—Tengo hambre —dijo la mula—. ¿Podrías ir a buscar unos cuantos granos de avena?

—¿Dónde? —preguntó Inocente. No veo ninguna avena por aquí.

—¡Espera un momento! —dijo la mula.

Pero, a pesar de que Inocente esperó y esperó, no vio un ladrillo de construcción alguna.

—Yo también tengo hambre —aseveró Inocente—. ¿Podrías pedirme un estofado? Zanahorias, menudillos de carne, champiñones, patatas, ¡ummm!

—Al pie de esta colina —explicó la mula— hay un arroyo. Sobre el arroyo hay un puente. Y sobre el puente hay una posada. ¡Allí podremos comer!

—De acuerdo —dijo Inocente—. ¿Y qué haremos con el dinero?

—Tú sólo tienes que pedir mi avena como te he dicho —indicó la mula.

—¿Cuánta quieres? —preguntó Inocente.

—Un quintal —respondió la mula.

—¡Un quintal! —exclamó Inocente.

—Eso será suficiente —declaró la mula.

De manera que se detuvieron en la posada. Y, después de llevar la mula al establo, Inocente fue a buscar al posadero y le pidió un quintal de avena para la mula.

—Ahora entra y pide tu cena —dijo la mula.

Conque Inocente volvió a entrar en la posada y se sentó junto al fuego. Comió su estofado, bebió dos pintas de cerveza negra y soñó con el pájaro dorado y turquesa.

—¿Y bien? —se interesó el posadero.

—¡Muy sabroso! —replicó Inocente.

—Media guinea —indicó el posadero—. La mitad por la avena y la mitad por el estofado.

—No tengo dinero —explicó Inocente. Se lo debería haber dicho antes.

—Está bien —dijo el hombre—. Me quedaré con la mula hasta que pueda pagarme.

—Pero es que estamos siguiendo a un pájaro —protestó Inocente.

—¡Fuera! —gritó el posadero.

Entonces, el posadero corrió a cerrar la puerta del establo.

—Tú te quedas aquí, vieja amiga —le dijo a la mula— hasta que el sinvergüenza de tu amo…

La mula lanzó una mirada al posadero y le dio una endiablada coz en la espinilla. El hombre se cayó al suelo.

—¡Pagarás por esto! —gritó.



—¡Pagaré —contestó la mula— más tarde!

Pasó por encima del posadero y salió del establo.

—Vamos —ordenó a Inocente—. Hay tiempo para todo.

Conque Inocente saltó al lomo de la mula y se internaron, galopando, en la oscuridad.

Cuando la luz comenzó a brillar y se definieron las formas, Inocente se dio cuenta de que cabalgaban a través de un país que no había visto nunca antes. Todo parecía haber sido hecho para gigantes o por gigantes. A su alrededor, montañas enormes, pinos enormes, muros de piedra enormes.

Antes de que pasara mucho tiempo, llegaron a un muro más gigantesco incluso que los otros. Era una enorme cortina de piedra que se extendía a lo largo de la tierra, de izquierda a derecha.

—Tiene cinco millas de alto —aseveró la mula.

—Es el fin del mundo —opinó Inocente.

—Así es que agárrate bien —dijo la mula.

Se puso al trote, después al galope, juntó las rodillas y saltó por encima del poderoso muro.

—Eres un jinete invencible —manifestó la mula.

—Eres una mula invencible —afirmó Inocente.

Pero un nuevo obstáculo se levantaba en su camino: un gigantesco lago gris que ondeaba a sus pies.

—Tiene cinco millas de largo y cinco millas de ancho —dijo la mula—. ¡Y otra cosa! Después de tanta avena, todavía tengo sed.

—Déjalo —pidió Inocente.

—Me detendré aquí y beberé algo —dijo la mula.

—Te agobiarás con el peso —observó Inocente—. No querrás continuar.

—Tú espera a ver —replicó la mula.

De modo que Inocente desmontó, la mula caminó tranquilamente hasta el borde del lago y comenzó a beber.

El sol ascendía por el cielo y, mientras esperaba a que la mula saciara su sed, Inocente debió de cerrar los ojos, porque, cuando volvió a mirar en dirección a la mula, advirtió que casi se había bebido todo el lago.

—¿No has tenido ya bastante? —gritó.

—Eso está mejor —dijo la mula—. ¡Vamos allá!

De forma que Inocente subió sobre la mula una vez más, retomaron el camino a través del lecho pedregoso del lago y subieron hasta la garganta de un valle.

Al final del valle se levantaba una montaña, y desde el pie hasta la cima ardía una vacilante pirámide amarilla. Las llamas cantaban bajo la luz del sol. Y entre esta montaña y los dos viajeros se levantaba un muro de losas de quince pies de altura.

La mula le echó un vistazo.

—Agárrate —dijo.

—¡A él, mula! —animó Inocente.

De manera que la mula abrió la boca y dejó salir toda el agua que había tragado, una enorme mojadura, una marea que apagó las llamas de la montaña.

Entonces, de cada espiral de humo emanó un sonido cantor, una canción tan dulce que arrastraba consigo las penas. Fuera del humo brilló el pájaro dorado y turquesa.

—¡Sígueme! ¡Sígueme! ¡Encuéntrame! ¡Encuéntrame!

Después, el pájarillo batió sus alas sobre la pedregosa ladera y entró en una cueva, fuera de su vista.

—¡Aprisa, mula! —ordenó Inocente.

Los dos viajeros corrieron sobre la pedregosa ladera de la montaña hacia la entrada de la cueva. Y penetraron en ella. Se inclinaba hacia arriba y se inclinaba hacia abajo, y después se abrió a una gran estancia, una espaciosa habitación alumbrada con velas temblorosas, revestida con deslumbrantes tapices.

El pájaro no estaba allí, pero sí la más bella de las muchachas, una princesa vestida de oro y de turquesa. Tan pronto como Inocente la vio, deseó vivir con ella el resto de su vida.

—Princesa —dijo— ¿te quieres casar conmigo?

—No lo haré —respondió la princesa—. No salvo que encuentres a mi padre. Y eso es algo que dudo que puedas hacer. ¡Yo misma le he escondido!

—Deja que lleve primero a mi mula al establo —pidió Inocente—. Hemos recorrido un largo camino.

—Tienes un largo camino que recorrer —dijo la princesa.

Así es que Inocente condujo a la mula a través de la estancia hacia un establo de piedra bastante confortable.

—Y ahora, ¿qué puedo hacer? —preguntó Inocente.

—Esa joven dama —dijo la mula, moviendo su vieja cabeza—, tiene una gallina clueca. La encontrarás en su dormitorio, justo debajo de su cama. Debajo de la gallina hay once huevos, y uno de ellos es amarillo y moteado.

—Te escucho —dijo Inocente.

—El rey está en su interior. Cógelo y levanta tu brazo como si fueras a romperlo contra la piedra, y el rey del huevo gritará y te rogará que le perdones la vida.

—Eres la mula entre las mulas —aseveró Inocente. Se fue directamente hacia el dormitorio de la princesa, y todo sucedió como la mula había predicho.

Inocente perdonó la vida al rey, y luego le preguntó a la princesa:

—¿Te casarás conmigo ahora?

—No lo haré —contestó ella—. No, salvo que seas capaz de encontrar de nuevo a mi padre. Y eso es algo que no harás jamás. Le he escondido por segunda vez.

Cuando Inocente regresó al establo, la mula le dijo que el rey estaba escondido en el pico de un pato que nadaba en el gran estanque del jardín de palacio.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Inocente.

—Mira mi cola —respondió la mula—. En ella hay un pelo gris.

—Puedo verlo —dijo Inocente.

—¡Arráncalo! —ordenó la mula—. ¡Llévalo al estanque! ¡Ponlo a flotar en el agua!

—¿Para qué? —preguntó Inocente.

—El pato nadará directamente hacia él. Coge al pato y amenaza con cortarle el cuello; y entonces el rey del pico gritará y te rogará que le perdones la vida.

—Eres la mula entre las mulas —aseveró Inocente. Se dirigió directamente hacia el estanque de los patos, y todo sucedió tal como la mula había predicho.

Inocente perdonó la vida al rey, y luego le preguntó a la princesa:

—¿Te casarás conmigo, ahora?

—No lo haré —respondió la princesa—. No, salvo que puedas encontrar a mi padre por tercera vez.

—La princesa le ha escondido en un zueco de madera —le informó la mula.

—¡Un zueco de madera! —exclamó Inocente.

—Echa una mirada a este casco mío —dijo la mula.

—Estoy mirando —repuso Inocente.

—Y tira de uno de los clavos.

Cuando Inocente hubo sacado el clavo del casco, la mula dijo:

—Clávalo en el zueco de madera hasta casi partirlo en dos.

Y eso hizo. Encontró el zueco de madera en la esquina de una sala enorme y metió el clavo en él. El rey del zueco gritó y le rogó a Inocente que le perdonara la vida.

Inocente perdonó la vida al rey, y volvió junto a la princesa.

—Ahora te casarás conmigo —dijo

Y, de esta forma, Inocente y la princesa dorada y turquesa se casaron. Vivieron con el viejo rey en su cavernoso palacio y nunca hubo tres personas más felices.

—¿Qué haré ahora? —inquirió la mula—. ¿Adónde iré?

—¡Vete a casa, mula! —contestó Inocente—. Vuelve a tu tierra, junto al palacio de mi padre. Conoces el camino. Pero prométeme que regresarás dentro de siete años para saber cómo estoy.

Después, Inocente agradeció a la mula la ayuda prestada para seguir al pájaro y encontrar al rey, y la mula salió lentamente de la cueva y tomó el camino de vuelta a casa.

Pasados siete años, la mula volvió a ver a Inocente, a la princesa y a su padre.

—¿Me llevarás al establo y me darás de comer? —preguntó la mula—. Te serviré y trabajaré para ti tan bien como sea capaz.

—Tú no tienes que servirme ni trabajar para mí —respondió Inocente—. No, cuando pienso en todo lo que hiciste por mí y cómo me ayudaste. Siempre serás bienvenida aquí.

—Entonces —dijo la mula—, ¿ves aquel arbusto allí?

—Lo veo —contestó Inocente.

—Arráncalo de raíz y golpéame tres veces con él.

En el mismo instante en que Inocente golpeó a la mula por tercera vez, fue liberada del hechizo que la había poseído y gobernado durante siete años, ¡y no era otro que el propio padre perdido de Inocente, el rey a quien se creía ahogado en una fuerte tempestad!

Y así Inocente y la princesa y los dos ancianos reyes vivieron juntos en el cavernoso palacio. Yo mismo les visité, y todos ellos se encontraban bien, sanos y felices.


PRADO 1990

Lirio amarillo



L hijo del rey de Irlanda le gustaba realizar pruebas de fuerza y de inteligencia. La afición por el juego latía en sus venas.

—Mañana —dijo un día el príncipe— iré de caza. Te traeré un ciervo o un jabalí.

—Tráete a ti mismo de vuelta sano y salvo —repuso el rey.

—Estamos preocupados por ti —añadió la reina.

—Me mimáis demasiado —dijo el príncipe—. Dejadme ser yo mismo.

A las cinco, el principe se levantó y tomó el desayuno solo. A las seis se había marchado, cruzando los hayedos y pasando sobre la escalerilla de la cerca donde el cuco se sentaba para cantar, y había seguido viaje hacia las colinas habitadas por las bestias salvajes y las aves de presa.

El hijo del rey intentó cazar durante todo el día, la mañana y la tarde, sin hacer ningún blanco. Mientras el sol de abril se ponía, pálido como una prímula, el joven se dejó caer cuan largo era sobre la hierba tupida, cansado de la caminata y de la soledad el lugar.

Al cabo de cinco minutos, se sintió algo descansado. Se levantó y se echó el arco al hombro; se apretó el cinturón con su carcaj de flechas.

—Mañana, entonces —dijo, y se volvió de espaldas a la ladera de la colina.

Justo antes de que el joven se internara en los hayedos, oyó un agudo silbido detrás de él. Se volvió inmediatamente, y allí estaba el gigante del lago Lein, bajando tras él a toda prisa la pendiente de la colina. El príncipe se detuvo y esperó a que el gigante le alcanzase. No le llevó mucho tiempo. El gigante era tres veces más alto que un hombre normal y podía igualar caminando la velocidad que el príncipe ganaba corriendo.

—¡Y bien! —le preguntó el gigante—. ¿Sabes jugar a las cartas?

—¿A las cartas? Por supuesto que sé.

—De acuerdo. Jugaremos una mano aquí y ahora.

—Como quieras —replicó el príncipe.

De manera que se sentaron y el gigante sacó una gran baraja de cartas.

—¿Qué nos jugamos? —preguntó el gigante.

—Soy el hijo del rey —respondió el joven— y me jugaré dos granjas, los edificios y toda la tierra que las rodea.

—Eso me viene bien —dijo el gigante—. Poseo muchas tierras aquí arriba.

El príncipe ganó el juego y volvió a casa con paso alegre.

—¿Qué cazaste? —quiso saber el rey.

—Cacé dos granjas —contestó su hijo—, los edificios y toda la tierra que las rodea.

Y le contó a su padre cómo había jugado a las cartas con el gigante del lago Lein.

—¡Ah! —exclamó el rey, muy pensativo.

—Estamos preocupados por ti —afirmó la reina.

A la mañana siguiente el príncipe se levantó temprano. Estuvo cazando todo el día, y sólo capturó una liebre. Por la noche, el gigante le siguió por segunda vez.

—¡Y bien! —dijo el gigante—. ¿Qué nos jugamos hoy?

—Eso te lo dejo a ti —replicó el príncipe—. Yo elegí la apuesta ayer.

—De acuerdo —dijo el gigante—. Voy a elevar la apuesta. Poseo una manada de quinientos novillos y todos ellos tienen los cuernos de oro y las pezuñas de plata. Los apostaré contra el mismo número de tu ganado: quinientas cabezas.

—De acuerdo —repuso el príncipe.

Y de esta forma jugaron por segunda vez, y de nuevo el gigante perdió el juego. Dio un fuerte bramido, y poco después llegó su preciada manada de novillos a la cima de la colina, y descendió hasta la linde de los hayedos.

—Te ajustaré las cuentas —amenazó el gigante.

—Inténtalo —contestó el príncipe.

Entonces, el hijo del rey volvió a casa conduciendo la hermosa manada de ganado tras él. Mientras avanzaban en la media penumbra, sus cuernos parecían dulces hoces de luna, y sus pezuñas, un campo lejano de hielo quebrado.

Cuando el rey descubrió la forma en que su hijo había obtenido los novillos, mandó llamar a su mago, viejo y ciego.

—Ayer, dos granjas —dijo el rey—. Hoy quinientos novillos.

—Mejor será que no vaya mañana —dijo el mago—. No dejes que tu hijo juegue a las cartas con el gigante una vez más.

Pero nada de lo que el rey o la reina le dijeron pudo disuadir a su hijo. Intentó cazar durante todo el día sin éxito y, al ponerse el sol, abandonó las colinas. Cuando el príncipe hubo alcanzado los hayedos no vio señal del gigante y entonces se sentó a esperarle.

El hijo del rey estuvo allí sentado largo rato, y el gigante no apareció. De manera que, finalmente, se levantó, se estiró y se volvió hacia los hayedos. En aquel momento, el príncipe oyó un silbido penetrante detrás de él, y, descendiendo la pendiente de la colina, divisó al gigante del lago Lein, que daba largas zancadas a toda prisa.

—¡Y bien! —bramó el gigante—. ¿Vas a jugar a las cartas hoy?

—Eso es lo que me he estado preguntando —repuso el príncipe—. Pensé que no ibas a venir.

El gigante no dijo nada. Su boca se comprimió en una especie de sonrisa.

—Me gustaría jugar —dijo el príncipe—, pero no tengo nada que apostar.

—Sí lo tienes —repuso el gigante.

—No lo tengo —aseveró el príncipe.

—¿No tienes una cabeza? —preguntó el gigante.

—La tengo —contestó el príncipe.

—Pues bien, entonces —dijo el gigante—. Nos jugaremos las cabezas.

Y de esta manera, el príncipe y el gigante jugaron a las cartas por tercera vez. Apostaron sus vidas, y esta vez el gigante ganó el juego.

El príncipe se quedó sentado, escrutando al gigante.

—Te concederé una pequeña gracia —dijo el gigante—. Unos días, unos meses más de vida. Debes venir a mi castillo en el plazo de un año y un día, y entregarte a mí.

El rey y la reina vieron cómo el principe regresaba a casa caminando lentamente. Sufrieron, se sintieron viejos y la advertencia del mago resonó en sus oídos.

Al entrar en el castillo, el príncipe no levantó la mirada ni dijo una sola palabra. Pasó caminando junto al rey y la reina y subió a sus habitaciones. No tomó cena alguna ni mandó llamar a ningún criado.

Nadie volvió a verle aquella noche.

Al día siguiente, el príncipe contó al rey y a la reina cómo había jugado a las cartas por tercera vez y había perdido su vida ante el gigante del lago Lein.

—Lo vimos venir —comentó el rey.

El príncipe bajó la mirada.

—No hay nada que podamos hacer —afirmó el rey—. Tendrás que ir a su castillo y llevar contigo toda tu astucia y tu aguda inteligencia. Ningún juego está acabado hasta no haber jugado la última mano.

La idea de su viaje se apoderó de la mente del joven. Su viejo gusto por las pruebas de fuerza y su afición por el juego le parecían ahora insensateces. Una mañana, cuando el año llegaba a su fin y sin informar siquiera al rey y a la reina de sus intenciones, el príncipe, sencillamente, desapareció.

Cruzó ascendiendo los verdes hayedos y pasó sobre la escalerilla de la cerca donde el melancólico cuco cantaba. Durante todo el día caminó sobre las colinas sin ver un hombre, una mujer o un niño, ni siquiera una musaraña o una liebre.

Ya anochecido, descendió a un solitario valle, y allí divisó el brillo de una luz. Provenía de una pequeña casa, y en su interior encontró a una anciana de piel curtida que se tostaba frente al fuego. Cada una de las púas de su cabeza estaba afilada y eran tan largas como un bastón.

Cuando el príncipe entró en la casa, la anciana se levantó, se dirigió hacia él y le dio la mano derecha.

—Hijo del rey de Irlanda —dijo— sé bienvenido a esta casa.



Entonces, la anciana trajo al príncipe un cuenco de agua caliente y le lavó los pies junto al chispeante fuego.

A la mañana siguiente, cuando el príncipe despertó, su desayuno estaba preparado: papilla de avena humeante, pan crujiente y leche templada. La anciana le miraba mientras comía y bebía, y después dijo:

—Has pasado la noche en mi casa, y esta noche la pasarás en casa de mi hermana. Asegúrate de que haces cualquier cosa que te diga. De otra forma, tu cabeza estará en peligro.

—De acuerdo —contestó el joven príncipe—. Lo haré.

—Aquí tengo un presente para ti: este ovillo de hilo. Antes de partir, tíralo al suelo delante de ti. Durante todo el día, el ovillo rodará frente a ti, y deberás seguirlo, formando con él un nuevo ovillo.

Durante todo el día caminó el príncipe colina arriba y colina abajo, enrollando el hilo. Por la noche llegó a una alta colina al pie de la cual encontró una pequeña casa con una luz brillando en su interior.

Sólo había una persona entre sus cuatro paredes: una anciana de cabellos como púas afiladas, cada una tan larga como una muleta.

—¡Ah! —dijo la anciana cuando el joven atravesó el umbral—. Hijo del rey de Irlanda, sé bienvenido a esta casa. La noche pasada estuviste en casa de mi hermana y esta noche la pasarás aquí; me alegro mucho de verte.

Entonces la anciana le ofreció al príncipe carne y bebida y una buena cama para descansar. Al despertar a la mañana siguiente, su desayuno estaba preparado. Comió y se preparó para partir; entonces la anciana le dijo:

—Pasaste la noche de anteayer en casa de mi hermana y has pasado la noche de ayer en mi casa; esta noche la pasarás en casa de mi hermana mayor. Debes hacer cualquier cosa que te diga o perderás la cabeza.

La anciana le entregó un ovillo de hilo.

—Tira este ovillo delante de ti —dijo—. Sigue este ovillo durante todo el día.

Hora tras hora, el príncipe enrolló el hilo y, a la caída de la tarde, llegó a una tercera casa pequeña, una tercera luz que brillaba y una tercera anciana.

—Sé bienvenido —dijo la hermana mayor—. Me alegro de verte, hijo del rey.

Le lavó, le dio de comer y le preparó una cama, igual que sus dos hermanas menores habían hecho.

Una vez que el príncipe hubo tomado su desayuno, la anciana dijo:

—Sé adonde vas; conozco tu triste viaje. Has perdido tu cabeza ante el gigante del lago Lein y te diriges allí para entregarte.

—Llevo conmigo toda mi astucia y mi aguda inteligencia —aseguró el príncipe.

—El gigante del lago Lein tiene un enorme castillo rodeado de setecientas lanzas de hierro. Todas las lanzas, todas excepto una, están rematadas con la cabeza de un rey, una reina o el hijo de un rey. La última de las lanzas está esperando, y nada en el mundo podrá salvarte, a no ser que sigas mi consejo.

—Lo seguiré —afirmó el príncipe.

—Aquí tienes un ovillo de hilo —continuó diciendo la anciana—. Sigue este ovillo hasta que, a media mañana, llegues a un lago muy próximo al castillo del gigante. Para entonces, todo el ovillo se habrá desenrollado. Cada día, al atardecer, las tres hijas del gigante bajan al lago para bañarse. Verás que cada una de ellas lleva un lirio pegado a su pecho; la mayor, un lirio azul; la segunda, uno blanco, y la más joven, un lirio amarillo. Es a la hija con el lirio amarillo a quien debes mirar. No separes tus ojos de ella ni por un instante. Cuando se desnude antes de entrar en el agua, fíjate en el lugar exacto en el que coloca sus ropas. Y entonces, mientras las tres hijas nadan hacia el centro del lago, coge las ropas de Lirio Amarillo y escóndete cerca.

—Te escucho —dijo el príncipe.

—Las tres hermanas nadarán hasta la orilla y saldrán del lago. Y, cuando Lirio Amarillo descubra que ha perdido sus ropas, sus hermanas mayores se reirán y se burlarán de ella. Lirio Amarillo se encogerá junto al agua. Empezará a sollozar y dirá: «¿Cómo puedo volver a casa? Todo el mundo se reirá de mí» y añadirá: «Permitid que el hombre que cogió mis vestidos me los devuelva. Juro que le salvaré de cualquier peligro en que se encuentre. Salvaré su vida si puedo».

El príncipe partió de la casa de la hermana mayor y siguió el ovillo de hilo. Y, a mediodía, cuando caminaba junto a un lago muy próximo al castillo del gigante, el hilo se acabó; todo el ovillo había sido desenrollado. El príncipe se escondió detrás de una roca, al borde del agua, y esperó.

Antes de que pasara mucho tiempo, las tres hijas del gigante bajaron al lago, se quitaron sus vestidos y se metieron en el agua. Riendo y gritando, nadaron hacia el centro del lago. Después, el príncipe se deslizó desde su escondite; cogió rápidamente los vestidos de Lirio Amarillo y volvió a esconderse tras la roca.

Cuando Lirio Amarillo descubrió que sus ropas habían sido robadas, sus hermanas no hicieron más que reír y burlarse de ella. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Y ahora, ¿cómo puedo volver a casa? —dijo—. Hasta mis hermanas se ríen de mí. Si vuelvo a casa de esta manera, todo el mundo me verá y se burlará.

Las dos hermanas mayores de Lirio Amarillo no le mostraron ninguna piedad. Se vistieron y se marcharon a casa, dejando a su hermana en las aguas poco profundas, llorando. El príncipe observó y escuchó.

Pasado un tiempo, Lirio Amarillo recogió sus rodillas bajo la barbilla y gritó:

—Permitid que el hombre que robó mis vestidos me los devuelva. Juro que le salvaré de cualquier peligro en el que se encuentre.

Cuando el príncipe oyó esto, lanzó los vestidos al aire, por encima de la roca, de manera que éstos cayeron en la orilla, sobre Lirio Amarillo. Ella los cogió y se vistió, y entonces gritó:

—Quienquiera que seas, sal de detrás de esa roca.

Lirio Amarillo miró al príncipe largo tiempo.

—Sé adonde te diriges —dijo—. El gigante del lago Lein es mi padre y tiene un dulce lecho esperando para ti, un profundo aljibe de agua para que mueras en él.

—Jugamos a las cartas —explicó el príncipe— y cuando lo hicimos por tercera vez apostamos nuestras cabezas.

—Sube al castillo antes de que mi padre regrese esta noche —dijo Lirio Amarillo— y ten mucho cuidado de rehusar cualquier alimento que te ofrezca. Baja hasta el aljibe, como te pedirá, y nada en su interior hasta que yo vaya a salvarte.

El camino fue corto y las horas largas. El joven se sentó junto al lago por un tiempo, y luego caminó despacio a lo largo de un camino empinado que conducía, a través de un bosque, directamente hacia las puertas del castillo. Setecientas lanzas rodeaban el castillo, y todas ellas, todas excepto una, atravesaban cabezas humanas.

Cuando el gigante del lago Lein volvió a su castillo aquella noche, sus primeras palabras fueron:

—¿Está aquí el hijo del rey de Irlanda?

—Aquí estoy —dijo el príncipe.

—¡Ah! —exclamó el gigante—. ¡Jugador de naipes! Ven y toma algo de carne.

—No comeré esta noche —contestó el príncipe—. No tengo hambre.

—¡De acuerdo! —dijo el gigante—. ¡Entonces, sígueme!

Y condujo al príncipe hasta una fría habitación en la cual se levantaba un enorme aljibe de metal.

—Ésta es tu cama —tronó.

Y, levantando al joven, lo dejó caer en el aljibe.

El gigante se encontraba cansado. Había estado fuera todo el día, cazando en las colinas y los bosques. Se fue a su dormitorio y, cinco minutos más tarde, estaba dormido.

En seguida, la hija menor del gigante subió al aljibe, lanzó una mirada desde lo alto, y ayudó a salir al príncipe. Le dio ropa seca y una buena comida y después le ofreció una cama confortable.

Lirio Amarillo montó guardia durante la noche, y tan pronto oyó que su padre dejaba de roncar y comenzaba a estirarse, levantó al príncipe y le llevó de vuelta al aljibe.

—¡Tú, el de ahí abajo! —tronó el gigante—. ¡Hijo del rey de Irlanda! ¿Estás vivo todavía?

—Lo estoy —respondió el hijo del rey.

—¡De acuerdo! —dijo el gigante—. Es hora de que salgas.

El gigante del lago Lein se inclinó y sacó al joven del agua.

—Hoy tengo un gran trabajo para ti. Junto a este castillo están mis establos. Dan cobijo a quinientos caballos y no han sido limpiados desde hace setecientos años. Cuando mi bisabuela era una niña, perdió un alfiler en algún lugar de aquel establo y, a pesar de lo mucho que lo buscó, nunca pudo encontrarlo. Deberás tener ese alfiler para mí cuando regrese a casa esta noche. Si no lo tienes, colgaré tu cabeza de la septingentésima lanza.

—¿Quién podría ayudarme? —preguntó el príncipe.

—Nadie —contestó el gigante.

—¿De qué puedo valerme? —preguntó el príncipe.

—De una pala —repuso el gigante, y rió de forma siniestra.

Uno de los sirvientes del gigante trajo dos palas, una vieja y una nueva, y las mostró al príncipe.

—Elige una —dijo el gigante.

—Cogeré la nueva —dijo el príncipe.

Entonces, el joven fue llevado a los establos, e inmediatamente se puso a trabajar. Pero, por cada palada de estiércol que el príncipe arrojaba fuera de la puerta, entraban dos. Al poco tiempo, la entrada estaba bloqueada con un enorme montón de estiércol, del suelo al techo.

Lirio Amarillo llegó al establo y gritó:

—Hijo del rey, ¿cómo te va?

—No avanzo nada —repuso una voz sofocada—. Cuanto más saco fuera, dos veces la misma cantidad vuela hacia dentro. Ni siquiera puedo salir por esta puerta.

—Haz un camino para mí y te ayudaré —gritó Lirio Amarillo.

—¿Cómo puedo hacerlo? —gritó a su vez el príncipe.

Lirio Amarillo sonrió. Con sus manos desnudas abrió una brecha en el estiércol. Lo hizo como una tormenta a las hojas y entró en el establo. Una vez allí, comenzó a hacerlo de nuevo, y antes de que transcurriera mucho tiempo, el establo estaba limpio y Lirio Amarillo encontró el alfiler que una vez había pertenecido a su tatarabuela.

—¿Puedes verlo? —preguntó.

—¿Dónde?

—Allí —dijo Lirio Amarillo—. Titilando en aquella esquina.

El príncipe recogió el alfiler y se lo clavó en la camisa, para que estuviera a salvo hasta entregárselo al gigante.

—¿Y bien? —tronó el gigante cuando regresó aquella noche.

—No ha sido nada —dijo el príncipe.

El gigante lanzó un bufido.

—¿Has encontrado el alfiler?

—Lo he encontrado —contestó el príncipe.

Se quitó el alfiler y lo colocó sobre la enorme palma de la mano del gigante.

—¡Ah! —exclamó el gigante—. Entonces tienes al demonio de tu lado. Al demonio o a mi hija. Tú no limpiaste todo ese estiércol solo.

—Ni al demonio ni a tu hija —replicó el príncipe—. Lo limpié todo con la pala por mí mismo. Contando únicamente con mi fuerza.

—¡Muy bien! —profirió el gigante—. Has hecho tu trabajo y tendrás tu carne.

—No comeré hoy. Estoy bien como estoy.

El gigante enarcó las cejas.

—Si no comes mi carne, tendrás que dormir otra vez en el aljibe.

Dicho eso, el gigante dejó caer al príncipe en el aljibe y se retiró a su dormitorio. Poco después estaba roncando, cansado de caminar por Irlanda y de cazar todo el día.

En seguida, la hija menor del gigante subió apresuradamente hacia el aljibe, miró desde lo alto y ayudó al príncipe a salir. Le dio ropa seca y una buena comida, y le ofreció una cama confortable.

Lirio Amarillo montó guardia durante la noche y, tan pronto oyó que su padre dejaba de roncar y empezaba a estirarse, levantó al príncipe y le llevó de vuelta al aljibe.

—¡Tú, el de ahí abajo! —tronó el gigante—. ¿Estás vivo todavía?

—Lo estoy —respondió el hijo del rey.

—¡Bien! —dijo el gigante, sacando al príncipe del aljibe.

—Tienes un gran trabajo que hacer hoy. Aquellos establos que limpiaste ayer no han sido retechados en setecientos años. Debes retecharlos con plumas de pájaros y, entre las plumas, no podrá haber dos del mismo color ni de la misma clase. Si no has terminado cuando vuelva a casa, mañana cogeré tu cabeza para la septingentésima lanza.

—¿No dejarás que nadie me ayude? —preguntó el joven.

—Puedes contar con un reclamo —contestó el gigante.

Uno de los sirvientes trajo dos reclamos, uno viejo y uno nuevo, y los mostró al príncipe.

—Elige uno —dijo el gigante—, para atraer a los pájaros.

—Cogeré el nuevo dijo el príncipe.

E inmediatamente partió, corriendo deprisa sobre las cimas de las colinas y haciendo sonar el reclamo en su carrera. Pero, a pesar de la dulzura con que el hijo del rey tocaba, ningún pájaro se acercaba a él. El príncipe tenía calor; estaba cubierto de polvo y se sentía cansado. Se sentó en una ladera.



En este momento, Lirio Amarillo apareció junto al príncipe. Se arrodilló, sonrió y extendió un mantel, y el mantel estaba cubierto de comida y bebida.

—Quédate aquí —dijo Lirio Amarillo—, y yo retecharé los establos.

Antes de que el príncipe hubiera terminado su comida, los establos habían sido retechados con plumas de pájaros, y no había dos plumas que fueran del mismo color o la misma clase.

—¿Están los establos retechados? —gritó el gigante del lago Lein al entrar, retumbando, en su castillo aquella noche—. ¿Has terminado los establos?

—Sí —contestó el príncipe.

—¿Has terminado? —se sorprendió el gigante.

—No ha sido nada —comentó el joven.

—¡Ah! —exclamó el gigante—. Entonces has tenido al demonio de tu parte. Al demonio o a mi hija.

—Ni al demonio ni a tu hija —respondió el príncipe—. Los reteché yo mismo. Conté con mi propia habilidad.

El joven pasó aquella noche de la misma forma que las precedentes, y cuando al amanecer el gigante lo encontró aún vivo en el aljibe, dijo:

—Hoy tengo un trabajo muy esforzado para ti, y, a no ser que puedas llevarlo a cabo, tu cabeza colgará de la lanza mañana. En las lomas, delante de este castillo, encontraras un árbol de novecientos pies de altura. No tiene una sola rama, excepto una pequeña en la misma copa, y allí es donde ha anidado un cuervo.

—Te escucho —dijo el príncipe.

—El tronco del árbol está cubierto de cristal, desde la tierra hasta el nido —continuó el gigante—. Hay un huevo en ese nido, y eso es lo que quiero para mi cena de esta noche. Consígueme ese huevo o mañana colgará tu cabeza de la septingentésima lanza.

El gigante salió a cazar y el príncipe bajó por la inclinada loma hasta el árbol. Puso sus brazos alrededor del tronco y trató de sacudirlo. No se movió. Puso sus brazos alrededor del tronco y trató de escalarlo. Sus manos y sus pies resbalaron una y otra vez.

—Ahora sí que estoy acabado —dijo el hijo del rey—. Esta vez perderé mi cabeza.

Mientras el príncipe estaba allí mirando fijamente el brillante árbol, Lirio Amarillo vino tras él.

—¿Cómo te va? —preguntó.

—No avanzo nada —repuso el joven—. Ni siquiera he empezado.

—Bien —dijo Lirio Amarillo—. ¡Te creo! Limpiar y retechar los establos no fue nada comparado con esto. Haremos mejor comiendo primero. Tomemos algo juntos y luego hablaremos.

Lirio Amarillo se arrodilló junto a una pequeña fuente, sonrió y extendió un mantel, y el mantel estaba cubierto con comida y bebida.

Cuando hubieron comido, la hija del gigante sacó un terrible cuchillo de su bolsillo.

—¿Para qué es eso? —preguntó el príncipe.

—Para que me mates con él —contestó Lirio Amarillo—. Debes matarme, separar la carne de mis huesos y utilizarlos como peldaños para escalar este árbol.

—No puedo matarte —declaro el príncipe.

—Mientras escalas el árbol —continuó diciendo Lirio Amarillo— mis huesos se pegarán al cristal como si crecieran de él. Después te sostendrán mientras bajas de nuevo, y caerán sobre tus manos cuando los toques.

—No, después de todo lo que has hecho por mí —exclamó el príncipe.

—Cuando llegues abajo, asegúrate de ponerte de pie sobre todos y cada uno de los huesos —prosiguió Lirio Amarillo—. No dejes ninguno sin tocar;

de otra forma, se quedará atrás perdido.

Lirio Amarillo extendió un segundo mantel junto a la pequeña fuente que regaba las raíces del árbol.

—Pon toda mi carne en este mantel, y cuando hayas bajado del árbol, coloca mis huesos sobre el mantel y mi carne sobre ellos, y salpícala con agua de esta fuente. Entonces me levantaré frente a ti, viva y sana. Pero no olvides, ningún hueso en el árbol tras de ti. Si no me obedeces, los dos habremos acabado. Sólo serás capaz de escalar ese árbol si haces lo que te he dicho.

El hijo del rey hizo lo que Lirio Amarillo le dijo. La mató, separó la carne de los huesos y la descuartizó. Luego, el príncipe colocó los huesos, uno a uno, contra el tronco; los utilizó como peldaños y escaló y escaló hasta que, con el último hueso, estuvo al alcance del nido del cuervo.

El príncipe levantó un brazo, hundió su mano en el nido y cogió el huevo del cuervo. Inmediatamente después, comenzó a descender colocando su pie, cuidadosamente, sobre todos y cada uno de los huesos, y recogiendo los huesos del árbol, a medida que caían en sus manos.

Cuando estaba a tan sólo unos pies del suelo, el príncipe saltó del árbol; no tocó el último de los huesos.

Entonces, el príncipe colocó todos los huesos de Lirio Amarillo en el mantel blanco, al pie del árbol. Dispuso su carne sobre ellos y los salpicó con el agua de la fuente.

Lirio Amarillo, la hija menor del gigante, se levantó frente a él viva y sana, y la primera cosa que dijo fue:

—¿No te dije que te posaras sobre todos y cada uno de mis huesos? Dejaste en el árbol, sin tocar, mi dedo pequeño del pie. Ahora sólo tengo nueve dedos.

Tan pronto como el gigante cruzó la puerta de su castillo vociferó:

—¿Has conseguido el huevo del cuervo para mi cena?

—Lo he hecho —contestó el príncipe.

—Si lo has hecho —dijo el gigante—, has tenido al demonio de tu parte. Al demonio o a mi hija.

—Conté con mi propia destreza —aseguró el príncipe.

—Bien —declaró el gigante—, quienquiera que fuese, no tengo otro remedio que perdonarte. Has llevado a cabo las tres tareas. Tu cabeza te pertenece.

De esta manera, el príncipe fue libre de abandonar el castillo. Y se marchó lejos, cruzando las altas colinas y los verdes valles de Irlanda. No se detuvo para comer ni para dormir hasta que estuvo de regreso en casa de su padre y

de su madre. ¡Cómo recibieron el rey y la reina a su hijo! Le dieron la bienvenida con besos y preguntas; le recibieron con fiestas, bailes y canciones. Creían que había muerto y, allí estaba su propio hijo, frente a ellos.

Varias semanas después, el rey volvió a hablar con su mago, viejo y ciego.

—¿Cómo puedo proteger la vida de mi hijo? —preguntó—. Es mi heredero. Cuando yo muera, él será el rey.

—¡Escucha! —repuso el mago—. Encuéntrale una esposa. De esta forma, dejará de vagabundear solo. En vez de buscar placer en las pruebas de fuerza y en el juego, se quedará en casa.

El rey quedó satisfecho con el consejo de su mago. Mandó un emisario al rey de Dinamarca pidiéndole a su hija en matrimonio. Antes de que pasara mucho tiempo, el rey danés embarcó hacia Irlanda llevando consigo a su hija como novia para el príncipe.

El rey y la reina de Irlanda hicieron preparativos para celebrar una magnífica boda, a la que asistirían invitados de todo el mundo. El príncipe pidió a su padre que invitara al gigante del lago Lein y a su hija menor, Lirio Amarillo; y, de esta forma, el rey envió un emisario a través del montañoso país al castillo del gigante, rogándoles su presencia.

Un día antes de la boda, el rey celebró una espléndida fiesta para sus invitados. Mientras todo el mundo comía y bebía, brindaba y reía, el gigante del lago Lein dijo:

—Nunca he estado en una reunión como ésta sin que un hombre cantara una canción, otro contara una historia y un tercero hiciera un truco de magia.

Y, así, el rey de Irlanda cantó una canción y el rey de Dinamarca contó una historia.

—Fue idea tuya —dijo el rey de Irlanda al gigante—, ahora es tu turno.

—Lirio Amarillo —replicó el gigante— puede ocupar mi lugar.

Lirio Amarillo dio un paso al frente. En la palma izquierda de su mano había un grano de trigo, y en la derecha otro. La hija del gigante los lanzó al aire, y sobre la mesa del banquete descendieron, volando, dos palomas. El palomo comenzó a picotear a la paloma, a zarandearla y a empujarla hasta que ella cayó sobre la mesa. Entonces la paloma gritó al palomo, con la voz de una mujer joven:

—No me hubieras tratado así el día en que limpié por ti los establos.

Después, Lirio Amarillo puso dos granos de trigo sobre la mesa del banquete. El palomo comió los dos granos, picoteó a la paloma y la empujó, hasta que ésta cayó de la mesa al suelo. Entonces, la paloma dijo:

—No me hubieras tratado así el día en que reteché los establos por ti; cuando los reteché con plumas de pájaros y no hubo dos plumas del mismo color ni de la misma clase.

Una vez más, Lirio Amarillo puso dos granos de trigo sobre la mesa del banquete. Y de nuevo, el palomo comió los dos granos y empujó a la paloma al suelo.

Entonces, la paloma gritó:

—No me hubieras tratado así el día en que me mataste, cogiste mis huesos para hacer peldaños con los que subir al árbol de cristal de novecientos pies de altura y coger el huevo del cuervo para la cena del gigante del lago Lein, el día en que olvidaste mi pequeño dedo del pie en el descenso y me dejaste mutilada para el resto de mi vida.

—¡Ah! —exclamó el príncipe—. Solía vagabundear por toda Irlanda buscando pruebas de fuerza y de ingenio. Una vez, lejos de aquí, perdí la llave de un cofrecito que tenía. Pasado un tiempo, tuve la llave que mandé hacer, y después encontré la vieja llave de nuevo. Ahora amigos, ¿podéis decirme qué llave debería guardar y cuidar?

—Mi consejo —contestó el rey de Dinamarca— es que guardes la vieja llave. Ya conoce la cerradura y tú estás más acostumbrado a ella.

—Es un consejo honesto y sabio —dijo el príncipe— y te doy las gracias por él. Aquí está mi prometida Lirio Amarillo, la hija del gigante del lago Lein. La tendré por esposa si ella desea tenerme a mí por esposo. ¡La tendré a ella o a ninguna otra mujer!

—¡Mi hija! —exclamó el rey de Dinamarca.

—Tu hija —dijo el príncipe— ha perdido poco. Ha sido salvada de un matrimonio sin amor. Y será la invitada más honrada de mi padre.

Y, así, el hijo del rey se casó con Lirio Amarillo, la hija menor del gigante del lago Lein. La celebración de la boda se prolongó durante semanas. Y el príncipe y Lirio Amarillo, el gigante y el rey y la reina, el rey de Dinamarca y su hija, y los centenares de invitados, todos, fueron muy felices.


PRADO 90

La hija del panadero



L panadero era tacaño; no tiraba ni un mendrugo de pan. Pero su hija era peor todavía. No sólo era roñosa, sino que, además, sonreía afectadamente y adulaba a los ricos, e insultaba a los pobres.

Una noche, un hada pasó por allí. Recogió algunas ropas viejas que durante mucho tiempo habían servido a su dueña y habían sido dejadas para el trapero. Se las puso. Presionó las palmas de sus manos contra el polvoriento rostro de la calle y se restregó las mejillas.

Después, la mujer entró en la panadería medio arrastrándose. El panadero había salido, y su hija miró a la mujer y se echó el bonito pelo hacia atrás.

—¿Sí? —dijo.

—¿Podrías darme un poco de masa? —pidió la mujer.

—¿Masa? —exclamó la muchacha—. ¿Por qué debería hacerlo? Si le doy masa a cada persona que cruza esa puerta, no me quedaría nada. ¿No es cierto?

La mujer bajó la cabeza.

—No tengo dinero —murmuró.

—¿Y de quién es la culpa? —preguntó la muchacha.

—No tengo nada que comer.

La muchacha pellizcó un pequeño trozo de masa de un montón harinoso y blanducho desparramado en la mesa detrás de ella.

—¡Y piensa que tienes suerte! —dijo y metió el trozo en el horno, sobre la rejilla que estaba debajo de sus bandejas de hogazas bien moldeadas.

Cuando abrió de nuevo el horno, vio que la masa de la mujer había subido hasta convertirse en la hogaza más grande.

—No voy a darte ésta —dijo la muchacha—, si es eso lo que crees.

Volvió a pellizcar otro trozo de masa, no más grande que la mitad del primer pedazo pequeño.

—Tendrás que esperar —dijo la muchacha, y lo metió de un empujón en el horno, debajo de otra hornada de sus propias hogazas.

Pero este trozo de masa creció incluso más que el primero, y la segunda hogaza era más grande que la primera.

—¿Pero qué es esto? —exclamó la muchacha—. ¡Eso sí que no!

La hija del panadero volvió a echarse el pelo hacia atrás, llena de rabia, y arrancó un tercer pedazo de masa, más pequeño que un dedo pulgar. Lo metió de un empujón en el horno, debajo de una hornada de pasteles, y cerró la puerta de un portazo.

Al cabo de un rato, la muchacha se volvió para abrir el horno de nuevo. Detrás de ella, mientras tanto, la mujer se quitó las raídas ropas. Allí estaba, en la panadería, alta, blanca y resplandeciente.

Cuando la muchacha abrió el horno, vio cómo el tercer pedazo de masa había crecido de tal forma que era la hogaza más grande de las tres.

La muchacha se quedó mirando la hogaza fijamente. Sus ojos se abrieron, muy redondos y muy grandes.

—Por qué —dijo, volviéndose hacia la mendiga—, por qué, quién, oh, uh.

—¡Uh, oh! —gritó el hada—. ¡Uh, oh! Eso es todo lo que dirás a partir de ahora.

La muchacha se encogió de miedo, al otro lado del mostrador.

—¡Uh, oh! —gritó la mujer—. Este mundo te ha soportado ya demasiado tiempo, a ti y a tus desprecios e insultos.

Entonces levantó su varita y golpeó con ella el hombro derecho de la muchacha.

Inmediatamente, la hija del panadero se convirtió en un búho. Salió volando por la puerta, ululando, y se internó en las oscuras distancias de la noche.



La serpiente de Lambton



L heredero de Lambton no iba nunca a misa los domingos por la mañana.

—Piensa en tu posición —decía su padre.

—Tú ve por tu camino —contestaba el heredero — y yo iré por el mío.

—Piensa en tu alma —insistía lord Lambton.

Pero el siguiente domingo no era distinto. Mientras lord Lambton, los sirvientes de su casa solariega y los trabajadores de la hacienda cruzaban el puente sobre el Wear, y se dirigían hacia la capilla de Lambton, el heredero se iba a pescar.

El joven silbaba y se calzaba sus botas altas. Cruzaba el difícil vado del río. Se quedaba en una poza de luz dorada y tiraba el hilo sobre las ricntes aguas.

—¡Maldición! —juraba el heredero cuando su anzuelo se enredaba en un nudo de mala hierba—. ¡Maldición! —cuando había transcurrido una hora, oscura y veloz, y todavía no había cogido nada, ni un pececillo siquiera.

El agua brillaba. El joven entornó los ojos y lanzó el sedal de nuevo; inmediatamente después vio cómo desaparecía el corcho y sintió un fuerte tirón. Aseguró su botín y empezó a recoger sedal.

El heredero se quedó atónito ante la visión de su captura. La criatura del anzuelo más parecía una lagartija o una pequeña serpiente que un pez. Tenía al menos un pie de largo, con nueve agujeros a cada lado de la boca, y la piel era seca y escamosa.

—¡Maldición! —gritó el heredero—. ¡Maldición y condenación! En el nombre de Dios, ¿qué es esto?

—¿Qué te pasa? —dijo una voz.

El heredero se volvió y vio a un anciano con el rostro del color tostado de la bellota y las ropas hechas jirones.

—¿Qué has cogido? —gritó el anciano—. ¡Blasfemando de esa forma! ¡Y en domingo!

—¡Mire! —dijo el heredero—. Creo que he cogido al mismo diablo.

El anciano bajó hasta el vado y miró fijamente a la criatura.

—Y lo has hecho —dijo.

—¿Lo reconoce entonces? —preguntó el heredero con una mueca burlona.

—Sea lo que fuere —repuso el anciano—, es malvado. Y seguro que no te hará ningún bien.

—¿Ha terminado? —dijo el heredero, y miró a la criatura que agitaba su cola y trataba de soltarse del anzuelo.

—No lo dejes escapar —ordenó el anciano—. Tú lo cogiste y tú debes quedarte con él.

Y, diciendo esto, se volvió de espaldas al heredero, subió la cuesta y siguió su camino.

El heredero de Lambton escrutó a la serpenteante criatura y, con sus ojos fríos y vidriosos, la criatura le escrutó a él.

—Horripilante —dijo el heredero—. Eso es lo que eres. Y ya sé lo que puedo hacer contigo.

Todavía sujetando su caña, y con la criatura pegada a ella, el heredero subió por la orilla del río y caminó hasta la poza más cercana.

—¡Horripilante! —repitió el heredero— y no quiero verte nunca más.

Entonces agarró la piel seca de la criatura, la soltó del anzuelo y la lanzó a la poza.

El tiempo pasó y la criatura creció hasta hacerse demasiado grande para vivir en la poza. Una mañana de primavera, asomó la cabeza e hizo parpadear sus ojos sin párpados; abrió su boca y ¡rugió!

Una serpiente a medio crecer se asomaba y se hundía deslizándose por el río. Se enroscó en una roca, fuera, en medio de las rápidas aguas.

Pero aquella noche la serpiente dejó el río y se fue de visita.

Se enroscó alrededor de una vaca y sorbió hasta dejarla seca. Cazó cinco corderos saltarines y se los comió. Gruñía y silbaba en la oscuridad y aterrorizaba a los trabajadores de la hacienda y a los sirvientes de la casa solariega.

En las primeras horas de la mañana, la serpiente se acercaba sigilosamente y se deslizaba hasta una colina cercana, enroscándose tres veces a su

alrededor. Allí descansaba hasta el mediodía. Pero después regresaba al río, y el terrible ciclo completo comenzaba de nuevo.

El heredero de Lambton iba a misa; iba cada día y rezaba de rodillas para que todos se vieran libres de la serpiente. El joven hacía penitencia. Pero ahora la serpiente atacaba a los terneros y a las ovejas, restallaba su cola y cada noche la oscuridad se llenaba de sus terribles ruidos.

«Si dejo esta región —pensó el heredero—, ¿la abandonará también la serpiente? Peregrinaré a Tierra Santa; entonces, Dios me perdonará y nos librará de este terrible azote».

El heredero fue fiel a su palabra. Tan sólo unos días más tarde dijo adiós a su padre y partió de la casa solariega. Inmediatamente después, el comportamiento de la serpiente varió, pero, lejos de dejar al viejo lord Lambton en paz, se hizo incluso más peligrosa y amenazadora. Por la noche, cruzaba los campos entre el río Wear y la casa de Lambton y, una vez, lentamente se deslizó hacia la misma casa. En su interior, los sirvientes estaban aterrorizados. Los hombres cogían cuchillos de cocina y porras, los perros ladraban y ladraban y, en los establos, los caballos relinchaban y bufaban aterrorizados.

Un viejo mayordomo supo mantener la calma.

—¡Leche! —pidió—. He oído que las serpientes beben leche.

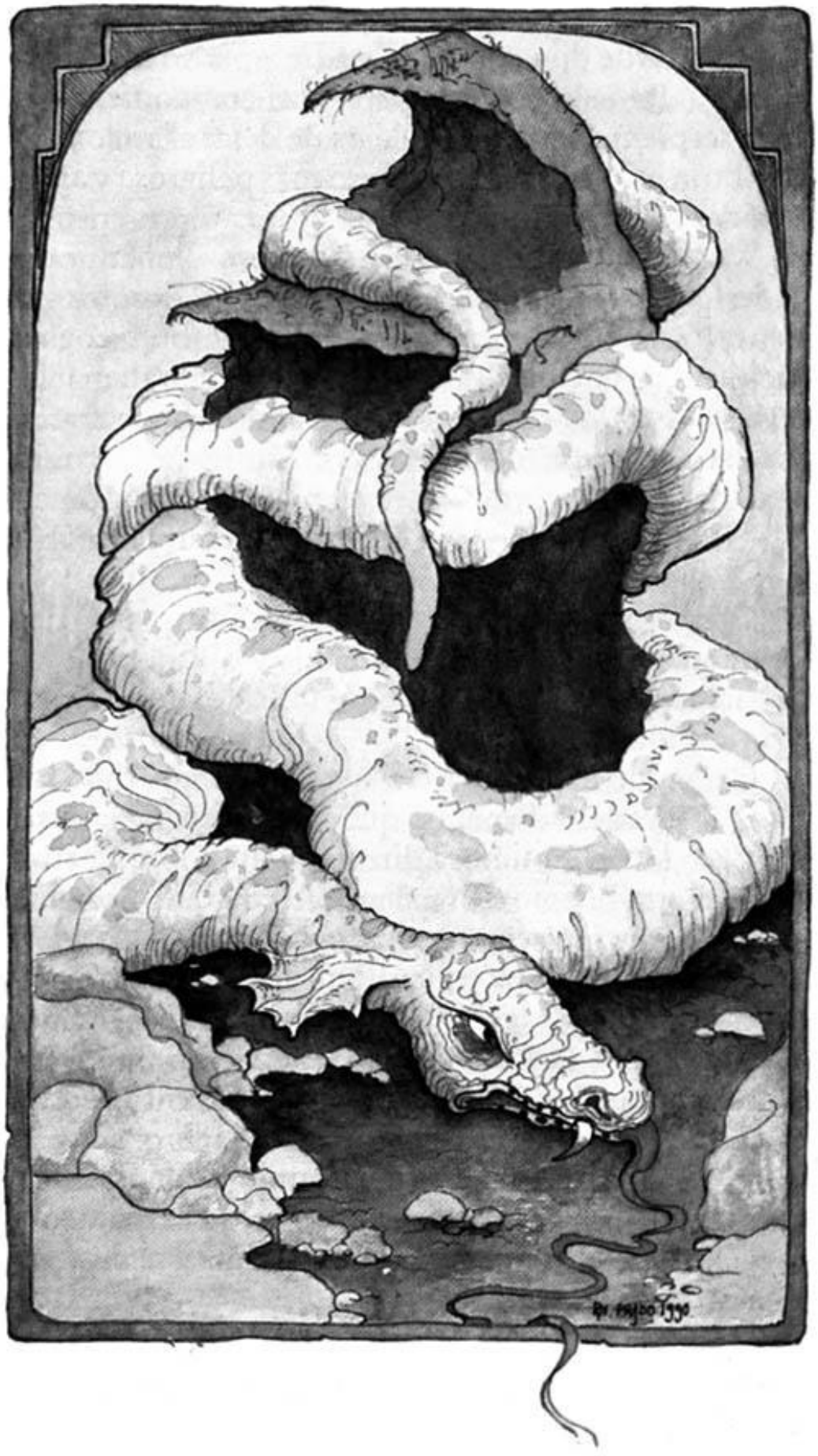
Corrió hacia la vaquería y allí encontró a las dos lecheras.

—¡Sacad la leche! —ordenó—. ¡Todos los baldes! ¡Tan rápido como podáis!

Cargando dos cubos, el mayordomo se dirigió hacia el abrevadero de piedra que había frente a la casa. Vertió la leche espumosa directamente sobre él, y las dos lecheras hicieron lo mismo. Al final, vertieron la leche de nueve vacas en el abrevadero.

La serpiente cruzó el jardín de las plantas medicinales y el jardín de las rosas, y avanzó cautelosamente hasta el abrevadero. Husmeó la leche e inmediatamente comenzó a beberla. Bebió salpicando todo y haciendo ruido hasta dejar el abrevadero seco, y luego disparó su lengua bífida y lamió la piedra. Después de esto, abandonó la casa; se alejó pesadamente hacia la colina, se enroscó en torno a ella y se dispuso a pasar la noche.

Desde aquel día en adelante, el mayordomo se aseguró de que, cada noche, el abrevadero estuviera lleno de leche de nueve vacas. Una vez que varias vacas estuvieron enfermas y no produjeron mucha leche, la serpiente gruñó y silbó. Se deslizó alrededor del parque, restallando furiosamente su cola, y arrancó dos robles y un abeto de raíz.



Las estaciones se sucedieron y los años pasaron. Un caballero y luego otro y un tercero vinieron para ayudar a lord Lambton. Cada uno de ellos se sentía seguro de poder matar a la serpiente y ganar eterna fama y renombre. Pero los tres tuvieron el mismo final. La serpiente se enroscó a ellos, uno a uno, y los oprimió hasta matarlos.

Durante siete años el heredero de Lambton hizo penitencia en Tierra Santa, y al final del séptimo año volvió a casa.

El joven descubrió que los campos que rodeaban la casa no habían sido labrados, y en un rincón de uno de los campos se levantaba una reja de arado oxidada. Ningún descarado faisán se enseñoreaba del césped. Muchos de los árboles del parque habían sido arrancados de raíz. El heredero miró a su alrededor totalmente desolado.

En el interior de la casa encontró a su anciano padre, encanecido por el tiempo y vencido por la pesadumbre. La misma casa estaba llena de polvo y telarañas. Por miedo a la serpiente, todos los sirvientes excepto el fiel mayordomo, habían huido de allí.

El heredero abrazó a su padre.

—Te perdono —dijo el anciano, temblando.

—¡Oh, padre! —sollozó el heredero.

—¿Irías a vera la bruja de Bruegeford? —preguntó el anciano—. ¿Le preguntarás si hay algo que puedas hacer para salvarnos de esta serpiente?

Cuando el heredero de Lambton encontró a la bruja, ésta le dijo al instante:

—Tú trajiste esto sobre nuestras cabezas y sólo tú serás capaz de librarnos de ello.

—¿Cómo? —preguntó el heredero.

—Lleva tu armadura al herrero. Haz que la refuerce con escarpias. Pídele que incruste en ella afiladas puntas de lanza. Luego, antes del amanecer, baja al río. Espera allí a la serpiente.

—Lo haré —dijo el heredero.

—Hay algo más —añadió la bruja.

—Debes jurar que, si matas a la serpiente, matarás a la primera cosa viva que encuentres en tu camino de vuelta a casa. Haz esto y todo irá bien. Si fracasas, la maldición caerá sobre los descendientes de Lambton. Ningún Lambton morirá en paz, en su propia cama, durante nueve generaciones.

—Lo juro —dijo el heredero.

El heredero de Lambton se dirigió directamente hacia la casa para informar de lo que la bruja había dicho.

—Si mato a la serpiente —dijo el heredero—, haré sonar mi corneta tres veces. Si oyes tres toques, abre las puertas y deja a *Tempestad* correr hacia mí.

Tempestad movió el rabo al sonido de su nombre.

—Pase lo que pase —añadió el heredero—, guárdate mucho de salir antes que el perro. No puede ser de otra forma.

Entonces, el heredero de Lambton se dirigió a la fragua y, cuando el herrero hubo incrustado en su armadura las malvadas puntas de lanza, se recogió en la capilla de Bruegeford. Rezó y renovó su promesa y, antes del amanecer, se puso su armadura y bajó al río.

Tan pronto como la oscuridad palideció, la serpiente bajó deslizándose desde la colina hacia el agua, y nadó río arriba hacia la roca que lloraba. Inmediatamente descubrió al heredero. Golpeó el agua con su cola y levantó una sábana de espuma voladora. Luego, la serpiente gruñó y se agitó mientras avanzaba; hizo presa del joven y enroscó sus anillos a su alrededor, intentando aplastarle hasta darle muerte.

Pero, cuanto más fuerte apretaba la serpiente, con más fuerza las puntas de lanza se hundían en su carne. La serpiente silbaba; el río se oscurecía.

Entonces, la serpiente se desasió; desenroscó sus anillos. Tan pronto como su brazo derecho quedó libre, el heredero levantó su espada. La descargó y, con un golpe salvaje, cortó a la criatura en dos.

El final de la cola de la serpiente fue inmediatamente barrido por las oscuras aguas. Pero su cabeza y su cuerpo renovaron el ataque y, una vez más, se enroscó alrededor del heredero cubierto por su armadura. De nuevo, las puntas de lanza actuaron con la mayor fiereza. La sangre venenosa se vertió en el río y, cuando se desenroscó por segunda vez, la serpiente había quedado demasiado debilitada como para luchar por más tiempo. Sus ojos estaban legañosos. Se hundió en el agua, tosiendo sangre y espuma; y, mientras la presurosa corriente la recibía, se volvió sobre su espalda y murió.

El heredero levantó la visera y vadeó el río hacia arriba, tambaleándose. Cubierto por su armadura, cruzó el ruidoso parque y entró en el jardín de las rosas. Allí llevó la corneta a sus labios e hizo sonar tres toques profundos.

El viejo señor y su mayordomo se miraron el uno al otro. Se cogieron fuertemente de los brazos. En medio de su excitación, olvidaron lo que debían hacer y abrieron de par en par las puertas de la casa, saliendo primero ellos mismos.

El heredero de Lambton cogió su espada, que aún chorreba sangre de la serpiente. Miró fijamente a su padre, horrorizado.

—¡El juramento! ¡El juramento! —gritó.

Y levantó la corneta e hizo sonar un nuevo toque.

El viejo señor y su mayordomo se detuvieron. Durante un instante se quedaron quietos y luego dieron la vuelta. Volvieron hacia atrás, vacilando, cruzaron las puertas y desataron a *Tempestad*.

El leal podenco del joven corrió, brincando, a su encuentro. Entonces, el heredero apretó los labios, descargó su espada y arrancó la cabeza de Tempestad.

El heredero de Lambton había matado a la serpiente y siete años de terror llegaron a su fin; pero había roto su juramento, y una maldición sucedió a otra. Ningún Lambton murió en paz, en su propia cama, durante nueve generaciones.



Los sabios de Gotham



1 DOS hombres de Gotham se encontraron en el puente de Nottingham. Uno de ellos iba de camino al mercado para comprar ovejas, y el otro regresaba a casa.

—¡Buenos días! —saludó el hombre que venía del pueblo.

—¿Adónde vas? —preguntó el hombre que venía del mercado.

—¡Al mercado! —respondió el primer hombre—. Voy a comprar unas ovejas.

—¡Ovejas! —exclamó el otro—, ¿y cómo las llevarás a casa?

—Por este puente, por supuesto —repuso el primer hombre.

—¡Por Robin Hood —exclamó el segundo hombre— que no lo harás!

—¡Por la Virgen María —exclamó el primero— que, por supuesto, lo haré!

—¡No lo harás! —profirió el segundo hombre.

—¡Lo haré! —afirmó el primero.

Entonces, los dos hombres comenzaron a martillear el suelo con sus bastones. Aporrearon la trama de piedras y el puente retumbó.

—¡Mantén tus ovejas lejos de aquí! —gritó el primer hombre.

—¡Cuidado! —chilló el segundo—. ¡Cuidado o las mías saltarán por encima del parapeto!

—¡Todas mis ovejas vendrán a casa por este camino! —tronó el primer hombre.

—¡No lo harán! —gritó el otro.

Mientras discutían de esta forma, otro sabio de Gotham cabalgaba hacia el puente, en su camino del mercado a casa. Llevaba un costal con comida detrás de él, en la silla de montar.

Durante un rato este hombre escuchó a los dos vecinos discutir sobre las ovejas, sin que hubiera una sola oveja a la vista. Después, de un salto bajó de su caballo.

—¡Tontos! —exclamó—. ¿Es que nunca aprenderéis a tener un poco de sentido común?

Los dos vecinos se volvieron hacia él.

—¡Vamos! —dijo—. Ayudadme a poner este costal sobre el hombro.

Cuando el hombre que llevaba la comida hubo cargado al hombro su costal, subió al parapeto y tiró toda la comida al río.

—¿Cuánta comida hay en ese saco? —preguntó.

—Ninguna —respondió el primer hombre.

—Ninguna —respondió el segundo hombre.

—Hay tanta comida en este saco —dijo el sabio— como ingenio en vuestras dos cabezas, discutiendo sobre unas ovejas que ni siquiera tenéis.

De manera que ¿cuál de estos tres hombres es el más sabio?



2

LOS muchachos de Gotham dijeron:

—Capturemos a ese cuco y podremos escucharle cantar durante todo el año. Así que los muchachos levantaron un seto circular,

capturaron al cuco y lo pusieron dentro de él.

—Aquí está —dijo uno.

—Y aquí te quedarás —añadió otro—, y canta todo el año.

—Si no —completó un tercero—, no tendrás nada de comer ni de beber.

El cuco miró a los muchachos, miro el límite del seto, desplegó sus alas y se echó a volar.

—¡Maldita sea! —gritaron los muchachos—, ¡lo cogeremos! Lo que pasa es que no hemos hecho el seto lo suficientemente alto.



3 DOCE hombres de Gotham salieron a pescar. Algunos de ellos pescaron desde la orilla del río; otros lo vadearon con el agua hasta la mismísima espinilla.

Antes de regresar a sus casas, uno de ellos dijo:

—¡Vaya aventura que hemos tenido hoy, vadeando el río y todo! Por Dios, espero que ninguno de nosotros se haya ahogado.

—Comprobémoslo antes de marcharnos —sugirió otro—. Éramos doce antes de salir de casa.

Así que cada hombre contó a sus vecinos, y cada uno de ellos contó hasta once.

—Falta uno de nosotros —dijeron—. Uno de nosotros se ha ahogado.

Los hombres subieron y bajaron por el riachuelo donde habían estado pescando, buscando al hombre que faltaba, retorciéndose las manos, suspirando y lamentándose.

En ese momento, uno de los cortesanos del rey pasó cabalgando por allí.

—¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Qué estáis buscando?

—¡Oh! —exclamaron los hombres—. Hemos estado pescando todo el día. ¡Doce de nosotros! Y uno se ha ahogado.

—Contad —ordenó el cortesano—. Que uno de vosotros cuente, y yo lo comprobaré.

Y, así, uno de los hombres caminó en círculo y contó a sus vecinos. Pero no se contó a sí mismo.

—¡Bien! —dijo el cortesano—. ¡Bien, bien! ¿Qué me daréis si puedo encontrar al duodécimo hombre?

—¡Todo el dinero que hay en mi bolsillo! —respondió uno.

—¡Y todo el mío también! —gritó otro.

Los sabios de Gotham prometieron dar al cortesano cada moneda que llevaran consigo.

—¡Muy bien! —dijo el cortesano—. ¡Dadme el dinero!

Mientras el cortesano rodeaba al grupo, recogiendo el dinero, golpeó a cada hombre sobre el hombro con su fusta y empezó a contar:

—Uno, dos, tres.

Cuando el cortesano llegó al último hombre, le golpeó con especial fuerza y gritó:

—¡Aquí está! ¡Aquí está el duodécimo hombre!

Los sabios se encogieron de hombros.

—¡Qué Dios te bendiga! —dijeron—. Hemos encontrado a nuestro amigo y vecino.



4 UN hombre de Gotham se encontraba de camino al mercado de Nottingham para vender sus quesos. Mientras bajaba la colina hacia el puente, uno de los quesos se salió de la bolsa que llevaba al hombro y rodó colina abajo.

—¡Ah! —exclamó el hombre—. De manera que puedes correr colina abajo por ti mismo.

Miró el queso, que rodaba y daba saltos mortales hacia abajo por la ladera, y esto le hizo pensar.

—En ese caso —dijo— presumo que los otros quesos también pueden correr. Los pondré a todos a rodar por la colina.

Y, así, el sabio se descolgó la pesada bolsa de los hombros, sacó los quesos y, uno detrás de otro, los mandó rodando colina abajo.

Uno desapareció en una mata de espino, otro cayó en el interior de una madriguera de conejo, otro chocó contra un matorral. El hombre movió un dedo hacia los quesos que se escabullían.

—¡Tened mucho cuidado —gritó— de reuniros todos conmigo en el mercado!

El hombre permaneció en el mercado de Nottingham hasta que casi hubo acabado. Entonces se volvió y preguntó a amigos y extraños si habían visto sus quesos.

—¿Por qué? —preguntó otro hombre de Gotham—. ¿Quién los trae?

—Ellos —contestó el hombre—. Ellos mismos se traen.

—¡Que se traen!

—Y conocen el camino de sobra, ¡malditos sean! —exclamó el hombre —. Cuando vi mis quesos correr tan deprisa temí que fueran más allá de este mercado. Creo que ahora deben de estar casi en York.

De manera que el hombre empleó todo el dinero que tenía en el alquiler de un caballo. Cabalgó tras de sus quesos. Galopó todo el camino hasta York.

Pero nadie ha sido capaz de averiguar hasta dónde llegaron los quesos, no desde aquel día hasta hoy.



5 UNA mujer de Gotham volvía a su hogar desde la casa de un vecino avanzada la noche. De hecho, era bien entrada la medianoche.

Al pasar por el abrevadero de los caballos, vio un queso verde entero flotando a ras de la superficie.

—¡Mi madre! —exclamó—. Esto merece un poco de esfuerzo.

Corrió a su casa gritando. Su marido la oyó, y todos sus vecinos, en las camas, la oyeron también. Se levantaron de un salto y abrieron las pequeñas ventanas de sus casas.

—¡Hay un queso verde en el estanque! —tronó la mujer—. ¡Venid y ayudadme a sacarlo con el rastrillo!

Los amigos y vecinos de la mujer salieron corriendo de sus casas en pijama y bata. Todos llevaron sus rastrillos y comenzaron a rastrillar la superficie del estanque.

Justo entonces, una nube que pasaba hundió el queso. La mujer lanzó un profundo suspiro, y los vecinos volvieron a sus camas, defraudados.

El príncipe sapo



ERA un verano seco y caluroso. Detrás de la casa de la viuda, las altas ortigas se balanceaban y parecían sentir lástima de sí mismas.

Un viento tibio y suave rozaba las hojas más viejas y la hierba alta.

La viuda estaba haciendo pasteles de cebada y se dio cuenta de que no le quedaba suficiente agua.

—Se nos ha acabado —le dijo a su hija— y sólo necesito unas gotas.

—Yo iré —replicó Jessie—. Necesitaremos más después.

Era una considerable caminata a través de la aldehucha y el prado y, cuando Jessie llegó al pozo, se encontró con que estaba seco. No había una sola gota de agua en él.

Jessie se sentó en el brocal del pozo, agotada. «No puedo volver —pensó —, no sin un poco de agua. Y no hay agua». Dos lágrimas se juntaron lentamente en los ángulos de sus ojos y, sin saber por qué, comenzó a llorar.

Entonces, un saltito, dos saltitos, un sapo llegó saltando al pozo. Se puso a dar brincos alrededor del brocal y miró a Jessie.

—¿Qué te pasa? —preguntó. ¡Muchacha! ¿Por qué lloras?

—Está seco —sollozó Jessie—. No hay a… agu…

—¡Sécate esos ojos! —dijo el sapo—. Si te casas conmigo, te daré agua en abundada.

Jessie se secó los ojos y sonrió al sapo.

—Ya lo has oído —dijo el sapo.

Jessie no creyó que el sapo hablara en serio.

—¡Casarme contigo! —exclamó—. Sí, ¡claro que me casaré contigo!

El sapo cogió el jarro de loza de Jessie y desapareció en el interior del pozo. Dos minutos más tarde, estaba de vuelta y el jarro rebosaba de agua.

Jessie meneó la cabeza y cogió el jarro.

—Gracias —dijo—. Muchas gracias.

La muchacha corrió a casa y su madre preparó los pasteles de cebada; y aquella noche, justo cuando se disponían a ir a acostarse, oyeron cómo algo se movía fuera de la puerta. Entonces escucharon esta canción:



¡Oh! Abre la puerta, corazón, mi dulce bien;
Abre la puerta, amor mío.
Recuerda la promesa que tú y yo nos hicimos
Abajo, en el prado, donde nos conocimos.

—¿Qué es eso? —preguntó la viuda—. ¿Qué quiere decir esa canción a la puerta?

—¡Qué horror! —exclamó Jessie, arrugando su preciosa nariz—. No es nada más que un sapo viejo y asqueroso.

—Abre la puerta al pobre sapo —dijo la viuda.

Jessie abrió la puerta y, un saltito, dos saltitos, el sapo entró saltando. Cruzó el suelo y se sentó junto al hogar. Entonces cantó:

¡Oh! Dame la cena, corazón, mi dulce bien;
Dame la cena, amor mío.
Recuerda la promesa que tú y yo nos hicimos
Abajo, en el prado, donde nos conocimos.

—¡Qué horror! —exclamó de nuevo Jessie—. Como si le fuera a dar la cena a un sapo asqueroso.

—¡Pues claro que sí! —dijo la viuda—. Debes darle la cena al pobre sapo.

Conque el sapo se tomó la cena y, cuando hubo terminado, cantó otra vez:

¡Oh! Llévame a la cama, corazón, mi dulce bien;
Llévame a la cama, amor mío.
Recuerda la promesa que tú y yo nos hicimos
Abajo, en el prado, donde nos conocimos.

—¡Qué horror! —gritó Jessie—. Pero ¿es que tendré que llevar a un sapo asqueroso a la cama alguna vez?

—¡Pues claro que sí! —dijo la viuda—. Si eso que lo que prometiste, eso es lo que debes hacer. Lleva al pobre sapo a la cama.

Conque Jessie llevó al sapo a su cama, y allí volvió a cantar:

Ahora coge un hacha, corazón, mi dulce bien;
Coge un hacha, amor mío.
Recuerda la promesa que tú y yo nos hicimos
Abajo, en el prado, donde nos conocimos

Jessie fue a buscar un hacha, y entonces el sapo cantó un vez más:

Ahora córtame la cabeza, corazón, mi dulce bien;
Córtame la cabeza, amor mío.
Recuerda la promesa que tú y yo nos hicimos

Abajo, en el prado, donde nos conocimos.

Pues bien, Jessie cortó la cabeza del sapo. Y tan pronto lo hubo hecho, apareció el príncipe más bello del mundo.

El príncipe se casó con Jessie y los dos fueron felices durante el resto de sus vidas.



FUENTES Y NOTAS

Cada nota comienza con la identificación de la fuente o fuentes (generalmente la versión publicada de mayor antigüedad), sobre las que he basado mi relato.

EL TORO NEGRO DE NORUEGA

«The Black Bull of Norway», dentro de *Popular Rhymes of Scotland*, de Robert Chambers (1826).

Tal como lo conocemos, este magnífico cuento ha sufrido una alteración en su forma y casi puede leerse como dos historias diferentes. Estoy convencido de que, en alguna versión anterior, ahora perdida, se habría desenmascarado al caballero como el Toro Negro, liberado de un encantamiento. Así lo sugiere un fragmento de la canción que Flora canta al caballero, en las palabras: «Y ella le contó lo que le había acontecido a ella, y él le contó lo que le había sucedido a él». Por lo tanto, en mi versión, he intentado aportar el eslabón perdido y construir todo el cuento de nuevo.

EL GAITERO Y EL POOKA

«The Piper and the Puca», en *Fairy and Folk Tales of the Irish Peasantry*, de W. B. Yeats (1888). Este cuento fue traducido del irlandés para Yeats por Douglas Hyde, de su libro *Leabhar Sgeulaigheachta*.

El *pooka* (también escrito *puca* y *pwca*) que se le aparece al gaitero y le trasporta hasta la montaña sagrada de Croagh Patrick, es un animal sobrenatural.

W. B. Yeats, cuya brillantez como poeta tiende a eclipsar su importante labor de folclorista, dijo: «Algunos creen que su nombre deriva de *poc*, un macho cabrío. Vive en montañas solitarias y entre viejas ruinas… El día de noviembre está consagrado al Pooka».

Las plañideras para quienes Patsy toca, son espíritus de la muerte irlandeses, conocidos como las *banshee*. Las *banshee* tienen siempre largas cabelleras que caen sueltas; llevan vestidos verdes y capas grises. Sus ojos son rojos como las brasas del carbón debido a su continuo llanto.

Croagh Patrick (la montaña de Patrick), en el condado de Mayo, ha sido venerada como una montaña sagrada durante mucho tiempo. En nuestros días, es ascendida cada año por gran número de peregrinos.

LOS NIÑOS VERDES

En *Chronicon Anglicanum*, de Ralph of Coggeshall.

Ralph, quien vivió a mediados del siglo doce, era abad de un monasterio cisterciense en Little Coggeshall, cerca de Colchester y un activo cronista de la historia de Inglaterra. Oyó hablar de los niños verdes directamente de Sir Richard de Calne, a quien cita en la historia. Ralph escribe que los niños verdes fueron encontrados en Woolpit, entre Stowmarket y Bury St. Edmunds, a no más de seis millas de donde ahora vivo. El historiador del dieciocho William de Newbridge, posiblemente trabajando a partir de otra fuente, indica que la niña verde contó que su país se llamaba St. Martin’s Land, porque eran devotos de este santo, y que la gente allí era cristiana.

Tal como la conocemos, la historia es una extraña y hechizante mezcla de verdad histórica y mito vegetal, mucho más antiguo (el verde que aflora de la tierra). De qué forma estas dos vertientes fueron combinadas, es algo que no podemos esclarecer.

LA MUJER DEL MAR

«The Mermaid Wife», en *The Fairy Mythology*, de Thomas Keightley (1828).

Este cuento proviene de la isla de Unst, en Shetland, y es uno de los muchos que establece una conexión entre la vida de los seres humanos y las focas. Se dice que las personas cuyos dedos de la mano o del pie están unidos por una membrana (y son bastantes) pueden descender de las focas. Este tema ha sido magníficamente estudiado por David Thomson en *The People of the Sea* (1954).

He decidido reescribir esta historia como un «cuento dentro de otro cuento», en el cual, espero quede suficientemente claro, la voz que proviene de la caracola es una especie de exteriorización de la propia memoria y del sentido de pérdida de la muchacha. Para esta labor he utilizado una experiencia de primera mano, la de una tarde, hace dos años, en la isla de Rousay, en Orkney, pasada en compañía de una foca.

LOS JINETES OSCUROS

En *Ancient Legends, Mystic Charms, and Superstitions of Ireland*, de Jane F. «Speranza» Wilde (1887).

El pueblo de Slane se encuentra a pocas millas al oeste de Drogheda, en el condado de Meath, al norte de Dublín. Mi versión de este cuento se ha visto, sin duda, teñida por el profundo afecto que siento hacia las mágicas pinturas de Jack B. Yeats, pictóricas de gente del campo y de caballos; donde lo cotidiano es fantástico y lo fantástico es producto de lo cotidiano.

JACK Y EL TALLO DE LAS JUDÍAS

The History of Jack and the Bean-Stalk, printed from the Original Manuscript, Never Befare Published, editado por William Godwin para Benjamin Tabart (1807).

El tallo de judías de Jack, mágico y casero a la vez, tiene un noble pedigrí. Está relacionado con varios árboles de la mitología de Europa y Asia, los

cuales van de un mundo a otro distinto (constituyendo así una especie de escalera). Su antecesor al noroeste de Europa es Yggdrasill, el gran y atemporal árbol de las cenizas de la tierra.

LUNES, MARTES

«The Legend of Knockgrafton», en *Fairy Legends and Traditions from the South of Ireland*, de Thomas Crofton Croker (1825).

En toda Europa, los cuentos populares han sido, durante cientos de años, recogidos incidentalmente por historiadores, anticuarios, cronistas y otros muchos. Thomas Crofton Croker fue el primer hombre en las Islas Británicas que comenzó a recoger cuentos populares en el campo, directamente por boca de gente que los había escuchado de sus padres, abuelos u otras personas de la comunidad. Por todo ello, «Lunes, Martes» cuenta con cierto valor histórico.

Para mí, sin embargo, este cuento queda asociado a la hora de dormir (camas literas, yo arriba y mi hermana abajo) y de escuchar un cuento en la casita de los Chilterns, donde pasé mi infancia. Puedo ver a mi padre contando ese cuento, con el acompañamiento de su harpa galesa; escucho el goteo de la lluvia, de algún alto canalón al alféizar de la ventana, y, una vez más, aprieto con fuerza la escalera de madera. Allí comenzó mi amor por los cuentos populares.

Lusmore (literalmente, la «planta grande») es el nombre irlandés de la dedalera, una planta que cuenta con multitud de asociaciones mágicas, utilizada por los duendes y también con poder contra ellos.

En sus notas sobre esta historia, Crofton Croker nos habla de la «primitiva melodía… muy antigua…» cantada por los duendecillos y de cómo Lusmore se suma a ella.

LA MÁS VIEJA DE TODOS

«The Long-Lived Ancestor», en *Welsh Fairy-Tales and Other Stories*, de P. H. Emerson (1894).

El cuento fue recogido por el autor (quizá mejor conocido como un magnífico fotógrafo) en la isla de Anglesey.

Los pájaros y animales protagonistas proceden de la gran colección de héroes de cuentos galeses, conocidos como *The Mabinogion*. En el cuento que relata la historia de Cawlwyd y Olwen, los caballeros del rey Arturo piden la ayuda del cuervo, el ciervo, el búho, el águila y el salmón para encontrar a Mabon, el hijo de Modron, que le fue arrebatado a su madre cuando contaba tres días de vida.

TENER MIEDO Y VOLAR

«The Minister and the Fairies», en *Hosehold Tales, with other Traditional Remains*, de Sidney Oldall Addy (1895).

Este cuento, uno de los cincuenta y dos reunidos por Addy, tiene su origen en Calver, Derbyshire. Igual que «Slam y los Fantasmas» y «Lunes, Martes», ofrece al lector una lección de cómo relacionarse con lo sobrenatural.

EL HOMBRE SALVAJE

En *Chronicon Anglicanum*, de Ralph of Coggeshall.

Ralph of Coggeshall (ver nota de «Los niños verdes») nos cuenta cómo un tritón fue capturado por unos pescadores en Orford, Suffolk, durante el reinado de Enrique II (1154-1189). Estaba totalmente desnudo y cubierto de pelo. Fue encarcelado en el recién construido castillo, no reconocía la cruz, no hablaba a pesar de ser torturado, regresó voluntariamente a la cautividad después de haber esquivado tres filas de redes y, después, desapareció para no ser visto nunca más.

LOS TRES GOLPES

En *The Physician of Myddvai* (sic), de Mr. Rees of Tonn (1861).

Rees recogió esta historia en 1841 de la recitación oral hecha por tres habitantes de Myddfai, y nos cuenta que los acontecimientos descritos en el cuento tuvieron lugar en el siglo doce. El cuento continúa con la historia de los tres hijos (el mayor se llamaba Rhiwallon), quienes, dicen, se encontraron varias veces con su madre, después de que ésta regresara a Llyn y Fan Fach. Ella les enseñó el valor medicinal de plantas y hierbas, y, de esta forma, se convirtieron en los médicos más famosos del país. Rhys Gryg, Lord de Llandovery y Dynefor Castles, «les otorgó rangos, tierras y privilegios en Myddfai, por su constancia en la práctica de su arte y su ciencia, y la curación y el beneficio de aquellos que buscaban su ayuda».

Éste es otro cuento que conozco desde mi infancia. Por encima de todo, se trata de una elegía, y, lo que no es frecuente en un cuento popular, se distingue por su gravedad y su sentido de la inevitabilidad de la tragedia.

ALMA DE MARIPOSA

«The Soul as a Butterfly», en *Folktales of Ireland*, editado por Sean O'Sullivan (1966) y Twenty Years A-Growing, de Maurice O'Sullivan (1933).

Cierto número de religiones primitivas (algunas veces, llamadas religiones chamanistas) mantienen que el alma o el espíritu podría abandonar el cuerpo, conversar con otros seres del mundo espiritual y, quizá, adquirir sabiduría antes de regresar de nuevo al cuerpo. Ésta es la creencia que subyace en «Alma de Mariposa», donde, como tantas veces sucede en los cuentos populares, una idea seria se toma prestada del mito y se trata de manera alegre y graciosa.

No pienso que los protagonistas humanos de los cuentos populares se alejen demasiado de nuestro mundo, más bien los veo como seres nacidos de la gente que encontramos todos los días al salir de casa. Y lo que los cuentos tienen que decirnos es, que todo a nuestro alrededor son maravillas, maravillas absolutas, todos los días, si tenemos ojos para verlas.

TOM TIT TOT

En *Ipswich Journal*(1878). El cuento fue una contribución al *Journal* de la Sra. A. Walter Thomas, quien lo escuchó de niña a su vieja niñera de West Suffolk.

Este maravilloso cuento, tan sólido e ingenioso, es la contrapartida inglesa del cuento de los hermanos Grimm «Rumpelstilzchen». (Kinder-und Häusmarchen, 1812). Su estudio, aún considerado como autoridad, es *Tom Tit Tot: An Essay on Savage Philosophy in Folk-Tale* (1898).

El diálogo del original es tan exquisito que he hecho poco más que reproducirlo, tratando siempre de conservar la musicalidad del lenguaje de Suffolk.

EL REY DE LOS GATOS

En *More English Fairy Tales*, por Joseph Jacobs (1894). Jacobs creó el cuento a partir de cinco variantes.

Los nombre de Dildrum y Doldrum proceden de *Lancashire Legends, Traditions, Pegeants, Sports*, etc., de J. Harland y T. T. Wilkinson (1873).

He preferido reescribir esta historia en forma de monólogo dramático, poniéndolo en boca de un enterrador.

EL REY INERTE

«A popular Tale in Glamorgan», en *Recollections and Anecdotes of Edward Williams*, de Elijah Waring (1850); *Celtic Folklore, Welsh and Manx*, de Sir John Rhys (1901). He tomado la cita en verso de «The Prophecy of Britain» que aparece en *The Earliest Welsh Poetry*, traducido por Joseph P. Clancy (1970).

La tradicción del héroe durmiente, que despertará con sus guerreros y librará una última y victoriosa batalla, es conocida en toda Europa. Carlomagno (Carlos el Grande, Rey de los Franceses) y Barbarroja (Federico I de Alemania), así como el más importante de los héroes irlandeses, Fionn McCumhaill, son todos héroes durmientes; por otra parte, en

Gales e Inglaterra, existen leyendas de este corte que asocian a Arturo con Crag-y-Dinas (Roca de la Fortaleza), la cual se levanta por encima de la confluencia de los ríos Mellte y Sychryd, dieciocho millas al noroeste de Swansea, Sewing Shields en Northumberland y Richmond en Yorkshire. La versión de Yorkshire, «Potter Thompson», sirvió de base para una ópera de niños, con libreto de Alan Garner y música de Gordon Crosse.

En el saber popular galés, el águila es un emblema real y un heraldo de calamidad. Aquí, el Águila Dorada representa a Arturo y a sus guerreros, mientras el Águila Negra representa a los enemigos de Arturo.

De todos los héroes populares británicos, Arturo es el más importante. En cuentos populares, leyendas y literatura, él es *Rex quondan rex futurusque*, el rey presente y futuro que condujo triunfalmente la resistencia celta sobre los invasores anglosajones, y volverá un día para «conquistar toda la isla de Bretaña». No ha existido nunca un héroe de tal omnipresencia: rey de palabras, canciones y de la pantalla; rey de lugares singulares y encantados; rey del tiempo.

PAPA DATHERA

En *Household Tales, with other Traditional Remains*, de Sidney Oldall Addy (1895).

Addy recogió este brevísimo cuento del apestado pueblo de Eyam en Derbyshire. Su origen parece arrancar del cuarto episodio de «The History of Tom Tumbe» (1621). El significado de «Dathera» es incierto.

EL FANTASMA DE SAMUEL

«Sammle’s Ghost», en «Legends of The Cars», de M. C. Balfour dentro de Folk-Lore II (1891).

Después de su llegada a Ancholme Valley, en Lincolnshire, desde Northampton, Mabel Balfour recopiló un valiente, horrendo e inquietante conjunto de cuentos populares que, sorprendentemente, nunca han sido

publicados en forma de libro. Entre los cuentos más conocidos que escribió (todos ellos en dialecto muy cerrado, tal como los escuchó), se encontraban «The Dead Moon», «Tiddy Mun» y «Yallery Brown».

Balfour recogió la historia del fantasma de Samuel de la más joven de sus informadores, una niña tullida llamada Fanny, quien había escuchado éste y otros cuentos de su abuela: «Relataba las horripilantes descripciones de tal forma que conseguía ponerme la piel de gallina con sus palabras y sus gestos».

«Sammle's Ghost» está contada tan maravillosamente que lo mejor que un escritor de relatos puede hacer es «traducir» el dialecto al inglés moderno y mantenerse bien al margen.

RICITOS DE ORO Y LOS TRES OSOS

The Doctor, de Robert Southey (1837).

La versión más antigua de este cuento infantil fue escrita por Eleanor Mure en 1831, si bien he decidido seguir el estilo sencillo y las repeticiones formularias de la versión de Southey.

Éste, sin embargo, describe al visitante de los tres osos como «una menuda viejecita», de «horrible y sucia cabeza».

Yo me he inclinado hacia un gusto más reciente (¡No es siempre correcto frustrar esperanzas!) transformándola en Ricitos de oro, una forma que adoptó por primera vez en 1904 (*Old Nursery Stories and Rhymes*, ilustrado por Joan Hassall), después de pasar por varias encarnaciones, incluyendo la de «Silver-Hair» (1849), «Silver-Locks» (1858) y «Golden Hair» (1868). También he omitido la mayor parte de las moralinas de Southey («No podía tratarse de una anciana buena y honrada, porque, primero, espió por la ventana y, después, miró a través de la cerradura…»).

SLAM Y LOS FANTASMAS

«The Two Ghosts», en *A Dictionary of British Folk-Tales*, de Katharine M. Briggs (1970-I). El cuento fue contado por Margaret McKay de Aberdeen a Kenneth S. Goldstein, de la School of Scottish Studies.

Y la lección que nos enseña es: nunca es prudente burlarse de un fantasma.

EL ÚLTIMO DE LOS PICTOS

«The Penchs», en *Popular Rhymes of Scotland*, de Robert Chambers (1826).

Chambers escribió esta historia a raíz de varios fragmentos que escuchó de distintas fuentes. Él sabía de la tradición de los pictos: una raza extinguida, muy conocida en los Lowlands de Escocia; sin embargo, una investigación reciente le indujo a suponer que «la de los pictos no es una raza extinguida, en absoluto; por el contrario, se trata de los antecesores de los modernos habitantes de los Highlands». Los pictos florecieron en Escocia hasta el año 500 d. C., fecha después de la cual fueron arrastrados hacia el noreste de Escocia y las Islas Orkney, por los escoceses (quienes llegaron a Escocia desde el norte de Irlanda).

LA HISTORIA DE TOM PULGAR

The History of Tom Thumbe, the Little, for his small stature, King Arthurs Dwarfe: Whose Life and adventures contine many strange and wonderfull accidents, published for the delight of merry Time-spenders (1621). Existen muchas posibilidades de que este libro haya sido publicado con anterioridad y haya llegado a nosotros en una sola copia; se trata de la versión más antigua publicada de un cuento popular inglés. Su autor fue, probablemente, Richard Johnson (1573-? 1659).

No sabemos de qué forma Johnson adornó y agrandó el cuento, pero Tom Pulgar ya era muy conocido en el siglo dieciséis. De hecho, en su prólogo, Johnson nos cuenta:

«Los antiguos cuentos de Tom Pulgar fueron, en el pasado, los únicos centinelas de una generación soñolienta, a medianoche; jóvenes y viejos han escuchado sus cuentos del toque de maitines al canto del gallo; solteros y doncellas se han reunido en torno al fuego del hogar, en Navidad, hasta que el toque de queda ha impuesto la oscuridad; después de la jornada de trabajo, el viejo pastor y el joven yuntero han cantado un cuento de Tom Pulgar para alegrarse. Y ¿quién sino el pequeño Tom ha conseguido hacer que las largas noches parezcan cortas y las pesadas herramientas, ligeras?».

Posteriores versiones de este cuento extraordinariamente popular introdujeron nuevas aventuras y enredos, pero he preferido limitarme a la versión de Johnson. Me he ceñido a su texto, si bien he omitido una canción en verso cantada por los compañeros de colegio de Tom; he acortado una rima de Merlín y el final del episodio, en el cual Tom cae al cuenco del pastel de su madre; también, he intentado dar una forma más acabada al final de la Historia del original.

LAS TRES CABEZAS DEL POZO

En *Popular Rhymes and Nursery Tales of England*, por James Orchard Halliwell(-Philips) (1849). Halliwell formó el cuento a partir de un librito llamado *Three Kings of Colchester*.

No es fácil encontrar, me temo, una madrastra buena en el modelo de cuentos populares británicos. La madrastra de los cuentos populares representa, invariablemente, al personaje malo de la historia; aunque, es este caso, alguien deseara añadir que el rey de Colchester era atolondrado, avariento y estúpido.

LA MUCHACHA IMPÁVIDA

En *The Recreation of a Norfolk Antiquary*, de Walter Rye (1920).

Aunque el hacendado terrateniente encuentra «extraño e inhumano» el hecho de que su madre camine, muchos cuentos populares atestiguan que

todo lo que se esconde tiene un poder oculto, capaz de dominar a la persona que lo escondió aún después de la muerte. Un gran daño infligido a otra persona; un gran daño sufrido; la muerte antes del bautismo; el enterramiento de un cadáver que hubiera perdido un miembro de su cuerpo (ver «El Fantasma de Samuel»); una promesa hecha a un moribundo e incumplida después… todos estos factores podrían también provocar que una persona caminara como un fantasma.

UN PUEBLO DE TONTOS

«A Village of Fools», en *The Book of Noodles*, de W. A. Clouston (1888).

Couston nos informa de cómo tomó su versión del Nottinghamshire de Thoroton. El detalle de los quesos proviene de la versión del cuento en *English Fairy and Folk Tales*, editado por E. S. Hartland.

La idea de un pueblo habitado exclusivamente por bobos no es monopolio de Ghotam en Nottinghamshire. Al menos cuarenta y cinco pueblos de Inglaterra son el blanco de historias similares a ésta.

Esto es lo que W. A. Clouston piensa sobre el bobo:

«¡Pobre hombre! sigue sus instrucciones demasiado al pie de la letra, con la firme convicción de que está haciendo algo muy inteligente. Pero la consecuencia de ello es casi siempre ridícula… Su mente es incapaz de retener más de una idea al mismo tiempo, pero se aferra a ella con la tenacidad de una pinza de langosta. No puede separarse de ella hasta que, por algún accidente, una idea nueva la reemplaza; y, de esta forma, pasa de un disparate a otro. Sin embargo, sus disparates, que en el caso de un hombre ordinario resultarían en un desastre para él o para los demás, le conducen, algunas veces, hacia una suerte inesperada».

En esta historia, aparece el rey John bajo su papel tradicional de rey malo en el folclore (como se le describe en «1066 and All That»), Su sola presencia amenaza la subsistencia de los aldeanos.

DICK WHITTINGTON

The Famous and Remarkable History of Sir Richard Wittington, de T. H. (probablemente el autor teatral Thomas Heywood) (alrededor de 1670). Ésta es la primera vida de Wittington y difiere en muchos aspectos de la versión posterior, más conocida, publicada en un libro de pequeño tamaño, *The Adventures of Sir Richard Wittington*, escrita en los comienzos del siglo dieciocho. Al escribir mi propia versión he tenido en cuenta ambas fuentes.

La primera referencia a Whittington y a su gato aparece en la obra teatral Eastward Hoe (1605) y el esquema más antiguo de la historia con que contamos es la balada de Richard Johnson, *A Song of Sir Richard Whittington* (1612), lo cual hace pausible que la historia que conocemos date del siglo dieciséis.

El personaje histórico de Richard Whittington nació en Gloucestershire, hacia 1360. Nada sabemos de sus primeros años, ni de cómo y cuándo llegó a Londres. Whittington (que fue un gran benefactor público) se convirtió por primera vez en alcalde de Londres en 1397 y, posteriormente, lo haría en 1406 y 1419. Fue nombrado caballero por Enrique V, y se dice que en una fiesta ofrecida por Whittington al rey en la ciudad, el rey comentó: «¡Nunca un príncipe tuvo tal súbdito!». A lo cual Whittington replicó: «¡Nunca un súbdito tuvo tal rey!».

Resulta difícil entender cómo la vida de un personaje público de gran renombre derivó hacia esta fantástica historia (algo similar, en ciertos aspectos, encontramos en Persia, Dinamarca e Italia) del encargado del espetón y su gato, pero ésto forma parte de la fascinación de los cuentos populares históricos.

EL NIÑO TROCADO

En *The Fairy Mythology*, de Thomas Keightley (1828).

El cuento describe un suceso ocurrido en Caerlaveroc, Nithsdale, Escocia. La tradición según la cual las hadas sustituían a un niño humano por uno suyo es muy conocida en todas las islas británicas. Las hadas robaban niños, bien porque admiraban su belleza, bien porque los querían para convertirlos en futuros maridos o esposas, o porque los necesitaban como pago al diablo. Era costumbre de las hadas robar al niño antes de ser bautizado.

He convertido al párroco del pueblo en el narrador de mi historia.

EL GRANJERO Y EL BOGGART

En *Tales and Rhymes in the Lindsey Folk-Speech*, de Mabel Peacock (1886).

En las postrimerías del siglo diecinueve se recopilaron varias versiones de este cuento. Esta procede de Mumby, cerca de Alford, en Lincolnshire.

De unos tres pies de altura, los *boggarts* tienen rostros curtidos y pelo hirsuto; generalmente, visten ropas harapientas de color marrón. Son de carácter áspero y, a menudo, resultan bastante pesados, pero no son dañinos; tras ser contrariado, el *boggart* de este cuento se limita a asustar a la gente por la noche y a robar herramienta agrícola.

EL NOBLE GRUAGACH

«The Fair Gruagach, Son of the Ring of Eirinn», en *Popular Tales of the West Highlands*, de John Francis Campbell of Islay (1860-2).

Este cuento, que fue contado por primera vez en gaélico por Alexander McNeill, un pescador de la isla hébrida de Barra, es uno de la magnífica colección de cuentos populares legendarios creados alrededor de la figura de Finn y sus guerreros irlandeses, recogidos por Campbell y su equipo de colaboradores en el noroeste de Escocia. Está lleno de ecos de las mitologías celta y escandinava, y combina el mundo de los primitivos héroes tribales con el de los romances medievales: una historia masculina y femenina, terrenal y mágica.

EL CUENTO DEL PASTOR

Historia sin título aparecida en *Cambrian Superstitions*, de W. Howells (1831) y en *British Goblins*, de William Wirt Sikes (1880).

Howells cuenta que este acontecimiento tuvo lugar en Frennifawr (ahora, escrita Frenifawr, normalmente), una montaña de unos 1.300 pies de altura,

ocho millas al sur de Cardigan y ocho millas al suroeste de Newcastle Emlyn.

Los duendes muestran el pozo a Dai y le advierten que no beba una sola gota; sin embargo, antes de que haya transcurrido mucho tiempo, éste bebe de él. Los duendes tratan con los seres humanos, invariablemente, imponiendo sus propias reglas; y, si un ser humano rompe las normas establecidas, él o ella (como sucede en «Lunes, Martes») pueden ser castigados, quedando roto violentamente el contacto entre los dos mundos.

EL BUHONERO DE SWAFFHAM

En *The Diary of Abraham de la Pryme*, editado por Charles Jackson (1870) y *The Norfolk Garland*, de John Glyde (1872).

En 1462, un buhonero (o vendedor ambulante) costeó el ala norte de la iglesia de Swaffham, en Norfolk, y contribuyó en la compra del nuevo capitel. Así consta en el *Balck Book* del siglo quince, conservado en la biblioteca de la iglesia de Swaffham. Las ampliaciones de la iglesia comenzaron en 1452, pero no fueron completadas hasta mediados del siglo dieciséis.

El tema de un soñador que hace un viaje para, finalmente, ser enviado de vuelta a casa, es común a muchos países; y el papel del Puente de Londres como lugar de encuentro entre la inocencia y el secreto conocimiento es también el punto de partida de «El Rey Inerte».

Creo que el cuento contiene tres verdades: no seas excesiva y fríamente racional, presta atención a tus sueños; persevera; y, en tercer lugar, encontrarás los mayores tesoros a tu misma puerta. En otras palabras, debemos volvernos hacia nuestro hogar y nuestra gente para encontrar valores verdaderos en nuestras vidas.

HUGHBO

«The Brownie of Copinsay», en *The Folklore of Orkney and Shetland*, de Ernest W. Warwick (1975).

UNGÜENTO MÁGICO

En *Traditions, Legends, Superstitions, and Sketches of Devonshire, on the Borders of the Tamar and Tavy*, de A. E. Bray (1838); *Popular Romances of the West of England*, de Robert Hunt (1865) y *English Fairy Tales*, de Joseph Jacobs (1890).

Conozco y siento un gran cariño por este cuento desde que era niño. Lo veo como una especie de metáfora. Todos podemos mirar el mundo a nuestro alrededor, por así decirlo, con dos ojos: con el ojo interesado en el mundo físico, en todo lo basado en hechos reales o en lo verificable; y con el ojo de la imaginación.

Hasta aquí llega la metáfora. Ahora el cuento vuelve a asumir la dirección…

LORO

«The Miner and the Parrot», en *A Dictionary of British Folk-Tales*, de Katherine M. Briggs (1970-1). Esta anécdota fue una contribución de M. E. Nash-Wiliams, sobre 1940.

LA MULA

En *The Kiltartan Wonder Book*, de Lady Gregory (1910).

Lady Gregory recibió este cuento en forma de compensación, pues su versión comienza así:

«Pues bien, le contaré la historia de una Mula que vivió en este mundo, dice el hombre que me había prometido un bacalao y ha traído una merluza».

Aquéllos sí que eran tiempos, los días antes de que la radio y la anestesia de la televisión acabasen con la tradición oral de contar cuentos.

LIRIO AMARILLO

«The Son of the Ring of Erin and The Giant of Loch Lein», en *Myths and Folk-Lore of Ireland*, de Jeremiah Curtin (1890).

El episodio en el cual Lirio Amarillo instruye al príncipe sobre la forma en que debe matarla y colocar su carne sobre el mantel, evoca el mito nórdico en el que Thor deja que una de sus cabras sea comida, para, más tarde, devolverla a la vida.

LA HIJA DEL PANADERO

«The Owl was a Baker's Daughter», en *Nursery Rhymes and Nursery Tales*, de J. O. Halliwell (-Philips) (1843).

Este cuento ha sobrevivido bajo distintas variantes, y esta versión procede de Herefordshire. En él reside una tradición que ha circulado por toda Inglaterra durante, al menos, cuatrocientos años, pues ya William Shakespeare tuvo conocimiento de él. En Hamlet, IV. v., Ofelia dice: «Dicen que el búho era la hija de un panadero. Señor, sabemos quiénes somos, ¡pero no qué podemos ser!».

LA SERPIENTE DE LAMBTON

En *More English Fairy Tales*, de Joseph Jacobs (1894) y *Notes on the Folk-Lore of the Northen Counties of England and the Borders*, de Wiliam Henderson (1866).

Ésta es una de las mejores entre las setenta historias y canciones que asocian a las serpientes (la palabra procede del anglosajón Wyrm: serpiente) y dragones con lugares en las islas británicas. Constituye también el tema de una vigorosa balada del siglo diecinueve muy conocida en el norte de Inglaterra.

La heredad de Lombton, cerca de Chester-le-Street en Durham, ha pertenecido a esta familia durante ochocientos años. El heredero de Lambton (más tarde Sir John Lambton, Caballero de Rodas) vivió a mediados del siglo quince. El voto que hizo la bruja es, con frecuencia, llamado el Voto de Jepthah: en el Libro de los jueces, Jepthah hace una promesa al Señor, por la cual, si Él le concede la victoria, éste sacrificará «a quienquiera salga por las puertas de mi casa», y como resultado debe sacrificar a su propia hija.

De las nueve generaciones que sucedieron al heredero de Lambton, podemos responder de seis, y ninguna de ellas murió en su propia cama. El mismo heredero fue herido en una batalla, y el noveno, por línea directa de éste, fue Henry Lambton, miembro del Parlamento por Durham, quien «murió, repentinamente, en su carroza».

¿Dónde nace este cuento y qué significa? Quizá el heredero lo trajo consigo desde la Isla de Rodas. Uno de los Grandes Maestros de los Caballeros Hospitalarios de St. John, en el siglo catorce, tenía fama de haber sido un decapitador de dragones. En cualquier caso, las serpientes representan, por un lado, un poderoso símbolo de la moral del diablo (un símbolo de la vida profana que llevó el heredero antes de enmendar su vida) y, por otro, un enemigo digno de temer. Poniendo a prueba, de este modo, el valor de su conquistador.

LOS SABIOS DE GOTHAM

En *The Book of Noodles*, de W. A. Clouston (1888).

He tomado también uno o dos detalles de otras fuentes.

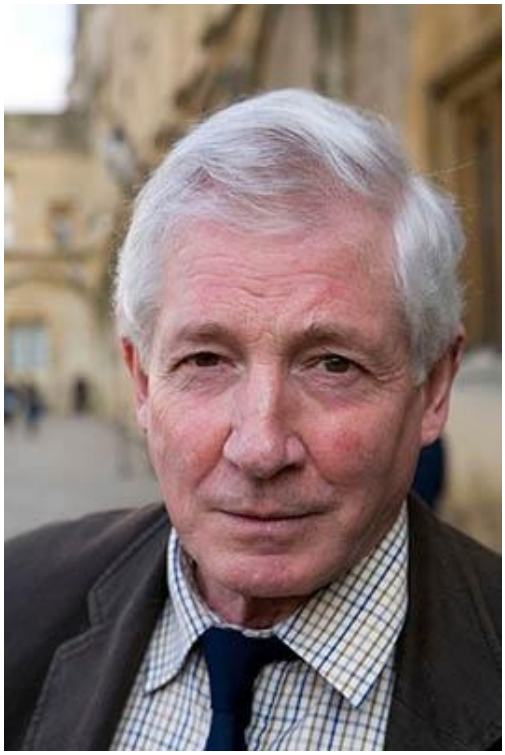
La nota dedicada a «Un Pueblo de Tontos», sirve de breve introducción a la figura del bobo y a los pueblos británicos habitados por ellos.

EL PRÍNCIPE SAPO

«The Paddo», en *Popular Rhymes of Scotland*, de Robert Chambres (1826).

Esta historia es conocida en varios países y bajo diferentes versiones. He basado mi relato en la versión británica más antigua, escrita por Robert Chambers después de escuchar el cuento de la voz del anticuario Charles Kirkpatrick Sharpe («quien lo había escuchado de su niñera de Annadale, Jenny, sobre el año 1784»). Sin embargo, he permitido que Jessie meta al sapo en su cama, como sucede en el resto de las versiones que conozco, en vez de imitar a Chambers y a su reservado «Aquí, abreviaremos un poco». Al parecer, el cuento es conocido en Escocia desde, al menos, la mitad del siglo XVI.





KEVIN JOHN WILLIAM CROSSLEY-HOLLAND es traductor de inglés, autor y poeta para niños. Su obra más conocida es probablemente la trilogía *Arthur*, por la que ganó el premio Guardián y otros reconocimientos. Crossley-Holland ganó la Medalla Carnegie anual por su novela *Storm* de 1985.

Notas

[1] El *pooka* (también *puca* y *pwaca*) es un animal sobrenatural. W. B. Yeats indica la posibilidad de que su nombre derive de *poc*, macho cabrío. <<

[2] Armaleg, nombre propio formado por *arm*, brazo, y *leg*, pierna. <<

[3] El Broch es una construcción prehistórica, formada por una torre inclinada de piedra, que se encuentra en el norte de Escocia. <<

[4] En el original, *cheek for cheek*, equivalente al *ojo por ojo* español. Literalmente, *mejilla por mejilla*. Se trata de un juego de palabras, pues *cheek* también significa descaro. <<

[5] City, zona céntrica de Londres donde se desarrolla gran parte de la vida comercial de la ciudad. <<

[6] Personaje fantástico de tres pies de altura, peludo y harapiento. <<

[7] En el original *three fathoms. Fathom*, medida de longitud equivalente a seis pies. <<